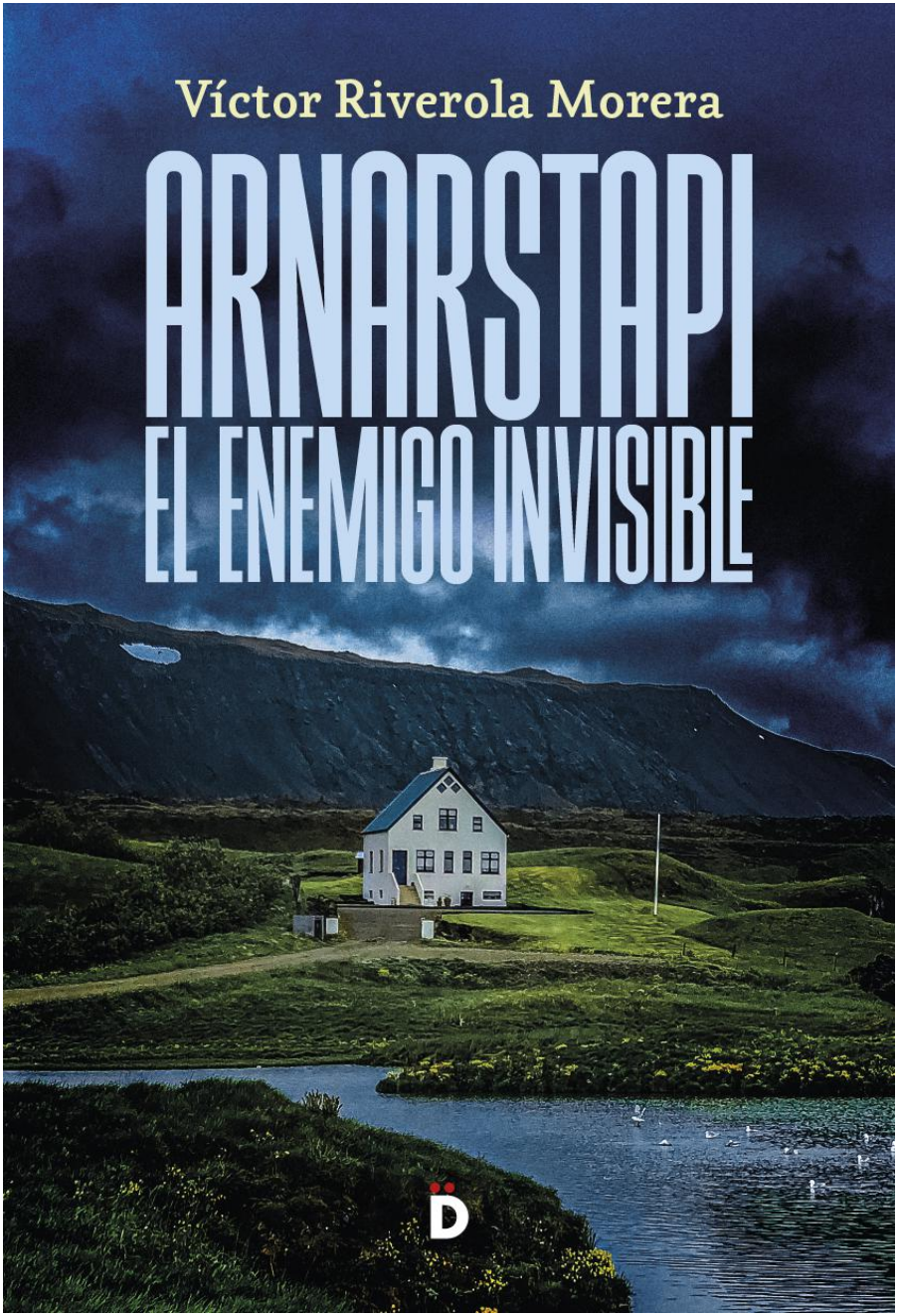
Víctor Riverola Morera

ARNARSTAPI

EL ENEMIGO INVISIBLE



ARNARSTAPI

El enemigo invisible

Víctor Riverola Morera

diëresis
Novela

Primera edición: octubre de 2022

© de esta edición:
Editorial Diéresis, S.L.
Travessera de les Corts, 171, 5º-1ª
08028 Barcelona
Tel.: 93 491 15 60
info@editorialdieresis.com

© del texto: Víctor Riverola Morera
© de la foto de portada: J. Nikitina
Diseño: dtm + tagstudy

Impreso en España

ISBN libro: 978-84-18011-25-2
ISBN ebook: 978-84-18011-26-9
Depósito legal: B 19021-2022

Todos los derechos reservados.
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

editorialdieresis.com
@eddieresis

Para María Isabel Morera Puig,
mi madre, que sigue batallando ahí.

Un viaje de miles de kilómetros
comienza con un solo paso.
Lao-Tse, filósofo chino

El miedo está totalmente instalado
en nuestra sociedad y nuestra mente
desde hace mucho tiempo.
Los «fabricantes de miedo»
están alcanzando límites insospechados
en una sociedad vulnerable
en la que la información se manipula,
se distorsiona, se tergiversa y se extiende
a todos los rincones, casi al instante.
Miquel De Toro,
doctor en Historia Moderna y Contemporánea

Si lo que quieres es encontrar
los secretos del universo,
piensa en términos de energía,
frecuencia y vibración.
La vida es y siempre seguirá siendo
una ecuación imposible de resolver,
pero contiene ciertos factores que conocemos.
Nikola Tesla, inventor y genio de la Física

Prólogo

Cerdeña

Domingo, 16 de abril de 2023

No luches en una batalla si no vas a obtener ninguna recompensa con la victoria.

Los antiguos pobladores de Islandia eran muy épicos, pero estaban cargados de razón, pensó la reportera sentada en el asiento del conductor al cerrar el libro que tenía entre sus manos. Haciendo honor a la puntualidad que la caracterizaba, había llegado al Monte Limbara, en Cerdeña, con media hora de antelación, el tiempo suficiente para terminar una lectura apasionante iniciada hacía tan solo un par de semanas. Le entusiasmaba la literatura escandinava, y últimamente se había convertido en una asidua devoradora de las sagas islandesas. Las consideraba una sana adicción.

Finas gotas de lluvia golpeaban tímidamente el techo del vehículo, mecidas por una suave brisa. La noche anterior había vuelto a nevar en el Monte Limbara, una mole rocosa de naturaleza granítica con varias cumbres que superan los 1.300 metros, situada en el corazón de la Gallura, dentro del municipio de Berchidda, en la isla de Cerdeña. Pero cuando las temperaturas se recuperaron por la mañana tras una semana de tormentas intensas, la nieve dio paso a la lluvia. El mercurio rondaba los cuatro grados sobre cero, soportable para aquella mujer de unos cuarenta años, de estatura media, con una preciosa melena larga de color cobrizo que realzaba su belleza, pero muy poco frecuente en la estación en la que se hallaban. Había aparcado su Fiat Pulse de color blanco al pie de las cumbres de la montaña. El utilitario estaba equipado con un juego de cadenas para la nieve que había alquilado en Alghero. Las máquinas quitanieves habían realizado un trabajo encomiable la noche anterior abriendo la carretera desde Tempio, la población situada al pie del Monte Limbara, para que las autoridades y la prensa pudieran subir hasta la cumbre.

La periodista que se encontraba en el interior del Fiat Pulse tenía su base operativa en Escocia y había volado el lunes 16 de abril desde Edimburgo a Alghero vía Barcelona. El empleado del alquiler de coches se había sorprendido cuando aquella clienta les había pedido, al efectuar la reserva, incluir unas cadenas para nieve. Tras ser testigos de la tormenta que azotó el norte de la isla, pensaron que estaba muy bien informada.

Después de pasar la noche en casa de un buen amigo de su familia en Sassari, había subido con las cadenas a primera hora de la mañana, justo detrás de las quitanieves. Las nevadas en Cerdeña suelen ser habituales en invierno, pero la tormenta que había sorprendido a toda la región aquella semana superaba con creces la cantidad de nieve a la que los lugareños estaban acostumbrados.

En las cumbres del Monte Limbara se encuentra la base Troposcatter de la OTAN, abandonada por la USAF norteamericana en 1993. Cerca de la antigua instalación de la organización atlántica se levanta una enorme antena de la RAI y una serie de antenas de nueva generación instaladas por el ejército italiano. Fue construida en 1966, actuando como centro de radiocontrol en el Mediterráneo, en conexión con las bases de Coltano (Pisa), del monte Vergine en Avellino y con una estación de radio en la isla de Menorca. Durante la primera guerra del Golfo se instaló una enorme antena parabólica que se mantuvo en funcionamiento hasta 1993, cuando la base fue cerrada. El Ministerio de Defensa de Italia se hizo cargo de ella durante varios años, pasando a manos de la Región de Cerdeña en 2008. A partir de entonces, el abandono fue total. La nieve, el viento y la lluvia se encargaron de convertir la antigua base en una pequeña aldea fantasma.

Ahora, grupos ecologistas y organizaciones antisistema habían organizado protestas por todo el Mediterráneo: en la base militar del Puig Major, la cumbre más alta de la isla de Mallorca, y en Cerdeña. De éstas, la del Monte Limbara era la que había acaparado una mayor atención de los medios internacionales. Apoyados por un comité de científicos especializados en energía electromagnética, alpinistas de renombre internacional y una delegación de expertos en prevención y gestión de riesgos, los ecologistas tenían el propósito de crear la presión suficiente para que los responsables de las bases desmantelaran las instalaciones abandonadas y cesaran en la actividad de las que todavía quedaban en funcionamiento. Aquella mañana, en el Monte Limbara se habían concentrado unos doscientos manifestantes, que protestaban por la negativa del gobierno italiano a cerrar la antigua base de la USAF.

El Ministerio de Defensa acababa de vender la instalación y parte del terreno adyacente a una emergente corporación internacional llamada ECYLA, con el propósito de fomentar y desarrollar la investigación científica en zonas de alta montaña, libres de contaminación y de miradas indiscretas. Eran muchas las voces que se habían levantado en contra de dicha venta, argumentando la falta de transparencia demostrada por muchas de esas corporaciones, cuyos presuntos fines científicos podían llegar a esconder sus verdaderas

intenciones. Hacía tan solo un par de semanas, una noticia un tanto inquietante había llegado a oídos de varios de los principales periodistas de investigación internacionales, pero, una vez más, la prensa generalista se había encargado de encubrir o relegar a pequeñas columnas lo que algunos investigadores catalogaron como el incidente sardo. Gracias a Internet y las redes sociales se convirtió en fuente de habladurías y rumores, que salieron de la isla extendiéndose como si de una enorme mancha de petróleo se tratara. Habían sido los vecinos de Tempio y un par de alcaldes de la zona de influencia del Monte Limbara quienes habían abierto la caja de los truenos.

La noticia era que, en los últimos días, todo el norte de Cerdeña había experimentado un apagón generalizado., desde Alguero a Olbia, pasando por Sassari, Nuoro y Tempio. Los pequeños cortes de microsegundos en el suministro eléctrico, previos al gran apagón, eran imperceptibles a simple vista y solo podían ser detectados contando con los instrumentos de medición adecuados. Pero luego, tras escuchar un sonido parecido a una explosión sin eco y ver un destello en el cielo, toda la región de Tempio había quedado sumida en la oscuridad. El suministro eléctrico tardó tres días en restablecerse y coincidió con un período de frío glacial y grandes nevadas en la zona.Algunos lugareños llegaron a afirmar que, tras pasar varios días bajo una tormenta de nieve insólita sin luz eléctrica, ni conexión telefónica, ni Internet, se confundieron a la hora de viajar en tren y autobús. Los horarios habían cambiado sin previo aviso, dijeron.

Evidentemente, tales afirmaciones cayeron en el saco del olvido en cuestión de días y los habitantes de la región fueron tachados de excéntricos que buscaban su minuto de gloria. Pero más allá de la isla, fueron varios los expertos que empezaron a formular preguntas: «¿Qué o quién estaba detrás de dichos microcortes?», «¿de dónde procedía la fuente de energía capaz de causar una interrupción de suministro de tamaña magnitud?» Y en caso afirmativo, según pudo leerse en varias cuentas científicas de Telegram, «estaríamos hablando de una cantidad de energía muy superior a la consumida por el CERN en Ginebra, una de las instalaciones de investigación que gasta más electricidad en Europa». La prensa italiana dedicó cierto esfuerzo al tema, publicando entrevistas con varios alcaldes y lugareños, pero la RAI y las principales emisoras de radio no se atrevieron a comentarlo. Sin embargo, dicho incidente también había llamado la atención de la periodista y activista escocesa que subía en aquel momento hasta la cima del Monte Limbara. «La ignorancia suele generar más confianza que el conocimiento». La frase de Charles Darwin cruzó por la mente de la reportera sentada al volante del Fiat.

Coincidiendo con la ceremonia oficial de cesión de la base a la

corporación científica ECYLA, un nutrido grupo de periodistas había subido hasta allí, llegados de Sassari, Olbia y Cagliari. También algunos corresponsales de televisión que habían viajado en barco o en avión desde el continente, e incluso desde más allá. El incidente sardo se había convertido en todo un desafío para quienes seguían creyendo en el periodismo de investigación. Tras varios años de investigación exhaustiva, la periodista y activista se había formado una idea bastante clara sobre lo que podía haber sucedido en el Monte Limbara, aunque algunos detalles todavía escapaban a su conocimiento. Buscó una goma en la guantera y recogió su melena, haciéndose una elegante cola de caballo. A continuación, abrió la puerta del conductor y salió a la pequeña carretera. Miró al cielo, la lluvia había cesado.

Cerró el vehículo y cubrió a pie la pequeña distancia que separa la capilla de la Madonna de la Neve de las cumbres del Monte Limbara. Tardó unos diez minutos en llegar hasta las puertas de la base, custodiadas por varios Carabinieri y por la seguridad privada de ECYLA. El griterío de los manifestantes impedía que pudiera escuchar el discurso que estaba pronunciando un hombre de mediana edad, alto y rubio. Vestido con un elegante abrigo largo, el representante de la corporación científica en Europa terminó su breve discurso, opacado por el ruido y se dispuso a atender a los medios de comunicación.

La periodista y activista escocesa se abrió paso entre la multitud. Al acercarse hasta los representantes del gobierno italiano y de la corporación ECYLA, observó las pancartas que esgrimían los manifestantes, leyendo en ellas diferentes mensajes: «¡Fuera las antenas de nuestras cumbres!», «No somos cobayas», o «¡STOP vallas y alambradas!». En su pequeña mochila llevaba una cámara de cine Sony FX3 y una grabadora digital Maranz con micrófono direccional. Sigilosamente se acercó hasta una joven pelirroja que parecía ser una de las líderes de uno de los grupos ecologistas presentes en la protesta. Sacó su cámara de la mochila y realizó varias fotos, grabando unos cuatro minutos de vídeo en 4K. Acto seguido subió unos metros por la carretera para tener una visión panorámica de la protesta, grabando dos minutos más. Cuando regresó junto a la joven activista, guardó su cámara y preparó la grabadora, colocándose junto a varios reporteros y cámaras de televisión.

—¡Estamos hartos de que invadan nuestras cumbres! Queremos poder movernos por donde queramos. En tiempos de paz es una atrocidad que sigan ocupando las cimas de medio mundo. No queremos montañas llenas de antenas, radares y alambradas —reclamó la joven ante una de las cámaras.

—¡No queremos bases militares, ni vallas, ni alambradas! ¡No queremos que contaminéis nuestras cumbres! ¡Queremos disfrutar del paisaje sin vuestra basura metálica! —gritó otro joven activista

metiéndose de lleno en el plano.

Este mostró a la prensa la magnífica panorámica que se divisa desde el Monte Limbara: la planicie de Tempio, el río Coghinas y la depresión de Monti, Oschiri, Padrogiano y Olbia. Las antenas del Monte Limbara destacaban por encima del horizonte, destrozando las vistas. La mayoría de radios y televisiones entrevistaban a políticos y al personal de ECYLA, pero algunos medios también conversaron con los manifestantes. Viendo el cariz que estaba tomando el asunto, los miembros del gobierno regional e italiano y el hombre que había pronunciado unas palabras anteriormente en nombre de ECYLA se acercaron a las cámaras para hacer declaraciones. Intentarían contrarrestar las opiniones negativas vertidas por la mayoría de los presentes. La periodista escocesa avanzó discretamente hasta situarse en primera fila, acto seguido pulso el botón de record en su pequeña grabadora de bolsillo.

—Nuestras intenciones son totalmente lícitas, basamos nuestra labor en la investigación y el desarrollo de nuevas tecnologías que nos ayuden a vivir mejor y más seguros —declaró el hombre elegante frente a los micrófonos y cámaras de los medios allí presentes—. Boicotear este acto oficial que estamos llevando a cabo no creo que sea la mejor solución. Puedo entender que algunos montañeros se muestren contrariados al llegar a una cumbre y encontrar una base con antenas y alambradas, reconozco que las bases y las antenas afean el paisaje, pero les prometo que tenemos la intención de minimizar al máximo el impacto ambiental. Estamos realizando importantes labores de investigación desde hace años y para poder realizar avances que nos ayuden a paliar los efectos del cambio climático, necesitamos trabajar en instalaciones que reúnan unas condiciones excepcionales —añadió.

—¿Por qué cantidad han comprado estas instalaciones al gobierno italiano? —preguntó una periodista de la RAI.

—Siento no poder responder a esa pregunta, supongo que conocen las cláusulas de confidencialidad en muchos contratos —respondió el hombre de ECYLA.

—¿No creen que hay otras formas de mantener las telecomunicaciones hoy en día, que no impliquen llenar las montañas de radares, antenas y vallas? ¿Es imposible reducir el tamaño de las antenas? —preguntó la periodista italiana.

—Estamos trabajando en colaboración con los Estados Unidos, la UE, Oriento Próximo y la OTAN para desarrollar tecnologías cuyo impacto ambiental sea cada vez menor, pero tal y como ya he explicado, desarrollamos una tecnología totalmente revolucionaria y ahora más que nunca, necesitamos poder trabajar en cumbres y lugares remotos con este tipo de antenas que tenemos aquí detrás —

dijo el hombre del abrigo largo.

Fue en ese preciso momento cuando la periodista y activista escocesa formuló su primera pregunta.

—¿Hasta qué nivel han llegado en el campo de la experimentación con energía electromagnética y los ordenadores cuánticos de última generación? —le espetó con total seguridad.

—No tengo ni la más remota idea de lo que me está hablando. Nuestra corporación está concentrando toda su energía en lograr soluciones a corto plazo que ayuden a frenar el calentamiento global. Nuestros científicos están desarrollando varios proyectos a nivel global destinados a reducir el impacto del cambio climático, creando a la vez enormes campañas de información para concienciar a la población del grave peligro al que nos enfrentamos —contestó el hombre elegante.

—¿Tiene algo que decir acerca del llamado incidente sardo?, ¿están probando algún tipo de arma o tecnología experimental con fines defensivos? —volvió a preguntar.

—No tenemos conocimiento de ningún incidente y menos en esta isla maravillosa. Tal y como ya he dicho en varias ocasiones, utilizamos la física para prevenir daños irreparables, no para generarlos —respondió el hombre de ECYLA.

—Apagones en zonas muy concretas, microbajadas de tensión, nevadas inusuales con temperaturas extremas, olas de calor, incendios, alteraciones neurológicas en los habitantes de la zona, ¿nada que decir?

—No solo no disponemos de ningún tipo de información que corrobore dicha afirmación —el hombre elegante volvía a esquivar la pregunta—, sino que me parece algo totalmente disparatado.

—¿Están trabajando en un nuevo tipo de arma? —volvió a preguntar ella.

—¿Cree que me paso el día sentado en una butaca acariciando un gato blanco, como los villanos de James Bond? —preguntó irónicamente el hombre elegante.

—¿Su división farmacéutica sigue viento en popa?, ¿ya se han cansado de experimentar con fármacos?

—Sin comentarios —le espetó el ejecutivo de ECYLA.

—¿Qué relación tienen ustedes con las bases norteamericanas de Fort Greely en Alaska y la plataforma de radar SBX-1 en el Pacífico?

El ejecutivo se tomó unos segundos antes de responder.

—Fort Greely y la base SBX-1 son estaciones interceptoras de misiles norteamericanas, no tengo conocimiento de que ECYLA tenga nada que ver con ellas y, si la tuviera, serían información clasificada, totalmente confidencial. Creo que ha visto usted muchas películas de Roland Emmerich.

—Creo que sabe muy bien de lo que estoy hablando, no soporto

que me tomen por idiota —afirmó ella.

La Sea-Based X-Band Radar-1 (SBX-1) es una nave semisumergible desarrollada por Boeing, que forma parte de la red de defensa contra misiles en camino (GMD), integrada en los Sistema de Defensa Antimisiles Balísticos (CMBD) de los EE.UU. El GMD intercepta ojivas nucleares lanzadas por potencias enemigas, y es capaz de localizar un objeto similar al tamaño de una pelota de béisbol a más de 4.000 kilómetros. El radar utiliza 69.632 circuitos multiseccionales para transmitir, recibir y amplificar señales. Aunque pasó un tiempo cerca de Pearl Harbour, según parece en la actualidad se encuentra situado en el Pacífico norte, cerca de Alaska. La editora de Event Horizon había realizado varias investigaciones acerca de las labores que se llevaban a cabo en dichas bases. Pocos días antes de aterrizar en Cerdeña, la periodista había viajado hasta el CERN, en Suiza, donde logró entrevistar a varios físicos que habían participado en el descubrimiento del bosón de Higgs. Nadie parecía tener la más remota idea de quién o qué podía estar causando microcortes en el suministro eléctrico. Los científicos del CERN reconocieron que el centro de investigación ubicado en Suiza consume una cantidad de energía impresionante, al trabajar dentro del campo de la aceleración de partículas. El CERN concentra una buena parte del consumo eléctrico europeo, pero negaron ser los responsables de las anomalías detectadas en varios puntos de la geografía continental.

Tras unos minutos de tensión en la cumbre del Monte Limbara, dos hombres muy robustos de mediana edad, uno más alto que el otro, se colocaron discretamente a izquierda y derecha de la periodista. Ambos se cubrían con gruesas chaquetas de plumón, con la palabra ECYLA bordada en el lado izquierdo a la altura del pecho, cerca del corazón.

Antes de que pudiera formular una nueva pregunta, el hombre del abrigo largo se le acercó, colocándose frente a la joven. Varios cámaras de televisión intentaron grabar la conversación, pero los dos hombres robustos les invitaron a apartarse unos metros, argumentando que la conversación era privada.

—¡Enhorabuena!, una vez más, ha vuelto a lograr sus cinco minutos de gloria. Usted es de las que no podía faltar en este tipo de eventos, pensaba que por estas fechas estaría montando a caballo en el Pirineo oriental francés, bajo el manto protector de su abuela. Siempre es un placer poder saludar a la directora y editora de Event Horizon —dijo el portavoz de ECYLA.

—David Galvanni, no podía ser otro. Siempre envían al mejor de la clase. Noté un extraño aroma a podrido en el aire al acercarme —dijo la activista escocesa con valentía.

—Es usted fascinante, no ha cambiado nada desde la última vez que nos vimos. Lo dicho, siempre es un placer saludarla —dijo

Galvanni arreglándose el nudo de su corbata de seda. Acto seguido le tendió la mano derecha.

—Cuando la información no fluye, significa que algo se oculta —dijo la periodista escocesa negándole el saludo—. Poco a poco la prensa generalista está empezando a dedicarle atención a ciertos experimentos de dudosa explicación lógica —añadió ella.

—El gobierno del Reino Unido nos tiene en muy alta estima, han invertido mucho dinero en nuestros proyectos y esperan resultados —dijo el hombre del abrigo largo—. Pero dejemos el humor inglés a un lado y vayamos al grano. Le agradecería que deje de publicar mentiras y calumnias sobre nuestras actividades. ¿No cree que ya es mayorcita para jugar a ser Greta Thunberg? —preguntó Galvanni sin esconder su sarcasmo.

—Yo no soy un producto, yo denuncio ciertos productos y a quienes los fabrican —contestó ella.

—No creo que sea una buena idea tirar su carrera por la borda a estas alturas, ¿no cree? Es usted exigente y rigurosa, le aconsejo que deje las conspiraciones y los chemtrails para otro tipo de medios —dijo David Galvanni sin ocultar su sarcasmo.

—Nunca he hablado de nada que no se pueda demostrar con pruebas irrefutables. Sus intentos de desprestigiar nuestros esfuerzos son fútiles, cada vez nos acercamos más y más —contraatacó ella.

—Conozco muy bien a las personas que le pagan el sueldo, hemos investigado a sus mecenas y a todas sus fuentes de financiación y está muy bien conectada. Está muy lejos de ser el clásico freak gordo, sudoroso, barbudo y seboso que vive en un sótano con cinco ordenadores, rodeado de carteles de Star Wars, con su madre igual de gorda, sudorosa, ocasionalmente barbuda y sebosa, viviendo en la planta de arriba. Tiene usted mucha suerte de tener la familia que tiene, no todos podemos alardear de apellidos. Pero se haría un gran favor si dejara de crear alarmismo. Vivir del miedo es muy triste, ¿no cree? —añadió.

—¿Acaso no viven ustedes del miedo que generan? —preguntó ella.

—Le gusta jugar con fuego, siempre al límite, ¿verdad? —el tono del directivo de ECYLA sonaba cada vez menos amistoso.

—Son ustedes los que están jugando con fuego y también con hielo. Llevo varios años investigando sus actividades: recursos ilimitados, una inmunidad que roza lo obsceno, varias divisiones trabajando al unísono dentro de una misma corporación y tras años ganando dinero a espuertas con la venta de vacunas, ahora han vuelto a crear el producto perfecto —explicó ella.

—Regrese usted a Edimburgo y deje de meter las narices donde no debe. Hay temas que le vienen muy grandes. Ya conoce el dicho: tanto

va el cántaro a la fuente… —Galvanni dejó la frase inacabada.

—¿Es una amenaza? —preguntó la reportera elevando el tono.

—No soy muy amigo de conceder entrevistas a los periodistas, soy de los que cree que son todos unos parásitos. Casi siempre intentan meter las narices donde no les llaman o buscan directamente sacarme de mis casillas y que les regale un titular. Normalmente lo que publican es impreciso o directamente falso, y cuando eso sucede, no tengo más remedio que vengarme.

Galvanni miró a su alrededor, observó que un grupo de manifestantes y varios periodistas les estaban mirando. Frunció el ceño, una arruga vertical prominente destacó entre su nariz y la frente. Haciendo un esfuerzo, intentó disimular la repugnancia que sentía hacia la prensa independiente, fingió una sonrisa y volvió a mirar a los ojos de la bellísima mujer que tenía delante.

—Tómeselo como un consejo de amigo —concluyó.

—Mi lista de amigos es muy pequeña y usted no figura en ella —dijo la periodista y activista.

—Mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca.

—Mejor será que no siga por ese camino —dijo ella mirándole fijamente a los ojos.

—Póngase en mi lugar, ¿qué pensaría si un buen día se levanta por la mañana en su mullida cama y lee en la prensa que la erupción de un volcán en La Palma, la ola de calor del pasado verano, las inusuales tormentas de granizo, el derrumbe de varias toneladas de hielo en la Marmolada y el cierre del esquí de verano en muchas estaciones de los Alpes es culpa nuestra? —preguntó el directivo de ECYLA.

—Pensaría que igual no se encuentran tan lejos de la verdad, directa o indirectamente. No le quepa la menor duda.

—Tarde o temprano tendrá que dar media vuelta, camina por encima del hielo… y dependiendo del grosor se puede romper. ¿Es consciente de todo aquello a lo que tendrá que renunciar si nos convierte en su enemigo?

—No voy a renunciar a nada hasta que sepa que es imposible —contestó ella.

—Encantadora hasta el final.

Cuando David Galvanni se alejó unos metros, flanqueado por sus dos guardaespaldas, la editora de Event Horizon sacó la pequeña grabadora equipada con un micrófono ultrasensible del bolsillo de su camisa y pulsó el botón de stop.

I

Paraíso

Domingo, 25 de junio de 2023

Lluvia, nieve, brumas, hielo, lava, fuego, vapor… y en contadas ocasiones, cuando el astro rey logra aparecer abriéndose paso tímidamente entre enormes cumulonimbos, un cielo azul intenso nos recuerda que en la isla también brilla el sol. Islandia es un mundo aparte, es un planeta dentro de un planeta, una isla cuya belleza indescriptible regala a quienes la descubren un caleidoscopio de sensaciones único, con una policromía realmente excepcional. Toda la isla es un paraíso fascinante donde los paisajes extraterrestres cobran vida, mostrándonos universos lejanos, utópicos y en ocasiones apocalípticos.

El vuelo de Norwegian procedente de Bergen había aterrizado en Keflavik puntualmente tres semanas atrás. Era la primera vez que Thomas Rake pisaba suelo islandés, nunca había encontrado el momento oportuno para descubrir Islandia en profundidad. Thomas se había documentado a conciencia, apoyado por las recomendaciones de varios compañeros de aventuras en Noruega, la mayoría alpinistas y runners que conocían a fondo la isla. La intención del joven noruego era realizar varios trekkings y ascensiones que le ayudaran a desconectar de su frenético y caótico día a día, para poder disfrutar con calma del paisaje, la gastronomía y la montaña. De momento, había logrado todos sus objetivos.

«Encontrarse a sí mismo». Era una frase que odiaba, era el clásico eslogan motivacional utilizado en muchos libros y por varios contertulios en el mundo de la televisión. Tras una serie de catastróficas desdichas que le habían afectado a nivel personal y profesional, la frase cobraba vida propia en el particular universo de Thomas Rake. El noruego se había reservado un mes para disfrutar en solitario de la paz y la tranquilidad que se respira en Islandia. Inició su aventura en solitario a mediados del mes de junio. Había realizado la ascensión desde Skaftafell al Hvannadalshnjúkur, de 2.109 metros, la cumbre más alta de Islandia. No era una ascensión excesivamente técnica, pero en alta montaña y particularmente en las zonas cercanas al Ártico, nunca hay que olvidar el factor tiempo, la distancia, la meteorología adversa, los cambios de temperatura y el cansancio acumulado.

Thomas también había disfrutado durante varios días del mítico trekking de Langmanalaugar, había paseado por las playas de arena

negra de Mýrdalssandur y Reynisfjara, donde se había rodado Rogue One, una de sus películas favoritas de la saga Star Wars, y tenía pendiente la ascensión al Snaefells, el volcán cubierto de nieve y hielo situado al noroeste de Islandia. Todavía disponía de algunos días para regresar a Bergen, pero no quería volver a su hogar sin descubrir el Parque Nacional del Snaefells y la península de Snaefellsnes, donde se encuentra la cumbre y el glaciar del mismo nombre. Por el momento podía sentirse muy afortunado: la meteorología era más que benévola. Salvo un par de días de lluvia y niebla en el sur de la isla cerca de Vik, Tom disfrutó de jornadas bastante soleadas, con temperaturas agradables y muy pocos turistas. Mas allá de la famosa carretera nº 1, que da la vuelta a Islandia, existen otras aptas para vehículos sin tracción a las cuatro ruedas que se han ganado a pulso obtener un mayor reconocimiento. Las carreteras que recorren el oeste y el noroeste de la isla son realmente impresionantes, alejadas de poblaciones y núcleos urbanos. La que conduce hasta Ólafsvik y Arnarstapi es una de ellas.

Dos días de descanso en un acogedor hostel situado en el número 34 de la calle Skúlagata, en el corazón de la capital de Islandia, dejaron como nuevo a Thomas. El joven noruego había recorrido la ciudad y sus alrededores a conciencia y la madrugada del lunes 25 de junio, tras dormir seis horas, inició el viaje en autobús hacia el norte de la isla. Tomó la línea 57, que siguió la carretera número 1 (el famoso anillo), cruzó el túnel por debajo del mar en Hvalfjörður, una obra única en Islandia, pasando por Akranes hasta llegar a Borgarnes, donde Tom cambió de línea para seguir subiendo hasta llegar a una parada situada cerca de Vatnaleið, justo en medio de un páramo desolado. Desde ese punto la línea de autobús 82 realiza el trayecto hasta Ólafsvik y Hellissandur, llegando a Arnarstapi tan solo una vez al día. El minibús subió por la costa norte de la península de Snaefellsnes hasta Ólafsvik. El transporte público solo recorre el norte de la península debido a la cantidad de pequeñas poblaciones y aldeas que se encuentran diseminadas a lo largo de la carretera. El sur de la península permanece casi despoblado, con Hellnar y Arnarstapi como únicos asentamientos habitados conectados. Pasaron por Grundarfjörður y la mítica cumbre del Kirkjufell y llegaron a Ólafsvik. La conductora permitió a Thomas apearse justo delante del camping situado a menos de un kilómetro del centro de Ólafsvik.

El noruego se instaló en el área especialmente preparada para tiendas, con una mullida alfombra de hierba verde a sus pies. El encargado colocó en la tienda la característica pegatina de control y Tom procedió a abonar doce euros. «No todo en Islandia es tan caro como parece o como dicen», pensó. Justo después de comer, a primera

hora de la tarde, Tom entabló una interesante conversación con una simpática pareja de alemanes de mediana edad, al salir de uno de los supermercados en el corazón de Ólafsvik.

Hans y Maria habían aparcado su autocaravana en el mismo camping y tras dar un buen paseo y compartir un té con leche en una pequeña terraza, los tres decidieron acercarse desde Ólafsvik hasta la población vecina de Grundarfjörður, con la intención de visitar la célebre cascada de Kirkjufellsfoss y ascender hasta la cumbre del Kirkjufell, una de las montañas más fotografiadas de Islandia. El Kirkjufell presenta una ascensión que no resulta complicada para quienes tienen experiencia en superar pasos y crestas aéreas, no obstante, cada año son muchos los turistas que intentan ascender hasta su cumbre y dan media vuelta al llegar a las primeras cuerdas fijas. Aquella tarde, por fortuna estaban solos. Aparcaron la autocaravana a los pies del Kirkjufell y tras realizar las fotografías de rigor a la Kirkjufellsfoss, los tres aventureros se lanzaron a la aventura de conquistar la cumbre del Kirkjufell. Tom pensó que la mítica montaña le recordaba al sombrero seleccionador que aparece en Harry Potter y la piedra filosofal, devolviéndole a un pasado que recordaba con nostalgia. Tom siempre se daba cuenta del paso del tiempo cuando recordaba la fecha de estreno de grandes películas. El Kirkjufell también puede recordar al tejado de una iglesia vikinga. De ahí que su nombre sea precisamente esa palabra, cuya traducción podría ser la «montaña-iglesia».

Si la meteorología acompaña, la subida hasta la cumbre resulta un auténtico festival para los amantes de las ascensiones salvajes. La subida se inicia a través de un sendero que avanza por un terreno herboso perfectamente visible debido al paso de los montañeros a lo largo del tiempo. El itinerario avanza por la arista sur, pasando por varios puntos donde será necesario valerse de ambas manos para trepar. Llegaron a las primeras cuerdas fijas justo al cabo de una hora de iniciar la subida.

—Si sufres vértigo esta no es tu montaña —dijo Hans alegremente mientras se paraba en un pequeño repecho rocoso para beber un buen trago de agua de su cantimplora.

—Estas cumbres son impresionantes. Desniveles brutales en pocos minutos y junto al mar —comentó Maria.

—Es algo parecido a Noruega, en las islas Lofoten tenemos muchas cumbres que podrían resultar similares, como el Reinebringen por ejemplo —añadió Tom.

—Suerte que el sol nos acompaña, no ha llovido y la temperatura es muy agradable. Con lluvia o nieve la subida puede resultar realmente peligrosa, ahora entiendo por qué muchos guías de montaña la desaconsejan —dijo Maria.

—¿Os gusta Juego de Tronos? —preguntó Thomas.

—A mí me encanta —respondió Maria—, pero a Hans le aburre un poco.

—Lo digo porque el Kirkjufell aparece en la serie.

—Sé que se han rodado muchos capítulos en Islandia, pero ahora no caigo, échame un cable —dijo Maria.

—El Kirkjufell se convirtió en una localización de la serie en el capítulo donde se explica cómo los Hijos del Bosque crean a los Caminantes Blancos. La célebre montaña también aparece en la séptima temporada, estrenada en 2017, cuando Jon Nieve y su séquito viajan más allá del muro —detalló Thomas.

—¡Menuda panda de frikis! —dijo Hans sonriendo.

Tras una hora y cuarenta minutos de subida, los tres montañeros llegaron a la cumbre. Los hielos del Snaefells y sus cumbres cercanas brillaban hacia el suroeste. Hacia el norte, el enorme fiordo de Breidafjörður dejaba entrever las tierras del norte. A sus pies, Grundarfjörður y su bahía parecían estar dibujados sobre un lienzo salpicado de colores muy llamativos. Tardaron aproximadamente una hora y media en descender, comprobando dos veces donde pisaban. Una vez dejaron atrás el Kirkjufell, los tres montañeros regresaron al parking junto a la cascada Kirkjufellsfoss y en menos de media hora cenaban opíparamente en la cocina del camping de Ólafsvik. Solo había tres tiendas más y dos autocaravanas, poca gente para el mes de junio. Disfrutaron de una sobremesa muy tranquila durante la que compartieron mil y una anécdotas de sus viajes a lo largo y ancho del planeta. Tras vaciar dos teteras, se despidieron cordialmente, la pareja se instaló en su autocaravana y Tom en el interior de su tienda. Las luces del camping parpadearon ligeramente, para volver a la normalidad en pocos segundos. Era la segunda bajada de tensión en menos de una semana, pero de momento, ningún aparato electrónico se había visto afectado.

Aquella noche, iluminada por la luz baja del sol eterno, al noruego le costó conciliar el sueño. Las imágenes del accidente en Suiza volvieron a nublar su mente, su vida seguía sumida en un caos que todavía no podía controlar. Pensó en Aase, pensó en la vida que podía tener y que no tenía, recordó los veranos en las islas Lofoten, en los Alpes, en tantas y tantas ciudades, pueblos y paisajes que habían descubierto juntos… La melancolía, la nostalgia y el deseo de olvidar ciertos pasajes de su vida se apoderaron del joven noruego. El recuerdo fugaz del pasado reciente que había vivido junto a ella le ayudó a caer dormido plácidamente dentro de su saco de plumón.

II

Arnarstapi

Lunes, 26 de junio de 2023

A primera hora de la mañana, Thomas se levantó, se dio una buena ducha con agua caliente y tras recoger su saco de dormir y su tienda, desayuno en la cocina-comedor del camping en Ólafsvik. Se despidió de Hans y Maria y, con la mochila a su espalda, el noruego caminó durante unos diez minutos hasta la parada del autobús. Esperó su llegada disfrutando del sol, del olor a sal y de una temperatura muy agradable que rondaba los 14-15 grados centígrados.

El recorrido hasta la pequeña aldea costera de Arnarstapi recorre toda la costa noroeste de la península del Snaefells, rodeando la inmensa cumbre helada por el flanco oeste. Los pequeños autobuses solo realizan el trayecto desde Ólafsvik a Arnarstapi, llegando desde el norte, nunca desde el sureste. La pequeña carretera que bordea la costa sur de la península no está cubierta por el transporte público islandés. Justo al salir de Ólafsvik el autobús dejó a mano izquierda la cumbre del Enni, un promontorio de 419 m y atraviesa una zona con agua a ambos lados de la carretera y una vegetación espectacular que cae en picado a través de una inmensa pared de roca. Cerca de Rif, la carretera atraviesa una zona desolada, dejando a la izquierda un pequeño aeropuerto y el desvío hacia la impresionante cascada de Svödufoss. Al salir de Rif, el autobús dio un giro hacia el sudoeste y bajó hacia Helissandur.

Tom observó una enorme antena de radio, rodeada de un enjambre de pequeñas antenas dentro de un área vallada.

—Disculpe, ¿puede decirme que hay dentro de ese complejo lleno de antenas? —preguntó a la joven conductora. El hecho de ser el único pasajero del día tenía sus ventajas.

—Según me han explicado es un centro de investigación propiedad de una corporación internacional donde varios países han invertido grandes cantidades de dinero. También he oído algo sobre energía electromagnética, pero hace tan solo dos meses que estoy realizando esta ruta y no recibo mucha información, casi no veo la televisión. Ya sabes cómo son estas cosas, vallas, cámaras y prohibido el paso, todo muy siniestro ¿verdad? Pero en general hay poco movimiento, la zona está muy tranquila, aquí vive muy poca gente —explicó la joven.

—Es realmente enorme —dijo Tom, esbozando una sonrisa torcida.

—La antena más alta la instalaron los americanos, el resto se ha ido añadiendo a posteriori. Y si, tiene un aire un tanto siniestro —

contestó la conductora sonriendo.

—No se ve movimiento —apuntó Tom.

—Hoy en día estas cosas funcionan casi de forma automática, como la mayoría de instalaciones de este tipo y algunas explotaciones mineras en Islandia. Vienen, compran el terreno o se lo alquilan al gobierno, construyen, colocan cuatro sensores y cuatro cámaras y aire. No conozco a nadie que sepa lo que puede haber ahí dentro exactamente, mi familia y mis amigos viven en Seydisfjörður, en la otra punta de la isla —explicó ella.

—Es una lástima, todo este enjambre de antenas rompe la magia del paisaje —dijo Tom.

—Sí, pero los de arriba nos dirán que es el futuro, que tenemos que estar preparados para evolucionar, que todos los cambios implican sacrificios, bla, bla, bla... Luego la gente formula preguntas y nunca obtienen respuestas. El mundo de la política es igual en todo el mundo.

—Estoy totalmente de acuerdo —apuntó Thomas.

—En breve los coches y los autobuses funcionarán sin conductor y yo me quedaré sin trabajo.

—Ya existen vehículos automáticos sin conductor —añadió Tom.

—¿Lo ves? Me estás dando la razón —contestó la joven.

El sol brillaba con fuerza y la intensidad del cielo azul permitía disfrutar de una jornada perfecta en el noroeste de Islandia. La conductora le confesó que pocas veces había visto en la península del Snaefells una meteorología tan benigna. El pequeño vehículo siguió bajando por la carretera adentrándose en el Parque Nacional de Snaefellsjökull. Tom observó el glaciar del Snaefells, con su cumbre característica y sus coladas de lava cayendo hacia el océano. Dejaron atrás el desvío a Djúpalónssandur a la derecha y pasaron junto a la cueva de Vatnshellir. Tom observó a lo lejos el faro de Malarrif, blanco como la nieve, y el centro de visitantes de Gestastofa, el punto más meridional de la península de Snaefells. A pocos metros, pudo ver claramente los pilares de roca de la punta de Lóndrangar y a partir de este momento, sin prisa, pero sin pausa, el minibús inició la subida hacia el noreste. A mano derecha dejaron el desvío hacia el pequeño aeródromo de Dagverðará, con una antigua mansión en ruinas y al cabo de unos kilómetros pasaron junto al célebre monumento natural de Bárðarlaug, con su piscina natural. Dejaron atrás el desvío hacia Hellnar y llegaron a Arnarstapi, final del trayecto.

Tom bajó del minibús, se despidió de la conductora, se colocó su mochila y esbozó una amplia sonrisa. Se sentía feliz pensando en cómo había tomado el control sobre su vida, dejando a un lado el pasado, lleno de claroscuros. Islandia es un destino ideal para ponerse a prueba uno mismo, para encontrarse, para pasar página o

simplemente, para alejarse de la rutina.

El joven noruego tenía ganas de descubrir el paisaje que rodea el pequeño puerto de Arnarstapi subiendo hasta uno de los promontorios que había visto en varias fotografías, cerca de un majestuoso arco de piedra basáltica que se levanta insigne frente las frías aguas del océano Atlántico. Mientras bajaba hacia el mar, el noruego se cruzó con dos hombretones altos y rubios, de mediana edad, acompañados por dos mujeres de melena rubia y dos niños pequeños que correteaban arriba y abajo perseguidos por varias aves en vuelo rasante. «Los primeros turistas de la temporada», pensó. Una vez llegó al diminuto puerto, subió hasta una pequeña loma herbosa desde donde se divisaba un paisaje de cuento, inspiró una bocanada de aire purísimo, miró a su alrededor y se dejó llevar por la magia del momento. Se encontraba en una de las zonas de mayor belleza de toda la isla, contando con pocos turistas debido a la época del año. Sabía que a mediados de julio y durante todo el mes de agosto Islandia recibía el grueso de la masa turística que año tras año llenaba carreteras, campings y hoteles. Podía considerarse una persona afortunada: a mediados de junio todavía se podía disfrutar de Islandia con relativa tranquilidad.

El sol seguía bañando Arnarstapi, pero la niebla, la lluvia y el viento suelen aparecer en Islandia cuando uno menos se lo espera y por la experiencia acumulada a lo largo del tiempo, Tom resolvió que había llegado la hora de buscar el camping de Arnarstapi cuanto antes. No veía el momento de plantar su tienda, extender el saco y dar un buen paseo por los alrededores de la pequeña aldea costera. En el mapa se mostraba claramente el camping situado justo en la entrada de la población, bajando tan solo unos metros por la calle principal, desde el cruce con dirección al mar, unos metros a mano izquierda.

Mientras buscaba su ubicación, Tom descubrió dos paneles informativos dedicados a la obra Viaje al centro de la Tierra de Julio Verne, publicada en 1864. Por un momento recordó su infancia, cuando había leído las obras completas de Verne, un autor por el que tenía cierta predilección. El Snaefells es el volcán por donde entraron el profesor de mineralogía alemán Otto Lidenbrock, su sobrino Axel y Hans, antiguo cazador de eíderes, reconvertido en guía islandés contratado por Lidenbrock para emprender el viaje al centro de la Tierra. Una sonrisa burlona se dibujó en el rostro de Tom. Pensó que Julio Verne, al igual que muchos escritores de su generación, no había viajado hasta la localización geográfica donde se sitúa la acción de una de sus obras más queridas, ignorando por completo, tal y como le sucedió al bueno de Bram Stoker cuando escribió Drácula, la geomorfología del entorno.

En Viaje al centro de la Tierra, Julio Verne describe el Snaefells como un inmenso volcán rocoso de complicado acceso, en cuya cumbre el alquimista islandés Arne Saknussemm dejó grabado un mensaje en una roca, que serviría de pista para que Lidenbrock y compañía lograran entrar en el interior del volcán. Si el escritor francés hubiera viajado hasta el Snaefells, se hubiera percatado de la inmensa capa de hielo que cubre desde hace siglos no solo la cumbre, sino una buena parte de la montaña, siendo necesarios el piolet, la cuerda y los crampones para poder hollar la cima de forma práctica y segura.

En los tiempos de Julio Verne el hielo y la nieve cubrían casi todo el macizo, hasta muy cerca del mar. Habría sido imposible para los protagonistas alcanzar la cumbre sin el equipo adecuado. Thomas observó la capa de nieve que se extendía por toda la montaña y parte de los alrededores de Arnarstapi, pensando por un momento en la travesía hasta Ólafsvik.

El noruego regresó al siglo XXI. Aquel instante podía resultar muy bucólico y nostálgico, pero allí no había ningún camping. En su lugar, una enorme explanada de hierba verde recordaba al visitante su antiguo emplazamiento, con un cartel bien visible en la entrada del recinto que rezaba: «Estamos trabajando durante dos semanas en el nuevo camping de Arnarstapi, modernizando las instalaciones, canalizaciones y la red eléctrica. Rogamos disculpen las molestias».

Sin camping, solo quedaban dos opciones: acampar por libre en algún rincón alejado de miradas indiscretas o dormir en uno de los bungalós de los tres establecimientos hoteleros del pueblo. Decidió que pasaría por lo menos un día disfrutando de la magia de Arnarstapi acampando por los alrededores. Al atardecer, los rayos del sol empezaron a ocultarse tras la niebla que comenzaba a caer en picado sobre la costa. Tom observó cómo la cumbre del inmenso Stapafell, la mole rocosa de origen volcánico que se levanta imponente 526 metros por encima del mar, comenzaba a desaparecer oculta por una fina cortina gris. Con su mochila a la espalda, buscó una buena localización para instalar su pequeña tienda de campaña. Al cabo de unos minutos, un sonido intenso y agudo le sorprendió justo antes de llegar al puerto. Se detuvo unos minutos para poder disfrutar de la visión idílica de un puñado de casitas de madera con techos de cuento, rodeadas de una extensión de hierba verde, fresquísima, que invitaba a retozar en ella, como en los cuentos. Observó una pareja de recién casados con su fotógrafo particular posando junto a una de las casas, con el mar y el paisaje bucólico dibujando un marco incomparable, de película. La policromía era bellísima y la composición de la escena, perfecta.

El sonido agudo le volvió a sorprender. Levantó la vista hacia el cielo y evitó un picotazo en la cabeza gracias a sus reflejos, lanzándose al suelo instintivamente. Un grupo de aves con actitud agresiva revoloteaban a pocos metros, graznando sin parar. Contó una seis volando muy bajo en perfecta formación, como un escuadrón de cazas militares iniciando un ataque. Retrocedió rápidamente, protegiéndose la cabeza con las manos hasta llegar a un pequeño monumento situado a pocos metros.

Junto a la pequeña construcción observó que había dos niños jugando con una cometa y junto a ellos, una mujer de unos cuarenta años, probablemente su madre, se encontraba leyendo sentada en un banco de madera. Tom se fijó en el título del libro que la mujer tenía en sus manos, era una edición inglesa de las obras del escritor islandés Halldór Laxness, ganador del Premio Nobel de literatura. Él también había leído Independent People, una novela fascinante donde se narra con sumo detalle y precisión aspectos de la vida en Islandia, profundizando en el día a día de sus habitantes, en las tradiciones y en mil y un detalles que suelen pasar desapercibidos. Tom se acercó hasta llegar a unos dos metros de la mujer.

—¿Habla usted inglés? —preguntó.

—Sí, un poco —dijo ella mirándole fijamente.

—¿Qué les ocurre a los pájaros? —preguntó sin esconder el miedo en su rostro.

—Son skúas, pájaros grandes, vuelan muy bajo. Los skúas vigilan que nadie se acerque a sus nidos, suelen defender su territorio con bastante agresividad.

—Sí, ya lo veo —comentó Thomas.

—Hemos aprendido a convivir con ellos. Suelen poner tan solo dos huevos de mayo a junio. Durante el cortejo, las parejas descienden en círculos sobre el punto de cría y, una vez en tierra, realizan una ceremonia de saludo. El skúa pasa la mayor parte del año en alta mar, asentándose en tierra sólo para criar —añadió ella.

—Por un momento pensé en el filme de Hitchcock, con un montón de pájaros picoteando cabezas en Bodega Bay, ¿se acuerda? —preguntó el joven noruego esbozando una sonrisa.

—Más de un turista se ha llevado un buen susto —dijo la mujer con seriedad, sin responder la pregunta.

—Tendré cuidado, son realmente peligrosos. Gracias por la información.

—El ser humano es mucho más peligroso, nosotros somos la especie invasora, no lo olvide —dijo ella.

Tom dudó por un instante. No sabía qué le producía más miedo, si las aves enfurecidas que sobrevolaban su cabeza o la expresión y la mirada gélida de aquella mujer de edad indefinida. El joven noruego

decidió instalar su tienda alejándose del guesthouse y las dos autocaravanas que habían aparcado a lo largo de la pequeña calle principal. Bajó caminando a buen paso hacia la costa y se instaló en el primer rellano herboso que encontró fuera del camino hacia Hellnavik. Las cuatro gotas de lluvia que empezaban a caer no le molestaron en absoluto y una vez dejó en el interior de la tienda su mochila y las botas de montaña, se calzó unas cómodas zapatillas de running con Gore-Tex y se colocó la capucha de su chaqueta impermeable. Bien equipado, salió con la intención de dar un buen paseo por Arnarstapi antes de cenar. Dejó el puerto a mano derecha, observando las curiosas formaciones rocosas rebozadas literalmente en hierba fresca de un color verde intenso. El puerto natural de Arnarstapi convirtió a la pequeña aldea en un lugar de cierta relevancia histórica según rezan los escritos de la Saga de Bárðar Snaefellsáss. Entre los siglos XVI y XVIII, la corona danesa estableció un puesto comercial con derechos de monopolio sobre el comercio de toda la región. De aquella época han sobrevivido algunos edificios históricos, pero tal y como Thomas pudo comprobar, el auténtico atractivo del lugar reside en su espectacular costa, llena de peculiares formaciones volcánicas fruto de las erupciones del Snaefells.

La lluvia amainó y tras una buena caminata, el joven noruego enfiló la calle principal llegando hasta la puerta del restaurante Arnarbaer, un simpático y bucólico establecimiento que le habían recomendado varios compañeros de aventuras en sus respectivas cuentas de Instagram y en YouTube. En el Arnarbaer sirven marisco y pescado fresco, una sopa de langosta realmente exquisita, estofados, pizzas caseras y parrilladas de carne. El edificio parece salido de un cuento de Andersen y está inspirado en las antiguas granjas nórdicas, con las puertas y ventanas pintadas de blanco. El tejado de las dos casitas que forman el establecimiento está cubierto por una espesa capa de hierba fresca de un color verde intenso.

Thomas disfrutó de una sopa de langosta y de un plato de carne exquisitos, acompañados por un buen plato de patatas asadas con salsa de eneldo. Mientras su chaqueta se secaba junto a una de las ventanas, revisó en su mapa varios detalles a tener en cuenta para los próximos días. Su intención era ir a dormir temprano para salir lo antes posible hacia Hellnavik (Hellnar, según el mapa de Tom) y realizar un pequeño trekking circular por los alrededores. También quería subir hasta la cumbre del Stapafell, la enorme mole que se levanta por encima de Arnarstapi. Al acabar de cenar, la propietaria del establecimiento se presentó. La señora Hnallthora era una mujer de unos sesenta años, de estatura media, ojos verdes y cabello largo. Las canas todavía no habían logrado esconder que antaño había sido rubia. Su tez era pálida, con las arrugas características de quienes

viven en zonas frías. La mujer preguntó al joven aventurero de dónde procedía.

—Soy noruego. Este era uno de los viajes que tenía en mente desde hace mucho tiempo, era una asignatura pendiente.

—¿Viajas solo? —preguntó la señora.

—Sí, me gusta viajar solo —contestó Tom.

—Al ser noruego tendrás experiencia en alta montaña o en entornos salvajes ¿verdad? —preguntó la señora Hnallthora.

—No solo por el hecho de ser noruego, sino porque desde que era tan solo un niño me he criado en la montaña. He estado en muchos países, pero me faltaba Islandia y de momento lo encuentro fascinante —explicó Tom. - Vivo viajando la mayor parte del año, me gusta escalar, esquiar, descubrir culturas y escribir sobre ello. En general, podría decir que no me puedo quejar, pues he logrado vivir haciendo lo que más me gusta —añadió el noruego.

—¿Tienes un blog? Eres… ¿cómo lo llaman ahora? ¿Un influencer? —preguntó la mujer sin ocultar una pizca de sarcasmo en su voz.

—No, no me considero un influencer ni un youtuber. Soy una especie de divulgador cultural, de comunicador. En Noruega soy bastante popular, me apasiona escribir, colaboro con varias revistas y medios de comunicación, pero no soy un influencer, es una palabra que no soporto.

—¿Eres periodista? —preguntó la señora.

—No —contestó Tom—. Tengo una página web, es bastante técnica y no la llevo yo, la lleva mi compañera, bueno, ahora mismo excompañera.

—Me considero alguien que tiene la suerte de poder vivir de su pasión por la montaña —contestó Tom amablemente.

—Así pues, eres un aventurero famoso, vaya, vaya. Otro aprendiz de estrella que viene a Islandia en busca del sentido de la vida —dijo la señora Hnallthora.

—Podría ser una buena definición, no lo niego —comentó Thomas.

—En Arnarstapi nos gusta la autenticidad, vivimos bastante apartados de la estupidez que rodea al mundo actual.

—La envidio —añadió Tom.

—No hay nada que envidiar, puedes estar seguro. No es oro todo lo que reluce. —dijo la señora Hnallthora mirándole fijamente. La respuesta sorprendió a Tom. Ella esbozó un intento de sonrisa y entró en la cocina con cargando varios platos.

En el Arnarbaer acababan de iniciar la temporada de verano, pero en aquel momento tan solo había un par de clientes en su interior. Uno de ellos se acercó a Tom ofreciéndole conversación. Ragnar Sigurdsson era un hombre alto e imponente entrado en años. Su

enorme mata de cabello largo había adquirido con el paso del tiempo un color blanco intenso, su rostro curtido denotaba experiencia y la barba blanca bien recortada le aportaba un cierto aire aristocrático. Era una mezcla entre Donald Sutherland y Rade Šerbedžija, pensó Tom. El curtido islandés se sentó junto al joven noruego y pidió una Ölvisholt Brugghús Lava, una de las mejores cervezas de Islandia, artesanal del estilo Smoked Imperial Stout, con una textura marrón gruesa y un sabor dulce con un toque de chocolate y malta tostada. El viejo Ragnar la adoraba. El islandés preguntó al muchacho si deseaba una, pero Tom declinó la invitación amablemente.

—Admiro la paciencia y la capacidad de concentración de los escritores. Este eres tú, ¿verdad? —preguntó el veterano Sigurdsson señalando hacia una pequeña estantería llena de libros situada justo detrás de él.

Ragnar se giró y mostró el noruego dos libros, El Silencio de la montaña y La niebla del alba, cuyo autor, Thomas Rake tenía justo delante.

—En Noruega he publicado varios libros de viajes, un par de ensayos y cuatro novelas, la mayoría están a la venta en Internet en noruego. Algunas de mis obras también pueden leerse en inglés, francés, italiano, danés, islandés y sueco. También he escrito varios guiones para la televisión, me siento muy cómodo trabajando en programas de divulgación cultural —explicó el joven noruego.

—El de la niña en el orfanato nazi me sorprendió gratamente, La niebla del alba es una obra notable, muy madura. Como puedes ver, he leído algunos de tus libros, ¡ya decía yo que me sonaba tu cara! A mi esposa El Silencio de la montaña le pareció muy interesante, fue uno de los últimos libros que leyó antes de morir —dijo Ragnar.

—Lamento mucho la pérdida.

—Fue hace tiempo, me he acostumbrado a vivir solo —explicó Ragnar.

—De algún modo, me encanta descubrir que mi obra ha llegado hasta Arnarstapi.

—Me encanta descubrir que mi obra ha llegado hasta Arnarstapi.

—¿Cuándo tienes pensado regresar a tu hogar? —preguntó Ragnar.

—El próximo domingo. Tengo el vuelo el uno de julio por la noche —contestó Tom—. Mi intención es pasar varios días por la zona.

—¿Y qué tienes pensado hacer por aquí?

—Mañana me gustaría descubrir el sendero que recorre el campo de lava hasta Hellnar y realizar una subida exprés al Stapafell para entrenar. El jueves subiré a la cumbre del Snaefells y si me da tiempo, me gustaría realizar la travesía hasta Ólafsvik. El sábado alquilaré un vehículo o tomaré el bus por la mañana para regresar a Reykjavík. Me gustaría tener el domingo libre para ir tranquilamente hacia el

aeropuerto, visitando Grindavík por la mañana —explicó el noruego.

—Interesante, muy interesante. Lo tienes todo perfectamente calculado, bien planificado, pero no olvides lo más importante: respirar y dejar que el paisaje te seduzca. Los jóvenes de hoy en día vais a todas partes corriendo, es algo que nunca entenderé. En mis tiempos tardábamos varios días en llegar a una cumbre o en escalar una pared —dijo Ragnar mientras daba un buen sorbo a su cerveza—. La excursión hasta Hellnar es preciosa y si tienes tiempo, puedes acercarte a los acantilados de Lóndrangar, donde verás un par de espectaculares agujas de roca muy escarpadas —propuso Ragnar.

—¿Parecidas a las de Vik y Reynisfjara? —preguntó Tom.

—Son diferentes, estas no emergen de las aguas, están situadas encima del acantilado. Tienen 75 y 61 metros, es un paisaje realmente espectacular, donde te das cuenta del poder y la fuerza de la naturaleza —explicó el islandés.

—Con tantos detalles interesantes me ha convencido, mañana daré un buen paseo por la costa. Si es necesario, aplazaré mi subida al Stapafell —afirmó el joven noruego.

—Puedes acercarte a la cumbre del Stapafell cuando subas al Snaefells —sugirió Ragnar—. Te viene de camino. ¿Tienes un mapa? —preguntó Ragnar.

—Sí, aquí lo tengo —contestó Tom sacando de uno de los bolsillos de su chaqueta la nueva edición revisada del mapa topográfico número 10 de la colección Sérkort.

—Si subes por la pista que parte a pocos kilómetros de aquí, hacia el este, llegarás a un collado en la cara norte desde donde podrás subir hasta la cumbre del Stapafell —dijo Ragnar abriendo el mapa encima de la mesa—. Si estás en forma, en menos de una hora estarás arriba. La ascensión por las rocas es muy divertida… si no llueve. El agua y la humedad se han cargado a más de uno —explicó Ragnar Sigurdsson.

Ambos mantuvieron una animada conversación analizando el mapa topográfico dedicado a la península del Snaefells. También conversaron sobre Islandia, la situación del país tras la gran crisis del 2008, el auge del turismo y peculiaridades culturales que a Tom le resultaron harto interesantes. Tenía material para preparar uno o varios reportajes sobre temas que podían resultar de sumo interés. Ragnar le explicó con cierto pesar, que desde el año 2012 hasta 2019, el crecimiento de la industria del turismo en Islandia representó aproximadamente el 60% del crecimiento del PIB (producto interior bruto) del país. Durante el verano de 2018 Islandia superó el millón de visitantes, alarmando a una parte de la población que, al igual que la señora Hnallthora, pensaban que el turismo descontrolado acabaría con la autenticidad y la magia de la isla. Ragnar se interesó por el

viaje de Tom y por las actividades que había programado en la península del Snaefells. El veterano islandés había realizado varias ascensiones de cierta dificultad a las principales cumbres de Islandia y no tuvo ningún inconveniente a la hora de aportar información que pudiera resultar útil.

Ragnar le explicó por dónde subir y como llegar a la cumbre del Snaefells de forma segura evitando las máquinas ratracks, que suben a los turistas por el glaciar. También hablaron sobre las grietas, el grosor del hielo y del calentamiento global, que afecta al glaciar del Snaefells de un modo alarmante.

—¿En qué estado se encuentran los principales volcanes de la isla? —preguntó Tom—. En esta zona he leído que hay volcanes más pequeños junto al Snaefells, pero no presentan actividad.

—Estamos rodeados, en las tierras bajas del Parque Nacional se encuentran varios volcanes pequeño tamaño como el Purkhólar, Hólahólar, Saxhólar y el Öndverðarneshólar —explicó Ragnar —de momento están muy tranquilos.

—Todavía recuerdo el caos aéreo que originó la erupción del Eyjafjallajökull en 2010, y si no me equivoco, el año pasado tuvisteis una pequeña erupción cerca de la capital —comentó Tom.

—Estamos preparados para este tipo de erupciones, por aquí hemos vivido situaciones peores —dijo Ragnar.

El islandés explicó que, a lo largo del mes de abril de 2010, varias autoridades mundiales recomendaron al gobierno islandés que empezaran a prepararse para una eventual erupción del volcán Katla, puesto que, según ellos, la erupción del Eyjafjallajökull fue tan solo un «pequeño ensayo», y afirman que la erupción del Katla está cada vez más cercana.

—¿Siguen trabajando en el campo de la investigación geotérmica? —preguntó Tom.

—En Islandia el agua caliente es nuestro tesoro nacional. ¿Has oído hablar de la planta de energía geotérmica de Hellisheidi? —preguntó Ragnar. Tom negó con la cabeza.

—Bombeaba agua calentada a partir de rocas volcánicas que hacían funcionar las turbinas, el proceso de producción de energía emitía 40.000 toneladas de CO2 al año, era un desastre a nivel ecológico. Por ello, a partir de 2012, la planta inició el proyecto CarbFix mezclando 250 toneladas de gases con agua bombeada desde abajo y sulfuro de hidrógeno. El resultado se inyectó en el basalto volcánico que se encontraba a una profundidad de entre 400 y 800 metros.

—¿A qué te refieres con lo de engañar a la naturaleza? —preguntó Tom.

—Al estar la roca expuesta al CO^2 y al agua, se produjo una serie

de reacciones químicas y finalmente el carbono se convirtió en un mineral calcáreo blanquecino. Este proceso podría haber tardado cientos o miles de años en la mayoría de las rocas, según estudios anteriores. Sin embargo, en las rocas volcánicas debajo de la central, el 95% del carbón inyectado se solidificó en menos de dos años. Creo que alguien está intentando engañar a la madre naturaleza —explicó Ragnar.

—Lo que no podemos negar es que sois uno de los países que más investiga en el campo de las energías renovables —comentó Thomas.

—Es cierto, mi padre fue uno de los pioneros en ese campo —dijo Ragnar.

—Vive usted en un auténtico paraíso científico, artístico y cultural. Sin olvidar la montaña, donde la isla entera es un estadio sensacional perfecto para poder practicar deportes al aire libre —comentó Thomas.

—En Islandia la montaña puede llegar a ser muy traicionera, aquí nunca hay que bajar la guardia, cada año mueren varios turistas por culpa de su estupidez. Has tenido mucha suerte de poder subir hasta lo más alto de la isla sin problemas —comentó el islandés seriamente.

—Tengo experiencia, he visto mucho hielo en mi vida y recorrido bastantes glaciares, pero tengo que reconocer que los de aquí son espectaculares —apuntó Tom.

—Islandia en sí misma es espectacular, pero vosotros tenéis las islas Svalbard, con glaciares que compiten con los nuestros —reconoció Ragnar.

—Subir volcanes cubiertos de hielo es algo que no hago muy a menudo. Recuerdo el Etna, en Sicilia; fue una ascensión muy interesante —explicó Thomas.

—Islandia no es Italia, aquí el tiempo es algo que puede llegar a destrozar al más valiente —dijo Ragnar.

—Solo deseo que la meteorología no me falle y me acompañe como hasta ahora —añadió Tom.

—A lo largo de mis setenta y tres años he vivido tormentas realmente espeluznantes en Islandia, en Groenlandia, en medio del Atlántico y en varios países de Europa —comentó el veterano islandés.

Cuando Ragnar pidió su segunda Ölvisholt Brugghús Lava, el noruego miró la hora en su reloj de pulsera, había llegado la hora de regresar a la comodidad de su pequeña tienda y al confortable interior de su saco de dormir. La conversación era muy interesante, pero quería retirarse temprano. Mientras Thomas se preparaba para salir, la señora Hnallthora se acercó a la mesa.

—Déjalo, no creo que sea de los nuestros —le espetó a Ragnar mientras retiraba los vasos vacíos de la mesa y colocaba encima de la mesa la nueva jarra de cerveza para el veterano islandés—. Al

muchacho no le interesan tus batallitas. —añadió.

—Podrías ser un poco más amable con tus clientes, el muchacho es un escritor famoso, toda una celebridad en Noruega. ¡Tienes dos libros suyos en tu restaurante y ni siquiera los has leído! —le recordó Ragnar.

—Seguimos intentando engañar a la naturaleza, perforamos el suelo que pisamos, nos llenamos de turistas que no respetan el entorno y nos vendemos por un puñado de coronas… La montaña nos escucha, los bosques, los glaciares, todo lo que nos rodea está lleno de vida y nosotros nos creemos superiores, destrozando aquello que llegó mucho antes que nosotros. ¿Y encima quieres que sonría? —preguntó la señora Hnallthora.

Ragnar fingió ignorar las últimas palabras pronunciadas por la propietaria del Arnarbaer y regresó a la conversación que estaba manteniendo con Thomas Rake.

—¿No quieres beber nada? —prueba alguna de nuestras cervezas, son muy buenas —le propuso.

—Ha sido usted muy amable al darme tanta información, he disfrutado de la conversación —dijo Tom declinando de nuevo la invitación.

—No me hables de usted, que no soy tan viejo —dijo Ragnar.

—Hoy Ragnar está sobrio, espero que no lo veas nunca borracho como una cuba —comentó la señora Hnallthora en voz alta desde la puerta de la cocina.

—Espero poder disfrutar de su hospitalidad en otra ocasión, su crema de langosta es excelente, de las mejores que he probado en mi vida —comentó Thomas.

Ragnar se acercó a Thomas, bajando la voz para que nadie más los pudiera escuchar.

—Disculpa a la señora Hnallthora, tiene mal carácter, pero en el fondo es una buena mujer y de algún modo, estoy de acuerdo con lo que dice, pero de vez en cuando, creo que es bueno que alguien le recuerde lo que significa trabajar de cara al público. Está acostumbrada a tratar con turistas, pero tú eres diferente, tú tienes algo que muchos no tienen…alma, personalidad. Buscas la autenticidad en las cosas que haces, en la vida; es algo que valoro positivamente. Me recuerdas a alguien que conozco muy bien, con unos treinta años menos…

—Procuro aprender de mis errores —afirmó Tom.

—Ya sabes lo que suele ocurrir en los pueblos y aldeas con poca gente, todo el mundo se conoce, todos tenemos nuestras historias y un pasado —dijo Ragnar mostrando algo que podía parecer una sonrisa.

Tom también sonrió, pero algo en su interior se removió al observar como la señora Hnallthora, el hombre que estaba junto a ella

y parte de los empleados le miraban desde la puerta de la cocina con la misma expresión. Todos juntos formaban un grupo un tanto siniestro, la sensación era muy extraña, aunque en ningún momento llegara a sentirse amenazado. De algún modo se sentía observado o analizado, por tal motivo, resolvió pagar la cuenta y despedirse educadamente de la propietaria del Arnarbaer y de Ragnar. Al salir observó que la lluvia había amainado y un tímido sol se abría paso entre la niebla. Las noches blancas tenían muchas ventajas y una de ellas era que podías alargar al máximo un trekking o una ascensión sin correr el peligro de quedarse a oscuras. Evidentemente, la sensación de cansancio también aumentaba, pero el poder alargar una jornada en alta montaña durante casi todo el día siempre le había resultado fascinante, algo que en los Alpes o en el Himalaya era impensable. Su primer día en Arnarstapi había sido un éxito, descubriendo detalles sobre Julio Verne, la cultura islandesa y la gastronomía local que le fascinaron. Dormir junto al arco de piedra con el sonido del mar de fondo, era una experiencia que no vivía todos los días. El joven noruego preparó su mochila a conciencia, sacando los crampones, el piolet, la cuerda y los bastones telescópicos. Para la excursión no necesitaría cargar con tanto peso, solo llevaría lo necesario para cruzar varias coladas de lava. Contestó varios mensajes en su teléfono móvil, reviso sus cuentas en Facebook, Twitter e Instagram y al cabo de unos minutos, el sueño le atrapó.

Era su primera noche en Arnarstapi.

III

Suiza

Un mes antes

El Spitalzentrum Oberwallis es uno de los hospitales más antiguos de los Alpes. Se encuentra situado en el número 14 de la Ueberlandstrasse, muy cerca de la estación de ferrocarril de Brig. Fundado en 1908, cuenta con varias alas, la mayoría de reciente construcción. La modernización y ampliación del hospital permitió ofrecer un mejor servicio a los pacientes, convirtiéndose junto al hospital de Sion, en uno de los más avanzados del sur de Suiza. En una de las habitaciones de la segunda planta, Thomas Rake apuraba un bol de muesli. Eran las ocho de la mañana, hora del desayuno. La enfermera volvió a entrar en la habitación, esta vez con un zumo de naranja.

—Veo que se encuentra usted mucho mejor, tiene buen aspecto. No es mi deseo adelantarme a los acontecimientos, pero creo que hoy la doctora Imesh le dará el alta —dijo aquella enfermera que le atendía desde hacía varios días.

Thomas Rake, Tom para los amigos, había nacido en Bergen el 31 de mayo de 1987 y era el único hijo fruto de la unión entre Audun Rake, profesor de ciencias de la Universidad de Bergen, y María Garbizu, una eminente doctora en física de origen vasco. Ambos se habían conocido en Oslo durante un viaje universitario y la combinación perfecta de inteligencia, ingenio, atracción y pasión por la naturaleza y la montaña hizo el resto. La infancia y adolescencia de Tom transcurrió a caballo entre Bergen, Stavanger, Narvik, Tromsø y el País Vasco, arropado por valles verdes, cumbres, glaciares, lagos y fiordos. El esquí, el alpinismo y la escalada se convirtieron en su válvula de escape, ya que nunca le gustó demasiado estudiar. Se matriculó en la Universidad de Oslo, pero no llegó a terminar los estudios superiores de química. Tal y como declaró uno de sus profesores, «Thomas nunca se sintió cómodo en la facultad de matemáticas y ciencias; su aula era la montaña».

Un lamentable acontecimiento marcaría un antes y un después en la vida de Thomas Rake: la muerte de sus padres en un accidente de automóvil. Audun y María fueron arrollados por un camión que no pudo frenar a tiempo debido al hielo sobre el asfalto, cerca de la estación de esquí de Trysil, a comienzos del año 2007. El fatídico accidente dejó huérfano a Thomas con 20 años. El joven noruego no

tuvo más remedio que organizar su vida en torno a si mismo, aliviado por una generosa herencia que le permitiría no tener que trabajar en lo que se entiende como un oficio tradicional durante mucho tiempo. Tras el fallecimiento de sus padres, Thomas alquiló la magnífica villa familiar en Bergen a una pareja muy agradable con cuatro hijos adolescentes, y se quedó con un pequeño estudio para poder dormir y cocinar.

Durante varios veranos disfrutó de la comodidad de la casa que la familia de su madre poseía en el País Vasco. Era una preciosa construcción de piedra y madera situada a pocos kilómetros de San Sebastián. La familia Rake-Garbizu siempre había disfrutado de la montaña con pasión. La escalada, el esquí y el alpinismo, junto al ciclismo y el senderismo, eran los deportes familiares por excelencia. Tom se lanzó a descubrir el mundo que le rodeaba, viajando por todo el planeta. Poco a poco se labró cierta fama como comunicador, convirtiéndose, con el paso de los años, en un viajero y un alpinista muy mediático. Fueron varias las propuestas televisivas, llegando a colaborar semanalmente en un programa y, con la eclosión de las redes sociales, pronto fue seguido por centenares de miles de followers en todo el mundo. Esa popularidad le abrió las puertas a una apretada agenda de conferencias y seminarios.

Conocido a nivel internacional por ser un escalador muy técnico, había protagonizado varias ascensiones de alto nivel en los Alpes, la cordillera del Himalaya, Alaska y en la Antártida. Compañero de aventuras de Simone Moro, Andreas Steindl y Simon Anthamatten, había rodado programas de televisión en Yosemite, coincidiendo con Alex Honnold, Lynn Hill, Tommy Caldwell y Kevin Jorgeson.

Debido en parte a la trágica muerte de sus padres y a la dificultad de mantener una relación sentimental más allá de los seis meses, Thomas vivía anclado en su propio mundo: era un huérfano treintañero rico y aventurero, alejado de la madurez, la responsabilidad y el sentido común que se esperaba de un adulto como él. Aunque disfrutaba con su trabajo, no todo era oro lo que relucía. En ocasiones se despertaba en su interior un oscuro sentimiento de culpa debido en parte a la falta de reconocimiento familiar y a una serie de abusos que sufrió en la escuela durante su infancia, que le obligaban a luchar contra sus propios fantasmas, y casi siempre tenía la sensación de que estos le derrotaban. En demasiadas ocasiones se sentía solo, juzgado por una parte de la opinión pública que, de algún modo, lo tachaba de ser el clásico «niño-rico-mantenido» que no ha trabajado nunca.

El cinismo y las excentricidades podían funcionar en según qué ámbitos del mundo de la comunicación, pero en el sector más profesional que rodea al montañismo, las salidas de tono podían llegar

a castigarse con artículos negativos y comentarios destructivos en las redes. Las hordas de haters no perdonaban ciertos comportamientos. Él había llegado a abominar de las redes sociales, pero dependía de ellas. Tal y como le había dicho alguien a quien había llegado a querer con todo su corazón, Thomas era un «deficiente emocional», alguien incapaz de medir o controlar sus emociones. No tenía filtros, no tenía límites y, lo peor, por mucho que se esforzara en evitarlo, era incapaz respetar los límites ajenos.

La enfermera recogió el desayuno en una bandeja y se despidió del paciente esbozando una sonrisa encantadora. Tras unos días de lluvia intensa, el sol brillaba de nuevo en el Valais. No había pasado ni un minuto cuando la puerta de la habitación volvió a abrirse. Era la doctora Imesh, que había atendido a Thomas tras ser rescatado y trasladado hasta Brig en helicóptero. La doctora no se mostró tan efusiva como la joven enfermera que acababa de salir. Simona Imesh era una de las mayores expertas en politraumatismos de todo el Valais, que combinaba su labor como doctora en Brig con la de cirujana jefe en el hospital de Sion. Era una mujer de unos cuarenta y cinco años, esbelta, con una melena rubia recogida en un moño y unos intensos ojos azules. Escaladora y esquiadora, al igual que su padre y su hermano, Simona conocía muy bien todas las cumbres de más de cuatro mil metros de Suiza desde que era tan solo una chiquilla.

La doctora no se andó con rodeos y fue directa al grano:

—Tienes varias contusiones, un par de cortes no muy profundos y una quemadura en el brazo derecho por rozamiento con el hielo que no reviste gravedad. Pero lo que más nos ha llamado la atención es que hemos encontrado una cantidad de alcohol en tu sangre un tanto excesiva. Tengo que reconocer que nos ha sorprendido, no suele ser habitual en un alpinista de élite; pero en tu caso, mejor no entrar en detalles pues no es la primera ni la segunda vez. Te estás empezando a labrar una reputación lamentable —dijo la doctora—. El piloto y el médico del helicóptero de Air Zermatt que te trajo hasta aquí ya nos informaron de tu particular estado al ser rescatado. Si me permites una opinión profesional, es absurdo que alguien como tú, con toda la vida por delante y una carrera llena de éxitos, se convierta en…

Thomas la interrumpió.

—Doctora, hace tiempo que nos conocemos, no hace falta que me sueltes el sermón otra vez, sé muy bien lo que me ha pasado. Sí, soy el único responsable, no lo niego. Digamos que, en ocasiones, mi vida atraviesa por etapas oscuras y esta es una de ellas. Es bastante complicado definirlo con palabras, pero creo que puedes hacerte una idea de por dónde van los tiros —dijo el joven noruego.

—Mi hijo Daniel es un gran seguidor de tus aventuras, ya sea por

Internet o leyendo tus libros y artículos en revistas. Tiene diecisiete años y ya ha trabajado en varios refugios en verano, es un chico encantador que conoce muy bien la mayoría de las vías que has escalado en el Matterhorn, el Breithorn y el Liskamm. Como comprenderás, te ve como si de un héroe de acción se tratara y, debido a la importancia y a la repercusión que pueden llegar a tener tus aficiones, es muy importante dar un buen ejemplo. Creo que es mi deber recordártelo, no solo como doctora, sino como alguien que te sigue con interés. Ya sabes que en Suiza siempre serás bienvenido, pero, por favor, cuídate y quiérete un poco más —concluyó la doctora.

—No logro remontar —dijo Tom.

—¡Dios mío!, mírate, por favor… tú vales mucho más —le animó la doctora.

—He cometido un error, no estoy atravesando un buen momento —respondió Tomas.

La doctora le miró con aire maternal, incapaz de reprimir su opinión.

—¿Otra vez? Creo que ya te he escuchado esta frase y eso es lo que me preocupa. ¡Excusas, excusas y más excusas! Deja de disculparte y haz algo, ¡mueve el culo y pon orden en tu vida! —dijo elevando el tono de voz—. Puedo entender que te sientas solo… todos nos sentimos solos alguna vez, la vida es como es y por mucho que nos intenten vender lo contrario, no somos perfectos, somos humanos. Si quieres mi opinión, no ya como facultativa sino como amiga, te aconsejo que hables con alguien que realmente sepa escuchar… —el teléfono móvil de la doctora Imesh vibró y ella interrumpió sus palabras para salir al pasillo un par de minutos y responder a la llamada.

Tom esperó el regreso de la doctora mirando por la ventana desde su cama. Una sensación de nostalgia y melancolía le invadió. Una vez más, volvía a pensar en el pasado, al que, de algún modo, permanecía atado por voluntad propia. La doctora terminó de hablar por teléfono y volvió a entrar en la habitación.

—Me necesitan en urgencias. Dos alpinistas que han sufrido una caída en el Matterhorn. Tus amigos de Air Zermatt aterrizarán en menos de diez minutos.

—¿Cuándo podré salir de Brig? —preguntó Thomas.

—Si no hay cambios, esta tarde te daremos el alta. Por fortuna esta vez no te has roto nada. Las radiografías han salido muy bien. Para terminar el sermón, es mi deber volver a recordarte que, si tienes algún problema a nivel personal, seguro que en tu país existen profesionales o grupos de orientación que pueden ayudarte —concluyó la doctora.

—Muchísimas gracias por todo lo que ha hecho por mi —afirmó Tom.

—Estamos a finales de mayo, tienes todo el verano por delante. ¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó la doctora Imesh.

—Tengo pendiente desde hace tiempo un viaje a Islandia para desconectar unos días. Quiero alejarme de la circulación y ahora creo que ha llegado el momento. Iré dentro de un mes, pero antes tengo que ver a alguien —contestó Tom.

—Esta vez te has salvado, pero quién sabe… puede que en un futuro no tengas tanta suerte. No eres un gato, no juegues con fuego —dijo la doctora Imesh mirándole a los ojos fijamente—. Ten mucho cuidado en Islandia, es una isla dentro de una isla —añadió.

A las ocho de la mañana, el sonido de la tienda moviéndose a merced del viento le devolvió al presente. Tom miró su reloj, abrió la cremallera y oteó el cielo. Una sensación extraña le invadió: se sentía libre, pero a la vez culpable. Los fantasmas del pasado regresaban una y otra vez, de un modo fugaz, pero sin tregua.

Pensó en Aase, pensó en sus ojos, en su mirada penetrante, su sonrisa, sus labios, sus besos, su cuerpo… Lo acontecido en Zermatt no era un aviso, era la conclusión lógica a una vida de excesos. Vivir al límite tiene consecuencias, no podía desperdiciar tantas oportunidades. Tarde o temprano tentar a la suerte podía acarrearle nefastas consecuencias.

Tom regresó al interior de su tienda de campaña en Arnarstapi. La imagen de la doctora Simona Imesh, a la que conocía desde que era tan solo un chiquillo cuando veraneaba con su familia en los Alpes suizos, se desvaneció en su mente.

IV

Djúpalónssandur

Martes, 27 de junio de 2023

El viento era el principal protagonista de una mañana fría pero soleada. De momento, la previsión meteorología para los próximos cuatro días seguía siendo excesivamente benévola, algo poco habitual en el noroeste de Islandia. Thomas decidió que invertiría la jornada que tenía por delante en recorrer parte de la costa suroeste corriendo a buen ritmo. Se equipó con calzado de trail running para aprovechar al máximo la ventaja de poder moverse por un terreno casi llano sin llevar peso. Correr por la costa sería el entrenamiento perfecto para afrontar la subida al Snaefells y la travesía hasta Ólafsvik. Era algo que solía hacer habitualmente antes de iniciar una ascensión y su cuerpo lo agradecía. Le encantaba correr por senderos y caminos de montaña con sol y un cielo azul intenso como el que le acompañaba en aquel momento. Pensó que la experiencia sería muy gratificante.

Salió de la tienda y se sentó en una de las rocas de tamaño medio que rodeaban su pequeño campamento. Desayunó un skyr con frutas y un poco de pan con queso. Pensó en subir a tomar un buen café al Arnarbaer, pero sucedió algo que le hizo cambiar de idea.

—Buenos días —dijo una voz profunda a su espalda.

Ragnar Sigurdsson había salido a dar un paseo matutino por el puerto y la costa de Arnarstapi, era una especie de ritual que solía realizar cada mañana, si la meteorología lo permitía. El curtido islandés invitó a Thomas a tomar un buen café en su casa, situada a pocos minutos. Tom había acampado justo al lado del mar, por debajo de un promontorio rocoso a pocos metros de un puente de piedra natural. Justo delante de la tienda de campaña del noruego, unos ciento veinte metros en línea recta hacia el este, se divisaba una preciosa construcción solitaria de dos alturas. Era la típica casa de postal, pintada de color blanco, con cinco ventanas, el tejado triangular de color granate a juego con la puerta de entrada y una chimenea. La esposa de Ragnar, Inga, había demostrado tener muy buen gusto cuando construyeron la casa. Habían sido felices hasta que un tumor cerebral se llevó su vida.

—Bienvenido a mi humilde morada. Vivir solo tiene sus ventajas y sus inconvenientes, pero procuro mantener la casa con la dignidad necesaria para poder invitar a mis amigos —dijo Ragnar.

—Sois pocos vecinos en Arnarstapi, ¿os lleváis bien? —preguntó Tom.

—En general, sí —respondió Ragnar de manera cautelosa—. Hemos vivido buenos y malos momentos juntos, es una aldea muy pequeña. Cuando vamos de compras a Ólafsvik, aquí no queda ni un alma.

—¿A qué se refería la señora Hnallthora cuando dijo que no era de los vuestros? —preguntó Tom súbitamente mientras degustaba unas galletas de mantequilla exquisitas.

—Es una larga historia y ahora no tenemos tiempo, tienes que correr. Es importante entrenar para mañana, el glaciar este año tiene mucha nieve y puede que no sea tarea fácil cruzar hasta Ólafsvik —Ragnar Sigurdsson contestaba con evasivas, pero en aquel momento una especie de resorte invisible se disparó en su interior. Fue una corazonada fruto de su experiencia y sabiduría.

—Tengo que reconocer que hay algo en ti que me inspira confianza, puede que sea tu vulnerabilidad, tus intentos por resultar honesto, tu lucha contra el alcoholismo o la pérdida de alguien a quien quieres… Tal vez me recuerdes a mí cuando tenía tu edad. Yo también he sufrido problemas con el alcohol y con la autoridad, no me gusta que me digan lo que tengo que hacer. Creo que podemos confiar en ti —confesó Ragnar.

—¿Cómo has sabido que he tenido problemas con…? —Tom no pudo terminar.

—No soy idiota. Te invité un par de veces a una de nuestras mejores cervezas y ambas declinaste mi oferta. Un tipo como tú, educado, elegante, con un rostro agradable, si viaja solo es porque le acaban de dar puerta o porque ha vivido una experiencia traumática. Todos sabemos que el alcohol es muy caro en Escandinavia, pero no es motivo para declinar una invitación. Puedo ver la melancolía que habita en tus ojos; eres valiente, pero a la vez vulnerable. Eres amable y te esfuerzas por ser honesto, lo cual significa que antes no lo fuiste. Aprecio la voluntad de cambio en el ser humano —concluyó Ragnar.

—Podrías montar una consulta en casa —ironizó un Thomas sorprendido por lo acertado del análisis de su interlocutor.

—Somos muy pocos por aquí y no creo que los frailecillos necesiten terapia. No te entretengo más, tienes todo el día por delante, hace un tiempo espléndido y te espera una buena carrera —dijo Ragnar mientras miraba al exterior a través de la ventana de la cocina.

—He mirado el mapa y creo que no hay grandes desniveles. Estoy acostumbrado a correr por caminos y senderos, 20 o 30 km en un día es algo asumible.

—Hoy en día vais a todas partes corriendo con un equipo que parece salido de un capítulo de Star Trek. En mis tiempos subíamos montañas sin prisas, con ropa, botas y mochilas pesadísimas —comentó Ragnar. Acto seguido se sirvió el segundo café de la mañana,

ofreciéndole otra taza a Tom.

—Pienso ir muy tranquilo, a un ritmo suave. Tengo todo el día por delante y las noches blancas ayudan a alargar las jornadas en la montaña —le aseguró el noruego. Agradeció la amabilidad de Ragnar y se despidió del veterano islandés, regresando a su tienda.

Al cabo de unos minutos, tras haberse equipado, empezó a correr pensando que toda la isla ejemplificaba a la perfección el poder que ejerce la naturaleza en nuestro planeta, que convierte al ser humano en algo casi insignificante. Ragnar le había explicado que toda la costa entre Arnarstapi y Hellnar había sido declarada reserva natural en 1979. Allí podían verse frailecillos y un buen número de aves.

Inició la marcha siguiendo el sendero que bordea la costa, atravesando una espectacular colada volcánica. De momento, la visibilidad junto al mar era muy buena, el viento soplaba con intensidad y las olas chocaban con las rocas volcánicas creando un efecto muy fotogénico. El noruego dejó atrás el pequeño puerto, con sus pináculos de roca emergiendo en la costa y sus barcos de pesca atracados, pasó junto a la característica formación de piedra volcánica que aparece en muchas guías y siguió el camino bien marcado que parte hacia el sudoeste siguiendo toda la costa oeste de la península del Snaefells.

Avanzó por un sendero hacia el sudeste por encima del mar, con bravos acantilados a sus pies. Pasó junto a varios puentes de piedra natural donde se detuvo para sacar su cámara de la pequeña mochila de ataque que llevaba a sus espaldas. La protegió con una funda de plástico y pulsó el disparador varias veces. Las salpicaduras de agua salada no eran buenas amigas de los objetivos. Cruzó un riachuelo a través de un puentecillo de madera y, tras dejar atrás un bucólico mirador a mano izquierda, se lanzó a descubrir toda una serie de pequeños acantilados cuya roca negra denotaba su origen volcánico. El sendero por el que avanzaba le permitía correr a buen ritmo, sin que absolutamente nadie se cruzara en su camino. Llegó a una pequeña caleta donde el océano se adentraba tierra adentro adquiriendo un espectacular color azul turquesa, un efecto similar al que puede observarse en las islas Lofoten, más allá del Círculo Polar Ártico en Noruega. En la pequeña cala, Thomas pudo ver una colonia de simpáticos frailecillos atlánticos, un ave característica de las costas árticas de Noruega, Groenlandia, Islandia y Terranova.

Habían anidado en la parte más alta de las rocas que encerraban la cala. El frailecillo atlántico es una especie de ave caradriforme de la familia de los Alcidaes. Por fortuna, todavía presenta una gran población. No se considera en peligro de extinción, aunque sí hay disminución en el número de ejemplares. En tierra, los frailecillos

tienen la típica postura erguida de un Alcidae. En el mar nadan en la superficie y se alimentan principalmente de pequeños peces que atrapan sumergiéndose en el agua, utilizando sus alas para la propulsión.

A Tom le parecían encantadores. Por su mente cruzó un recuerdo de su infancia: el frailecillo era uno de sus animales favoritos junto a la marmota y el rebeco. Bebió un buen trago de agua y siguió caminando, dejando atrás Stapagjár, costeando hacia el Gatklettur, un arco de piedra natural que emerge por encima de las aguas. A lo largo del camino, observaría varias formaciones rocosas realmente interesantes, que emergían literalmente del océano. A lo lejos, descubrió los elegantes acantilados que parten desde Arnarstapi hacia el este. Le sorprendieron las diversas tonalidades que el paisaje adoptaba por la mañana. La policromía era realmente espectacular, pasando del verde intenso al ocre y el negro, con el blanco inmaculado de la nieve decorando las cumbres cercanas a partir de los 400 metros de altitud. Cruzó el impresionante campo de lava de Hellnahraun, resultado de antiguas erupciones volcánicas, acompañado por varios frailecillos que volaban muy bajo junto a las rocas. Sin ser un grupo muy numeroso, Tom localizó a otros más buscando alimento. Parecían estar nerviosos, moviéndose a gran velocidad y realizando desplazamientos erráticos. La mayoría se reagrupaba en la parte más alta de los acantilados, donde excavan sus madrigueras en las que solamente ponen un huevo blanco.

La costa seguía ofreciendo un auténtico festival de agujas y cuevas horadadas por la acción del agua. Una vez dejó atrás el campo de lava de Hellnahraun, el sendero inició una bajada bastante pronunciada hasta llegar a un enorme prado donde el amarillo ocre que cubría las rocas oscuras daba paso al clásico verde intenso islandés. Las primeras casas de Hellnar asomaron a mano derecha. Una de ellas destacaba por encima del resto, con un precioso tejado pintado con un calor azul intenso que contrastaba ante el espectacular fondo verde. El sendero atravesó una zona donde el terreno se hundía unos metros, creando una especie de muralla o parapeto natural a ambos lados del camino. Para evitar que los senderistas y corredores se encharcaran o embarraran tras las habituales lluvias, las autoridades regionales habían construido una pasarela de madera que facilitaba el acceso a Hellnar. Al cabo de unos minutos, Thomas cruzó una graciosa pasarela de madera y llegó a Hellnar, dejando a mano izquierda una pequeña playa volcánica y a mano derecha un acogedor restaurante con terraza. El Stapafell seguía mostrándose altivo, alejándose hacia el noroeste. A partir de Hellnar y hasta los aparcamientos de Svalpúfa y Lóndrangar, el sendero que bordea la costa no está tan balizado, algo que Tom agradeció pues disfrutaba corriendo y caminando por zonas

poco señalizadas.

Siguió avanzando a buen ritmo dejando atrás el sendero que conduce a mano derecha hacia la carretera 574 y el monumento natural de Bárðarlaug. Bordeó la ensenada de Hellnanes y siguió el sendero hacia el suroeste, pasando por caletas y por el pequeño aeropuerto de Dagverðará. Al entrar en el Parque Nacional de Snaefellsjökull miró su reloj: tenía previsto regresar por la tarde, así que disponía de unas seis horas para disfrutar del sol, el cielo azul y la visión del Snaefells. Volvió a observar el vuelo errático de varios frailecillos y sintió curiosidad. Parecían nerviosos.

Sin bajar el ritmo, llegó hasta la Punta de Lóndrangar, donde disfrutó de la visión particular que ofrecen las agujas que se levantan por encima de un pequeño acantilado, como si de las torres de un castillo en ruinas se tratara. Era un paisaje casi hipnótico, alejado del bullicio turístico y de la masificación. Tom estaba solo, completamente solo ante una naturaleza apabullante que mostraba su mejor rostro. Tal y como le había explicado Ragnar, las formaciones rocosas eran los restos de un antiguo cráter erosionado por el mar a lo largo del tiempo. Tom recordó las imágenes que había visto varias veces en la televisión, cuando una erupción volcánica cercana al mar o al océano creaba figuras imposibles al enfriarse la lava en contacto con el agua.

Tom se tumbó junto a las agujas de roca y disfrutó del silencio durante una media hora larga. Islandia, al igual que el norte de Noruega, Groenlandia y las islas Svalbard, resultaba ideal para desconectar de la monotonía. Se vivía muy alejado del ruido y de la contaminación. Tras un rato de meditación, dejó atrás el aparcamiento de Lóndrangar y siguió el camino, que volvía a estar balizado. Avanzó por la ensenada de Mannfallsbrekkur, dejó atrás el pequeño promontorio de Lónbjarg y pasó de largo por la célebre playa de Djúpalónssandur. Resolvió que visitaría esa pequeña playa de piedras negras al regresar a Arnarstapi. Tom observó las piedras redondeadas por la acción erosiva del agua y levantó la vista hacia el cielo agradeciendo poder entrenar con buena temperatura, sol, pocas nubes y el Snaefells a su espalda. Se había levantado algo de viento, pero, de momento, no resultaba molesto. Al cabo de una media hora, tímidas nubes cubrieron el cielo durante unos minutos, para desaparecer tras el Snaefells, devolviéndole al sol todo su esplendor. Siguió corriendo por el camino que bordea la costa, pasando por Járnbarði y el parking de Hólavogur.

Tras unos minutos más de carrera, decidió realizar una parada para avituallarse. Eran las tres y siete minutos de la tarde y, en aquel preciso instante, un nuevo sonido captó la atención de Thomas.

Parecían uno o varios motores que ganaban intensidad progresivamente. Algo se estaba acercando. Tom ya lo había escuchado varias veces con anterioridad a lo largo de sus viajes. El noruego guardo un par de barritas energéticas en uno de los bolsillos de su chaqueta ultrafina y levantó la vista de forma instintiva, percatándose de la llegada de dos helicópteros desde el sur, probablemente desde Reykjavík. Los aparatos se adentraron en la península del Snaefells, volando a baja altitud. Pasaron relativamente cerca de Tom y el noruego pudo observar que eran un EC225 Super Puma Mk II+ y un Augusta Westland AW101, helicópteros de gran tamaño con capacidad para veinte o veinticinco personas y diseñados principalmente para el transporte de pasajeros. Thomas había volado varias veces con Super Pumas, una aeronave que en Noruega tenía una gran aceptación como servicio de aerotaxi para transportar personal y material hasta las plataformas petrolíferas offshore. También existen versiones para el transporte de personalidades, o para servicios de rescate. Los dos helicópteros se alejaron rugiendo hacia el norte.

En aquel momento lamentó no llevar unos prismáticos consigo, algo que su padre nunca olvidaba cuando salían a la montaña. Tom volvió a mirar su reloj y decidió correr un poco más aprovechando que el terreno era totalmente llano. Al llegar a la altura de Kothraun, dejó a mano izquierda la playa de Lönguvik y alcanzó el aparcamiento de Beruvik, donde una pequeña pista conecta con la carretera 574. Varias señales de prohibido el paso cortaban el camino de la costa, obligándole a subir por la pista hasta la carretera. Un nuevo sonido llamó la atención de Tom, un sonido que llegó sin previo aviso debido a la dirección en la que soplaba el viento. El noruego levantó la vista y justo por encima de su cabeza, a unos doscientos cincuenta metros de altitud, cruzó de sur a norte un Cessna Citation Excel 560XL, un elegante reactor ejecutivo de tipo mediano. Thomas escuchó el sonido de los dos motores turbofan y de forma casi instintiva se llevó la mano derecha a la frente para taparse del sol mientras observaba el avión con detalle. No pudo distinguir la matrícula y tampoco observar letras ni colores llamativos más allá del fuselaje de color blanco.

Al cabo de unos minutos llegó a la carretera y, tras caminar unos cien metros, pudo ver cómo unos vehículos se encontraban parados justo en el cruce con la carretera 574. Eran sendos Volvos relucientes, con el logotipo «Lögreglan» («Policía») bien visible. Un Range Rover Evoque de color blanco con los cristales tintados se encontraba aparcado junto a los dos vehículos policiales, cortando la carretera por completo. Ante ellos se encontraba parado un pequeño autobús turístico con tracción a la cuatro ruedas. Thomas bajó el ritmo lentamente y se acercó por el margen izquierdo de la carretera hasta

el control policial. Dos agentes se encontraban en el interior de uno de los vehículos y otros dos estaban de pie hablando con el conductor del minibús. Los cristales tintados del Ranger Rover impedían ver si había alguien en su interior.

—Buenos días, ¿ha ocurrido algo? —preguntó el noruego.

—La carretera está cortada —le explicó uno de los agentes—. De momento no se puede acceder por la costa hasta Hellissandur y Rif. Si no hay novedades, al anochecer restableceremos la circulación.

—¿Un accidente?

El agente permaneció en silencio. Thomas no obtuvo ninguna respuesta a su pregunta.

—No entiendo cómo pueden cortar una carretera así sin un motivo aparente, sin apenas tráfico. Estamos en el culo del mundo, aquí nunca pasa nada —intervino el conductor del minibús sacando la cabeza por la ventanilla sin esconder su indignación.

—¿Van ustedes hacia Ólafsvik? —preguntó Tom.

—Sí, esta mañana hemos visitado Hellnar y Arnarstapi. Hemos subido por la pista hacia el Snaefells, pero hay mucha nieve y dimos media vuelta. Ahora regresábamos a nuestra base en Grundarfjörður, estamos realizando un pequeño tour —dijo el conductor.

—Por razones de seguridad, han cerrado el acceso al perímetro de la base científica de Hellissandur. Han llegado dos helicópteros con un grupo de científicos a bordo, pero no tenemos más detalles, no podemos darles más información, rogamos disculpen las molestias. Nosotros venimos de Borgarnes, la central nos ha enviado hace tan solo una hora y media —apuntó uno de los agentes amablemente.

—¿Está usted seguro de que hasta el anochecer no la abrirán? —preguntó el conductor.

—Es lo que nos han comunicado. Siento decirles que no disponemos de más información —dijo el agente.

—Les recomiendo que regresen a Hellnar o Arnarstapi hasta que nos autoricen a abrir la carretera —intervino su compañero uniformado.

—Espero que el tráfico entre Grundarfjörður y Borgarnes esté abierto mañana, tengo pensado acampar en Ólafsvik para poder regresar el domingo a Reykjavík —comentó Thomas.

—De momento no disponemos de más información, pero creo que no habrá ningún problema —repitió uno de los agentes.

—Entonces solo podemos esperar o dar media vuelta y regresar por la carretera del sur, cruzando hacia el norte a través de la carretera 54 o la 56, es lo que haremos —dijo la guía del grupo del minibús—. Este vehículo está preparado para vadear ríos poco profundos, solo espero que la conexión con el norte de la península se encuentre en buen estado. No es la primera vez… ¡siempre la maldita base! Cuando

menos te lo esperas, te cortan la carretera sin darte ninguna explicación razonable

—Podían haber avisado con tiempo a las agencias y los touroperadores, aunque ha quedado muy claro que no disponen de más información o no quieren decirnos la verdad —terció el conductor.

Al cabo de unos minutos, el conductor del Land Rover Evoque aparcado en medio de la carretera, junto al coche de policía, arrancó el motor y dio media vuelta, regresando a toda velocidad hacia Hellissandur.

—¿Esos sí que tiene licencia para circular? —preguntó el conductor del minibús mirando a los dos policías.

—Forman parte del personal de seguridad de la base, no disponemos de más información —fue la escueta respuesta de uno de los agentes.

La mayoría de los autobuses turísticos de Islandia trabajan en zonas de montaña desde mediados de julio a principios de septiembre. Junio era un mes con poca afluencia de visitantes. Suelen ser vehículos de compañías privadas que transportan excursionistas y montañeros. Algunos realizan viajes panorámicos y otros acercan a los senderistas hasta el punto de inicio de importantes trekkings. Tom se despidió de los agentes y saludó al conductor del pequeño autobús. Fue entonces cuando uno de los pasajeros se interesó por Thomas, levantándose de su asiento.

—¡Tom!, ¿eres tú? Mira, Jenny, es Thomas Rake —dijo el pasajero mirando a su compañera de viaje. La joven también se levantó.

—¡Sí que es Tom!, míralo, corriendo como siempre —sonrió ella.

—Cuando menos te lo esperas, te das cuenta de que el mundo es un pañuelo —apuntó el conductor, contento de ver cómo se producía alguna novedad después de tanto tiempo de espera.

Desde 2015, cuando Escandinavia e Islandia vivieron un auténtico boom audiovisual, Thomas había colaborado en varios proyectos de cierta envergadura. Su rostro resultaba muy conocido para los consumidores de documentales de aventura en las plataformas y para los que seguían su canal de YouTube, que había alimentado con nuevas y arriesgadas aventuras en las alturas de medio mundo. Y conocía a casi todos los demás profesionales relevantes del medio. Jenny Skavlan era una de las presentadoras de televisión más populares de Noruega y siempre que podía, viajaba con su esposo, Thomas Gullestad, y su hijo de cuatro años en busca de aventuras. Solía seguir las peripecias de Tom, que le daban ideas para sus propios viajes.

El conductor abrió la puerta para los pasajeros y Tom subió al

pequeño autobús. Los tres amigos entablaron una breve conversación, contando con la complicidad de la guía, el conductor y el resto de los pasajeros, la mayoría también noruegos.

—Íbamos a venir con Pal y un grupo de amigos, pero no pudieron cuadrar agendas, ya sabes cómo es nuestro mundillo, todo el día arriba y abajo, así que decidimos escaparnos lo antes posible a Islandia, intentando evitar julio y agosto —dijo Thomas Gullestad.

—Pal y los demás no se lo van a creer, ¡qué bueno! —dijo Jenny.

—¡Este cabroncete es uno de los alpinistas más importantes de su generación!, Todo un personaje en Noruega y más allá —intervino Thomas Gullestad mirando al resto de pasajeros y a la guía.

—Ha sido una sorpresa encontraros por aquí —le contestó Tom con una sincera sonrisa.

—Podríamos rodar un programa sobre noruegos en Islandia —apuntó el conductor jocosamente.

—Precisamente es lo último que queremos —se apresuró a decir Jenny.

—¡Sube! Te dejaremos donde quieras, quedan varios asientos libres. Nosotros iremos a la playa de Djúpalónssandur y seguiremos por la carretera del sur. No se encuentra en muy buen estado, pero no podemos quedarnos a pasar la noche en Arnarstapi: el grupo ha pagado el pack completo y no podemos permitirnos noches extras —dijo la guía mirando al resto de pasajeros.

—Agradezco el ofrecimiento, pero me gustaría seguir entrenando para mañana, tengo por delante una buena travesía —se disculpó Thomas Rake—. No obstante, os puedo acompañar hasta Djúpalónssandur y así nos ponemos al día.

—¡Ven aquí Tommy! —hagámonos un par de fotos para Instagram —le pidió Jenny, que no iba a aceptar una negativa por respuesta.

Tras un corto viaje por la carretera 574, durante el que aprovecharon al máximo el tiempo para compartir anécdotas y aventuras, el pequeño autobús tomó un desvío a mano izquierda para bajar hacia el Atlántico por la carretera 572 y aparcó al cabo de unos dos kilómetros en un parking con lavabos. El grupo siguió durante unos diez minutos un camino bien señalizado hasta la playa de Djúpalónssandur, que avanza por unas escaleras que bajan hasta el mar. Tom los acompañó. La guía hizo partícipe al grupo de una interesante anécdota al entrar en la playa: cada uno de los presentes podría medir su fuerza y saber si hubiera sido un buen marinero superando una prueba que los lugareños realizaban antes de embarcar. La prueba consistía en levantar varias rocas de distinto peso que indicaban si eras una persona fuerte y apta para formar parte de la tripulación, o débil, lo que conllevaba ser apartado de inmediato.

Las piedras tienen el nombre de Fullsterkur («toda su fuerza»), que pesa 154 kg, Hálfsterkur («media fuerza»), que pesa 100 kg, Hálfdrættingur («débil»), que pesa 54 kg, y Amlóði («inútil»), de tan solo 23 kg. La guía explicó que el peso mínimo que se debía levantar para enrolarte eran 54 kilos. Al cabo de unos veinte minutos, por unanimidad decidieron aprovechar la visita a Djúpalónssandur para comer, disfrutando de un buen picnic al aire libre a primera hora de la tarde.

La temperatura era muy agradable, el viento había amainado y tan solo un par de nubes salpicaban el cielo por encima de sus cabezas. Tras un par de fotos de grupo, subieron al minibús y enfilaron la 572 hasta conectar con la 574. Tom bajó del vehículo, se despidió de sus amigos noruegos y del grupo en general, y dio las gracias al conductor y a la guía por su amabilidad. El autobús siguió la carretera hacia Hellnar y Arnarstapi mientras Tom iniciaba el regreso corriendo tranquilamente por el margen izquierdo de la misma.

Había dedicado una buena parte del día a entrenar, correr era una de sus grandes pasiones, no le importaba el tiempo, siempre había pensado que era algo relativo cuando disfrutas y, en aquel momento, estaba disfrutando. Se había acostumbrado a la soledad, aunque en ocasiones recordaba fragmentos de su vida que cambiaría sin pensárselo dos veces. Dejó atrás el desvío hacia Drangavogur y siguió la carretera 574, pasando junto al campo de lava de Háahraun y el pequeño aeródromo de Dagveröará. Acometió la recta que conduce a Báröarlaug, donde aprovechó que el sol brillaba con todo su esplendor para darse un baño en el pequeño lago. El agua estaba helada, pero su cuerpo, entrenado para soportar bajas temperaturas, agradeció el contraste térmico. Se secó con la pequeña toalla de viaje que siempre llevaba en su pequeña mochila cuando salía a correr y se tomó un descanso de unos minutos aprovechando que el sol seguía brillando, sin apenas viento ni nubes.

Dejó a mano derecha el desvío a Hellnar y, justo a la hora de cenar, pasó por debajo de la inmensa mole del Stapafell y llegó a Arnarstapi. Un grupo de frailecillos volaba bajo junto a las rocas mientras Tom alcanzaba su tienda de campaña, situada junto al pequeño puerto de Arnarstapi. Cansado pero satisfecho por el entrenamiento, entró en el restaurante Arnarbaer.

—¡Mira quien ha regresado! —exclamó la señora Hnallthora. A su lado, Ragnar apuraba una sopa de langosta regada con una buena cerveza fría.

Tom les explicó con detalle su encuentro con el grupo de turistas y con sus amigos noruegos, sin pasar por alto la llegada de dos helicópteros a la base científica de Hellissandur.

—No es la primera vez que los veo por esta zona, malditos pájaros

metálicos —se quejó Ragnar—. Y tampoco la primera que cortan la carretera. ¿Viste algún vehículo que te resultara extraño o sospechoso? —añadió.

—No sé qué se llevan entre manos, pero han cortado la carretera durante todo el día, había dos coches patrulla y dos Land Rover impecables, parecían nuevos, con los cristales tintados —explicó Tom.

—Son ellos otra vez. Tan solo están unas horas, siempre se largan tan rápido como han venido. Lo que me preocupa es lo que suele suceder después —dijo Ragnar sumamente desasosegado.

Varios cumulonimbos cubrían el cielo sobre Arnarstapi. No tardaron en aparecer las primeras gotas.

—¿Ellos? ¿A quién te refieres? —preguntó Thomas.

La señóra Hnallthora miró a Ragnar y este decidió cambiar de tema.

—No creo que tengamos una gran tormenta, las nubes no son muy negras y todavía se puede ver el cielo. Con un poco de suerte, el viento que está soplando se las llevará hacia Groenlandia —comentó Ragnar.

—Espero que tengas razón —dijo Thomas, consciente de que el islandés había ignorado su pregunta.

Tom se sentó junto a Ragnar y pidió un buen plato de sopa de langosta, acompañada por una ensalada. Apuró la bebida isotónica que tenía en su pequeña mochila y disfrutó de una cerveza sin alcohol. Decidió ir a dormir temprano: por la mañana le esperaba una notable ascensión a la cumbre del Snaefells, con la posterior travesía hasta Ólafsvik. Se despidió de Ragnar y de la señora Hnallthora y bajó caminando tranquilamente hasta el puerto, dando un pequeño rodeo para hacer la digestión. Una fina cortina de lluvia empezó a caer justo cuando cerró las dos cremalleras de su tienda. Se cambió de ropa, bebió un poco de té frío y se introdujo en su saco. El sonido de las gotas de lluvia impactando contra el techo de su tienda siempre le recordaba a Aase. En aquel momento la echó de menos de un modo especial, pues juntos habían vivido muchas noches de lluvia y nieve, acurrucados en sus sacos sintiendo la calidez de una buena tienda de campaña. Pensar en Aase le ayudó a conciliar el sueño.

Era su segunda noche en Arnarstapi.

V

Snæfellsjökull

Miércoles, 28 de junio de 2023

Los cumulonimbos se habían desplazado hacia Groenlandia, dando paso a un cielo azul inmaculado en el que solo alguna nube lejana salpicaba el firmamento decorando el conjunto. La temperatura, de siete grados y medio, resultaba ideal. No soplaba ni pizca de viento. Con visibilidad excelente, era el día perfecto para realizar una buena ascensión por un glaciar. Tom se levantó temprano, desayunó en la tienda una barrita de chocolate, un puñado de frutos secos y un zumo de naranja y se preparó para partir. Desmontó la tienda y la guardó junto al saco de dormir en su mochila. Se equipó, dejó a mano en la mochila su chaqueta de invierno y subió a buen ritmo hacia la carretera principal. Al pasar por delante del Arnarbaer, observó a la señora Hnallthora limpiando las ventanas junto a alguien que bien podría ser su esposo. A su lado, dos lugareños le miraron fijamente mientras el bueno de Ragnar, sentado en un banco de madera, apuraba su pipa esperando a que abriera el establecimiento. Tom les saludó.

—¡Deséenme suerte! —pidió Tom esbozando una amplia sonrisa.

—La suerte es un invento creado para la gente sin talento —contestó Ragnar—. Ten cuidado con el frío intenso, este año queda mucha nieve ahí arriba —añadió el veterano islandés.

El joven noruego levantó su pulgar derecho y siguió caminando. Durante unos minutos tuvo la sensación de sentirse observado.

La travesía a pie desde Arnarstapi hasta Ólafsvik era una auténtica maravilla paisajística. Tom la tenía en mente desde hacía un par de años, tras leer varias reseñas de senderistas y alpinistas que se habían dedicado a recorrer el glaciar del Snaefells y el parque nacional del mismo nombre. El joven noruego quería añadir algo de emoción y aventura a la travesía, subiendo en solitario a la cumbre del Snaefells, una cima cargada de historia. Actualmente la travesía desde Arnarstapi hasta Ólafsvik puede realizarse en vehículo 4x4, pasando por el punto de partida que suelen utilizar quienes se aventuran a conquistar la cumbre del volcán por su vía normal. Quienes viajan en un coche de alquiler con tracción a dos ruedas suelen dejar su vehículo a la entrada del itinerario, recuperándolo al cabo de un par de días. El trekking que iniciaba el joven noruego descubría al visitante un contraste de paisajes realmente impactante, cruzando por

varios puntos donde se suele encontrar hielo y nieve incluso en agosto.

Era un itinerario muy espectacular, alejado de las rutas por alta montaña más clásicas. Thomas tenía muchas ganas de dejarse seducir por la magia del Parque Nacional Snaefellsjökull, donde destacan el volcán, el glaciar del Snaefells y los enormes campos de lava que cubren gran parte de la llanura costera. El parque es el único en Islandia que se extiende hasta la costa del océano Atlántico, cubriendo un área de 170km^2 desde Háaharun en la región de Dagverðará hasta Gufuskálar. Tom chequeó su reloj: los tracks, el altímetro y la brújula funcionaban perfectamente. Caminaba a buen ritmo con su mochila de 18 kg a la espalda. Dejó atrás Arnarstapi y salió a la carretera 574, situándose a la izquierda de esta. Avanzó por el lateral hacia el este, siguiendo unas trazas de camino que le evitaron pisar el asfalto. Caminó un kilómetro en ligera subida y justo cuando dejaba atrás la inmensa mole volcánica del Stapafell, observó a mano izquierda el cartel que indicaba la subida hacia el glaciar del Snaefells y Ólafsvik. A partir de ese punto, el itinerario discurría por una pista de tierra en estado irregular, que durante el verano suele estar bastante transitada. Aquella tarde Tom se cruzó con varios turismos de alquiler con problemas para subir y un par de 4X4. La pista, señalizada con el número 570, va ganando altitud progresivamente primero hacia el noroeste y luego hacia el oeste. Al llegar a un amplio collado situado justo en medio de una curva que giraba a la derecha, observó que la cumbre del Stapafell, el gigante volcánico que sobrevuela Arnarstapi, quedaba muy cerca. La cumbre mostraba un precioso tridente rocoso, con una aguja a la izquierda que reclamaba a gritos ser escalada.

En aquel momento pensó en Ragnar y miró la hora en su reloj. No iba mal de tiempo, así que, raudo y veloz, decidió hacer caso al veterano islandés y dejó su mochila junto a unas rocas. Tras una breve subida por terreno herboso, atravesó una zona donde el desnivel se acentuó. El color verde dorado de la hierba dejó paso al gris oscuro, casi negro, de las rocas volcánicas. La parte final de la subida le obligó a realizar una divertida ascensión por la arista norte, un tanto aérea, y, tras sortear una pequeña cresta, llegó hasta la cumbre rocosa del Stapafell. La panorámica era realmente espectacular, con Arnarstapi y toda la costa a sus pies y el Snaefells a su espalda. Disfrutó de unos minutos de descanso y a muy buen ritmo, casi corriendo, bajó hasta el collado donde recuperó su mochila y siguió el itinerario hacia el Snaefells y Ólafsvik.

Atravesó una parte bastante dura con un desnivel en la pista que complicaba la subida a muchos vehículos sin tracción a las cuatro ruedas. La pista daba un giro hacia el norte pasando por encima de un arco de piedra natural donde Tom se detuvo para avituallarse. El

noruego subía a muy buen ritmo, totalmente motivado. Durante una hora fue ganando altitud rápidamente disfrutando de una visión panorámica espectacular, con el Stapafell, Arnarstapi y la bahía de Breidavik a sus pies. La pista seguía subiendo de un modo gradual, acentuándose el desnivel al cabo de unos siete kilómetros. Observó cómo varios vehículos daban media vuelta al empezar a patinar en algunos tramos de la subida. Solo los 4x4 subían con total normalidad, pero los coches pequeños, sin tracción a las cuatro ruedas ni potencia suficiente, tenían serios problemas para superar el fuerte desnivel.

Una niebla muy fina comenzaba a dibujar un paisaje un tanto lúgubre pero bello a la vez. Subía lentamente desde Arnarstapi, con un mar y una costa que parecían de otro planeta. Pensó en Christopher Nolan y en el equipo de rodaje de Interstellar, la obra maestra del director británico. Rodada en parte en Islandia, el filme de ciencia-ficción se había convertido en uno de sus favoritos. Le había marcado profundamente la relación entre el personaje de Cooper, el padre astronauta (Matthew McConaughey), y el de su hija científica (Jessica Chastain). Fue en ese preciso momento cuando le invadió una terrible sensación de soledad.

Tom contempló la impresionante línea que dibujaba la costa a sus pies. Cerró los ojos sintiendo como el avance inexorable del tiempo levantaba en alguna parte de lo más profundo de su ser un resorte invisible. «¿Era una señal de alarma?», pensó. Bebió un buen trago de su cantimplora y engulló un puñado de frutos secos. Consciente de su soledad, resolvió seguir caminando, disfrutando de cada paso que daba, descubriendo olores nuevos, colores, sensaciones.... Dejó atrás la cumbre del Botnsfjall, de 510 metros, inicio de un enorme altiplano, observando cómo, poco a poco el inmenso Snaefells se acercaba más y más, mostrando sus primeras nieves. Aunque el glaciar se encontraba un poco más arriba, no era nada extraño encontrar grandes neveros a partir de la cota 500, incluso en agosto.

Observó cómo un par de turismos de tres puertas daban media vuelta y regresaban a la carretera de Arnarstapi. Era complicado salvar los desniveles de la pista, con el añadido de poder encontrar nieve y zonas con barro. El noruego decidió subir el ritmo y caminar más deprisa. La niebla había subido desde la costa, ocultando el paisaje. El cielo azul seguía dominando la escena, pero la bruma no era un buen presagio. Por la tarde, podría volver a llover, obligándole a buscar un punto donde plantar su tienda a resguardo del viento. La pista seguía ganando altitud, llegando a un punto en el que, tras dos grandes zigzags, se adentraba en un altiplano. A su izquierda se dibujaba la cumbre del Snæfells, con su manto de hielo descendiendo por sus laderas. Tras unos doce kilómetros de subida descubrió que

había mucha nieve, más de la esperada.

Varios tramos de la pista desaparecieron al cabo de unos minutos cubiertos por el blanco manto, para volver a aparecer al cabo de unos cien metros. Tom pensó que un vehículo sin cadenas no podría avanzar y, en algunos puntos, debido a la cantidad de nieve acumulada, incluso equipado con cadenas le sería imposible hacerlo. Ragnar estaba en lo cierto: aquel año el glaciar estaba de enhorabuena, todavía quedaba mucha nieve. Normalmente, esta cubre una buena parte de la pista que conecta Arnarstapi con Ólafsvik, pero desde finales de junio a mediados de septiembre, el paso suele quedar libre.

Se ha hablado mucho sobre la regresión del hielo que cubre el Snæfellsjökull, uno de los volcanes islandeses que sufre con mayor preocupación la pérdida de hielo. Pero aquel verano era atípico, hacía bastante frío y la nieve persistía en lugares poco habituales. Se había levantado algo de viento, pero de momento no resultaba molesto. Tras superar varios repechos, Tom se adentró en una zona un poco más tranquila, llegando hasta el área donde están aparcadas las máquinas ratrack con remolque y las motos de nieve que realizan excursiones con turistas por el glaciar. Justo en esa zona un cartel indicaba que la pista quedaba cortada al tráfico debido a la cantidad de nieve acumulada.

Como si de una aparición se tratara y sin que se hubiera percatado de su presencia debido en parte al silbido del viento y a la propia cumbre, que actuaba de muralla natural, los dos helicópteros que había visto el día anterior cruzaron el glaciar del Snaefells, pasando relativamente cerca de la cumbre. Procedentes del oeste, sobrevolaron la pista justo por encima de Thomas y se dirigieron hacia el sur, dejando atrás Arnarstapi. Al cabo de unos minutos Tom pudo apreciar como sobrevolaban el océano. El sonido de las aeronaves rompió por unos minutos la paz y la tranquilidad que se respiraba en el Snaefells. Sin perder la orientación, dejó a mano derecha el Brennivinskúlur, pequeña cumbre de 657 metros de altitud y llegó a un punto que varios mapas señalan como el inicio de la vía normal para subir hasta la cumbre del Snaefells desde Arnarstapi. Dicho sendero partía a mano izquierda unos metros antes de llegar a la cota 700.

La niebla que cubría Arnarstapi había subido unos metros más y los cumulonimbos que acechaban a lo lejos parecían estar más cerca. Pero, en general, el cielo azul y el sol seguían brillando en lo alto y Tom no se lo pensó dos veces. Se equipó con los crampones y desplegó sus bastones telescópicos. Echó un vistazo al mapa e inició la ascensión hacia la cumbre del Snaefells, siguiendo las huellas que habían dejado varios montañeros el día anterior. Por delante le

quedaban unos 900 metros de desnivel sin complicación alguna, más allá de tener que ir con cuidado con alguna grieta bien visible. La belleza del paisaje le embriagaba, era mucho más espectacular de lo que imaginaba.

Si la meteorología acompaña, el volcán y el glaciar pueden ser observados desde Reikiavik, sobre la bahía de Faxaflói, a unos 120 kilómetros. Es una de las mejores cumbres panorámicas de toda la isla. La alta montaña en Islandia, al igual que sucede en Escandinavia, comienza a partir de los 600-700 metros, factor que obliga al montañero a tomar las precauciones necesarias. Thomas disfrutaba descubriendo la magia y la belleza de un rincón tan recóndito y desolado como es la península de Snaefellsáss, donde se encuentra el Snæfellsjökull con su glaciar y el enorme estratovolcán por cuya ladera sudeste subía el noruego a buen ritmo. Por el momento, la cuerda no era necesaria para asegurarse. Las grietas eran visibles y el estado de la nieve permitía avanzar con relativa comodidad, aunque poco a poco el desnivel aumentaba.

Tras dos horas y media de subida, llegó a la parte final de la ascensión, donde la ruta normal cruza un pequeño altiplano en el que la nieve y el hielo se convierten en los protagonistas de una gran obra creada por la madre naturaleza. Con toda la península de Snaefellsáss a sus pies, solo tuvo que trepar apoyándose en su piolet por una pequeña pirámide mixta con nieve dura para llegar hasta la cumbre del Snaefells. Miró su reloj: marcaba las doce y treinta y siete. Había realizado una buena subida y, con un poco de suerte, podría llegar al camping de Ólafsvik a la hora de cenar. La altitud era la correcta: 1.446 metros, un grado y medio bajo cero y toda la subida registrada a nivel de tracks. «Perfecto», pensó Tom.

Poco antes de la una de la tarde un sonido breve pero intenso, precedido por una intensa luz azulada, llamó la atención del joven noruego. Era opaco, sin reverberación, y pudo escucharse claramente debido a su intensidad. El sonido retumbó en el aire y Tom no pudo discernir su procedencia. No obstante, el fogonazo lumínico sí que dejó un rastro en el aire, como si de una aurora boreal se tratara. Era una luz azulada muy brillante, de una belleza embriagadora, que flotó literalmente en el aire durante unos cinco minutos, difuminándose hacia el oeste. Tom notó un ligero zumbido en sus oídos, como si de una especie de acúfeno se tratara. «¡Unos prismáticos!», pensó, necesitaba unos prismáticos. Sin saber qué o quién podía haber provocado el extraño sonido y la intensa luz azulada, el noruego decidió no darle más vueltas, permaneciendo en la cumbre unos minutos más hasta que el cielo empezó a cubrirse.

Justo cuando se disponía a cargar su mochila para iniciar el descenso, el zumbido en los oídos desapareció. Fue en ese instante cuando se percató de la llegada de un montañero solitario. Era un hombre de unos cincuenta años, fornido, alto, con una enorme mata de cabello rubio muy claro, ojos azules y una tez rojiza, debida en gran parte al sol y al frío. A Thomas le pareció el clásico islandés corpulento, curtido al aire libre, pero había algo en él que denotaba una cierta vulnerabilidad. El montañero se acercó hasta Tom.

—Es un placer saludarle, un día magnífico para hacer cumbre —dijo el desconocido utilizando un inglés casi perfecto.

—Thomas Rake, encantado igualmente —el joven noruego estrechó la mano del montañero—. ¿Has visto un resplandor azulado procedente del oeste? Era como una aurora boreal, pero a lo bestia. ¿No has escuchado nada?

—No —respondió secamente el montañero.

—Me ha recordado a la explosión que se escucha cuando un avión cruza la barrera del sonido, pero no había ningún avión sobrevolando el Snaefells —dijo Thomas.

—No he visto ni he escuchado nada extraño al subir —insistió el montañero.

—Pues el sonido era muy intenso y la luz se ha dejado ver durante varios minutos —añadió Tom. El joven noruego no podía creer que el islandés no hubiera sido testigo del extraño suceso.

—Mi nombre es Peter, ¿estás solo o subes con más gente? —preguntó el fornido montañero sin esconder un punto de timidez.

—He subido solo, la huella se puede seguir sin problemas, y con el mapa y el reloj, no hay pérdida posible —explicó Tom.

—No tienes cara de turista —dijo Peter—. No eres como la mayoría que sube hasta aquí con las máquinas o las motos de nieve —añadió.

—Me he documentado muy bien antes de viajar, he hablado con un par de alpinistas italianos que habían subido el año pasado y me he empapado leyendo libros —contestó Tom—. Como bien dices, no soy el clásico turista.

—Hasta ahora el día ha sido perfecto, con sol y buena visibilidad. Has tenido mucha suerte, creo que esta tarde tendremos tormenta —Peter abrió su cantimplora y bebió un buen trago de agua fresca—. ¿Es tu primera vez en Islandia? —preguntó.

—Así es. Antes de regresar quería subir hasta la cumbre del Snaefells. Era algo que tenía en mente desde hacía tiempo. Ha sido una maravilla subir con este sol y la niebla, la experiencia ha sido muy interesante. No hay nadie y casi no hay signos de civilización aquí arriba —dijo Thomas.

—Si subieras en agosto no dirías lo mismo, pero sí, es una cumbre

bastante solitaria. Antaño solía nevar mucho más, incluso existió una pequeña estación de esquí en una de las laderas del Snaefells. Hoy en día todavía pueden verse los restos de un antiguo telesquí —explicó Peter—. La primera vez que subes a una nueva cumbre siempre deja huella. Islandia es una isla fascinante, pero también tiene su parte negativa: no todo el mundo aguanta un clima tan extremo.

—Es una isla maravillosa. Islandia tiene un clima más extremo que Noruega, aunque en el norte de mi país, las tormentas pueden ser brutales —comentó Tom.

—Quienes creen en poderes ocultos y leyendas esotéricas afirman que el volcán es el centro de un campo de fuerzas muy especial —comentó Peter—. Llevo muchos años viviendo en Islandia. Nací en Dinamarca, pero mis padres se mudaron a Islandia cuando yo era un chiquillo. Puedo decirte que esta isla te quita y te da, tal vez resulte complicado entenderlo —añadió el hombretón.

—La vida es una lucha constante —añadió Tom, sin dejar de pensar en el sonido intenso y en la luz cegadora.

Al cabo de unos minutos, decidieron iniciar el descenso. Tras tomar varias fotografías, Tom y Peter guardaron sus cámaras y cargaron sus mochilas a la espalda. La bajada a través del hielo y la nieve resultó mucho más cómoda de lo esperado.

—¿Llegas hasta la pista que conecta Arnarstapi con Ólafsvik? Yo tengo pensado llegar esta noche al camping, pero si se me hace tarde, acamparé de camino a Ólafsvik. Buscaré una zona donde no haya tanta nieve —dijo Tom sonriendo.

—Yo bajaré hasta Arnarstapi, he dejado mi bici de montaña en el desvío de la pista junto a la carretera, donde está el cartel que seguramente habrás visto. Puedo acompañarte hasta el desvío desde donde has iniciado la subida a la cumbre, junto a las motos de nieve —dijo Peter.

Durante algo más de media hora bajaron en absoluto silencio, escuchando el característico sonido de los crampones arañando el hielo y la nieve. Ambos disfrutaban de la paz y la tranquilidad que les regalaba el Snaefells, observando cómo las nubes, cada vez más densas y oscuras, cubrían todo el Parque Nacional y la península. Thomas había cumplido todos sus objetivos en Islandia, se sentía satisfecho consigo mismo y deseaba regresar a su hogar donde descargaría sus vídeos y fotografías y empezaría a preparar varios artículos y reportajes que tenía pendientes. Ser freelance tiene sus ventajas y sus inconvenientes, pero, hasta la fecha, había logrado vivir sin tener que rendir cuentas a ningún jefe ni seguir un horario. Era algo que agradecía, aunque en el seno de su familia le tacharan de narcisista

excesivamente consentido y mimado. Justo cuando Tom consultaba el altímetro de su reloj, Peter decidió romper el silencio.

—¿Freelance? —preguntó— Supongo que debes considerarte afortunado, no todo el mundo es capaz de vivir de sus aficiones, se requiere un talento especial y algo de apoyo, supongo.

—Sí, reconozco que no me puedo quejar, aunque en ocasiones soy el primero en complicarme la vida absurdamente —reconoció Tom.

—Siempre he pensado que cuando la vida nos da todo lo necesario para ser felices, no tenemos derecho a protestar —dijo Peter.

—Coincido contigo, aunque reconozco que no siempre he sido un buen ejemplo a seguir —reconoció Tom.

—Es importante que seamos sinceros con nosotros mismos —comentó Peter.

Las palabras del islandés provocaron que Tom guardara silencio durante unos minutos. Había algo en la forma de actuar de aquel tipo que puso en guardia a Thomas. Fue tan solo un momento, pero un pequeño temblor en la voz y un cambio en la forma de expresarse lograron que un resorte invisible saltara en el interior de su mente. Acto seguido, el noruego intentó reconducir la conversación a un terreno menos profundo.

—¿Y tú a qué te dedicas? —le preguntó.

—Soy profesor de Física en la universidad. Me especialicé en Física Cuántica y también formo parte de las patrullas de padres, algo mucho más terrenal —contestó el islandés.

—¿Patrullas de padres?, ¿a qué te refieres? —Tom no pudo ocultar su curiosidad.

Peter le explicó en qué consistían las patrullas de padres en Islandia. La patrulla es una de varias medidas que el gobierno del país había tomado para reducir el consumo de alcohol en adolescentes. Cada fin de semana, grupos de padres se organizaban en diversos vecindarios de la capital, paseando a pie e inspeccionando los lugares de moda frecuentados por los jóvenes. Mediante la participación comunitaria, programas deportivos y musicales, Islandia había logrado reducir la lacra del alcohol y el tabaco entre los jóvenes. Habían logrado una de las incidencias más bajas de abuso de sustancias en Europa. Otros países se habían percatado del éxito y buscaban emularlo. El secreto era incentivar la participación de jóvenes y padres sin mencionar las palabras droga o alcohol.

—No tenía ni idea —dijo Tom.

—Creo que toda Escandinavia tiene el mismo problema —comentó Peter.

—Es un problema que conozco muy bien. Y siempre he creído que la mejor forma de resolver un problema es enfrentándote a él —afirmó Tom.

—Eres realista y sincero, lo respeto. No todo el mundo lo reconoce, los hay que parece que vivan al margen de la realidad ¿no crees? —comentó Peter esbozando una sonrisa torcida.

—Es cierto —dijo Tom.

—Mantenerse al margen de una realidad no deja de ser una forma de autoengaño —concluyó el islandés sin ocultar un cierto temblor en su voz.

Thomas volvió a experimentar la misma sensación. Su intuición nunca le había fallado. Peter se estaba esforzando por esconder algún tipo de emoción o sentimiento. El islandés era muy mal actor pues no podía esconder lo incómodo que se sentía al hablar con él. Sin lugar a duda, ambos estaban forzando la conversación. Thomas permaneció unos minutos en silencio, intentando adivinar qué era lo que Peter parecía esconder, o de qué tenía miedo. El crujido del hielo le devolvió a la realidad, el glaciar seguía crepitando a cada paso y la amenaza de tormenta cada vez era más evidente. Al cabo de una media hora llegaron al punto desde donde habían iniciado la ascensión. A Tom le sorprendió ver tres motos de nieve paradas en una zona relativamente llana. Ambos se acercaron. Thomas observó que el motor no estaba caliente, pero tampoco estaba frío, alguien había subido en moto hacía tan solo unas horas, dejándolas aparcadas sin más. En un lateral de las motos Thomas pudo leer la palabra ECYLA.

—Juraría que no he visto ninguna moto al subir —dijo Tom.

—Puede que sea algún grupo de turistas que están dando una vuelta por la zona y se han adentrado unos metros en el glaciar —dijo Peter con escasa convicción.

—Yo no he visto a nadie ¿y tú? —preguntó Thomas.

—No, pero como puedes ver, parece que no estamos solos.

Thomas pudo sentir cómo la tensión aumentaba por momentos. Ambos se quitaron los crampones, se avituallaron y recolocaron varios elementos de sus mochilas.

—Ha sido un placer conocerte —dijo Tom estrechando con fuerza la mano del islandés.

—Lo mismo digo, cuídate mucho. Yo de ti acamparía esta noche en un punto donde te sientas seguro, puede que lo más inteligente sea regresar a Arnarstapi, no creo que puedas llegar a Ólafsvik, se está preparando una buena. A finales de junio en Islandia puede nevar en cotas relativamente bajas, ten cuidado y abrígate bien —le avisó Peter.

—Espero no tener problemas, ha sido muy interesante descubrir detalles de la vida en Islandia que desconocía por completo —comentó Tom.

—Ya tienes material para ofrecer a tus seguidores —añadió Peter —. Islandia es una isla fascinante. Te quita y te da, no lo olvides.

—Es una isla mágica —afirmó Tom pensando durante unos segundos en la última frase que había pronunciado Peter.

Ambos se despidieron. Tom siguió subiendo por la pista hacia Ólafsvik, miró a su alrededor y tuvo muy claro que la nieve acabaría por cubrir todo el camino, obligándole a avanzar con crampones y con el GPS activado. Con poca visibilidad podría perder la pista y le resultaría complicado encontrar el camino correcto. Todavía le quedaba una hora de subida hasta llegar al collado desde donde iniciaría el descenso hasta Ólafsvik. Al llegar a los 700 metros de altitud, la nieve cubría toda la pista. En ese instante se dio cuenta de que su cuerpo no proyectaba sombra sobre el terreno. Observó cómo la niebla se adueñaba de la costa, creando un efecto visual espectacular y lúgubre a la vez. Pensó en las viejas películas de terror de la Universal y la Hammer, con brumas irreales y un halo de misterio capaz de impregnar cualquier ambiente. Los truenos, cada vez más cercanos, le recordaron que el festival estaba a punto de comenzar. Las primeras gotas no tardaron en caer. Oscuros y amenazantes cumulonimbos cubrían la cumbre del Snaefells. La llovizna de aguanieve poco a poco se convirtió en una nevada de cierta intensidad.

En cuestión de minutos, la niebla aumentó su espesor, la temperatura cayó en picado y un fuerte viento comenzó a soplar con ganas. Había tenido mucha suerte de poder realizar la ascensión con sol y un cielo azul de postal, disfrutando de una panorámica excepcional desde la cumbre, pero ahora el frío intenso se dejaba notar y la tormenta le había alcanzado de lleno. En una curva, el noruego hizo un alto para volver a sacar sus crampones de la mochila y, tras colocárselos, comenzó a avanzar con mayor seguridad. Se puso ropa de invierno impermeable y bebió un buen trago de agua fresca.

La nieve no estaba tan dura como pensaba y podía ganar algo de velocidad. Pero, al cabo de unos diez minutos, no solo cubría por completo la pista, sino que el grosor era tal que le impedía tomar puntos de referencia a la hora de avanzar. La niebla se había apoderado completamente del Snaefells y la visibilidad tan solo alcanzaba unos 20-30 metros. La ventisca comenzaba a resultar realmente molesta, impidiéndole avanzar. Tom echo un vistazo a su mapa y al GPS, pero no había señal. Su reloj tampoco funcionaba, había dejado de funcionar a las 12:57 AM y mostraba la pantalla negra como el carbón. Su teléfono móvil, que había mantenido caliente en uno de los bolsillos interiores de su anorak, también estaba

apagado: ni señal, ni batería. Nada, era imposible encenderlo. Por fortuna había llevado consigo una cámara Leica totalmente manual, con la que había sacado varias diapositivas más que interesantes.

Intentó orientarse, subió unos metros y observó que la nieve se endurecía peligrosamente. Cruzó por encima de varias placas de hielo que le invitaron a bajar el ritmo, hasta que se detuvo al cabo de cinco minutos.

Ante él se extendía un paisaje completamente blanco y gris. No había rastro de ninguna pista, no había señales, no había trazas ni pisadas, podía pasarse horas dando vueltas sin encontrar ningún punto de referencia que le ayudara a llegar al collado. Equipado con unas buenas gafas-máscara antiniebla, observó que la visibilidad era prácticamente nula y la sensación de frío intenso aumentaba por segundos. Sus gafas de poco le servirían. Guardó su mapa topográfico en la mochila y volvió a conectar su GPS. Nada. No había señal.

—¿Qué es lo que está fallando? —lanzó la pregunta al aire, pensando en voz alta.

La situación empezaba a ser harto preocupante. Aunque anteriormente ya se había encontrado en medio de grandes tormentas, en el Snaefells se estaba desatando un auténtico infierno blanco, con un viento racheado que aumentaba por momentos y el añadido de tener que soportar el bombardeo constante de unos copos de nieve que se clavaban en su rostro como si de finísimas agujas se tratara. Tom analizó la situación: había varios factores que estaban convirtiendo el intento de travesía en algo más complicado que un simple trekking. Por un lado, tenía que llegar a Ólafsvik para poder llegar a tiempo al aeropuerto y, por otro, aunque tuviera experiencia en alta montaña, era la primera vez que pisaba el Snaefells. No conocía la zona. En Islandia y en casi toda Escandinavia, los grandes espacios son el lugar ideal para dar vueltas y vueltas perdiendo el tiempo inútilmente en caso de niebla y ventisca. Tom no se dio por vencido fácilmente, intentó encontrar la pista, pero fue imposible: la nieve la había cubierto totalmente y la impresionante ventisca arreciaba. La situación se había complicado en cuestión de minutos. Avanzar se había convertido en una empresa imposible. Había llegado hasta un pequeño altiplano donde las ráfagas de viento le obligaron a tomar una decisión. La nieve se acumulaba en su capucha, en su anorak de pluma y en sus botas. Los guantes resistían, pero empezaba a notar algo de frío en sus pies.

Consciente de que no llegaría al collado, ni mucho menos a Ólafsvik, decidió instalar su tienda a pocos metros de donde se encontraba, en un terreno llano con pocas piedras, bajo unas rocas enormes que le servirían de protección. Montar la tienda se convirtió en toda una proeza, en una misión casi imposible. Tom estaba

acostumbrado a lidiar con situaciones extremas, pero, aunque había vivido tormentas excepcionales en el Mont Blanc, el Monte Rosa, en el Piz Bernina e incluso en Nepal y en el Kashmir, tuvo que hacer un gran esfuerzo para recordar una mezcla de fenómenos atmosféricos de tamaña intensidad. El viento huracanado y la intensa nevada le obligaron a proteger muy bien su tienda. La pared de rocas le serviría de gran ayuda pues frenaba el viento, protegiendo el flanco sureste de la tienda. Pero la parte que daba al norte recibía de lleno el impacto de la nevada. Buscó varias piedras de gran tamaño y, realizando un esfuerzo considerable, las colocó junto a la tienda a modo de parapeto. Clavó todos los vientos a conciencia, colocó más piedras para aumentar la seguridad y se preparó para pasar la noche equipándose a conciencia. Se introdujo en el interior de la tienda, cerrando las dos cremalleras.

La penumbra reinaba en el Snaefells: el nivel de luminosidad había caído en picado, sumiendo la montaña en una oscuridad casi total. Intentó encender su frontal, pero tampoco funcionaba. Había recargado las baterías en Arnarstapi, estaba seguro de ello. Raudo y veloz, buscó un par de pilas nuevas en su mochila y las cambió. Nada. Decidió no complicarse la vida y aprovechó la poca luz que entraba desde el exterior, dejando que sus ojos se acostumbraran. Extendió su saco de dormir de 900 gramos de plumón y, cual marmota en su nido, se metió dentro, sentándose con él a modo de manta protectora. No era un buen momento para encender su hornillo de gas, la sopa caliente se haría esperar. Tras cenar un bocadillo de pescado, unas nueces y una manzana, bebió un zumo de naranja y se dispuso a descansar, con la esperanza de que la tormenta amainara de madrugada.

Pero los enormes copos de nieve rebotaban sobre la tienda de campaña, ametrallando sin piedad el tejido impermeable. De momento la pequeña Vaude aguantaba, pero se movía más que un adolescente en un parque de atracciones. Tom se dejó acunar por un sonido que conocía muy bien, un sonido que le recordaba su pequeñez ante la naturaleza. Una vez más, se encontraba solo a merced de los elementos. La palabra soledad retumbó en su interior, el cansancio había hecho mella en él y, por un momento, sintió miedo. Hacía mucho tiempo que no experimentaba esa sensación. La temperatura había bajado en picado poniendo a prueba la tienda y el saco de dormir. El plumón le sería de gran ayuda. Por fortuna, Tom había cargado su calentador manual Zippo y lo había mantenido apagado hasta aquel preciso instante. Lo encendió al máximo, utilizándolo durante un buen rato para calentar sus manos e incluso sus pies.

Por su mente volvió a cruzar el estallido y la luz azul que había

visto desde la cumbre del Snaefells. Intentó encontrar una explicación lógica, pero no sabía por dónde empezar. Había sido algo totalmente real, era imposible que aquel montañero no hubiera visto ni escuchado nada en absoluto.

Se acurrucó dentro del saco, cerró los ojos, respiró hondo y pensó en Aase. Ella siempre actuaba cual bálsamo reparador, siempre era el salvavidas al cual se aferraba cuando algo se torcía… Siempre era Aase la que le ayudaba. Ese había sido el principal problema en su relación: la balanza no estaba equilibrada. En aquel momento fue consciente de lo mucho que la quería, de cómo necesitaba volver a estar junto a ella, en Noruega o en cualquier lugar. ¿Qué pensaría Aase sobre el extraño fenómeno del que había sido testigo? Seguro que le escucharía, que procuraría encontrar una explicación plausible, lógica. Ella siempre lo analizaba todo, aplicando la lógica y el sentido común. Ambos eran como una suerte de Fox Mulder y Dana Scully. Él siempre risueño como un colegial, soñador, pasional y a la vez melancólico. Ella tan analítica y cerebral, siempre tocando con los pies en el suelo, utilizando la ciencia como manual de campo. Un sueño profundo le invadió y su mente se trasladó a unos mil quinientos kilómetros de distancia.

Era su tercera noche en Arnarstapi.

VI

Noruega

Veintiocho días antes

La costa de Noruega ofrece al viajero una fusión perfecta de mar y montaña, descubriendo ante los ojos atónitos del visitante un auténtico paraíso natural realmente espectacular, donde inmensas paredes de roca caen en picado hasta el mar. Es precisamente el mar, unido al poder de los elementos, el que ha creado a través de los siglos inmensos fiordos, que en algunos casos se adentran hasta doscientos kilómetros dentro del continente, como es el caso del Sognefjord, el segundo más extenso del mundo tras el Scoresby Sund en Groenlandia. La palabra fiordo tiene su origen en el vocablo noruego fjord, o bahía estrecha formada por glaciares. Junto a los fiordos, miles de islas salpican el paisaje desde Stavanger hasta el cabo norte, dibujando un paisaje único en el mundo. A medio camino entre Stavanger y Bergen, en el corazón de la región de Rogaland donde se encuentran los grandes fiordos, brilla con luz propia la ciudad de Haugesund, estratégicamente situada justo al final de un inmenso brazo de tierra rodeado de fiordos y pequeñas islas. A pocos kilómetros al sur de Haugesund, en la isla de Karmoy se encuentra situado el aeropuerto de Haugesund-Karmoy, cuya única pista está habilitada para aceptar aviones tipo A-320 y Boeing 737.

A primera hora de la mañana, el vuelo de Norwegian procedente de Oslo aterrizó puntualmente en Karmoy, inició su rodadura al llegar al final de la pista y llegó hasta el finger habilitado para la ocasión. Thomas Rake bajó del Boeing 737-MAX, cruzó varias puertas y tras andar menos de dos minutos llegó al mostrador de alquiler de vehículos, donde había reservado un Volkswagen Golf turbodiésel de color blanco. Tras realizar las gestiones pertinentes, salió del aeropuerto, entró en el parking y, en menos de cinco minutos, enfiló la carretera E134 primero hacia el este y, al llegar al cruce con la 47, giró hacia el norte, siguiendo por la E134. Dejó atrás Avaldsnes y el desvío a Storasund y cruzó el puente que une la isla de Karmoy con el continente, llegando hasta Haugesund. Sin mayor demora, fue directo hasta el puerto, rodeado por preciosas casitas de colores vivos y varios bares y restaurantes con terrazas de madera donde sirven excelentes platos de carne y pescado. El ferry que conecta Haugesund con la pequeña isla de Rovaer llegó puntual, como siempre. Soplaba una ligera brisa, fresca, casi fría, algo totalmente normal a principios de

junio. Tras atracar y amarrar, unas treinta personas impecablemente vestidas bajaron de la embarcación, Tom pudo escuchar que regresaban de un funeral en la isla. Pocas caras tristes, la mayoría parecía aceptar la muerte como lo que es, un paso más, una evolución dentro del ciclo de la vida.

Cuando el último de los pasajeros abandonó el barco, el capitán y la tripulación permitieron el embarque, siempre con una sonrisa dibujada en sus rostros. La embarcación no tardó en llenarse y el ferry partió a la hora prevista. Pasaron por debajo del puente que comunica el centro de Haugesund con la pequeña isla de Risoy, que forma parte de la ciudad y cruzaron el estrecho de Karmsund, dejando a mano derecha las islas de Hasseløy y Vibrandsøy y a mano izquierda Storoy y Steinsoy.

Salieron al mar abierto y, al cabo de media hora, avistaron la bucólica isla de Rovaer. Casi no había oleaje y la travesía resultó rápida y plácida. Una vez el ferry sobrepasó Gitteroy, inició la maniobra para entrar en el puerto de Rovaer, estratégicamente situado entre varios canales naturales que rodean el corazón de la isla. La maniobra de atraque duró pocos minutos, al no haber más embarcaciones del mismo tamaño. Thomas desembarcó equipado con una mochila de gran tamaño, había dejado su vehículo de alquiler en el puerto de Haugesund con la intención de caminar por la isla sin prisas, sintiendo el viento del mar en su rostro. Miró su reloj, faltaban unos minutos para las once de la mañana. Justo delante del puerto le recibió una gran bandera de Noruega, izada en un enorme mástil. Dejó atrás un pequeño museo y varias casas y, justo antes de llegar a un pequeño puente, dio un giro a la izquierda y bajó por el camino que conduce hasta el Rovaer Kulturhotell, con su pequeño embarcadero. Recordaba perfectamente el paisaje, los olores, la pureza del aire… se sentía feliz por primera vez en mucho tiempo. Las gaviotas sobrevolaban la costa y el interior de la isla. El sonido del viento se mezclaba con los que emitían unas aves gráciles en busca de sus preciadas presas acuáticas. Hacía frío y la humedad se dejaba notar, pero el astro rey brillaba en lo alto desde horas atrás debido a las noches casi blancas. Era una de las ventajas del verano en Noruega.

El camino pasaba muy cerca de varias casas de madera y fue precisamente en una de ellas donde Tom se detuvo, justo en la última vivienda antes de llegar al Kulturhotell. Era una construcción de dos alturas sobria pero elegante, cuyas tejas de color granate contrastaban con el blanco inmaculado de la pintura exterior, aportándole un aire noble y señorial. Thomas observó un pequeño rebaño de ovejas que pastaban tranquilas a unos veinte metros de la terraza cubierta que daba al jardín y, acercándose sigilosamente con la intención de

molestarlas lo menos posible, dio un pequeño rodeo por un camino contiguo a la cerca de madera pintada de color verde oliva y se dirigió hacia la puerta principal. Llamó dos veces al timbre, esperó un par de minutos y, cuando ya se disponía a regresar por el mismo camino por donde había venido, la puerta se abrió.

En el umbral apareció una joven de treinta años bastante alta, con una larga melena rubia como el oro y una expresión que dejaba entrever carácter, experiencia y seguridad. Vestía un mono de trabajo especial para salir a navegar en aguas frías.

—¡Dios mío! —gritó la joven— ¡Tom!, ¿qué haces aquí? —preguntó perpleja.

—Acabo de aterrizar hace unas dos horas, he venido directamente a verte —contestó el joven noruego.

—Pues por muy poco no me encuentras; acabo de llegar de la piscifactoría y, como puedes ver, todavía no me he cambiado. Los salmones que criamos a dos millas náuticas de Rovaer no entienden de horarios y mi laboratorio de biología tampoco —dijo ella.

—Me gustaría dar un paseo contigo —dijo el noruego.

—Dame cinco minutos, entra, no te quedes en la puerta. Voy a cambiarme. Si quieres tomar algo sin alcohol, en la nevera tengo de todo. Sírvete tú mismo, pero no me ensucies la cocina —dijo Aase.

Aase Skeving y Thomas Rake se habían conocido en las islas Lofoten, más allá del Círculo Polar Ártico, a finales de agosto de 2012. Thomas acababa de volver de España, tras pasar dos semanas en San Sebastián con la poca familia que le quedaba por parte de su madre. A su regreso a Noruega quería invertir cinco semanas entrenando. Por aquel entonces entrenaba muchísimo. Subió corriendo al Preikestolen varias veces y aprovechó para disfrutar de las cumbres que rodean Stavanger. Días más tarde subió en coche hasta Narvik, para cruzar hacia las Lofoten y llegar a Reine, donde quería realizar varios trekkings en solitario. Fue justo al bajar del mítico Reinebringen cuando se había parado en una pequeña tienda de alimentación con varias mesas en el exterior. Tras encargar un bocadillo de pescado local, una ensalada y una Coca Cola Light, aprovechó la ocasión para entablar conversación con la joven que estaba detrás del mostrador, una charla que derivó en paseo por Reine junto al mar al atardecer. Thomas nunca pensó que acabaría enamorándose de una bióloga noruega con la carrera de Psicología inacabada, residente en la bucólica isla de Rovaer, que pasaba las vacaciones de verano en las islas Lofoten rodeada de turistas. Los caprichos del destino, casi siempre inesperados y en ocasiones sorprendentes.

Ella vivía sin necesitar canales de televisión de pago ni lujos superfluos. Cada vez que abría la ventana de su habitación descubría

un auténtico paraíso y se sentía afortunada al poder ayudar a su familia. Era muy feliz viviendo varios meses al año en la pequeña casa de madera que sus abuelos habían construido a mediados de los años setenta del pasado siglo, junto a la pequeña tienda de alimentación con servicio de bar.

Tom entró en su vida de un modo totalmente inesperado: su mezcla de noruego y vasco sedujo a Aase. Con el paso del tiempo, ambos realizaron multitud de viajes por Europa y Asia, disfrutando juntos de la montaña. Uno de los más especiales había sido a mediados de septiembre de 2014, en Francia y Suiza: el macizo del Mont Blanc y el del Monte Rosa resultaron el escenario ideal donde vivir una semana de apasionantes aventuras a más de cuatro mil metros.

Ambos conectaban a la perfección. A comienzos de 2015, Aase se convirtió en un pilar fundamental para sostener el dolor y la sensación de vacío que experimentó Thomas tras la repentina muerte de sus padres en un accidente de carretera. A finales del verano de ese año, la pareja realizó un viaje al Himalaya que devolvió la sonrisa a un huérfano incapaz de canalizar ciertas emociones. Fue el primero de una serie de tres viajes planeados con la intención de ascender primero varios seismiles, un par de sietemiles y, a poder ser, con un poco de tiempo, el Kanchenjunga y el Makalu sin oxígeno, que se convertirían en el sexto y séptimo ochomil de Tom. Él ya había logrado alcanzar sin oxígeno la cumbre del Shisha Pangma, el Gasherbrum II, el Cho Oyu, el Broad Peak y el Manaslu.

Con sus objetivos cumplidos, a mediados de 2018 ambos se lanzaron a la aventura de escalar el Everest por el glaciar del Khumbu. Viajaron los dos solos, sin nadie más. Habían contratado los servicios de dos sherpas. Su intención era subir con el menor equipo posible y de la forma más ética posible. Lo hicieron desde Lukla, disfrutando del trekking al campo base del Everest durante cinco días. Una vez dejaron atrás Gorakshep llegaron al inmenso festival de tiendas donde se encuentra el campo base nepalí, situado a 5.363 metros de altitud. Fue durante la ascensión al Everest cuando estalló la crisis.

—Necesitaba pedirte perdón, mirarte a los ojos y decirte que lo siento, no me comporté como es debido. De algún modo, el miedo y la inseguridad pudieron conmigo. Te he fallado, pienso en ello constantemente —dijo Tom mientras dejaban atrás la casa de Aase caminando lentamente y se dirigían al camino que cruza el puente por encima del canal, dejando el pequeño puerto a mano derecha.

—¿Y que se supone que tengo que decir ahora? —preguntó ella sin dejar de caminar.

—No digas nada, tengo muy claro que soy como un virus, todo lo que toco termina por infectarse tarde o temprano. La lista es muy larga. He perdido a mucha gente que me importa. Hace tan solo unos días estaba en una habitación en Brig, sufrí un accidente por culpa de una estupidez y, por fortuna, he podido contarlo. En Zermatt tienen uno de los mejores equipos de rescate del mundo —dijo Tom.

—Lo último que me esperaba es que aparecieras en Rovaer. Supongo que ahora debo decirte que aprecio tu sinceridad, tu esfuerzo y que espero que te encuentres mejor después del accidente. Valoro tu visita, puedes estar seguro de ello —dijo Aase.

—Procuro cambiar de vida o por lo menos, de forma de ver y de afrontar la vida —dijo el noruego.

—Es un primer paso. Espero que algún día dejes de vivir en esa especie de placa de Petri que llamabas hogar. ¿Cómo te llamó aquel guarda de refugio en Austria cuando te vio pelearte con un guía? —preguntó la joven.

—Me faltó al respeto al llamarme presuntuoso y malcriado. El guía también fue responsable de la pelea al ocupar con malos modos la mesa donde tenía previsto desayunar, todo por querer subir el primero a la cumbre del Großglockner con su cliente. A pesar de todo, no debí caer en su provocación —respondió Tom.

—Insultar y golpear a un guía es algo que no te ayuda a ganarte el respeto de quienes viven de la montaña —dijo Aase con gravedad—. Desde tu experiencia en el Everest no has vuelto a ser el mismo. Y lo sabes.

—No negaré que tengas razón, pero no soy un mentiroso. Llegué a la cumbre, lo tengo muy claro y nadie puede ponerlo en duda —dijo Tom sin ocultar su indignación. Aase era la única persona que sabía leer el rostro de Tom, interpretando sus emociones y sentimientos.

—Nunca he pensado que fueras un mentiroso —aclaró Aase—. Pero no puedo negar que tienes tendencia a exagerar, te gusta el espectáculo. Puede que en ocasiones parezcas prepotente, pero no siempre fue así, sé muy bien como eres. Tienes muy buen fondo, nunca he creído que seas una mala persona y lo sabes, me enamoré de ti por algo más que por tu forma física: me encanta tu sentido del humor y tu valentía, pero no tienes paciencia y te pierden las formas.

—Es cierto —reconoció Tom.

—¿Estás saliendo o viviendo con alguien? —pregunto ella, cambiando radicalmente de tema. El silencio de Tom fue la mejor respuesta.

—Yo tampoco tengo pareja. Hoy en día es complicado encontrar a alguien que te quiera por tu inteligencia. La mayoría de los hombres que he conocido, físicamente podían ser muy atractivos, pero su nivel de estupidez superaba mis límites. Mejor sola que mal acompañada.

—Siempre has sido muy exigente —dijo Tom—. Puede que ambos lo seamos, y así estamos… solos —añadió.

—¿Te sientes solo? —preguntó la joven.

—Sí —contestó él.

—Ser el único hijo de una familia adinerada conlleva cierta fama —dijo ella—. Tu podías haber elegido otro camino, pero decidiste convertir tu pasión en profesión, lo cual es muy digno y respetable, pero podrías cuidar mucho más tu imagen y la forma de enfocar tu profesión —dijo ella.

—El grupo de italianos y aquel alpinista polaco del campo base en el Everest se comportaron como una panda de idiotas —dijo Tom—. Llevaban una borrachera impresionante y negaron haberme visto bajar de la cumbre. Llegamos juntos hasta el collado sur, fue en la parte final de la subida cuando les adelanté en el escalón Hillary, puedo asegurarte que me vieron arriba —Tom seguía muy indignado.

—Les llamaste borrachos, idiotas y mentirosos en directo, en uno de los programas de televisión de mayor audiencia de Noruega. La prensa especializada se hizo eco, y encima añadiste más leña al fuego al no presentar ni una solo foto de la cumbre —dijo ella.

—¿Cómo llamarías a unos tipos que se hacen subir dos barriles de cerveza al collado sur del Everest y luego niegan mi versión? —preguntó Thomas.

—No digo que no tengas razón, pero ya sabes cómo es este mundo —dijo ella—. Basta que alguien ponga en duda que has llegado a la cumbre para que se te echen todos encima.

—Reconozco que no cargué las baterías de la GoPro y mi reloj no reflejó las coordenadas exactas, no puedo negarlo y nunca lo he hecho. Dejé muy claro que tenía que ahorrar batería, pero los datos reflejados me sitúan muy cerca de los 8.800 metros. No tengo una foto clara, pero tengo un par por encima del escalón Hillary que se ven muy bien, justo antes de que se apagara la cámara. La funda extrema que cubre mi teléfono permitió que pudiera sacar un par de fotos en la cumbre. No se ven muy bien, pero son válidas —explicó el noruego.

—Yo siempre te he creído, es más, estamos hablando de una diferencia mínima. De cara al futuro ya sabes lo que hay que hacer, nunca dejes un cabo suelto —comentó ella.

—A Kilian le pasó algo parecido —dijo él—. Tuvo problemas a la hora de aportar pruebas y datos concluyentes, pero yo soy de los que lo creyó a pies juntillas desde un principio. Con Ueli Steck también fueron muy duros en su momento. En mi caso, los malditos metadatos no son concluyentes por sí mismos; no obstante, cobraron valor al realizar un análisis del conjunto de las pruebas aportadas —explicó Tom.

—¿Qué son los metadatos? —preguntó la joven noruega.

—Es la información que añaden algunas cámaras a las fotos y vídeos que almacenan en su memoria. Puedes encontrar desde el modelo de cámara hasta parámetros técnicos de la foto, la fecha y la localización. En mi caso, al igual que Kilian, la GoPro que utilicé cuenta con un GPS que toma referencias geográficas. También le añade una marca de tiempo que indica cuándo fueron capturadas, aunque hay un desfase debido presumiblemente a la configuración de la cámara.

—Creo que Kilian es consciente del riesgo que corre: mediático y profesional. Puede estar orgulloso de haber creado una bonita familia cerca de aquí —apuntó Aase.

—Eso suena a reproche —dijo Tom—. A nivel emocional, resulta muy difícil de asimilar que alguien desafíe la historia de nuestra vida por consenso.

Tom creía que la mayoría de seres humanos no tendrían que responder por su pasado, más allá de algún hecho aislado, la mayoría debería poder vivir sin tener que mirar atrás.

—Supongo que llega un momento en el que todos nos cansamos de ser políticamente correctos —comentó Aase.

—Mis ideas siempre han estado muy claras, soy como soy, pero nunca te engañaré, siempre estaré ahí dando la cara, no como otros —añadió sin ocultar su malestar.

—Las ideas son el arma más poderosa del planeta y tú lo sabes. Hoy en día debemos tener mucho cuidado con lo que decimos o publicamos. Las ideas se introducen bajo la piel; son durmientes, volátiles y explosivas. Se adhieren a nuestra conciencia colectiva y un día, cuando menos lo esperamos, salen a la superficie para reafirmar su poder. Cuando las ideas detonan, la vida no vuelve a ser la misma. Has pasado por un mal momento y has tenido un accidente, sí, pero estás vivo. Considéralo un punto de partida para empezar de nuevo. Admiro a quienes se levantan cuando caen, a los que se enfrentan a las adversidades con la cabeza bien alta —dijo Aase.

—Estoy de acuerdo, mira cómo he acabado. Si te sirve de algo, necesitaba verte para disculparme —reiteró Tom—. Te necesito, te echo mucho de menos. He sido egoísta, no me he portado bien contigo.

—Tienes que pensar que el motivo principal por el que no vivimos juntos no es la falta de amor, ni la falta de empatía: es tu falta de compromiso. La palabra responsabilidad no va contigo. Me encanta viajar a tu lado, disfruto escalando, esquiando… Reírme contigo es una experiencia muy gratificante, pero todo tiene un límite —la joven esbozó una sonrisa y tomó las manos de Tom entre las suyas—. Yo siempre he confiado en ti, pero tú no creías en nosotros, por eso me

marché. Todo giraba a tu alrededor, te volviste huraño, narcisista, egoísta, te encerraste en casa, no hacíamos nada juntos… y luego vino lo que tú ya sabes —dijo ella.

—Sabes que nunca he creído en el matrimonio —dijo Tom.

—¿Cómo puedo vivir con alguien que cree que el matrimonio es una farsa compleja? Tú mismo lo describiste con estas palabras: «Es un acuerdo antinatural que obliga a los firmantes a una monogamia malsana». Un cúmulo de pequeñas riñas y resentimientos que, como algunas torturas psicológicas, termina por transformar a las partes en una horrible versión histérica y neurótica de sí mismas. Me acordaré toda la vida —dijo Aase sin esconder su amargura.

Tom guardó silencio.

Durante un tiempo la pareja había discutido acaloradamente acerca de la familia, de las responsabilidades como pareja y, por supuesto, del matrimonio. Tom defendía la idea de que no todas las parejas que se quieren se casan, ni todas las parejas que se casan se quieren. Aase opinaba que no querer casarse era signo de inmadurez y Tom entendía el matrimonio como una imposición social, una gran farsa en la que personas que han mantenido relaciones sexuales con decenas de otras personas se casaban de blanco porque así lo había decidido una sociedad hipócrita y clasista. Tom afirmaba que el matrimonio en sí también podría responder a cierto grado de inmadurez, algo que Aase siempre había negado rotundamente.

—Respeto tu opinión, incluso puedo llegar a entender tu peculiar punto de vista, pero no pienso compartir mi vida con alguien que no cree en la familia. Cada vez que hablamos de tener un hijo cambias de tema —añadió Aase.

—No es exactamente así. Nos han educado o programado para que sigamos un plan preestablecido —intentó explicar Tom.

—¡Ah!, ¿ahora has cambiado de teoría? Sabes que te quiero Tom, pero no sé si te lo has creído alguna vez. Ese es tu principal problema —dijo ella. Tamaña afirmación hirió a Thomas.

—Puede que algún día me perdones —Thomas trataba de cerrar la herida de alguna forma.

—No hay nada que perdonar, la vida da muchas vueltas y si te sirve de algo, sigo pensando que me gustaría vivir contigo y formar una familia, pero debes estar convencido de que podemos lograr algo juntos —reconoció Aase.

Tom miró fijamente a los ojos de Aase antes de volver a hablar.

—Sé que no soy un buen ejemplo en muchas cosas, pero no todo es oscuridad en mi vida —dijo defendiéndose. Sin embargo, a los pocos segundos fue consciente de la futilidad de su intento.

—Ahora mismo siento como si un reloj se hubiese parado y

esperásemos a que un explosivo muy potente explote. Estamos justo en medio de ese silencio —dijo Aase.

—Ahí es donde vivo yo ahora, pero tú no tienes por qué formar parte de ese silencio —le respondió Tom.

—Cuando aprendas a salir de él, aquí estaré —dijo Aase.

—Tengo programado un viaje de varias semanas a Islandia antes de que sea temporada alta. Hoy dormiré de camino a Bergen, mañana dejaré el coche de alquiler en el aeropuerto y volaré a Reykjavík —explicó Tom.

—Hace tiempo que soñabas con Islandia —dijo Aase—. He estado varias veces, es una isla fascinante.

—Ven conmigo —le soltó Tom sin pensarlo demasiado.

—No puedo, tengo muchísimo trabajo y somos un equipo muy pequeño, no creo que con tan poco tiempo pueda pedir vacaciones. Me esperan dos semanas intensas, o más. Cuando vuelvas hablamos, ¿te parece bien? Llámame o ven a verme —dijo la joven noruega.

—Así lo haré —afirmó Thomas.

—Disfruta de tus tiempos y tus espacios, espero que puedas aprender del silencio —dijo ella—. Por cierto, ¿puedo preguntarte qué ocurrió hace unos días en Zermatt? —añadió.

—Caí en una grieta bajando de la Capanna Margueritta. Mi intención era bajar a dormir al nuevo refugio del Monte Rosa, tras pasar una semana a más de 4.000 metros. Subí por la vertiente italiana, con el nuevo telecabina de Indren, que te acerca a una hora y media del refugio Gnifetti.

—¿La travesía de los cuatromiles que hicimos en 2014? —preguntó ella.

—Exacto. Supongo que era una forma de recordar el pasado, tenía muchas ganas de volver y pasar varios días a más de cuatro mil metros —dijo Tom.

—Y bajaste enchufado, como a ti te gusta —comentó la joven.

—Fue una estupidez —dijo Tom con sinceridad.

—No eres ni el primero ni el último que peca de exceso de confianza. Ten mucho cuidado en Islandia. No te castigues, no vale la pena —le rogó Aase—. Y recuerda: nunca ocultes quién eres, solo así funcionan las relaciones. Me encanta cómo eres, ya sabes qué es lo único que me falta —añadió la joven.

En algún lugar del interior de Tom, la última frase de ella resonó con fuerza.

—El ferry partirá en unos veinte minutos, tenía muchas ganas de verte —dijo Tom.

Los dos se fundieron en un intenso abrazo.

—¿Quieres quedarte a dormir? —preguntó ella.

—Me encantaría, pero si me quedo, me gustaría que no fuera tan

solo una noche —dijo Tom—. Y ahora no creo que sea el mejor momento para… —Aase le interrumpió.

—Yo estaba pensando en el sofá cama del salón —dijo ella sonriendo.

Tom había regresado a Haugesund a media tarde. Aprovechó para cenar algo rápido y, sin pensárselo dos veces, fue directo hacia la calle Strandgata. Allí entró en uno sus restaurantes favoritos, el To Glass, donde cocinaban el fletán o pez mantequilla de un modo que siempre le parecía exquisito. Tras disfrutar de su plato de pescado favorito, probó el surtido de quesos y, sobre las siete y media de la tarde, pidió la cuenta.

Salió del establecimiento con su mochila a la espalda, dirigiéndose a buen ritmo hasta donde había aparcado su Golf de alquiler, muy cerca de la Smedasundet, la calle del puerto. A las siete y cuarenta se encontraba conduciendo hacia el norte con destino a Bergen. Las noches blancas, o casi blancas, ayudan a mantenerse despierto en la carretera, y dan un valor añadido al verano, pues los días son mucho más largos y hasta bien entrada la noche no baja el sol, que vuelve a salir de madrugada. El joven noruego recordó paisajes que le transportaron a otros tiempos.

A las siete de la mañana Thomas Rake se despertó, dejando atrás una parte de su pasado. Una gota de sudor frío cruzó lentamente por su frente, dejando atrás el ojo derecho para caer lateralmente por su mejilla.

Había llegado el momento de preparar su anhelado viaje a Islandia.

VII

Magnus

Jueves, 29 de junio de 2023

Niebla espesa, nieve, diecisiete grados bajo cero y bajando, nubes negras, ni rastro del sol. Debido a la intensa ventisca, la sensación de temperatura rozaba los veinticinco grados bajos cero. La alarma del reloj no funcionaba, pero el sonido del viento y el movimiento de la tienda le obligaron a abrir los ojos unos diez minutos antes de las ocho de la mañana. Tom siempre había pensado que las noches blancas tenían una gran ventaja, pues durante gran parte del día siempre había luz, una luz que, aunque fuera mucho más tenue de lo habitual, siempre sería más intensa que en el sur de Europa a esa hora. Pero aquella mañana, una siniestra oscuridad y las temperaturas gélidas se habían apropiado del Snaefells. El noruego disponía tan solo de un día y medio, puede que incluso dos apurando al máximo, para regresar a Reykjavík. Con buen tiempo, en aquel preciso instante estaría desayunando en el camping de Ólafsvik, preparándose para tomar el autobús hacia Borgarnes y Reykjavík. Pero la situación era muy distinta: de momento, se encontraba en el interior de una pequeña tienda de campaña azotada por una tormenta atroz en medio de un desierto de nieve y hielo.

La idea inicial era poder regresar con tiempo suficiente para realizar alguna excursión cerca de Grindavik y el aeropuerto de Keflavik, en la península de Reykjanes. Los últimos días de viaje por Islandia le estaban mostrando el verdadero rostro de la isla: bruscos cambios de tiempo e incluso nevadas intensas en junio. Con buen tiempo y buena visibilidad, podría llegar hasta Ólafsvik tranquilamente y, aunque probablemente perdería el autobús, podría alquilar un vehículo, ya que seguiría teniendo un margen de tiempo suficiente. Su vuelo de regreso a Noruega despegaba el domingo por la noche, Tom procuró no pensar en ello. A las nueve y media la intensa nevada le obsequió con una breve tregua. Tom esperó hasta que la ventisca bajó de intensidad y, a las once y diez, decidió levantar el campamento. «No puedo pasar todo el día aquí arriba», pensó.

Desayunó un par de barritas de proteínas, dio un mordisco a un pedazo de pescado seco muy típico de Islandia y no pudo beber ningún líquido porque tanto el zumo como el agua se habían congelado. Guardo toda la comida en una bolsa con cierre y miró en el interior de su pequeña cartera. Todavía le quedaban unas 150.000 coronas islandesas, con las que podría comprar los billetes de autobús

para regresar al aeropuerto de Keflavík, pagar el camping, hacerse con un teléfono para salir del paso y avituallarse tranquilamente.

Secó como pudo la tienda, la plegó y la guardo junto a su saco. Se cargó la mochila a la espalda y evaluó con calma la situación. La pista estaba totalmente cubierta por la nieve y la visibilidad abarcaba menos de veinte metros, por lo que sería imposible encontrar el trazado de un itinerario que, además, para él era desconocido. No había absolutamente nadie a su alrededor, aunque tampoco podía estar muy seguro de ello, porque la niebla seguía cubriendo con su denso manto todo el paisaje. Quería llegar a Ólafsvik en unas tres horas, pero sin GPS era muy complicado orientarse en medio de la nada. A las once y media la ventisca volvió a arreciar. Tom se dio cuenta de que la idea más inteligente era olvidar la travesía hasta Ólafsvik y regresar a Arnarstapi, donde podría descansar y entrar en calor. La temperatura seguía siendo muy fría. Si su reloj hubiera funcionado, le habría indicado que en aquel momento se sobrepasaban los veinte grados bajo cero. No tenía ganas de enfermar ni muchos menos de acabar dando palos de ciego en una zona que le resultaba totalmente desconocida. Ni llegar a Ólafsvik formaba parte de una competición ni había viajado hasta Islandia con el objetivo de batir ningún récord. Se impuso la calma, la lógica y el sentido común. La nieve seguía cayendo, toda resistencia era inútil. «Si mañana brilla el sol puedes volver a intentarlo, o también puedes caminar tranquilamente por la costa hasta Ólafsvik», pensó.

El joven noruego inició el descenso a Arnarstapi a las once y cuarenta de la mañana. Intentó seguir sus propias pisadas del día anterior, pero, en general, la nieve caída durante toda la noche había borrado cualquier atisbo de rastro. Notó que perdía altitud, pero… ¿hacia dónde estaba avanzando? Aunque el frío cada vez era más intenso, en aquel momento lo que realmente le preocupaba era la orientación, porque sin GPS y con poca visibilidad, solo le quedaba dejarse llevar por su intuición y experiencia. En algunos puntos la pista parecía insinuarse entre la niebla, pero lo más habitual era que avanzara por entre un mar de nieve y hielo sin saber exactamente por dónde seguir. Por un momento imaginó qué hubiera sucedido de haberse encontrado con la misma nevada y con un viento tan intenso en el Vatnajokull, durante su ascensión a la cumbre más alta de Islandia. La sensación de soledad regresó.

Tom siguió avanzando sin crampones, porque la nieve recién caída le permitía avanzar sin resbalar. Sus botas de media caña con Gore-Tex y suela Vibram se estaban comportando con mucha dignidad y, aunque seguía notando frío en los pies, tenía que frenar sus deseos de ir más deprisa. Tras una hora y media intentando avanzar sin

altímetro, ni GPS, ni brújula, tan solo con un mapa impermeable y mucha fuerza de voluntad, Tom se percató de una realidad: podría estar dando vueltas en círculo o, lo que era peor, perdiendo el camino de bajada y mucho tiempo.

Islandia podía sorprender al más aguerrido aventurero: en tan solo unos minutos y a pocos kilómetros de la costa se estaba desatando una ventisca de considerables proporciones. Con la temperatura llegando a los veinte grados bajo cero, con nieve hasta las orejas y una sensación de frío intenso que aumentaba por momentos, llegó a la zona donde se encontraban las máquinas ratrack y las motos de nieve para turistas. Era el desvío hacia la cumbre del Snaefells, no le cabía la menor duda. No había nadie, estaba totalmente solo.

La ropa técnica mantenía la temperatura corporal, pero Tom no paraba de temblar. No había previsto que haría tanto frío y no llevaba consigo el equipo adecuado para expediciones polares. Comenzaba a tener problemas en pies y manos. Decidió hacer un pequeño alto en el camino para reponer fuerzas y entrar en calor. Buscó una pequeña formación rocosa protegida del viento, colocó una pared de nieve a su alrededor y dispuso la mochila a modo de parapeto. En unos minutos, cuando la sensación de frío ya era muy intensa, pudo sentarse con la cabeza entre las piernas en el interior de un minúsculo refugio improvisado.

Una vez entró en calor, resolvió seguir bajando sin perder más tiempo. En Islandia las formaciones basálticas pueden llegar a resultar peligrosas en caso de caída, porque los cantos afilados de las rocas, unidos a la humedad y el terreno resbaladizo, suelen provocar más de un accidente que sorprende incluso a los montañeros más preparados. Las enormes coladas de lava presentan en muchos puntos rocas afiladas que dañan y erosionan las manos al trepar. Un resbalón o un mal agarre pueden provocar accidentes.

Fruto de un exceso de confianza o quizás por el simple hecho de pisar una placa de hielo con mala fortuna, Tom resbaló justo al dejar atrás una curva con un desnivel bastante pronunciado. Con el frío de la noche y la humedad, la nieve se había endurecido y formado una peligrosa película invisible. Fue un resbalón pueril, que le obligó a realizar un doloroso gesto acrobático para intentar frenar la caída. Por fortuna la mochila evitó males mayores. El noruego cayó de espaldas sobre la placa helada y, al intentar levantarse, volvió a patinar, descendiendo unos tres o cuatro metros a cierta velocidad. Con el nerviosismo del momento, no fue consciente de las rocas afiladas que tenía justo delante, su cuerpo no giró cuando debía y acabó frenando al entrar en la siguiente curva de la pista.

El impacto no fue muy fuerte, pero al cabo de unos minutos sintió un dolor intenso en su pierna derecha. También notó punzadas de dolor en la espalda, la cabeza y la muñeca derecha, con la que había soportado el peso de la caída. «¡Menuda estupidez he cometido!», se dijo.

Tras conseguir levantarse, se quitó la mochila y se sentó en una roca plana cubierta por unos dos centímetros de nieve fresca. Bebió un sorbo de agua de su cantimplora y acto seguido se bajó su pantalón de trekking impermeable. El corte en el muslo derecho no era muy profundo, pero la hemorragia era lo suficientemente escandalosa como para obligarle a parar. Evaluó la gravedad del corte en función de la profundidad y la extensión. Observó que no había presencia de cuerpos extraños incrustados y procedió a limpiar la herida. Buscó en su pequeño botiquín de viaje y dispuso encima de una roca, a modo de mesilla, todo lo que consideró necesario. Pero la ventisca dificultaba la operación, llevándose por los aires la mitad del material. Tom salvó como pudo el pequeño botecillo con alcohol y el suero fisiológico. Secó el muslo con una gasa estéril evitando la fricción, aplicó encima del corte clorhexidina a modo de antiséptico desinfectante y durante unos minutos realizó presión. Tuvo que hacerlo con un pañuelo porque las gasas y el esparadrapo habían volado. «Estaría bien que alguien te viera la herida y ya de paso la espalda», pensó.

Por fortuna, se encontraba en una cota algo más baja y la nieve todavía no había cubierto el camino en su totalidad, aunque no tardaría en hacerlo, así que siguió bajando. El joven noruego odiaba las tormentas intermitentes. Por un lado, podían desmotivar al más optimista y, por otro, impedían que la ropa se secara. «Por lo menos la nieve no es tan molesta como la lluvia, pero el frío intenso y el viento crean una sensación realmente desagradable», pensó el noruego mientras seguía bajando. La temperatura era de catorce grados bajo cero.

Su nariz empezó a insensibilizarse y, unos momentos después, notó la misma sensación en las puntas de los dedos y los pies. Durante tan solo unos minutos, las nubes se abrieron, lo que le permitió ver el mar a sus pies. Pero la alegría duró muy poco. Tom observó cómo la nieve había llegado a caer al nivel del mar. Una fina capa cubría la costa, convirtiendo la pequeña carretera en una especie de serpiente oscura que avanzaba sigilosamente. Se tapó como pudo con su capelina, observó los enormes cumulonimbos de color gris oscuro que sobrevolaban todo el macizo del Snaefells y por primera vez en mucho tiempo, tuvo miedo de no poder controlar la situación.

El viento volvió a arreciar. Diecisiete grados bajo cero y bajando. Bebió agua con miel y limón, se tomó unos minutos para descansar como pudo manteniendo su pierna estirada y, tras volver a beber un

buen trago, levantó la vista y resolvió seguir bajando, pues a su alrededor no avistó punto alguno donde guarecerse de la intensa lluvia. Al cabo de una hora pasó junto a un arco de roca por donde cruza la pista de subida y pudo ver varios vehículos aparcados, sin ninguno de sus ocupantes dentro. Siguió bajando hasta llegar al desvío de la carretera, donde giró a mano derecha, avanzando por el margen izquierdo de la misma.

Poco a poco la nevada perdía intensidad y el frío ya no era tan penetrante, pero seguía por debajo de los diez grados bajo cero, Tom se encontraba al límite de sus fuerzas. Por fortuna, en breve avistó Arnarstapi. Toda la aldea costera se encontraba sumida en la penumbra, cubierta por una fina niebla que creaba una imagen lúgubre y siniestra. Tom pensó en la cumbre del Snaefells, una cumbre llena de historia. Había logrado alcanzarla, pero por muy poco no logra explicarlo. Mientras bajaba, había mantenido la esperanza de que el sol y su GPS le ayudarían, pero la tormenta seguía anclada sobre la península del Snaefells, con una niebla y un frío muy intenso inusuales para la época del año. La capelina había impedido que llegara totalmente cubierto por la nieve, pero por mucho Gore-Tex que llevara en sus botas, notaba los pies congelados. Tom necesitaba urgentemente secarse, descansar, reponer fuerzas y, a poder ser, que algún médico le viera la herida. Una buena sopa de langosta sería ideal. El Arnarbaer se encontraba a oscuras, pero la poca luz que entraba por las ventanas y la luz de unas velas ayudaban a crear una atmósfera cálida y acogedora.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Hnallthora al ver entrar a Tom temblando, totalmente agotado, al borde del colapso.

Tom y su mochila estaban cubiertos por una capa de nieve de unos cuatro centímetros. Una barba de hielo confería a su rostro un aspecto de lo más singular. Debajo de su nariz y junto a su boca se habían formado pequeños carámbanos y su piel había adquirido un tono azulado. Necesitaba entrar en calor urgentemente tras su experiencia en el infierno blanco. La hipotermia podía llegar a ser muy peligrosa si no se tomaban medidas urgentes.

—Islandia me está castigando —dijo Tom mientras intentaba sentarse, dejando como pudo la mochila en el suelo al lado de su silla.

—Debe de estar cayendo una nevada impresionante ahí arriba, ¡menudo huracán hemos tenido que aguantar esta noche! ¿Te encuentras bien? —preguntó la mujer ayudándole a sentarse.

—Estoy destrozado, casi no siento los pies y las manos, he sufrido un pequeño accidente y tengo muchísimo frío… pero, en general, ahora puedo decir que me encuentro algo mejor que hace unas horas —contestó Tom en voz baja.

—Estás en forma, eres más fuerte de lo que pensaba. No dejas de ser un niño rico, pero fuerte, no como la mayoría que pasa por aquí —dijo la señora Hnallthora—. Se nota que vas bien equipado, otros hubieran perecido en tu lugar. No recuerdo un mes de junio tan frío —añadió.

—No recuerdo una sensación tan horrible en verano —dijo Tom animándose.

—Si fueras un turista como la mayoría ya estarías muerto. Ven, te prepararé una buena sopa y un té caliente —la señora Hnallthora le conminó a acompañarle hasta una de las mesas con el servicio a punto.

—¿Qué ha ocurrido con el suministro eléctrico? Ahí arriba tampoco funciona nada, es como si de golpe todo se hubiera fundido —dijo Tom.

—A las pocas horas de tu partida hacia el Snaefells, nos quedamos sin energía eléctrica. Las comunicaciones se cortaron y, ya ves, estamos aislados. La tormenta debe haber causado algún estropicio cerca de aquí y creo que tenemos para varios días —le relató ella.

—¿Es algo habitual? —preguntó Thomas.

—No es la primera vez que nos quedamos sin luz eléctrica y sin conexión telefónica. Por suerte es verano, pero estamos en el culo del mundo, ¿crees que a alguien le importa lo que nos pueda pasar? —contestó la señora Hnallthora.

—Por cierto, ¿hay algún médico en Arnarstapi? —preguntó el joven—. He sufrido una caída. Nada grave, pero tengo un corte en mi pierna derecha.

—Tenemos un médico en Hellnavik. Es la población más cercana, a diez minutos en coche y a una hora caminando, más o menos. La doctora Tina Gunnarsson viene una vez a la semana a Arnarstapi, pero con este tiempo y sin vehículo, dudo mucho que lo haga en su bicicleta. Hasta la próxima semana no regresará. En Ólafsvik hay un dispensario con un par de médicos y una enfermera —explicó la señora Hnallthora.

—Magnus podría echarle una ojeada a la herida. No es médico, pero tiene buena mano para estas cosas. No es la primera vez que alguien sufre un accidente ahí arriba —dijo Ragnar Sigurdsson sentado en un rincón del pequeño establecimiento.

—¿Quién? —preguntó Tom.

—¡Nadie te ha preguntado! —dijo la señora Hnallthora mirando a Ragnar con el ceño fruncido.

—Ahora dirás que es mejor no remover la mierda de nuevo, ¿verdad? —comentó Ragnar en voz baja.

—¡Ya sabes lo que opino sobre el tema!, ahora no es el momento ni el lugar —respondió ella con tono crispado.

—El mismo incidente una vez más y nadie va a tener el valor de hacer nada. Sois una panda de gallinas, todavía no sé cómo demonios os sigo haciendo caso —afirmó Ragnar.

—Eres injusto y mezquino —dijo la señora Hnallthora.

—Corderos a merced de los lobos —dijo Ragnar—. Vamos a centrarnos en el muchacho, ahora no es el momento de pelearnos —añadió.

A Thomas le sorprendió el cariz que estaba tomando la conversación, pero decidió no añadir más leña al fuego, todavía tenía muchísimo frío y necesitaba atención médica.

—¿Quién es Magnus? —preguntó Tom.

—Es mi esposo —contestó la señora Hnallthora—. Está en la cocina preparando sopa de langosta, es su especialidad. Ahora le aviso.

Magnus Filippusdóttir era un hombretón de cincuenta y siete años, rubio oscuro con ojos azules. Era alto, debía medir un metro ochenta y cinco y aparentaba tener la misma edad aproximadamente que su esposa. Sus rasgos estaban marcados por el viento, el frío y el trabajo de toda una vida a la intemperie en barcos pesqueros, plataformas petrolíferas y piscifactorías. Magnus salió de la cocina, vestido con un mono azul y un delantal de cocina. El islandés se dirigió hasta su mesa y se sentó a su lado. Ragnar le saludó levantando su copa de cerveza. No era un hombre muy alegre, pero con Tom se comportó de un modo algo más amable que de costumbre.

—¿Quieres tomar algo? Aquí está muy mal visto disfrutar de ciertas bebidas, pero una copita de algo fuerte te ayudará a entrar en calor —Magnus esbozó lo que parecía una sonrisa.

—No, gracias, no creo que sea la mejor idea —contestó el noruego.

—¿Qué te ha pasado exactamente?

—Creo que tengo hipotermia. Es leve, los temblores no son exagerados, pero me duelen los dedos de las manos y los pies. Nunca pensé que la temperatura bajaría tanto en verano. También tengo un corte en el muslo derecho, necesitaría que alguien le echara un vistazo —explicó Tom.

—Ven, pasa a nuestra pequeña oficina, está al lado de la cocina —la señora Hnallthora miró de reojo a su esposo desde la pequeña barra situada frente a la cocina.

Magnus y Tom entraron en la oficina del restaurante. Era la clásica habitación convertida en oficina, con una mesa, dos sillas, un ordenador, un teléfono, una impresora, varios armarios y cajones. Magnus encendió una lámpara de gas. El olor a pescado y marisco procedente de la cocina impregnaba el ambiente. Thomas se quitó la ropa mojada y las botas de media caña y se bajó la pernera derecha de

su pantalón de trekking. Magnus le cubrió con una manta un tanto vetusta que guardaba en la oficina. El objetivo era recuperar el calor corporal por encima de los treinta y cinco grados. Por fortuna, el joven noruego viajaba con una buena mochila con protección impermeable y la ropa que guardaba en su interior permanecía seca. Tom se tomó unos minutos de descanso mientras Magnus abría varias puertas de un armario. Poco a poco dejó de temblar. El islandés encontró una caja de herramientas que utilizaba a modo de botiquín, comprobó que en su interior tenía lo necesario para atender al maltrecho alpinista y volvió junto a él.

—Vamos a ver la herida, espero que no sea nada grave —dijo el hombretón islandés con su particular voz profunda. Era un poco ronca, pero a Tom le resultaba tranquilizadora.

—He cometido una estupidez, un más en mi currículum —afirmó Tom avergonzado.

—Muchos montañeros con experiencia se han matado o herido debido a una estupidez —comentó Magnus mientras retiraba los apósitos y la gasa. El esposo de la señora Hnallthora observó el corte con detalle.

—Tenía que haber bajado con crampones, nunca debes pensar que estás por encima de la montaña, es ella la que elige quién y cómo la conquistan —dijo Tom.

—Muy poético, pero ahora mismo tenemos que ser prácticos.

—La temporada de verano ha comenzado con mucho frío y la nieve está muy dura a partir de los 500-600 metros. Hay muchas zonas heladas ahí arriba y sin visibilidad es complicado avanzar —explicó Tom.

—No suele ser lo más habitual, pero en ocasiones tenemos primaveras e incluso veranos muy fríos. Debía soplar una ventisca brutal allí —dijo Magnus.

—Ayer tuve muchísimos problemas para instalarme. El viento era realmente fuerte, casi se lleva mi tienda, pero por fortuna es muy resistente. Tendré que reparar algunos cortes, pero de momento ha aguantado estoicamente. En los Alpes he pasado por experiencias similares, pero siempre a finales de otoño o en invierno, nunca por estas fechas. Creo que es la primera vez que veo algo así en verano —explicó Thomas.

—Has pensado que no necesitabas los crampones y, por lo visto, te has equivocado. Nos puede pasar a todos —comentó Magnus, que intentaba quitarle hierro al asunto para que Thomas dejase de culparse—. Hace tiempo que no subo al Snaefells, pero hasta comienzos o mediados de julio no suele quedar libre de nieve. Hay veranos en que la conexión con Ólafsvik permanece cortada. Esto es Islandia, es una isla muy… especial —Magnus pronunció las últimas

palabras con un tono enigmático que llamó la atención de Thomas—. Bueno, el corte no es muy profundo, pero creo habrá que poner varios puntos. Las rocas son traicioneras.

—No será la primera vez ni la última —comentó Tom resignado.

—Con una buena venda y unos apósitos que hagan presión, creo que resistirá hasta que te lo vea un médico. Yo no tengo material para coserte la herida —dijo Magnus.

El islandés limpió la herida con una esponja empapada en agua y jabón. A continuación, utilizó algo parecido a Betadine a modo de antiséptico. El yodo se une a la povidona formando un complejo y se libera a medida que se desarrolla la acción antiséptica. Acto seguido, aplicó una gasa con una solución antiadherente, la aseguró con varios apósitos compresores y vendó la pierna a conciencia.

—Tengo antibióticos y paracetamol, por si los necesitas —comentó Magnus.

—En mi pequeño botiquín también llevo, muchas gracias por su amabilidad —dijo Tom—. Aunque la meteorología no acompañe, me llevaré un gran recuerdo de Islandia, tenía muchas ganas de realizar este viaje y he podido disfrutar de su isla durante varias semanas con muy buen tiempo —añadió el noruego.

—Aprecio tu valentía y tu espíritu de aventura, pero en esta parte de Islandia debes tener mucho cuidado. Toma, quédate unas vendas, te irán bien por si la herida se abre —dijo Magnus entregándole dos rollos de vendas elásticas blancas.

—¿Por casualidad no habrá visto a un montañero de unos cincuenta años que bajó ayer a media tarde? La tormenta era muy fuerte —preguntó Tom.

—Ayer no vimos a nadie ni antes ni después de la tormenta. Estuvimos solos —contestó Magnus.

—Peter, se llama Peter —dijo Tom.

—No conozco a ningún Peter, pero quién sabe —Magnus se encogió de hombros—, no es la primera vez que se pierde alguien por esta zona, ni la última. Imagínate lo que te podía haber pasado si sigues subiendo y la tormenta te atrapa en el collado, sin visibilidad, con más de medio metro de nieve y calado hasta los huesos. La hipotermia puede ser letal —le ilustró Magnus.

—Mejor no pensarlo —dijo Tom—. Supongo que habrá más gente como yo por aquí, viajeros solitarios —añadió el noruego.

—Personalmente valoro el esfuerzo que realiza gente como tú, viajeros que os movéis arriba y abajo con la tienda a cuestas, alejados del clásico turista que contrata un tour por la isla y, al regresar a su casa, dice que ha descubierto «la magia de Islandia» —Magnus enfatizó con sus brazos las comillas, intentando reproducir textualmente la típica frase repetida por miles de turistas—. La

auténtica Islandia tiene mucho más que ofrecer, pero es algo que muy poca gente se esfuerza por descubrir. Muchos creen que lo saben todo y no tienen ni idea de nada.

—Es un tema muy interesante, en la televisión de mi país he participado en varios debates sobre masificación a causa del turismo —explicó Tom.

—La montaña y los turistas no son compatibles, es algo que siempre me recuerda mi esposa —dijo Magnus.

—¿Hace mucho que viven en Arnarstapi? —preguntó Tom.

—Demasiado —contestó Magnus sin esconder su pesar.

Tom se sentía cómodo en compañía de Magnus, así que decidió formular la pregunta que le rondaba por su mente.

—¿A qué se refería Ragnar cuando hablaba con tu esposa?

Ante la pregunta de Tom, Magnus se quedó pensativo durante más de medio minuto.

—Es complicado —contestó Magnus—. Es algo que atormenta a Ragnar y a una buena parte de los vecinos de esta zona desde hace muchos años. A mi esposa y a mí no nos gusta hablar de ciertos temas —explicó Magnus.

—Si es algo personal no es mi deseo entrometerme, pero realmente siento curiosidad por saber qué sucede, si es que tiene algo que ver con la caída de la red eléctrica y las comunicaciones —dijo Tom.

—Es una larga historia, hay guerras que nunca terminan y la nuestra comenzó hace tiempo —dijo Magnus mirando hacia la puerta.

—¿Como vas a terminar algo que nunca has empezado? —interrumpió Ragnar entrando en la pequeña oficina— ¿No crees que el muchacho tiene derecho a saber la verdad? Otro en su lugar, con menos experiencia, las hubiera pasado muy putas ahí arriba. Más de uno ni siquiera ha regresado. Ya sabéis lo que pasa cuando esa panda de criminales entra en acción —añadió el veterano islandés indignado.

—No hace falta que hundas el puñal en la herida, a mi esposa le cuesta reconocer ciertas verdades, pero yo siempre te he defendido. Sabes lo que hemos sufrido y lo mal que lo hemos pasado. Me parece muy injusto lo que le has dicho, ni ella ni yo nos lo merecemos —dijo Magnus sin ocultar su pesar.

Tom desconocía de qué demonios podían estar hablando, pero parecía ser algo que llevaban arrastrando desde hacía mucho tiempo. Sabía que en lugares como estos, que viven gran parte del año alejados de lo que suele entenderse como la civilización, tienen sus propias leyendas y misterios. Había visto series islandesas en las que los crímenes, las leyendas y los fenómenos paranormales eran el pan nuestro de cada día. En aquel momento, por su mente se cruzaron algunas de aquellas imágenes. Arnarstapi y su área de influencia

poseían una mitología fascinante que se remontaba a tiempos ancestrales. Pero Tom sospechaba que el problema o el misterio del que Magnus no quería hablar era más reciente. Decidió no forzar la situación y cambió de tema.

—Ahora solo necesito darme una buena ducha templada, con cuidado de no mojar la herida y descansar. Con el camping cerrado es complicado, ¿dónde cree que podría asearme debidamente?

—Ve a la recepción del Guesthouse Snjofell, es el hostal que encontrarás bajando a mano izquierda. Tienes suerte porque, si no lo han cambiado, cuentan con un calentador de gas. Si fuera eléctrico tendrías que ducharte con agua helada. Diles que vienes de mi parte, te harán buen precio —dijo Magnus.

—Acompañaré al muchacho —se ofreció Ragnar.

—Esta noche es mejor que duermas en una cama como Dios manda, bajo un buen techo —añadió Magnus—. Va a llover mucho, incluso podría volver a nevar. El cielo sigue más negro que el carbón, soplará un viento huracanado y hará mucho frío. Sé que estás preparado y que tienes mucha experiencia en alta montaña, pero hazme caso, debes cuidar esa herida y mantenerte a cubierto. Si no tuvieras alternativa podría entenderlo, pero si puedes descansar en condiciones, aprovecha el momento.

—Carpe diem, muchas gracias —el noruego se despidió de Magnus y de su esposa, recogió su mochila, se equipó para salir a la intemperie y, bajo una débil nevada, descendió por la calle principal junto a Ragnar.

—Espero que podáis arreglar vuestras diferencias. Siento que en una aldea tan pequeña… —Tom no pudo terminar la frase.

—Es una larga historia que se remonta a la época en que mi padre trabajaba con los norteamericanos y los ingleses. Vivimos muy de cerca la construcción de la base y sus malditas antenas en Hellissandur. Eran los años sesenta, mágicos para unos y terribles para otros. Con la Guerra Fría en pleno apogeo, me acuerdo perfectamente —explicó Ragnar.

—Tengo tiempo de sobras esta noche, por si quieres compartir tu historia conmigo —dijo Thomas.

Ragnar guardó silencio hasta que llegaron a la entrada del Guesthouse Snjofell. Una pareja de lugareños de unos sesenta y pocos años, equipados con sendos chubasqueros, se encontraba en el exterior del hostal, limpiando la nieve de la puerta con palas. Ella permanecía de pie con la mirada perdida y una pala en la mano derecha, junto a quien parecía su esposo, que seguía apartando la nieve de la entrada.

Anna Hranfnsdóttir y Valur Kristjánsson eran los propietarios de un simpático hostal que se preparaba para empezar a recibir sus

primeros visitantes a comienzos del verano. La niebla se había extendido por toda la aldea cubriendo la costa. Las cumbres que se levantaban por encima de las enormes playas hacia el este habían desaparecido del campo de visión. Tom no se lo pensó dos veces y decidió pagar una noche en el Guesthouse Snjofell, para disfrutar de las comodidades que le ofrecía una habitación con cama y ducha con agua caliente. Seguían sin suministro eléctrico, pero las luces de emergencia cumplían con su función. Valur Kristjánsson le ayudó a rellenar los formularios para poder pernoctar. Era un robusto islandés entrado en años, de estatura media, buena complexión y una mirada penetrante, aunque algo triste. Era la misma mirada llena de melancolía que Tom había visto en todos los habitantes de Arnarstapi con quienes había entablado conversación. Al cabo de unos minutos, Ragnar se despidió de los propietarios del Snjofell y de Tom pero, justo antes de que el noruego subiera a su habitación, el veterano islandés se acercó a él.

—Ahí arriba, en el Snaefells, ¿viste o escuchaste algo extraño, algo que puedas considerar como inusual o «difícil de explicar»? —preguntó Ragnar realizando el signo de las comillas con los dedos índice y corazón de ambas manos. Un resorte invisible saltó en el interior de Thomas. Una descarga de adrenalina le espabiló.

—¿Tú también viste el resplandor azulado?, ¿escuchaste la explosión? —preguntó Tom sin ocultar su sorpresa.

—No es la primera vez, llevan varios PEM desde 1963.

—Espera un momento… ¿un PEM has dicho? ¿Te refieres a un Pulso Electromagnético? —preguntó Tom.

—Exacto, Primero ves una intensa luz de color azul y luego escuchas una explosión seca, opaca, casi sin reverberación. Algunos periodistas lo han confundido con un OVNI o incluso con una aurora boreal. Otros han llegado a publicar que son aviones de la OTAN rompiendo la barrera del sonido durante vuelos de entrenamiento. Pero no tiene nada que ver con ninguna de esas dos cosas. Esto va mucho más allá de lo que puedas imaginar —le explicó Ragnar.

—No sé si mostrarme sorprendido o asustado —dijo Thomas.

—Todo se inicia con uno o varios PEM. Están desarrollando una tecnología que acabará destrozando todo lo que hemos construido como sociedad a lo largo de muchos años —detalló Ragnar—. Un PEM puede crearse a través de una emisión de energía electromagnética de alta intensidad en un breve período de tiempo, o también puede ser el resultado de una explosión nuclear a gran altitud. Dicha explosión generaría radiación electromagnética —Ragnar se pasó la mano por la frente, de repente estaba sudando.

—En este caso, estaríamos hablando de la emisión de energía electromagnética generada a través de algún aparato o ingenio —

intervino Tom—, porque no creo que nadie haya detonado ninguna bomba nuclear. Pero, ¿quién puede tener la tecnología capaz de…?

—En Noruega también se han realizado varias pruebas en zonas remotas. Y en Italia recientemente —le interrumpió el veterano islandés.

—Según tengo entendido, un PEM genera tal cantidad de energía que fríe literalmente cualquier aparato electrónico que se encuentre en un radio de equis kilómetros, todo depende de la intensidad. De algo me ha servido leer revistas de ciencia divulgativa y haber tenido una impresionante biblioteca en casa —explicó Thomas.

—Así es, veo que algo has aprendido, aunque el cine y los juegos de ordenador también ayudan —dijo Ragnar sonriendo—. Hoy en día ya no es tan complicado crear un arma de pulso electromagnético sin necesidad de recurrir a detonaciones nucleares. Se puede lograr combinando generadores de microondas o condensadores con antenas y otros dispositivos. Islandia es perfecta para ocultar experimentos que puedan resultar incómodos para la opinión pública. Esa panda de hijos de puta tiene buenos contactos en las altas esferas, trabajan alejados de miradas indiscretas —detalló el islandés.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de lo que dices? —preguntó Thomas.

—Mi padre trabajó en la base de Hellissandur durante muchos años, a pocos kilómetros de Arnarstapi. El pobre murió de un ataque al corazón, esa fue la versión oficial, pero no es verdad. Mi padre estaba fuerte como un roble y al morir, los doctores de la base me aseguraron que arrastraba graves problemas cardiacos desde hacía mucho tiempo. Son más falsos que Judas. Es la política del miedo, viven del terror que genera lo desconocido, llevan años manipulando e influenciando a la sociedad.

—¿Alguien más de Arnarstapi ha sufrido pérdidas por esta causa?

—Nuestro querido Valur Kristjánsson perdió a alguien muy cercano por culpa de esa panda de criminales. Siempre que hablamos del tema acabamos mal, mis vecinos también tienen miedo. Son muchos años viviendo bajo la influencia de esas malditas antenas. En cualquier caso, si ha sucedido lo que creo que ha sucedido, es muy probable que mañana tampoco llegue el autobús y tengas problemas para regresar a Reykjavík —dijo Ragnar.

—¿Hoy no ha venido el autobús? —preguntó Tom.

—No. Y como has podido comprobar, antes nadie ha tenido el valor de decírtelo. Tienen miedo —dijo Ragnar—. Mañana por la mañana hablaremos, esta noche tengo que consultar mucha información.

Ragnar salió del hostal y Tom subió a su habitación. Una vez

instalado, el noruego se sacó las botas, se quitó la capelina, la ropa y los calcetines y se dio una buena ducha con agua caliente. Tom pensó en Magnus al agradecer que el calentador no fuera eléctrico. Acto seguido se vistió. Antes de que el sueño le invadiera, ordenó su mochila, puso a secar la ropa mojada o húmeda y comprobó que la batería solar estaba cargada casi al 100%, debido en gran parte a las recargas que había realizado la semana anterior, cuando pudo disfrutar de magníficos días soleados. Se preparó un par de bocadillos con los restos de provisiones que le quedaban y bebió dos vasos de agua. A las seis y media de la tarde salió a dar un pequeño paseo por el puerto aprovechando que casi no llovía. Se puso los guantes y cerró la cremallera de su chaqueta con plumas. El vuelo de las gaviotas y un grupo de charranes árticos le entretuvo unos minutos, pero el espectáculo ornitológico duró poco.

La humedad y el frío se dejaban notar y la lluvia no tardó en regresar. Una sensación de cansancio, sueño e impotencia le invadió. Resolvió irse a dormir sin cenar, tenía ganas de aprovechar las ventajas de poder descansar en un buen colchón. Subió a su habitación y dejó su chaqueta en el baño, donde habían instalado provisionalmente una estufa catalítica.

Se estiró en la cama. El noruego se lavó los dientes en el baño casi a oscuras, guardó toda la ropa seca y la mojada la dejó secándose encima de dos sillas y en la barra de la ducha. Se cambió y a continuación se tumbó en la cama, no tenía apetito. Necesitaba ordenar sus ideas… Un pulso electromagnético en Arnarstapi, ¿estaban creando una nueva arma? ¿Realmente el futuro podría llegar a ser tan oscuro? Era una incógnita tan interesante como aterradora. Sin embargo, sus pensamientos duraron poco tiempo. Tapado con un cálido edredón nórdico y presa del enorme cansancio físico y emocional, no tardó en dejarse llevar por el sueño.

Era su cuarta noche en Arnarstapi.

VIII

Tom

Viernes, 30 de junio de 2023

Tom se levantó nervioso. La pierna le dolía ligeramente, pero era soportable. Pensó en acercarse caminando poco a poco hasta la población vecina donde atendía la doctora Gunnarsson, ya que, según Ragnar, el servicio de bus se había interrumpido, pero quizás fuera mejor descansar. ¿Cómo regresaría a Reykjavík sin autobús? ¿Por qué no funcionaba la línea Ólafsvik-Arnarstapi? ¿Por qué no veía circular ningún vehículo por la pequeña población? En aquel momento fueron muchas las preguntas que cruzaron por su mente. Recordó su infancia, cuando vivía feliz con pocos canales de TV, un vídeo Betamax o VHS y un teléfono fijo; sin GPS, ni Internet, ni telefonía móvil. ¿Se vivía mejor sin tanta tecnología y tantos aparatos electrónicos? Tras darle varias vueltas, decidió desayunar tranquilamente una buena ración de pescado seco, un poco de muesli con skyr y un zumo de naranja embotellado. El café lo tomaría en el restaurante de Magnus y su esposa, si es que seguía abierto.

Miró por la ventana y automáticamente una enorme sensación de decepción se apoderó de él. No llovía ni nevaba, pero no se veía absolutamente nada. Una niebla densa, lúgubre y siniestra cubría toda la costa. La visibilidad no alcanzaba más allá de los veinte metros, puede que incluso menos. Se había levantado algo de viento y la amenaza de lluvia o nieve seguía siendo muy elevada. Thomas preparó su mochila, observó que la pequeña colada de la tarde anterior ya estaba seca en el baño y se alegró por ello. Bebió un buen trago de agua fresca, con el característico sabor mineral islandés con el que ya se había familiarizado. Una vez hubo terminado el desayuno, se sentó en una silla frente a la pequeña mesa situada en un rincón de su acogedora habitación y estudió el mapa cartográfico de la península del Snaefells. Repasó algunas de las notas que había tomado en su libreta de viaje, describiendo varios trekkings de cierta dificultad a lo largo y ancho de Islandia.

Echaba mucho de menos la compañía de Aase, su sonrisa, su inteligencia… Aase admiraba la capacidad innata de Tom a la hora escribir, de narrar. La joven pensaba que escribir es algo mucho más profundo que ganar dinero, hacerse famoso, lograr que citen tus textos o hacer amigos. Escribir ayuda a enriquecer las vidas de aquellos que leerán lo que escribimos. Escribir nos ayuda a levantarnos y a

recuperarnos; de algún modo, nos ayuda a ser felices. Pero aunque Aase valoraba sus cualidades, también era muy consciente de las dificultades que surgían a la hora de convivir con alguien como Thomas.

Un potente trueno retumbó por encima de Arnarstapi, devolviéndole a la realidad. Con la mochila preparada y vestido con ropa limpia y seca, salió de su habitación y bajo a la recepción. Movido por la curiosidad y el sentimiento de soledad, Thomas inició una conversación distendida con Valur Kristjánsson, el propietario del establecimiento. De algún modo, quería cotejar la siniestra información que Ragnar había decidido compartir la noche anterior.

—Llevamos mucho tiempo sin luz, ¿qué cree que ha podido suceder? —preguntó.

—Habrá caído un rayo en alguna torre de alta tensión. No funciona ni la radio, ni el teléfono, no hay wifi, nada. Todavía no he hablado con nadie esta mañana —dijo Valur sentado detrás del pequeño mostrador en la recepción sin esconder su nerviosismo.

—¿Son normales los cortes de luz en esta zona? —preguntó Tom.

—En Islandia estamos preparados para soportar este tipo de inclemencias meteorológicas, pero es cierto que llevamos muchos días con fuertes tormentas y vientos que en ocasiones superan los 140 km por hora. Queda mucha nieve arriba, este año hace mucho frío —explicó Valur mientras un trueno impresionante hacía retumbar toda la recepción.

—Estamos metidos de lleno en la tormenta —dijo Tom.

—Hacía tiempo que no veía algo así, será mejor que se apresure y se equipe bien, pues hoy vamos a tener lluvia intensa y hará mucho frío. En una hora esto se va a convertir en un infierno —concluyó Valur mientras salía al exterior y miraba hacia el cielo.

—En Noruega también tenemos veranos fríos y, en ocasiones, tormentas espectaculares —comentó Tom, acompañando a Valur.

—Recuerdo las aventuras que me contaba mi padre —se explayó el hostelero—, había vivido varias tormentas brutales en el Snaefells. Siempre decía que no era algo normal, que había algo extraño en el aire, pero muy pocos le hacían caso. Por fortuna, tenía un grupo de buenos amigos alpinistas en la base de Hellissandur. La mayoría de fines de semana libres subían al glaciar. Ahí arriba se sentían libres, disfrutaban de la montaña de un modo único, casi salvaje. En ocasiones me llevaba con ellos, dejando a mi madre en casa al cuidado de mi hermana pequeña. Llegamos a realizar varios viajes a los Alpes, al norte de Noruega y al corazón de Groenlandia. Eran otros tiempos en que la exploración y la aventura cobraban vida de un modo único —explicó Valur.

—Lástima que no tenga tiempo, pero sería muy interesante poder

hablar con él. Colaboro con varios medios que estarían interesados en publicar sus experiencias y sus aventuras en el Ártico —dijo Tom.

—Dudo que mi padre pudiera ayudarle. Falleció hace siete años, el maldito cáncer se lo llevó, como a la mayoría de los que trabajaron en esas endemoniadas antenas desde mediados de los años sesenta —dijo Valur sin ocultar su indignación.

—Lo siento mucho —dijo Tom.

—Ni uno solo de sus jefes se dignó asistir al funeral en la capilla de Ingjaldshóll, fue una vergüenza —añadió.

Tom intentó suavizar la conversación dándole un giro.

—He visto muchas fotografías de la Iglesia. Ingjaldshóll es una maravilla al final de una pequeña carretera —comentó Thomas.

—Aparece en muchas guías de Islandia, pero, como podrá comprender, me importa una mierda que sea tan fotogénica —dijo con aspereza Valur.

Thomas y Valur entraron de nuevo en el hostal. El noruego abonó la pernoctación, sacó su chaqueta con Gore-Tex, cubrió la mochila con la funda impermeable y se despidió del propietario. La lluvia no tardó en regresar, primero de forma débil, y luego con gotas de mayor tamaño e intensidad. La niebla seguía cubriendo Arnarstapi y una buena parte de la península. El joven se cargó la mochila a la espalda, dejó atrás el hostal y subió por la calle principal. Al llegar a la altura del Arnarbaer vio a Magnus y a su esposa cortando leña junto a la puerta de entrada.

—Buenos días —saludó el noruego.

—¿Cómo te encuentras, muchacho? —preguntó Magnus.

—Muy desanimado por la meteorología adversa, vuelve a llover y sigue haciendo muchísimo frío —reconoció Tom—. Me parece que mis aventuras en Islandia llegan a su fin.

—No creo que el tiempo mejore, vamos a tener mucha lluvia e incluso nieve durante varios días. Hacía años que no sufríamos un mes de junio tan frío —explicó Magnus—. Todavía no hemos abierto, pero podemos hacerte un café a la luz de las velas. No nos cuesta nada, ¿verdad, querida? —Magnus miró a su esposa, que siguió cortando leña con un hacha de considerables dimensiones, ignorando por completo la pregunta de su esposo.

—Se lo agradezco. Si no es molestia, tomaré un café bien cargado, por favor. Hoy quería volver a intentar la travesía hasta Ólafsvik, con la idea de regresar esta noche o mañana por la mañana a Reykjavík, pero creo que no será posible. Ahí arriba el infierno debe seguir desatado y no tengo ganas de morir joven —comentó Tom.

—La niebla es demasiado espesa. A partir de los 300-400 metros de altitud debe haber una buena capa de nieve y el frío intenso se dejará

notar durante unos días, sin duda —aseguró Magnus—. Este año el glaciar lo agradecerá.

—Nos pasamos la vida intentando controlar la naturaleza y, en muchas ocasiones, creo que la naturaleza nos pone en el lugar que nos corresponde cuando osamos desafiarla —afirmó Thomas.

—El ser humano es la especie más peligrosa del planeta. Su estúpida soberbia nos llevará a la extinción —dijo la señora Hnallthora, que pese a todo había escuchado la conversación atentamente.

—Sin visibilidad, con lluvia, viento y la pista cubierta por la nieve y el hielo, no creo que sea una buena idea regresar allá arriba. Mejor evitar las situaciones extremas si tenemos la posibilidad de hacerlo, ¿no crees? —comentó Magnus intentando reconducir la conversación.

Al cabo de unos momentos, Tom entró en el Arnarbaer, tenuemente iluminado por la luz de unas velas y una lámpara de gas, y se sentó en una de las mesas, dejando su mochila apoyada a sus pies. Magnus dejó de cortar leña y su esposa entró con él. Mientras Magnus se sentaba al lado de Tom, la señora Hnallthora se dirigió a la cocina con la intención de preparar una buena cafetera.

—Tienes razón, es absurdo meterse una vez más en la boca del lobo sin GPS, ni reloj, ni teléfono. Es muy arriesgado —comentó Tom.

—Los aparatos electrónicos en esta zona no siempre funcionan como uno espera —dijo Magnus—. Hemos tenido problemas con la señal de Internet y con la telefonía en general, incluso con la luz eléctrica durante mucho tiempo. No entiendo como la señal es tan mala si vivimos muy cerca de Hellissandur. Las malditas antenas —añadió el islandés.

—¡Díselo de una vez! —exclamó la esposa de Magnus acercándose con una taza de café muy caliente en su mano derecha—. Ya sabes lo que pienso sobre esas antenas y la panda de malnacidos que sigue creyendo que somos sus cobayas. No nos han traído más que desgracia y desolación a estas tierras desde que las instalaron. Podéis tacharme de lo que queráis, ¡pero Dios sabe que tengo razón! —añadió a voz en grito.

—¿A qué antenas se refiere exactamente? —preguntó Tom conociendo de antemano la respuesta—. Su esposo ha comentado que... —la señora Hnallthora le interrumpió.

—A la enorme antena que tenemos justo en la punta de nuestra península, la antena de radio de onda larga de Hellissandur y todas las antenas que amplifican su señal. Es una de las más altas del mundo, mide más de 400 metros de altura, esas alimañas saben muy bien dónde meten sus zarpas —respondió la señora.

—Es un complejo que la Guardia Costera de los Estados Unidos

construyó en 1963 —añadió Magnus en voz baja.

—Y luego esa banda de mafiosos compró la base, convirtiéndola en un centro de investigación que lleva jodiéndonos desde entonces, y nadie ha sido capaz de hacer nada durante años —afirmó la señora Hnallthora.

—Mi esposa tiene razón. Nuestra voz nunca se escucha, somos muy pocos y estamos muy cansados —dijo Magnus.

Tom miró a su alrededor. Se encontraba rodeado por un grupo de personas con una enorme capacidad de resiliencia y sacrificio. Eran muy valientes al negarse a bajar la cabeza ante un enemigo invisible que parecía oprimirlos desde hacía mucho tiempo, pero no se avergonzaban al mostrar su vulnerabilidad. Por primera vez desde que llegó a Arnarstapi, Tom observó la rabia y la impotencia reflejada en sus rostros curtidos por el viento y el frío. Fue en aquel preciso instante cuando Tom pensó en Aase y, de algún modo, tal y como dicen que ocurre cuando estás a punto de morir, una buena parte de su vida cruzó por su mente de forma fugaz. Ragnar y sus vecinos habían sobrevivido a base de tenacidad y valor y ahora, más que nunca, necesitaban ayuda. Necesitaban sentir que alguien creía en ellos, que podía arrojar algo de luz en medio de tanta oscuridad. Aase no lo hubiera dudado ni un instante.

—Si me cuentan la historia que hay detrás de la base de Hellissandur, creo que, de algún modo, podría ayudarles. —dijo Tom.

—Sin ánimo de ofender, ¿realmente crees que con tu ayuda nuestra voz sonaría con más fuerza? —preguntó la señora Hnallthora.

—Hoy en día la información es poder, no hay que subestimar la fuerza que puede llegar a tener Internet y ciertos sectores de la prensa independiente. Siempre me ha gustado dar voz a quienes no pueden expresarse —Tom hizo una pausa—. Creo que conozco a la persona ideal para echarles una mano ante la opinión pública internacional, aunque necesitaré algo de tiempo.

—Del dicho al hecho hay un gran trecho —dijo la señora Hnallthora.

—No tenemos mucho tiempo —añadió Magnus—. Es una lástima que tengas que marcharte hoy, pero no creo que venga ningún autobús. Es más, diría que no he visto ningún vehículo en lo que llevamos de día.

—No habrá ningún autobús. Ni hoy, ni mañana, ni pasado mañana —sentenció la señora Hnallthora mientras Tom se levantaba de su silla.

Thomas pagó la cuenta del café con leche y Magnus guardó el dinero en una caja de madera, ya que la caja registradora no funcionaba. Justo cuando se disponía a colocarse la mochila, Ragnar Sigurdsson entró por la puerta del Arnarbaer. El veterano islandés

apagó su pipa y se sentó junto a Thomas.

Dile que no habrá ningún autobús, a ti seguro que te hace caso —dijo la señora Hnallthora.

—Nuestra querida amiga tiene razón —asintió Ragnar—. No creo que venga ningún autobús, pero puedo intentar llevarte con mi Land Rover, si de algún modo conseguimos arrancarlo.

—¿Cómo podéis estar tan seguros de que no hay autobuses? —preguntó el noruego sorprendido.

—Estamos totalmente aislados, no es la primera vez —intervino Magnus.

—No podemos llamar a nadie —explicó Ragnar—, una vez más se han cargado la señal telefónica y el wifi en todo Arnarstapi y alrededores. Ya sabemos lo que ocurre cuando realizan las malditas pruebas. Es un PEM, y esta vez es más potente, creo que han concentrado una gran cantidad de energía en Islandia. Me gustaría saber desde dónde han realizado la triangulación, pero puedo imaginarlo. Hoy tengo un dolor de cabeza horrible, como la mayoría en Arnarstapi cada vez que esa gentuza juega con sus antenas. Es uno de los efectos secundarios… pero hay más —Thomas a duras penas entendía lo que estaba diciendo Ragnar.

—Un par de ciclistas que se alojan en el hostal de Valur nos han avisado de varios desprendimientos debido a las fuertes lluvias a pocos kilómetros. Hay tramos de la carretera hacia el este que están impracticables. A menos que tengas un vehículo todoterreno capaz de vadear ríos y avanzar campo a través, creo que salir de aquí es una tarea realmente complicada —explicó Magnus.

—No tenemos conexión telefónica, ni luz, ni Internet, y si sigue haciendo tanto frío, vamos a tener que utilizar las reservas de combustible para la calefacción —comentó la señora Hnallthora.

—De momento no funciona ningún aparato que tenga relación con la electricidad. En unos tres o cuatro días las cosas suelen volver a la normalidad —dijo Ragnar.

—¿Tres o cuatro días? —preguntó Tom con los ojos abiertos como platos— Voy a perder la conexión con Reykjavík. Mañana por la tarde tengo el vuelo de regreso desde Keflavik y la tarifa con Norwegian no me permite cambios. Mi idea era llegar esta tarde a Reykjavík o, como muy tarde, mañana domingo al mediodía —explicó sin esconder su preocupación—. Si mañana no salgo de Arnarstapi, no llegaré a tiempo.

—Me parece que nuestro nuevo amigo todavía no se ha dado cuenta de la situación en la que nos encontramos —dijo la señora Hnallthora.

—Siempre he creído en el vaivén de las cosas. Nuestros destinos se juntan y se separan y el tiempo no es lo que creemos; algunos

momentos deben ocurrir, tengan el coste que tengan —dijo Ragnar.

—Ya has vuelto a beber, ¡maldito borracho! —le gritó ella.

Durante un minuto eterno, el silencio reinó en el pequeño restaurante con el techo cubierto por un buen manto de hierba verde y húmeda.

—A las doce del mediodía, nos vemos en mi casa. ¡Que corra la voz! —dijo Ragnar a pleno pulmón. Su voz retumbó dentro del Arnarbaer.

—¿De verdad crees que ha llegado el momento de pasar a la acción? —preguntó la señora Hnallthora.

—Si realmente quieres ayudarnos —dijo Ragnar mirando a Thomas —, me gustaría que te tomaras tu tiempo para leer unos documentos que creo serán de tu interés. Magnus, ¿todavía guardas el dossier que preparamos hace unos meses?

—Otra pérdida de tiempo —dijo la señora Hnallthora—. Te tomaste la molestia de redactar un informe detallado, bien documentado y… ¿sabes por dónde se lo pasaron la prensa y las autoridades, ¿verdad? Ni caso, como siempre. Para ellos eres un borracho de mierda, un fracasado, un iluminado con ganas de llamar la atención —añadió con amargura.

—¿Has pensado en dedicarte a la poesía? —ironizó Ragnar mirándola con cierta lástima.

Magnus, que había entrado en otra habitación, apareció de nuevo llevando un dossier con varios folios encuadernados en sus manos. Entregó la documentación a Ragnar.

—En una hora y media nos vemos en mi casa, creo poder garantizar que todas tus dudas quedarán resueltas —sentenció Ragnar mientras le entregaba el dossier a Tom.

Tras la misteriosa conversación, el islandés se despidió de los presentes. Thomas se quedó unos minutos pensativo con el dossier en sus manos, mientras Magnus y su esposa recogían la leña cortada en el exterior. Guardó la documentación en su mochila y salió a la calle principal, dubitativo y preocupado.

—Vas a perder el vuelo, mañana no estarás en Reykjavík —se acercó a decirle la señora Hnallthora—. Cuanto antes lo aceptes, antes te darás cuenta de la gravedad de la situación. Lo que estás viviendo aquí, nosotros ya lo hemos vivido varias veces durante décadas, por mucho que sigamos mirando para otro lado. Es algo que nos supera, y no estamos hablando de soltar yoduro de plata en las nubes, es algo mucho más sofisticado, algo que a muchos nos cuesta comprender, pero que existe. Como bien ha dicho Ragnar, necesitamos ayuda, pero si quieres saber mi opinión, no creo que tengas lo que hay que tener

para hacerlo. El movimiento se demuestra andando, muchacho —añadió.

—Caminando no llegarás muy lejos con esta tormenta, a menos que quieras pillar una buena pulmonía —dijo Magnus, que les acababa de alcanzar—. Puedes intentar llegar a pie a Ólafsvik siguiendo la carretera, o incluso puedes robar una bicicleta, pero con este viento y la tormenta, no creo que sea una buena idea. Te puedo asegurar que en un radio de unos 50 kilómetros no hay vehículo alguno que funcione. Tú eliges, nadie te obliga a quedarte.

Tom se encontraba en una encrucijada. Con la tormenta arreciando, no tenía ganas de dar ningún paseo y mucho menos quería plantar su tienda cerca del mar. Con el viento y un par de cortes profundos, era muy probable que la tienda no aguantara una noche más. Decidió sentarse debajo del porche del hostal de Valur. Necesitaba pensar, ordenar sus ideas. Le habían mostrado un puzle al que todavía le faltaban casi todas las piezas.

Dejó su mochila detrás de él y, utilizándola a modo de cojín, se recostó sobre ella y cerró los ojos. Había ofrecido su ayuda a un grupo de personas que no había visto en su vida; por un lado, sentía que podía ser de utilidad, pero por otro, también pensaba que aquella guerra no iba con él. Reflexionó sobrel las repercusiones que podrían tener sus acciones, tanto a nivel personal como profesional.

Seguro que Aase le animaría a hacer lo que creyera que era justo. Y Tom tenía un par de buenos contactos en Oslo que opinarían igual. Sin olvidar a la editora de Event Horizon, una de las publicaciones digitales más polémicas de los últimos veinte años. Sin lugar a duda, los pulsos electromagnéticos y la utilización de cumbres y espacios protegidos para realizar experimentos con energía electromagnética podían convertirse en algo mucho más importante que una noticia o un reportaje. Exigían una investigación en profundidad a nivel global.

Al cabo de una media hora la tormenta arreció: una considerable cortina de aguanieve comenzó a caer con fuerza, salpicando a Tom. Era tal la intensidad, que el porche no lograba protegerle de las enormes gotas de lluvia, mezcladas con pequeños copos, que poco a poco aumentaban de tamaño. La temperatura estaba bajando. Tom nunca había creído en las casualidades: la experiencia que estaba viviendo no podía ser fruto del azar del clima.

El noruego abrió el dossier de Ragnar y observó que en su interior había dos carpetas con varios folios grapados en su interior como si de un contrato o de un documento oficial se tratara. El color de las carpetas y el papel habían perdido el brillo de antaño. Ragnar había recopilado mucha información a lo largo de los últimos años y, en el

dossier que el noruego tenía en sus manos, encontraría un resumen exhaustivo de lo que sucedía en Arnarstapi y mucho más allá. Thomas Rake comenzó a leer. Le llamó particularmente la atención la parte final del texto que Ragnar había escrito a modo de conclusión, con detalles de gran interés y apreciaciones personales que denotaban un profundo conocimiento en la materia.

INFORME ECYLA

por Ragnar Sigurdsson

El secretismo que rodea a la corporación ECYLA (Electromagnetic Computing Laboratories), al igual que su poder e influencia, es enorme. ECYLA vio la luz el mes de febrero de 1953, moviéndose y evolucionando entre luces y sombras durante muchos años, hasta llegar al presente.

La corporación internacional nació con la intención de ocultar a muchos científicos que habían formado parte del partido nazi en Alemania antes y durante la Segunda Guerra Mundial, que luego trabajaron dentro de la Operación Paper Clip, desde 1953 a 1959. Durante sus inicios, la mayoría de investigaciones que los técnicos de ECYLA llevaron a cabo fueron auspiciadas por la JIOA (Joint Intelligence Objectives Agency), dirigida en su mayor parte por miembros del cuerpo de contrainteligencia de la Armada norteamericana. Ocultos en varias bases aisladas, los científicos de ECYLA, entre los que también hubo desertores de la Unión Soviética, abrieron tres líneas de investigación, centrándose en la construcción de los primeros ordenadores, la experimentación con energía electromagnética y la utilización de la energía nuclear más allá de los fines militares. La Guerra Fría ayudó a ocultar gran parte de sus experimentos.

Por aquel entonces, el máximo responsable de ECYLA en Europa fue el científico y empresario alemán Stephan Mikkelsen, ejemplo perfecto del ario puro, rubio con ojos azules e imagen impecable. Nacido en Hamburgo en 1916, de padre danés y madre alemana, Mikkelsen fue un genetista notable que inició su carrera trabajando como asesor científico y director en varios laboratorios farmacéuticos

de Alemania, en los que se labró una excelente reputación. Durante la Segunda Guerra Mundial detentó el cargo de coronel destinado en Noruega. Afiliado al partido nazi, formó parte del comité de expertos que participaron en varias reuniones sobre malformaciones genéticas y perfección de la raza aria. Visitó varios campos de exterminio, pero no participó directamente en la Solución Final. Pudo capear cualquier posible acusación, mudándose con su esposa e hijos a Zúrich, en Suiza, en 1946. Gracias a sus contactos con antiguos oficiales nazis y a su inteligencia y espíritu de superación, no tardó en ganarse la confianza del gobierno suizo y norteamericano, trabajando en colaboración con ambas naciones en varios proyectos farmacéuticos. Propuesto inicialmente para viajar a los Estados Unidos como asesor científico, prefirió fundar su propia compañía de investigación dentro del campo de la biogenética. Fue en 1953 cuando la recién creada corporación ECYLA puso sobre la mesa de su despacho una oferta que no pudo rechazar. Movido por su sed de poder y riqueza y ayudado por la inteligencia de varias naciones, acabó convirtiéndose en el máximo representante de ECYLA en Europa, admirado por su capacidad de comunicación, su talante de líder nato y por sus ideas, que coincidían plenamente con la filosofía empresarial de ECYLA.

El capital de ECYLA se repartía inicialmente entre varios países, siendo los principales inversores Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Alemania, Holanda, Dinamarca e incluso Israel, que aparcó las diferencias iniciales debidas al antisemitismo de algunos miembros fundadores de ECYLA.

Actualmente ECYLA posee activos en más de 20 países. Además de trabajar en el campo de la energía electromagnética, también mantiene importantes inversiones en empresas farmacéuticas y dentro del sector de las telecomunicaciones, destacando a finales de 2022 como uno de los grandes proveedores de I+D de la industria armamentística en Estados Unidos.

Principales líneas de investigación de ECYLA

Los científicos de ECYLA poseen la tecnología necesaria para desencadenar una descarga de varios Pulsos Electromagnéticos (PEM) simultáneos, que, perfectamente triangulados sobre un punto en concreto (evento multipem, EM), serían capaces de generar un «súper PEM», cuya potencia podría crear en muy poco tiempo un fenómeno natural de grandes proporciones, ya sea en tierra o en el mar. Así pues, creo poder afirmar, tras realizar varias simulaciones con ordenadores cuánticos de última generación, que ECYLA dispone de la tecnología necesaria para controlar el clima en diversos puntos del planeta. Actualmente son capaces de crear las cortinas de humo y las campañas de desinformación que sean necesarias para mantener a la opinión pública controlada. Muchos proyectos se han desarrollado a la sombra de otros, alterando o manipulando el concepto o la idea inicial con el fin de obtener beneficios realmente obscenos en diversos campos. La retroalimentación científica se ha convertido en una vía de negocio enorme a nivel global, creándose alianzas corporativas que han desarrollado proyectos de gran envergadura, trabajando en zonas poco pobladas, lejos de miradas indiscretas.

Un buen ejemplo lo encontramos ya a mediados de 1963, cuando la Guardia Costera de los Estados Unidos financió la construcción de una antena de onda larga de 412 metros de altura en Hellissandur, una pequeña aldea situada en el extremo oeste de la península de Snaefells, en Islandia. La enorme antena era y sigue siendo una de las más altas de mundo. Con el objetivo de crear una red de comunicaciones rápida y segura, en plena Guerra Fría los Estados Unidos levantaron varias antenas junto al enorme mástil, construyendo siete edificios de pequeño tamaño a pocos metros. Islandia se encuentra a medio camino entre Estados Unidos, Canadá, Groenlandia y Europa, un enclave perfecto a nivel geoestratégico. Por aquel entonces todavía no existía el Parque Nacional del Snaefells (creado el 28 de junio de 2001) y la zona se encontraba casi despoblada, con poquísimos visitantes y un clima extremo durante gran parte del año.

A finales de 1958 ECYLA intentó contar con los servicios de Lev Landáu, físico y matemático soviético, ganador del Premio Nobel de Física en 1962. Figura clave de la física teórica en el siglo XX, destacó por sus contribuciones a la mecánica cuántica, superconductividad y

electrodinámica cuántica. Landáu se negó en redondo a dar su apoyo a ECYLA, alegando que durante toda su vida había intentado escapar de todo lo relacionado con las armas y el poder militar. Por motivos ideológicos, se había visto obligado a abandonar Ucrania en 1937, siendo acogido por físico ruso Kapitsa en el Instituto de Física de Moscú. Tras pasar por la prisión debido a una denuncia falsa de un antiguo alumno, Landáu siguió trabajando con Kapitsa descubriendo lo que llamaron «superfluidez». Landáu también participó como matemático en el cálculo de las ecuaciones de la dinámica de la bomba termonuclear que estaba desarrollando la antigua URSS. Parte de sus cálculos se hicieron públicos en 1958, mostrándose aspectos novedosos como la superconductividad, física de partículas elementales y ruptura de simetría. Fue entonces cuando ECYLA negoció con el KGB la entrega de Landáu, ofreciendo a cambio compartir el resultado de varias investigaciones en el campo de los satélites artificiales que permitirían mejorar la tecnología de los satélites rusos Sputnik I y II, pero resultó imposible llegar a un acuerdo. Misteriosamente, el siete de enero de 1962 Landáu sufrió un grave accidente de automóvil. Su salud delicada le impidió seguir con sus investigaciones, quedando relegado a un segundo plano.

Tras el fallecimiento de Landáu en 1968, se sentaron las bases de un programa científico financiado por la Marina y la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, conjuntamente con la Defense Advanced Research Projects Agency (DARPA), donde también nació Internet, y la Universidad de Alaska. A lo largo de las décadas de los años 80 y 90, un grupo de unos veinte físicos siguió realizando investigaciones basándose en los postulados de Landáu. Entre ellos destacó el doctor Jacob Zimmermann, de la Universidad de Tel Aviv.

Su objetivo principal era estudiar las propiedades de la ionosfera con la intención de desarrollar y mejorar la tecnología que se utiliza a nivel de radiocomunicación. En 1971, el presidente Richard Nixon, ferviente defensor de la ciencia aplicada a la defensa, potenció modernos sistemas de vigilancia estratégica, como por ejemplo los sistemas de detección de misiles, impulsando varios programas basados en los postulados de Landáu. Uno de los proyectos era el ROTHR, el Radar Relocalizable Sobre el Horizonte. Debido a la curvatura de la superficie del planeta los radares convencionales no pueden detectar objetos que se esconden tras el horizonte, pero los ROTHR fueron capaces de lograrlo, utilizando la ionosfera como si de un enorme espejo se tratara, reflejando impulsos electromagnéticos que, de otra manera, no llegarían más allá del horizonte.

El ROTHR se diseñó para detectar misiles y aviones de gran tamaño en la época de la Guerra Fría. El programa evolucionó hasta convertirse en lo que popularmente se conoce como HAARP (High Frequency Active Auroral Research Program). Fruto de la colaboración entre el gobierno islandés y el norteamericano, durante la presidencia de Jimmy Carter se realizaron varios experimentos, instalando en Hellissandur (Islandia) un nuevo complejo de antenas que servirían de apoyo a las existentes. Al mismo tiempo, en la antigua Unión Soviética se creó el programa Sura, el equivalente ruso al proyecto norteamericano. Es importante mencionar que, en 1962, la URSS hizo estallar tres bombas PEM dentro de lo que se conoce como «Proyecto K». El pulso indujo una corriente eléctrica que acabó produciendo un sobrevoltaje en una larga línea subterránea, causando un incendio en la central de energía de la ciudad de Karagandy.

El complejo de antenas de Hellissandur sirvió de gran ayuda a emisoras como la Voz de América y la British Broadcasting Corporation (BBC), que todavía utilizan la ionosfera para reflejar las señales de radio hacia la Tierra para que sus programas puedan ser escuchados en todo el mundo. La ionosfera provee capacidades de largo alcance para buques comerciales a costa de los enlaces de comunicaciones, aviones transoceánicos y para la comunicación militar y sistemas de vigilancia. A finales de 1976 se realizaron varios experimentos para estudiar los procesos básicos naturales que se producen en la ionosfera bajo la influencia natural, incluyendo el estudio de cómo la ionosfera natural afecta a las señales de radio. Según la opinión de los responsables de los distintos proyectos, el objetivo principal era poder desarrollar nuevas tecnologías que permitirían mitigar los efectos de la ionosfera, mejorando la fiabilidad y/o el rendimiento de la comunicación y los sistemas de navegación ante las interacciones ionosféricas. Los experimentos iniciales no obtuvieron el éxito esperado, pero tras varios años de investigación y muchas pruebas fallidas, durante el verano de 1987 un grupo de expertos en electromagnetismo llegados desde Reykjavík, Berlín y Nueva York lograron aplicar varios conceptos desarrollados por Nikola Tesla a finales del siglo XIX, mejorando las expectativas. Poco a poco los resultados fueron llegando.

Varias naciones se mostraron interesadas en dichos resultados y apostaron por la idea, siempre y cuando todas las pruebas se realizaran fuera de su territorio. Suiza descartó el Jungfraujoch alegando que ya tenían varios laboratorios de investigación situados en la Esfinge (3.575 m), el promontorio rocoso que se levanta unos metros por encima de la estación del ferrocarril cremallera más alto de

Europa. El país helvético también evitó la instalación de antenas en Mürren, Zermatt y Saas Fee. Francia descartó la Aiguille du Midi y el Pic du Midi de Bigorre, alegando que, en el caso de la mítica aguja que se levanta por encima de Chamonix, recibía miles y miles de visitantes cada año. El Midi de Bigorre ya contaba con uno de los telescopios situados a mayor altitud de Europa, así como con varios laboratorios científicos dedicados a otros fines y también recibía miles de visitantes a través del teleférico que sube desde La Mongie.

Descartadas las grandes cumbres masificadas, fueron varios los países que decidieron instalar sus antenas en zonas árticas, destacando Islandia y Groenlandia. Ingenieros y físicos trabajaron codo con codo con el equipo de científicos de la base de Hellissandur, alejados del resto del mundo.

En 1993 se inauguró en Gakona (Alaska) la Estación de Investigación de HAARP (Research Station). El proyecto HAARP, que ha sido objeto de numerosas críticas acusando a sus responsables de ocultar su verdadero propósito, gastó en unos quince años aproximadamente 250 millones de dólares, financiados con impuestos, para su construcción y costes operacionales. Estaciones similares se han erigido en otras áreas recónditas del planeta. La base de antenas de Hellissandur es uno de los principales enclaves HAARP en el norte de Europa. El dispositivo principal de la Estación HAARP es un Instrumento de Investigación Ionosférica llamado IRI, acrónimo de su nombre original en inglés (Ionospheric Research Instrument), un potente radiotransmisor de alta frecuencia que se emplea para modificar las propiedades electromagnéticas en una zona limitada de la ionosfera. El IRI actual opera desde el año 2007 y su contratista principal fue BAE Advanced Technologies.

Todos los cambios que ocurren en la zona modificada son analizados mediante instrumentos diversos, tales como radares en las bandas de radiofrecuencia UHF y VHF, medidores para realizar sondeos digitales y magnetómetros de saturación y de inducción. Las instalaciones del proyecto HAARP en Alaska constan de 180 antenas repartidas por un terreno de aproximadamente 14 hectáreas. En Hellissandur se instaló en 1995 una versión con 140 antenas. Inicialmente, el sistema transmisor de alta frecuencia de Hellissandur era capaz de producir aproximadamente 3,6 MW de potencia en la banda de radiofrecuencia. Para lograr ese grado de linealidad, los transmisores debían operar a un 45 % del rendimiento total. Los generadores diésel suministraban energía al resto del equipo utilizado por las emisoras, incluyendo el sistema de refrigeración y las

estaciones de bajo nivel de amplificación. Como resultado, se requerían aproximadamente 10 MW de energía principal cuando el sistema transmisor funcionaba a plena potencia.

Fueron varios los experimentos que hicieron posible el producir simulaciones por computadora de los procesos ionosféricos. El desarrollo de estas visualizaciones permitió a la comunidad científica internacional apreciar la enorme variabilidad y la turbulencia que se produce en la ionosfera durante una tormenta geomagnética solar mayor y los efectos resultantes que pueden afectar a las comunicaciones de radio y sistemas de navegación. En 1996 se realizaron una serie de pruebas en Hellissandur que causaron cierto revuelo a nivel local. Durante varios días del mes de junio y julio, el suministro eléctrico se interrumpió en una buena parte de la península del Snaefells, afectando incluso a Borgarnes, población situada a medio camino entre dicha península y la capital de Islandia, Reykjavík.

Por aquel entonces, el área de afectación seguía abarcando un territorio con muy escasa densidad de población. Por tal motivo, fueron muy pocos los habitantes perjudicados. Varios lugareños aseguraron a la prensa local haber observado una serie de tormentas eléctricas realmente excepcionales, escuchando sonidos que nada tenían que ver con rayos y truenos. Algunos llegaron a declarar ante la policía varios días después del incidente. Las autoridades tomaron nota, pero no se abrió investigación alguna, debido en parte a la falta de evidencias o pruebas y a la inconsistencia del relato en sí. En 1998 y en 2004 se volvieron a registrar tormentas inusuales en la península del Snaefells y se sucedieron los cortes en el suministro eléctrico. Por aquel entonces se empezaron a levantar voces en contra de la experimentación en Hellissandur y varios grupos de activistas dieron la voz de alarma.

Se presentaron denuncias contra la corporación empresarial ECYLA, responsable de la administración y gestión de la base desde 1997. Fueron varios los científicos islandeses que trabajaron durante años en la base científica de Hellissandur y también fueron varios los vecinos de las aldeas cercanas y grupos ecologistas que presentaron escritos de protesta ante el gobierno islandés. La tensión fue en aumento durante un tiempo, pero las denuncias y las quejas contra las actividades que allí se desarrollan no recibieron la respuesta esperada, cayendo en saco roto. Debido a la mala praxis de ECYLA, uno de los máximos responsables de la instalación islandesa, el doctor Jacob Zimmermann, presentó su dimisión irrevocable. Actualmente el

científico israelí se encuentra en paradero desconocido.

La magnitud de las tormentas obligó a las autoridades locales a cortar varias carreteras, pero dede Reykjavík seguían sin encontrar relación alguna entre los fenómenos atmosféricos y la base de Hellissandur. No fue hasta mediados de agosto de 2005 cuando el gobierno islandés, debido a la presión popular, presentó una queja formal y se plantearon varias preguntas oficialmente ante el embajador de los Estados Unidos en Reykjavík. Desde el número 21 de la calle Laufásvegur, sede de la legación, negaron toda participación norteamericana en ningún tipo de experimento o prueba relacionada con la energía electromagnética o el control del clima, dándole carpetazo al asunto.

Últimas actualizaciones:

- El 24 de febrero de 2022, el día en el que Rusia invadió Ucrania, Joe Biden y Boris Johnson mantuvieron una videoconferencia con el consejo de administración de ECYLA. La reunión, aunque se inició con retraso debido a los acontecimientos que tuvieron lugar en el este de Europa, fue todo un éxito, renovando la colaboración de ambas naciones con la corporación ECYLA.

- Creo poder afirmar que la ola de calor que experimentó Europa durante el verano de 2022 no fue debida tan solo a una bolsa de calor procedente del norte de África. La experimentación constante que está llevando a cabo ECYLA persigue poder crear alteraciones climáticas que van más allá de una tormenta, un huracán o un tsunami; también buscan potenciar el frío y el calor, evitando que llueva en ciertas zonas mientras en otras arrecian las tormentas.

- El 4 de abril de 2023, la primera ministra italiana Giorgia Meloni se desmarcó inicialmente de lo que se conoce como «el incidente sardo». Contraria a la presencia de bases militares en cumbres y valles, no mostró inconveniente a la hora de autorizar la compra por parte de ECYLA de la antigua base de la OTAN en el Monte Limbara. En su gobierno fue vista con muy buenos ojos debido a la enorme cantidad de dinero desembolsada, unos ingresos que le permitirán compensar la bajada de impuestos prometida en su campaña electoral del año anterior.

Tom inspiró profundamente y soltó el aire poco a poco, soplando ligeramente. Se tomó su tiempo. Volvió a leer el texto un par de veces y cerró los ojos durante unos minutos. Dejó que la calma le invadiera, tomándose la libertad de empezar a sacar sus propias conclusiones.

ECYLA sabía jugar sus cartas a la perfección, basándose en el miedo y la manipulación constante. Se habían introducido sigilosamente en muchos ámbitos sociales, logrando llevar a cabo sus fines navegando a placer por aguas turbulentas. Thomas pensó en algo que su padre le había explicado durante su época de estudiante: la banca internacional se asegura de que nos mantengamos endeudados; la industria farmacéutica se asegura de que permanezcamos enfermos; los grandes fabricantes y traficantes de armas se aseguran de que sigamos yendo a la guerra; los medios de comunicación se aseguran día a día de que la verdad permanezca oculta. Y la mayoría de gobiernos se aseguran de que todo lo anteriormente citado pueda lograrse cómodamente, de forma totalmente legal. Somos destructivos y arrogantes por naturaleza. Jugar a ser Dios es algo innato en el hombre.

Desde hace varias décadas ECYLA estaba utilizando la tecnología y la ciencia para generar negocio y no bienestar. La política del miedo había dado sus frutos a nivel global y el monstruo que crearon a comienzos de los años cincuenta, había evolucionado hasta llegar al presente. Tom no podía ignorar que el ser humano sigue vendiendo la mayoría de los avances científicos como si de un producto se tratara, negociando siempre con el mejor postor.

Actualmente son tres los campos donde la ciencia está generando una mayor vía de negocio: la genética, las armas y el clima. El hombre ha sido capaz de crear secuenciadores automatizados de genes que resuelven la secuencia del código genético del ADN humano. La bioingeniería ha modificado virus, alterado y creado enfermedades y ha desarrollado armas biológicas que se han vendido y se siguen vendiendo en medio mundo vulnerando tratados y convenciones internacionales. Mientras algunos multimillonarios se esfuerzan por volver al espacio y viajar a Marte, en nombre de la ciencia se han creado aparatos de alta precisión que han modificado no solo virus, sino también un buen número de fenómenos atmosféricos a lo largo y ancho del planeta. La mayoría de los proyectos los han desarrollado corporaciones sin escrúpulos, que no han dudado ni un segundo a la hora de trasladar su sede central a países lejanos con tal de no ver obstaculizadas sus operaciones e investigaciones por leyes, reglamentos y disposiciones jurídicas.

Si Ragnar estaba en lo cierto, alguien tendría que dar muchas explicaciones. Habían creado un nuevo tipo de arma y, de momento, era algo que escapaba del control y el conocimiento de una gran parte

de la opinión pública internacional. Lo que Ragnar denunciaba salpicaba directamente a empresas, políticos y altos cargos de varios países.

Tom abrió los ojos. Sin lugar a duda la situación le superaba por completo, pero no era la primera vez que se enfrentaba a un gran desafío. Ragnar hablaba del miedo, un arma muy eficaz para el control de las masas. Tras luchar contra un virus que mutaba sin parar, ahora la sociedad se enfrentaba a un nuevo enemigo, un enemigo invisible que amenazaba con destrozar el futuro de los más jóvenes, al provocar daños irreparables en el planeta. Eran tantas las preguntas sin respuesta que Thomas tuvo que tomarse unos minutos para entrar en el hall del hostal y refrescarse la cara y la nuca con agua fría en el baño.

Tal y como Aase le había recordado, Thomas acusaba en exceso la dependencia emocional y, en aquel momento, la palabra redención cruzó fugazmente por su mente. Era una sensación nueva, como si de algún modo se sintiera en deuda con el mundo que le rodeaba. La adrenalina fluía, todos sus sentidos se habían agudizado. Estaba nervioso, pero, por primera vez en muchos años, se sentía en paz consigo mismo. Sentía que había llegado el momento de demostrar su valía más allá de una cumbre o una arista, sentía que un grupo de personas desconocidas hasta unos días atrás creían en él. Por primera vez en mucho tiempo, sentía que podía resultar de utilidad.

En el Himalaya se había sentido igual de pequeño que en aquel momento y aunque en el pasado contó con el apoyo y la compañía de Aase, ahora contaba con el apoyo y la compañía de alguien que, al igual que él, también necesitaba ayuda. Tenía que tomar una decisión, había llegado el momento de actuar, de dejar su impronta en algo más que no fuera una ascensión o un programa de televisión. Tenía la oportunidad para redimirse y dejar atrás el pasado. Pensó que había llegado el momento de dar un paso hacia delante para poder imprimir un giro a su vida, sin dejar de ser él mismo. Por primera vez, fue consciente de que no necesitaba saciar su ego, tan solo necesitaba saber que era capaz de hacer algo por los demás. Nunca había sido muy amigo de seguir las reglas establecidas, disfrutaba nadando a contracorriente, la mayoría de las veces tan solo para saciar su sed de ego o para llamar la atención. Por tal motivo, ahora se abría ante él la oportunidad perfecta para hacer algo realmente útil.

La llama del inconformismo y el hartazgo empezaba a brotar con fuerza en su interior. Nadie creía a aquellos islandeses perdidos en una esquina helada del mundo. Tenía que tomar una decisión. Era ahora o nunca.

IX

Ragnar

A lo largo de los últimos veinte años, Ragnar Sigurdsson había dedicado buena parte de su tiempo a honrar la memoria de su padre y de quienes habían perdido la vida enfrentándose al poder de grandes corporaciones como ECYLA. Su muerte en extrañas circunstancias fue el detonante de un conflicto que ya duraba demasiado y había llegado a un punto en el que ECYLA se había convertido en la gran obsesión del islandés. De algún modo, necesitaba poner punto final a una insana sed de venganza. Uno de los mayores problemas a los que se había enfrentado en esta lucha era la soledad, ya que carecía de aliados y no contaba con la complicidad de las personas que mejor le conocían. Ya fuera por ignorancia o por cobardía, eran muy pocos los que se habían atrevido a ayudarle. Con el paso del tiempo se había labrado una fama de huraño y cascarrabias que no le ayudaba a la hora de contar con refuerzos para su causa. El mundo le había dejado de lado, relegándolo al papel de viejo conspiranoico, alcohólico, amargado y solitario.

Sumamente inteligente, Ragnar había trabajado durante años codo con codo con su padre, hasta que su progenitor entró a formar parte del equipo de investigación que ayudaría a desarrollar la informática cuántica, en la cual se basaría la nueva tecnología desarrollada por ECYLA, todo un paradigma de computación distinto al de la informática o computación clásica basado en el uso de cúbits, una combinación de unos y ceros realmente especial. La base de Hellissandur fue pionera en la utilización de dicha tecnología y, aunque en un principio Ragnar admiró la capacidad de trabajo y los esfuerzos realizados por su padre, no tardó en tener serias dudas sobre los verdaderos propósitos de quienes pagaban la nómina familiar a fin de mes. Huérfano de madre, Ragnar creía que su padre estaba vendiendo su alma al diablo y, de algún modo, se sintió traicionado. Aunque inicialmente intentó ayudarle, acabó por alejarse de él una larga temporada hasta que su padre falleció en extrañas circunstancias en 1997. La muerte de su esposa debido a un tumor cerebral fulminante sumió a Ragnar en una profunda depresión, mientras luchaba por seguir adelante con su hija. Por muchos esfuerzos que hicieran, la relación entre padre e hija no fue un camino de rosas y cuando ella abandonó Arnarstapi, Ragnar inició una cruzada personal contra ECYLA y sus postulados científicos. Ellos habían destrozado su vida y tendrían que pagarlo muy caro. No fue hasta entonces cuando

Ragnar regresó para iniciar una cruzada personal contra ECYLA y sus postulados científicos.

La batalla que inició le llevó a visitar muchos países, siguiendo las actividades de ECYLA y de varias de las empresas que colaboraban con ellos. Uno de los detalles que más le llamó la atención fue la fuga de cerebros de diversas universidades y corporaciones extranjeras hacia ECYLA. A través de Internet se entrevistó con varios profesores de física del Reino Unido, Japón, Suecia, Dinamarca, Suiza y Estados Unidos, descubriendo hasta qué punto se estaba captando a lo mejor de cada casa.

Todos eran grandes expertos en energía electromagnética, y dedicaban parte de su labor de investigación a calcular los efectos de un PEM no solo en la ionosfera, sino también en la superficie terrestre y en la población.

Algunas de las causas cotidianas de los PEM son los rayos, los sistemas de encendido de los motores de combustión y las erupciones solares. Tal y como Ragnar detallaba en sus notas, desde hacía más de un siglo se estaban llevado a cabo experimentos en todo el planeta. Los alemanes habían sido los primeros que intentaron crear armas de este tipo a nivel industrial a finales de la Segunda Guerra Mundial. Rusia se adelantó al resto del mundo al lograr resultados convincentes, gracias en parte a los enormes territorios deshabitados que conformaban buena parte de la antigua URSS.

Las zonas remotas resultan ideales para este tipo de experimentación. Por tal motivo, en Occidente, Alaska, Groenlandia e Islandia se convirtieron en los candidatos ideales para instalar bases alejadas de miradas indiscretas. Entre 1976 y 1987 la península del Snaefells sufrió los primeros efectos de las pruebas realizadas durante la Guerra Fría, pero no fue hasta 1995 cuando se experimentó un PEM sin necesidad de detonar ningún tipo de bomba a gran altitud. Las 140 antenas de Hellissandur comenzaron a aportar información valiosa trabajando en colaboración con varias bases situadas en el Ártico. La clave era —y sigue siendo— la triangulación, que permite aprovechar al máximo la potencia que pueden llegar a generar varias antenas perfectamente coordinadas y la capacidad de «rebote» que ofrece la ionosfera, actuando como pantalla.

Por la península del Snaefells habían pasado expertos procedentes de los Estados Unidos, Francia, Reino Unido, Italia y Holanda. Islandia se había convertido en todo un referente en el campo de la energía electromagnética. En 1998 llegó el segundo PEM, esta vez bajo el control de ECYLA, propietaria de la base de Hellissandur, y en 2004 generaron el tercero, un salto muy importante a nivel tecnológico. En 2012, los vecinos de Arnarstapi y Ólafsvik sufrieron el cuarto. Luego,

los progresos logrados en la base HAARP de Alaska y la marcha de varios responsables del proyecto que se estaba llevando a cabo en Islandia, propiciaron que durante unos años la base de Hellissandur funcionara a bajo rendimiento, de forma casi automatizada. Solo muy de vez en cuando se había visto movimiento humano, más allá del mantenimiento habitual. Uno de los objetivos principales de los experimentos pasó a ser lograr un arma capaz de bloquear las comunicaciones del enemigo sin necesidad de disparar ni un solo misil, trabajando a distancia, con un bajo coste en personal y de forma relativamente segura para la población. Para tal fin se había negociado la instalación de antenas en cumbres de los Alpes, los Pirineos, los Tatras y los Cárpatos, capaces de crear una red que neutralizara posibles invasiones. Eso sin olvidar el Mediterráneo: las islas de Mallorca y Cerdeña contaban con bases militares en varias cumbres de más de mil metros de altitud. En tiempos de paz, la mejor defensa no era un buen ataque, sino la previsión de que dicho ataque jamás se llevara a cabo.

Ragnar y su padre eran conocedores de las intenciones de ECYLA a corto y medio plazo. La corporación científica había instalado bases en el Ártico con la excusa de realizar investigaciones que ayudaran a frenar el cambio climático, desarrollando proyectos junto a distintas ONG. Con el paso del tiempo, algunos científicos decidieron abandonar dichas investigaciones, alegando que ECYLA incumplía reiteradamente leyes y tratados internacionales, y que escondía de un modo inmoral sus verdaderas intenciones. Algunos sufrieron extraños accidentes e incluso desaparecieron sin dejar rastro.

Uno de los objetivos principales de las investigaciones llevadas a cabo por la corporación científica en Islandia era buscar un sustituto efectivo a las bombas nucleares. Como demostraron las dificultades de Rusia para invadir Ucrania en febrero de 2022, invadir un territorio y destruir al enemigo físicamente se había convertido en algo costoso, sin garantías de éxito pese a la superioridad de armamento y políticamente muy impopular. El objetivo estratégico en el que colaboraba ECYLA era otro: anular sus armas, todas las comunicaciones y los sistemas de defensa.

Ragnar realizó largos viajes, invirtiendo mucho tiempo y dinero. Se había entrevistado con físicos, climatólogos, expertos en energía electromagnética y también con estafadores que sabían cómo blanquear grandes cantidades de dinero negro. En algunos casos sus esfuerzos fueron recompensados con éxito, pero en muchos, solo obtuvo el silencio por respuesta. Desde Reykjavík voló a Lisboa, donde visitó a José Manuel Rebordão, gran admirador de su padre y responsable del departamento de Física de la Facultad de Ciencias de

Lisboa. Tal y como sospechaba, eran varios los profesores que habían abandonado Portugal durante los últimos meses. Algo parecido sucedió en Barcelona, Milán, Viena y Londres. Intentó localizar a uno de los pocos amigos que le quedaban, el físico y doctor en medicina Jacob Zimmermann, pero en la Université Saint Joseph de Beirut no sabían nada de él. Las sospechas de Ragnar se confirmaban: o había huido o estaba muerto.

En 2020, miles de documentos de la Red de Control de Delitos Financieros de los Estados Unidos habían sido filtrados a un pool de periodistas de investigación, que revelaron hasta qué punto se habían implicado los grandes bancos en actividades ilícitas con dinero negro. Bancos como JP Morgan Chase o el HSBC habían permitido el movimiento de dinero procedente de actividades criminales, incluso después de haber sido descubiertas. ECYLA se encontraba bajo sospecha, pero rápidamente el «departamento de limpieza» inició un lavado de imagen espectacular, llevando a los tribunales a varios medios de comunicación y programas de televisión. En la mayoría de los casos ganaron, pero hubo un par de medios que lograron escapar impunes y que publicaron artículos al respecto, destacando la impunidad con la que operaban algunos bancos a escala mundial.

Durante décadas se ha estado permitiendo que los beneficios de quienes se enriquecen ilícitamente a través de guerras entre cárteles de la droga, malversando fortunas en países en desarrollo o traficando con armas, salieran de muchas instituciones financieras, a pesar de las advertencias de los propios empleados de los bancos. Varias corporaciones científicas y laboratorios farmacéuticos también habían utilizado bancos muy importantes para lavar dinero sucio, y poco a poco Ragnar se fue acercando peligrosamente al corazón de la bestia. El islandés sospechaba que tres de los principales bancos internacionales habían llevado a cabo enormes transacciones vinculadas a un exministro de Kazajistán, Viktor Khrapunov, en busca y captura por la Interpol, quien había invertido una fortuna en varios proyectos desarrollados por ECYLA. La familia de Khrapunov había encargado a una de aquellas instituciones internacionales la gestión de millones de dólares en transacciones. Khrapunov escapó a Suiza, pero Kazajistán siguió colaborando con ECYLA, esforzándose por desvincularse de su antiguo ministro. Una vez más, se levantó una cortina de humo impenetrable, que indujo a la opinión pública a mirar para otro lado y olvidar el tema en pocas semanas.

Poco a poco, Ragnar fue creando un buen número de archivos, ordenándolos por fechas y localizaciones geográficas. Las carpetas se acumulaban y su labor de investigación parecía no tener fin. Llegó a un punto en el que necesitó un apoyo a la hora de aguantar largas

noche en vela y viajes interminables en avión y tren. El alcohol se convirtió en la solución.

Sin poder evitarlo, Ragnar ganó tres nuevos amigos: el famoso vodka Reyka islandés, cuya agua proviene de un campo de lava de 4000 años de antigüedad, el Fjallagrasa Moss Schnapps, hecho de musgo de mar empapado en una solución alcohólica, y la Viking Gold, cerveza ilegal en Islandia hasta los años 80. Como buen islandés, su capacidad de resistencia era encomiable, y aguantaba estoicamente las importantes resacas que experimentaba.

Apoyado en su idealismo, o tal vez en el alcohol, inició varias investigaciones sobre el aumento de la temperatura en varias zonas del planeta durante años. Con la ayuda de científicos que, desde cualquier parte del mundo, le daban información a través de Internet, o contribuían prestándole capacidad de computación de sus ordenadores conectados remotamente, obtuvo datos y realizó gráficas muy interesantes.

Finalmente, Ragnar denunció que alguien con mucho poder estaba utilizando como excusa la experimentación y la lucha contra el calentamiento global para desarrollar un tipo de tecnología revolucionaria que ponía en grave peligro no solo a los habitantes de Arnarstapi y su área de influencia, sino a todo el planeta. Ya fuera en entrevistas o publicando sus datos en Internet, Ragnar hizo responsable a la corporación ECYLA de algunas de las principales anomalías climáticas que estaba experimentando el planeta. Desde su creación, a mediados de los años 50 del pasado siglo XX, dicha corporación había realizado en Islandia varios experimentos relacionados con el envío de energía electromagnética a la ionosfera, iniciando la construcción de una red de antenas que seguían en activo hasta el presente. Ragnar había preparado un listado de experimentos y logros basándose en todas las notas que su padre había detallado en su diario personal. Dicho diario había guiado al veterano islandés en su búsqueda de la verdad, pero toda denuncia interpuesta contra ECYLA siempre caía en saco roto.

La corporación estaba financiada principalmente con capital norteamericano, británico e israelí, pero también contaba con el apoyo de varios lobbies franceses, holandeses, alemanes, daneses y asiáticos. Disponía de fondos ilimitados para protegerse, y también para atacar cuando uno menos se lo esperaba. Ragnar no se rindió fácilmente y durante meses centró sus esfuerzos en investigar la experimentación con energía electromagnética y la utilización de ordenadores cuánticos para realizar triangulaciones de alta precisión con antenas y radares utilizando bases militares y centros de investigación en cumbres elevadas y localizaciones aisladas alejadas de miradas indiscretas.

Incluso viajó hasta Moscú para poder entrevistar a eminentes científicos. Con el paso del tiempo, había logrado crear un archivo realmente único sobre las actividades de ECYLA en todo el mundo, guardando dicha información a buen recaudo en varios pendrives, carpetas físicas y archivadores.

En una abultada carpeta amarillenta, en cuya portada había escrito a mano la palabra ECYLA en letras mayúsculas, guardaba un fajo enorme de documentos, incluyendo el listado detallado de todos los pulsos electromagnéticos (PEM) que se habían llevado a cabo en la base de Hellissandur. En la pequeña pizarra que había colocado encima de la mesa del salón apoyada contra la pared, Ragnar había dibujado un esbozo de cómo funcionaba un pulso electromagnético, con la intención de mostrarlo a las personas indicadas en el caso de poder contar con la ayuda adecuada.

A finales de 2022 había preparado un par de dossiers actualizados, en los que detallaba información sobre el historial de aberraciones climáticas y los proyectos que ECYLA estaba desarrollando en Islandia, llegando hasta el presente. Pero ni la prensa generalista ni la opinión pública parecían estar preparadas para escuchar lo que un científico islandés barbudo y desaliñado había descubierto. Las primeras entrevistas que concedió a medios de comunicación lograron crear cierto interés entre el público más allá de Islandia, pero una buena parte de la comunidad científica, movida por la influencia de ECYLA, renegó de las afirmaciones vertidas por Ragnar. En las televisiones de Islandia no había tenía mucha suerte. Periodistas de los canales RÚV y Stöð 1 y 2 le habían prestado algo de atención, pero siempre acababan por alegar que necesitaban pruebas irrefutables para poder armar un buen reportaje en profundidad. «Tenemos que lograr crear mucha expectación sin ser alarmistas», le había explicado Thor Ólafsson, el director de RÚV TV. Ragnar no quería entrar en debates interminables ni participar en programas donde el sensacionalismo estaba por encima de la realidad.

Como suele pasar, un grupo de científicos también intentó desacreditar sus teorías, logrando que Ragnar se encerrara más y más en sí mismo buscando una ayuda que no llegaba. Era tal la presión a la que estaba sometido que el veterano islandés había empezado a desarrollar algo muy común en el mundo científico: el síndrome del impostor, un fenómeno por el cual cuanto más aprendemos sobre una materia, más sentimos que en realidad no somos unos expertos. De algún modo, pensamos que jamás seremos una autoridad en ella, por mucho que nos esforcemos y aprendamos. En el lado contrario, está el efecto Dunning-Kruger, un interesante y revelador descubrimiento psicológico perfectamente aplicable a quienes negaban que las teorías de Ragnar fueran ciertas. Dicho efecto se refiere a las personas que no

tienen conocimientos o experiencia en algo, pero creen erróneamente que conocen bien dicha materia. Poco a poco se convierte en una tendencia a asumir que la mayoría de la población conoce todos los hechos acontecidos, que saben todo lo que hay que saber, cuando no tienen ni la más remota idea de lo que realmente está sucediendo. La mayoría de los medios de comunicación son cómplices, mostrando ecuaciones, gráficas y diagramas que ayudan a pensar que tienen razón. No importa el consenso de los principales científicos, lo más importante es que la opinión vertida a nivel global sea creída por un gran número de personas… Eso provocará un efecto dominó sobre millones y millones de espectadores ávidos de noticias.

Toda la información que había recopilado Ragnar la guardaba en su casa bajo llave. Su pequeño despacho particular era una enorme jaula de Faraday, un pequeño búnker donde nadie podía entrar. Tal y como sus vecinos y el propio Tom pudieron comprobar, la obsesión de Ragnar por ECYLA y sus investigaciones en el campo de la energía electromagnética y la computación cuántica habían pasado factura en su salud, convirtiéndole en un ermitaño cuya inteligencia quedaba oculta tras un alcoholismo que el veterano islandés nunca había negado ni ocultado. La muerte en extrañas circunstancias de varios amigos cercanos, vecinos de Arnarstapi, aumentó la sensación de rabia y odio en el interior de Ragnar, quien, tras el fallecimiento de su padre, no dudaba en calificar de criminales a todos los miembros del consejo de administración de ECYLA y a buena parte de sus empleados. Desde su creación en plena Guerra Fría, todas las acciones y proyectos desarrollados por dicha corporación habían perseguido el enriquecimiento de accionistas, directivos y empresas colaboradoras de un modo inmoral, moviéndose cual araña en su tela, por una delgada línea entre el bien y el mal.

Los vecinos de Arnarstapi creían que todos los esfuerzos de Ragnar y su labor de investigación, nunca recibirían ni la atención ni el reconocimiento que se merecían… Pero las cosas estaban a punto de cambiar.

X

ECYLA

A las doce del mediodía, la penumbra reinaba en el pequeño salón comedor de la casa de Ragnar. La luz de unas velas y varias lámparas de gas ayudaban a crear una atmósfera a medio camino entre el romanticismo y un filme de terror gótico. Los grandes genios del expresionismo de comienzos del siglo XX hubieran disfrutado con semejante escena. En el exterior, la temperatura había descendido hasta llegar a los siete grados bajo cero. La tormenta de nieve no daba tregua, creando una atmósfera realmente invernal. Era tal la sensación de frío que Ragnar se había visto obligado a volver a encender su chimenea, utilizando varios troncos y leña seca que había guardado durante el crudo invierno. Hacía muchos años que los vecinos de Arnarstapi no veían algo parecido, pero todos los habitantes de la península del Snaefells sabían que no era la primera vez. Poco a poco fueron llegando todos a la reunión a la que habían sido convocados por el veterano islandés. En el acogedor salón de Ragnar se encontraban la señora Hnallthora y su esposo Magnus, junto a Valur Kristjánsson y su esposa Anna Hranfnsdóttir, aquejada de demencia senil. Lamentaron la ausencia de la doctora Tina Gunnarsson y su esposo Kristian, pero, debido al mal tiempo y la caída del suministro eléctrico, les había sido imposible establecer contacto con ellos. Los cinco lugareños esperaban la llegada de Thomas Rake.

—No creo que venga —comentó la señora Hnallthora, sentada en una de las cuatro butacas que Ragnar había dispuesto delante de la chimenea, cuyo fuego crepitaba—. Ya sabéis lo que pienso: mucho ruido y pocas nueces. Ahora mismo estará intentando salir por piernas hacia Borgarnes. Hoy en día son todos unos cobardes, parece que pueden resultarnos útiles, pero terminan cagándose en los pantalones. Con la que está cayendo, no creo que logre salir de Arnarstapi y las carreteras siguen cortadas

Acababa de prepararse una buena taza de té y esperaba a que se enfriara antes de dar el primer sorbo. La esposa de Magnus farfulló varios improperios y volvió a tomar un buen sorbo de té. Los presentes esperaron unos segundos antes de opinar.

—¿Realmente crees que Thomas es un cobarde? —preguntó Valur —. A mí me ha dado la impresión de que es un muchacho muy decidido. Es un escritor de renombre internacional, es inteligente… hay algo en él que me inspira confianza —añadió.

—¡Por nuestras venas corre sangre vikinga! —dijo la señora

Hnallthora elevando el tono de su voz—. Mirad en lo que nos hemos convertido, defendiendo a influencers mediáticos, a famosos mimados que no han dado un palo al agua en su puñetera vida. Si nuestros antepasados nos vieran desde el Vallhalla nos ahorcarían, si es que logran encontrar un maldito árbol que aguante el peso —añadió con voz triste.

—Creo que te equivocas —dijo Ragnar.

—Hace tiempo que he perdido la esperanza —dijo la esposa de Magnus levantándose y abriendo la puerta de la casa—. ¿Veis? no hay nadie —sentenció—. Estamos solos otra vez —añadió.

Justo cuando iba a volver a cerrarla, una mano sostuvo el picaporte con fuerza y tiró hacia fuera. Las bisagras chirriaron y la puerta se abrió.

—Había llegado a pensar que formabais parte de una secta o de alguna especie de hermandad o culto extraño, pero veo que no lleváis máscaras ni capas con capuchas de color púrpura —dijo Tom al entrar, intentando romper el hielo.

La señora Hnallthora, cuyo sentido del humor se encontraba a años luz del de Tom, murmuró unas palabras en islandés que sonaron a improperio y entró de nuevo en el amplio salón donde Ragnar y el resto de los vecinos se encontraban reunidos. Volvió a sentarse en la butaca del salón y dio el primer sorbo a su taza de té.

—Somos buena gente, Tom, gente muy humilde y trabajadora, algunos también fuimos buenos montañeros como tú; de algún modo estamos todos en el mismo barco, remando en la misma dirección. Pero el mundo nos ha olvidado, nuestras vidas no importan a nadie, somos prescindibles. No tenemos voz —dijo Magnus.

—Con tal de que organicemos excursiones en 4X4 o a caballo y demos de comer a los turistas, nuestro gobierno y el mundo en general ya están satisfechos. A ellos les importa una mierda lo que nos pueda pasar, les da igual, se han vendido a las grandes corporaciones. Cuando luchas con gigantes, ya sea a nivel nacional o internacional, te silencian muy rápido. Si has trabajado en el mundo de la comunicación, seguro que sabrás de que estamos hablando —comentó Valur.

Ragnar se levantó de su butaca y estrechó la mano de Tom. Con tan solo una mirada, el joven noruego pudo leer en su rostro la palabra «gracias». El fornido islandés de cabello largo y blanco tenía preparada su pipa, buscó unas cerillas en uno de los cajones del armario situado junto a la chimenea y procedió a encenderla. El tabaco no tardó en arder. A Tom el aroma de la pipa le recordó a su padre. Pensó que el olor era mucho más agradable que el de los

cigarrillos.

—Ahora que estamos todos, creo que ha llegado el momento de ofrecerle a este muchacho la explicación que se merece —dijo Ragnar erigiéndose como líder del grupo, mientras los presentes asentían—. Lo que vas a escuchar ahora es la verdad, por mucho que pueda parecer la invención de un puñado de viejos gruñones amargados. No hemos salido de ningún programa sensacionalista, ni somos negacionistas de nada… la vida que nos ha tocado vivir es así —afirmó Ragnar.

—A muchos nos ha costado dar este paso, pero hemos vivido demasiados años ocultando una realidad que nos atormenta. Nos ha costado encontrar a alguien en quien confiar —añadió Magnus.

—Ante todo, creo que hablo en nombre de todos los presentes si digo que lamentamos profundamente que no puedas salir de Arnarstapi —empezó Ragnar—. No solo perderás tu vuelo de regreso, también te has quedado incomunicado con tu mundo y con tu vida. Por tal motivo, no solo pensamos que tu ayuda es más que necesaria, también creemos que si te has visto involucrado en lo que está sucediendo no es por un mero capricho del destino. Las cosas nunca pasan por casualidad.

—Actualmente no tengo muchas alternativas al respecto, ¿verdad? —preguntó retóricamente Tom.

—La última persona en quien confiamos fue un escritor británico especializado en libros de divulgación científica. El pobre intentó ayudarnos, pero no logró su objetivo. Visitó Arnarstapi hace ya un tiempo y creo que logramos transmitirle nuestras intenciones, pero tuvo miedo. Creo que le amenazaron al llegar a Londres, pero también podría ser que nos tomara el pelo o que no lograra contar con los medios necesarios. Hoy en día, la tecnología ha evolucionado muchísimo y las redes sociales se han convertido en un arma muy poderosa si se saben utilizar —comentó Ragnar.

—A nosotros puede que nos quede un poco lejos, pero seguro que tú sabes aprovechar esos recursos mucho mejor —apuntó Valur.

Todos los presentes miraron a Tom.

—La empatía y la solidaridad son valores en peligro de extinción, no hay que darle más vueltas, hace años que he dejado de creer en muchas cosas —dijo la señora Hnallthora mientras daba otro sorbo largo a su taza de té caliente—. La vida puede llegar a ser muy cruel en Arnarstapi. Ragnar, explícale al muchacho la idea que desde hace tiempo ronda por tu cabeza. Por mucho que podáis pensar que soy una vieja amargada, creo que tengo suficientes motivos para estar aquí. Ragnar es una de las personas más inteligentes que conozco y, aunque no deje de llamarle viejo borracho y loco, muchos ya sabéis por qué lo hago. Cada uno es como es, y yo creo que me he ganado

todo el derecho del mundo a tener este carácter. Pero no tenemos todo el día, vayamos al grano, Ragnar.

El veterano islandés tomó aire y empezó a desgranar datos:

—Como la mayoría ya sabéis, un PEM fríe literalmente todo aparato que funcione con electricidad o que necesite de algún impulso eléctrico para desarrollar correctamente su función —explicó Ragnar —. No solo nos ha generado migrañas, nerviosismo y estrés, sino algo mucho peor. El padre de Valur y varios de sus compañeros fallecieron de cáncer casi al mismo tiempo. Y si hablamos de padres, ya sabéis cómo acabó el mío. Todos habían trabajado en la base y sabían que, con muy poco personal, se podían obrar resultados, así que, cuando llegó el momento, no dudaron en quitárselos de encima. El despido del doctor Zimmermann marcó un antes y un después. Desde que lo defenestraron, la situación ha ido a peor. No lograron eliminarle y es algo que tienen clavado como una espina —añadió.

—El secreto de esta base es la automatización. Ahora casi todo funciona a distancia, ya sea desde Alaska o desde el norte de Escocia y Noruega, donde cuentan con bases similares —comentó Valur.

—Por lo que veo —intervino Thomas—, de algún modo, los experimentos llevados a cabo durante décadas han minado la salud de mucha gente, llegando a provocar la muerte. ¿El gobierno no ha reaccionado?

—Bienvenido al mundo real, Tom. Se han presentado varias denuncias, nos hemos organizado junto con amigos de Ólafsvik y Rif, pero las altas instancias gubernamentales tienen las espaldas bien cubiertas. O alegan falta de pruebas o archivan todo lo que les llega. Nos han ignorado, nos tachan de locos —explicó Valur.

—Para mí es algo personal —dijo Ragnar desafiante mientras lanzaba una mirada a Magnus y a su esposa—. ¿Se lo explicas tú o lo hago yo?

—Nuestro hijo Jann desapareció en el Snaefells hace veinte años —relató Magnus—. Era guía de montaña y, tras una semana llevando a pequeños grupos en un vehículo especial para nieve, perdimos toda comunicación con él y nunca regresó.

El rostro de su esposa estaba cubierto por las lágrimas, pero en ningún momento pronunció palabra alguna.

—La operación de rescate —continuó Magnus— se inició tarde y, aunque duró varios días, las autoridades decidieron cancelarla debido al mal tiempo. Jann había sido uno de los primeros en enviar cartas a los medios de comunicación y en intentar mostrar al mundo lo que estaba sucediendo en Hellissandur.

—Fue hace años, Internet todavía no tenía ni la potencia ni la importancia que tiene ahora, eran tiempos donde la información

viajaba de otro modo —terció Ragnar.

—Hay algo más —dijo Valur, que se acercó a su buen amigo Ragnar—. Mi anciana madre estaba operada del corazón, le habían colocado un marcapasos. Puedes imaginar lo que sucede cuando fríes un aparato de esas características.

Un silencio tenso reinó en el interior de la acogedora vivienda durante unos minutos.

—Tal y como dije en su momento, conozco a alguien que nos podría ayudar —dijo Thomas. Esas palabras parecieron actuar como un bálsamo reparador entre sus interlocutores.

—Me gusta que te incluyas al hablar en plural —apuntó Ragnar.

Thomas le lanzó una mirada cómplice, esbozando lo que parecía una media sonrisa y continuó hablando:

—Estoy pensando en Celine Besson, una excelente periodista de investigación, editora de la revista Event Horizon, con sede en Edimburgo. No es una conspiranoica al uso: Celine investiga, contrasta la información y solo publica aquello que sabe que es la verdad. Es muy dura, inflexible y sabe vender muy bien su imagen y su marca. Tiene millones de seguidores en las redes sociales. Creo que más o menos debe ser de mi edad. Es una gran amiga de mi expareja Aase, que me explicó que su padre casi nunca estaba en casa y su madre murió de cáncer cuando ella era muy pequeña. Se crio durante muchos años con su abuela, una mujer muy fuerte que, durante su juventud, formó parte de un comando o grupo de operaciones, que había llegado a protagonizar misiones muy arriesgadas. Incluso fue la amante de un oficial nazi. Estaba tan unida a su abuela que decidió tomar su apellido. Es una historia fascinante que algún día me gustaría conocer mejor —explicó Thomas.

—¿Crees que podemos confiar en ella? —preguntó la señora Hnallthora.

—Sí, creo que podemos confiar. Tiene muy buenos contactos. Actualmente está colaborando como productora en el último filme de Oliver Stone… seguro que él sí sabéis quién es.

—El enfant terrible del cine americano —dijo Ragnar.

—Imagínate cómo le odian en su tierra que tiene que buscar financiación en Escocia —continuó Thomas—. Celine se ha convertido en una activista comprometida, ha realizado varios reportajes muy polémicos sobre las plataformas petrolíferas en el Mar del Norte y sobre la extracción de gas. Recuerdo también que ha hablado del HAARP en Alaska y de su relación con varios fenómenos meteorológicos. Es toda una especialista en la materia. Guardé un reportaje suyo sobre un accidente en una antigua base militar en la isla de Cerdeña, en una cumbre llena de antenas...

—No fue un accidente —intervino Ragnar—. Lo que ocurrió en el Monte Limbara fue un PEM como una catedral: un sonido opaco, una potente luz azul… todo igual que aquí. Es estremecedor, terrorífico. Siempre buscan pueblos pequeños con gente humilde que no levanta la voz: pastores, granjeros… Por mucho que se quejaron algunos, la RAI y la prensa en general lo negaron. Le dieron carpetazo al asunto en menos que canta un gallo. Todos fueron untados debidamente. ¿Sabes quién ha comprado la base en Cerdeña recientemente? —añadió el islandés.

No fue necesaria una respuesta.

Tras el silencio colectivo, Thomas retomó la palabra.

—Celine ha sido detenida en más de una ocasión al entrar sin acreditación en instalaciones del gobierno británico y norteamericano. También ha tenido problemas en Rusia y en varios países sudamericanos. Tiene en nómina a periodistas freelance y hackers que no se cortan ni un pelo a la hora de realizar y colgar en la red entrevistas muy polémicas donde sea y cuando sea, nunca se andan con rodeos. Tuve el placer de conocerla en Noruega durante una protesta contra las viejas plataformas petrolíferas en el mar del Norte. La entrevistaron en la televisión, en un programa en el que yo colaboraba. Es metódica y magnética, recuerdo esa mirada glacial, su tono de voz y su elegancia al moverse, realmente seductora. Me sorprendió su seguridad y capacidad de trabajo, es una mezcla entre la teniente Ripley y Sarah Connor… Hay algo en ella que da miedo, pero estoy convencido de que detrás de la armadura se esconde una mujer sensible y vulnerable que lucha por algo en lo que cree. Rápidamente entabló una buena amistad con Aase, mi pareja en aquel momento. Nos vimos varias veces en Noruega y Escocia. Celine nos ayudará, no me cabe la menor duda. Estos temas le encantan, es de las que no para hasta lograr su objetivo. Hablaré con Aase, ella nos ayudará a localizarla.

—Con lo que has explicado de ella, tengo que decir que, sin conocerla, ya me cae bien —dijo Ragnar.

Por un momento, el buen humor regresó al salón del islandés, logrando que la mayoría de los presentes esbozara una sonrisa.

—Seguro que haréis buenas migas, es capaz de ganarte bebiendo, apostaría lo que quieras —bromeó Tom—. Sin teléfono ni Internet ahora mismo resultaría complicado contactar con ella, pero cuando se restablezca la señal, creo que estará encantada de escucharnos. Lo primero que me preguntará es hasta qué punto lo que ocurre en Hellissandur tiene relación directa con la corporación ECYLA. No es la primera vez que intentan cerrarle la revista, ha llegado a recibir amenazas muy serias —mientras hablaba, Tom intentaba recordar

dónde había visto con anterioridad el logotipo de aquella corporación.

—La investigación que lleva a cabo ECYLA en el campo de la energía electromagnética es una de las piezas principales del gran puzle que estás empezando a montar en tu cabeza, pero hay más, mucho más —apuntó Ragnar.

El islandés explicó con detalle los orígenes del proyecto HAARP, relacionados con la creación de la corporación ECYLA. Según Ragnar, el proyecto había sido discutido a nivel global en varias conferencias internacionales. Estaba basado principalmente en el aprovechamiento del gas natural infrautilizado en Alaska, de forma que pudiera dar la suficiente energía para alimentar el mayor calentador ionosférico de la tierra, el cual se encargaría de lanzar haces de energía electromagnéticos (ondas de baja frecuencia) a la ionosfera para que, al colisionar con las capas altas de la atmósfera, provocasen lo que se conoce como un espejo energético.

—Uno de los proyectos de ECYLA persigue distorsionar la ionosfera, de ahí su peligrosidad —apuntó Ragnar—. Podría desviar aviones, misiles e incluso provocar lluvias radioactivas. He sido testigo de algo que incluso va más allá.

—Es una teoría que cuesta creer —dijo la señora Hnallthora.

—¿A qué te refieres? —preguntó Thomas ante la mirada atenta de los presentes.

—No es ninguna teoría —contestó sin dudar Ragnar—. Tal y como os he explicado, varios PEM perfectamente coordinados a través de un enorme conjunto de antenas podrían generar un enorme súper PEM localizado en unas coordenadas exactas, provocando un caos impresionante no solo en las comunicaciones o en el clima. La potencia sería tal que incluso podría llegar a alterar el espacio-tiempo. Para lograrlo sería necesario contar con uno o varios ordenadores cuánticos de última generación, capaces de realizar los cálculos y las triangulaciones necesarias en muy poco tiempo.

Ragnar hizo una pausa y miró a los presentes.

—Es el arma del futuro —continuó—. He podido comprobar personalmente variaciones o alteraciones a nivel temporal tras un PEM, pero evidentemente, debería poder demostrarlo públicamente contando con la tecnología adecuada, con pruebas irrefutables y con testimonios de peso. Es mi palabra contra la suya —puntualizó Ragnar.

Había vuelto a hacerse otro silencio en la sala, que fue interrumpido por la señora Hnallthora.

—¡Dios mío! La situación es mucho peor de lo que podíamos imaginar.

—También podrían modificar la absorción de los rayos solares

aumentando las concentraciones de ozono y nitrógeno, algo que afectaría muy negativamente al cerebro humano y otros órganos —añadió Valur mientras se preparaba una nueva pipa—. El futuro pasa por crear armas muy sofisticadas, disparadas a distancia, que ataquen objetivos muy determinados de un modo inimaginable.

—Dejando a un lado las variaciones o alteraciones temporales, estamos hablando de un arma mucho más limpia y eficaz que las actuales, que permitiría dominar la defensa de muchos países a su antojo, utilizando una red de antenas situadas en cumbres y lugares desolados —afirmó Tom.

—Así es, ¡exacto! —exclamó Ragnar.

—Creo recordar que existe una convención sobre el clima. Un arma tan potente vulneraría ese tratado —apuntó Tom.

—Sí, se firmó en 1977, pero dudo que les importe lo más mínimo, tienen a su gente muy bien situada. Según ellos, están desarrollando un arma totalmente limpia, que «tan solo» necesita una concentración de energía determinada para poder funcionar. Cuentan con el apoyo de grandes fortunas y a través de sus propios medios de comunicación mantienen engañada a gran parte de la población y nadie levanta la voz —dijo Ragnar.

—Hemos llegado a un punto en el que a la población le parece genial llegar a una cumbre y encontrarse un cartel de «Prohibido el paso» y un montón de alambradas. Nadie formula preguntas, nadie tiene dudas, silencio absoluto —comentó Thomas.

—Vivimos tiempos muy oscuros. La credibilidad de la mayoría de los gobiernos y medios de comunicación está en horas muy bajas. Y lo peor de todo es que varias potencias están empezando a reaccionar a los avances que han logrado los científicos de ECYLA —explicó Valur.

—Se ha desencadenado una guerra tecnológica, es algo que va mucho más allá de lo que podemos imaginar. Pero no están solos, hoy en día hay varios jugadores sobre el tablero —afirmó Ragnar.

—China ha creado misiles capaces de acabar con los dispositivos electrónicos y las telecomunicaciones del enemigo. No solo Occidente juega a ser Dios —dijo Valur.

—¿A qué te refieres? —preguntó Thomas.

—ECYLA no está sola, tiene competencia.

En ese momento, Ragnar abrió una nueva carpeta que tenía preparada. De su interior extrajo varias hojas manuscritas que mostró a Thomas y a los presentes. Ragnar intentó realizar un resumen detallado de su contenido: en ECYLA eran conocedores de los últimos avances chinos en el campo de la energía electromagnética. Según la información que obraba en su poder, Pekín había creado un arma indetectable, capaz de recorrer 3.000 km en 25 minutos, equipada con una tecnología preparada para eliminar todos los aparatos electrónicos

del enemigo en pocos segundos. La noticia había sido publicada hacía dos años en la revista Tactical Missile Technology.

China —les siguió explicando Ragnar— estaba decidida a competir con ECYLA, dejando a un lado los PEMs y las bases militares con grandes antenas, para potenciar algo mucho más económico: los nuevos misiles capaces de impactar contra un objetivo predeterminado descargando ondas electromagnéticas. Estas microondas podían, leyó Ragnar, «provocar la quema efectiva de dispositivos electrónicos clave en la red de telecomunicaciones del objetivo en un rango de 2 kilómetros y, dependiendo de su potencia, también hacer caer las infraestructuras eléctricas clave y provocar apagones de larga duración».

Les mostró varios documentos en inglés firmados por el doctor Sun Zheng, un investigador chino experto en este tipo de armas al que había pedido un dictamen:

Los nuevos misiles son prácticamente indetectables para los radares. A diferencia de los misiles balísticos, están pensados para mantenerse dentro de la atmósfera terrestre y esquivar los sistemas de detección instalados en el espacio. Además, gracias al calor que se produce durante el vuelo podrían también evitar la detección de los radares en tierra. Cuando un objeto vuela a velocidad hipersónica, las moléculas de aire se ionizan por el calor y forman una fina capa de plasma sobre su superficie, que puede absorber casi todas las señales de radar. Pero los investigadores del ejército chino aseguran que pueden conseguir la indetectabilidad total convirtiendo el calor ambiental —que puede superar los 1000 ºC— en electricidad y usar esa energía para alimentar unos generadores de plasma repartidos en el cuerpo del misil. El uso del calor ambiental es fundamental para que el misil sea lo suficientemente ligero como para poder alcanzar la velocidad de mach 6 (seis veces la velocidad del sonido). En lugar de llevar baterías, que lo harían demasiado pesado, utiliza unos supercondensadores con una densidad de potencia veinte veces superior. Esos condensadores se cargarían en vuelo utilizando la energía del calor, igual que hacen los generadores de plasma que hemos visto antes. Este sistema puede liberar el 95 por ciento de la energía en apenas diez segundos, lo que permite una descarga instantánea de las ondas electromagnéticas.

—¿Entiendes ahora por qué ECYLA tiene tanto interés en realizar eventos multipem? —preguntó Ragnar.

—El ser humano es idiota. Y lo que es peor, muchos subestiman el poder de la naturaleza —comentó Thomas.

—Cuando era pequeña —intervino la señora Hnallthora—, mis padres me enseñaron que tenemos un pacto con la naturaleza, un pacto íntimo y frágil que cada individuo interpreta a su manera. La

naturaleza nos transmite su vida, su fuerza e incluso en ocasiones, su violencia. No podemos romper el vínculo… No me miréis como si estuviera loca, no soy ninguna bruja, es algo que los niños aprendíamos en la escuela y en casa. Algo que nos ayuda a crecer como personas. Se llama respeto.

Un silencio incómodo reinó en casa de Ragnar durante largos segundos.

—El ser humano es pretencioso, arrogante y narcisista. Nadie cree que seas ninguna bruja y, si me lo permites, añadiré que a muchas mujeres las quemaron hace siglos acusadas de brujería, precisamente por defender la riqueza de nuestros bosques, montañas y ríos —dijo Ragnar.

—ECYLA necesita mostrar su fuerza y su poder a la competencia, aunque no queda claro si la tecnología china va a poder derrotar a los sistemas de protección contra microondas con los que ya cuentan muchos equipos militares —apuntó Valur regresando a la triste realidad.

—Este tipo de armas sí podrían afectar gravemente a infraestructuras civiles creando un gran caos en las ciudades —explicó Ragnar—. Los pulsos electromagnéticos no solo están provocados por el hombre, sino que también pueden suceder de manera natural cuando cae un rayo o se produce una tormenta solar. Pero, en este caso, están concentrando una cantidad de energía brutal en un solo misil… Ya han realizado varios experimentos de control climático, algunos previos a los Juegos Olímpicos de Pekín. Solo espero que la idea no se les escape de las manos, tal y como está pasando con la tecnología desarrollada por ECYLA. Dicho esto, me gustaría pasar a un tema que nos afecta de lleno: las nuevas bases de ECYLA. ¿De qué potencia disponen para generar energía y qué podemos hacer para neutralizar su capacidad destructiva? —Ragnar lanzó las preguntas al aire.

—¿De cuántas bases estamos hablando? —preguntó Thomas.

El islandés desplegó un mapa de Europa encima de la mesa. En él había marcado con un rotulador la mayoría de las antenas y bases militares situadas en cumbres de cierta relevancia. El mapa producía escalofríos: eran más de mil las construcciones que el ser humano había levantado en zonas de gran belleza natural, sin contar las bases árticas y antárticas. Tom identificó muchas de las cumbres señaladas en varias cordilleras y en países que conocía muy bien. Ragnar había realizado una labor de investigación y catalogación realmente encomiable, marcando todas y cada una de las bases militares y las instalaciones construidas para un supuesto uso científico. El noruego reconoció el Midi de Bigorre, en el Pirineo francés, y las bases llenas de vallas con concertinas en las cumbres del Puig Neulós y el Roc de

Frausa, muy cerca de la Costa Brava catalana, donde había veraneado en varias ocasiones. Le sorprendió particularmente el enorme rosario de antenas en las cumbres del Monte Limbara y el Bruncu Spina en Cerdeña. Ragnar le explicó que era una isla que, de algún modo, había actuado como si de una gran antena se tratara desde tiempos de Marconi. También reconoció la base y las antenas en el Puig Major de Mallorca, una isla en la que había pasado muchos veranos en familia. En los Alpes observó que no solo la Aiguille du Midi contaba con una gran antena… Thomas descubrió auténticas líneas de conexión que cubrían distancias enormes, cruzando Suiza y Austria, llegando hasta la Zugspitze, la cumbre más alta de Alemania.

—Lo peor de todo es que a nadie, o a casi nadie, le parece extraño que unos tipos a los que no has votado te llenen las cumbres de antenas y radares en nombre del progreso y la seguridad, te prohíban el paso y tú te quedes tan tranquilo. Vivimos en un mundo lleno de borregos. Cuantas ovejas sin un buen pastor que las guíe —dijo Ragnar.

—También necesitamos perros que ayuden al pastor —añadió la esposa de Valur mirando hacia el techo en un momento de relativa lucidez. Todos los presentes la apoyaron con la mirada y Valur le dio un beso en la frente.

—¿Y la prensa especializada y los grupos ecologistas? —preguntó Thomas.

—En Islandia tienen una fuerza relativa, a pesar de que han logrado mantener una buena parte del país libre de cables y antenas. No obstante, ya tuvieron sus guerras con Alcoa y Rio Tinto-Alcan —contestó Ragnar.

—Son empresas de controvertida reputación, no me extrañaría que tuvieran contacto directo o indirecto con ECYLA —añadió Valur.

—Aquí en Islandia se han llegado a rodar películas que denuncian la mala praxis de ciertas multinacionales, pero todo ha quedado en eso, en un pequeño filme que, como mucho, gana un festival en Italia o en Malta —ironizó la señora Hnallthora.

Según la información en poder de Ragnar, el proyecto HAARP partió de una de las muchas ideas concebidas por Nikola Tesla: transmitir potentes ondas electromagnéticas que puedan reflejarse en la ionosfera y así alcanzar grandes distancias. El científico norteamericano Nick Begich, en colaboración con la periodista independiente Jeanne Manning, realizó una profunda investigación sobre el tema fruto de la cual vio la luz el libro Angels don´t play this HAARP, cuyo título jugaba con la similitud entre el nombre del proyecto y el de la palabra arpa en inglés. En él, ambos autores planteaban inquietantes hipótesis. Una de ellas es que, de ponerse en

marcha dicho proyecto, podría tener peores consecuencias que las pruebas nucleares.

—Y esto es tan solo la punta del iceberg —dijo Ragnar.

—¿Crees realmente que a tu amiga le podría interesar? —preguntó Magnus.

—No solo creo que le puede interesar, sino que estará encantada de realizar las entrevistas que sean necesarias. Es un tema que le fascina —afirmó Tom.

—Sabes lo que es el Electrojet? —preguntó Ragnar.

—Ni idea —contestó Tom.

—Hay un campo de electricidad flotando sobre la Tierra llamado «electrojet auroral». Al depositar energía en dicho campo, la corriente cambia y se generan ondas LF (Low Frequency) y VLF (Very Low Frequency). HAARP tenía la intención de acercar el electrojet a la Tierra con el objetivo de aprovecharlo en una gran estación generadora. ECYLA ha logrado llegar mucho más allá, lanzando haces enormes de radiofrecuencia dentro de la ionosfera. Los electrojet afectan al clima global: algunas veces durante una tormenta eléctrica llegan a tocar la Tierra, afectando a las comunicaciones por cables telefónicos y eléctricos, la interrupción de suministros eléctricos e incluso alteraciones en el estado del ser humano —explicó Ragnar.

—La nueva tecnología desarrollada por ECYLA actuaría como un gran calentador ionosférico, el más potente del mundo. Podría tratarse de la más sofisticada arma geofísica construida por el hombre. Uno de los objetivos a corto plazo es modular las corrientes del electrojet y así afectar a la intensidad y dirección de los vientos zonales y del chorro. Por otra parte, el poder «calentar» ciertas zonas hostiles del globo generaría las condiciones meteorológicas para producir sequías, afectando a sus habitantes de un modo impredecible. Por no hablar de los daños físicos que ya están provocando sus experimentos, en forma de migrañas, tumores y muertes repentinas —añadió Valur.

—Hemos vivido un buen número de campañas de desprestigio a lo largo de las últimas décadas. Nos han amenazado, nos han tachado de paranoicos, desequilibrados, conspiranoicos, iluminados… —explicó Magnus.

—¿Qué crees que dirían sobre ti, Thomas, o qué crees que te harían si explicas lo que viste desde la cumbre del Snaefells? —preguntó la señora Hnallthora—. Nuestro hijo seguro que vio lo mismo —añadió.

—La prensa publicó varios reportajes sobre la experimentación con energía electromagnética y la relación directa entre el HAARP y ECYLA, pero o les untaron o no se mostraron muy interesados en seguir investigando. Solo explicaron la versión de una parte —certificó Ragnar.

Al cabo de dos horas y media, el humo de las pipas y el calor humano obligaron a los presentes a hacer un receso. Valur y Magnus prepararon un sabroso almuerzo tardío a base de ensaladas, quesos, pescado desmenuzado y gambas. Tres pasteles caseros se habían dispuesto como postre, todo servido con esmero y mucho cariño en honor de Thomas Rake.

—¿Cuál es el plan? —preguntó Tom tras acabar de comer, devolviendo la atención general al centro de sus cavilaciones.

—El principal objetivo es llamar la atención a nivel internacional sin que se rían de nosotros —explicó Ragnar—. Hace tiempo que queremos entrar en la base de Hellissandur, pero nuestros intentos de poder hablar con alguien que esté al mando han sido infructuosos. O responden con evasivas o directamente el gobierno se entromete, enviando a sus esbirros. Hemos tenido varios encuentros con agentes de policía y nunca se han puesto de nuestro lado, siempre nos han ignorado alegando que el personal de mantenimiento no tiene potestad alguna para responder preguntas. El miedo siempre está presente. Nadie quiere acabar detenido o en la cárcel durante una buena temporada.

—O algo peor —comentó Valur en voz alta.

—Las corporaciones privadas son intocables, mueven mucho dinero cada año, pero ahora creo que es el momento oportuno —detalló Ragnar—. De algún modo están subestimando nuestra capacidad de organización, todo está tan automatizado que su seguridad tiene varios puntos débiles y no creo que esperen nuestra visita. Como ya sabéis, ha llegado personal de cierta importancia a la base, siempre vienen helicópteros antes de un PEM. Nuestro plan debe desarrollarse en dos etapas: primero, sabotaje y obtención de pruebas y, segundo, divulgación mediática.

El salón quedó sumido en un silencio sepulcral, todos los presentes escuchaban a Ragnar con atención.

—Una acción de este tipo conlleva tener que enfrentarnos a personas o empresas que nos pueden acarrear serios disgustos si se sienten amenazados —dijo Magnus.

—¿Estáis seguros de que tienen todos los sistemas automatizados? ¿No hay personal? —preguntó Thomas.

—La mayor parte del año casi no hay nadie, no quieren levantar sospechas —explicó Ragnar—. Solo vienen de vez en cuando, como ahora. En todo el perímetro vallado no hay ni un solo guardia, lo cual no quiere decir que no tengan a alguien dentro. Por lo que hemos podido comprobar, las vallas no están electrificadas, hemos intentado entrar varias veces en la base, pero nunca logramos pasar más allá de

la barrera. Tienen cámaras en diferentes puntos, pero en la costa solo he visto una y es giratoria. Cada medio minuto realiza un barrido. Si entramos por debajo desde la costa, hay un ángulo muerto que nos ayudará. Y si las informaciones que poseemos son correctas, no utilizan sistemas de seguridad ultramodernos. Yo apuesto por una maniobra de entrada rápida y efectiva por el oeste, junto al agua, donde la valla está más desprotegida.

—Cuantos menos seamos, mejor —dijo Valur.

—Creo que dos personas son el equipo ideal —dijo Ragnar—. Entraremos con una acreditación de prensa por si alguien nos pregunta, intentaremos hablar con el personal, fotografiaremos todo lo que podamos y saldremos sin que nos causen grandes problemas. Quiero que Tom obtenga información, que vea con sus propios ojos lo que se cuece ahí dentro y que luego lo comparta con quien considere oportuno. Ahora mismo eres la única esperanza que nos queda —expuso el veterano islandés—.

Todos los presentes miraron a Tom. Por primera vez en mucho tiempo, un brillo de luz, una brizna de esperanza, iluminó de un modo muy especial la pequeña aldea islandesa.

—Podría funcionar —dijo Tom—. Si no hay mucha gente ahí dentro, podemos colarnos. ¿De veras crees que se tragarán las acreditaciones? —preguntó el noruego.

—Tengo varias, he guardado mucho material. A lo largo de los años he podido falsificar muchos pases, tan solo espero que la tecnología no haya avanzado hasta superar mi capacidad creativa. Tengo los planos de la base y sé dónde están instaladas las cámaras principales. Con el paso del tiempo han trabajado muy duro para automatizar la base al máximo, evitando el flujo de personal arriba y abajo. En caso de emergencia, el personal de seguridad necesitaría contar con ayuda externa y, como mínimo, tardarían una hora en llegar —explicó Valur.

—Desde Ólafsvik puede que la policía llegara antes, pero serían solo dos muchachos con poca experiencia. Si realmente tuvieran problemas, deberían enviar refuerzos en helicóptero desde Reykjavík. Y ECYLA enviaría a sus hombres desde Groenlandia o incluso Noruega y Reino Unido. Tenemos suficiente margen para entrar y salir —comentó Magnus.

—Eso espero, por vuestro propio bien —dijo Valur.

—Hace mucho tiempo que tengo un plan en la cabeza, sé que muchos de los presentes no me habéis tomado muy en serio en los últimos años, reconozco que he puesto muy poco de mi parte —intervino Ragnar—. Ahora he llegado a un punto en el que no me importa lo que puedan pensar de mí. Tengo una idea y solo me falta

alguien con tu fuerza y tus ganas para que me ayude a llevarla a cabo —dijo Ragnar mirando a Tom.

—Soy consciente del riesgo, pero ¡qué demonios! Si he llegado hasta aquí, iremos hasta el final. Tengo buenos contactos en Noruega; si nos pillan, podemos alegar que estamos realizando un reportaje… —Tom no pudo terminar la frase.

—…O que te he obligado a entrar a punta de pistola —interrumpió Ragnar—. No hay nada mejor que un viejo borracho con un pasado traumático para que las autoridades pasen por alto ciertos detalles —añadió el islandés.

Mientras escuchaba las revelaciones de Ragnar y las diferentes intervenciones de los habitantes de Arnarstapi, algo estaba cambiando en el interior de Tom. Puede que en aquel instante las palabras responsabilidad, madurez, desafío y solidaridad adquirieran un nuevo sentido, una nueva connotación. Sin lugar a duda, lo que Ragnar le estaba pidiendo era muy arriesgado, el peligro era real y, si las cosas se torcían, podían acabar detenidos, pero esta vez el fin justificaba los medios. Tom estaba harto de caer sin un motivo, ahora tocaba levantarse y avanzar de frente, sin miedo. El motivo estaba muy claro, tan solo faltaba pulir los últimos detalles.

—¿Y cuándo pensáis que es el mejor día para realizar una visita a la base? Antes necesitáis conseguir un medio de transporte, ¿no es cierto? —preguntó la esposa de Magnus.

—Mañana —sentenció Ragnar—. Si mis cálculos son correctos, mañana el tiempo experimentará una mejoría, pues el efecto del PEM va menguando con el paso de las horas. Necesitaremos un vehículo, ahora mismo es lo que más me preocupa, tengo que pensar en algo —añadió el islandés—. El factor tiempo es vital, ya sabéis a lo que me refiero.

Y se hizo el silencio, un silencio que a Tom le pareció eterno.

Poco a poco el grupo se disolvió. Los vecinos de Arnarstapi se despidieron del veterano islandés y salieron ordenadamente de la casa de Ragnar. Tom permaneció sentado junto a la chimenea. La incertidumbre inicial había dado paso a un optimismo moderado. Tenían dudas, pero era la primera vez en muchos años que alguien se ofrecía a ayudarles. Soñaban con aquel momento. Querían una brizna de esperanza, que sus voces fueran escuchadas. Ahora, después de mucho tiempo en silencio, se abría ante ellos algo de luz, tenían una oportunidad.

—Necesitaremos un buen transporte. Sin un vehículo no sé cómo vamos a llegar a Hellissandur. Depende de lo que suceda, no me veo

huyendo en bici a toda velocidad —bromeó Tom mirando a Ragnar.

—Si todo sale según lo previsto, no tenemos por qué tener muchos problemas; pero si nos pillan, no nos van a recibir con los brazos abiertos. Y sí, es cierto, tenemos que pensar en el transporte.

—Tiene que haber una forma de arrancar un vehículo tras un PEM, no soy mecánico, pero algo se nos ocurrirá —comentó Tom.

La mirada perdida de Ragnar y su ceño fruncido indicaban que se encontraba cavilando alguna idea. El islandés se sentó en su butaca preferida, junto a la chimenea, y bajando la cabeza la escondió entre sus manos. Tom se acercó a la cocina, tomó un vaso de cristal y lo llenó de agua fresca del grifo. Aprovechó el momento para remojarse la cara y la nuca, necesitaba despejarse. Una vez hubo saciado su sed, se secó y limpió el vaso con agua y jabón. En aquel momento, el islandés separó sus dos manos de la cabeza y se levantó de golpe.

—En ocasiones me siento a pensar y la solución se presenta sola. ¡Tom, muchacho, ven aquí! —gritó Ragnar.

El noruego se giró hacia el salón mientras guardaba el vaso que acababa de limpiar en la cocina.

—¿Qué sucede? —preguntó el joven.

—He tenido una idea que podría funcionar —dijo Ragnar.

—¿Qué idea? —preguntó Thomas.

—¿Has visto La Guerra de los Mundos? —preguntó Ragnar.

—¿La de los años cincuenta o el remake de Steven Spielberg? —inquirió a su vez el noruego.

—La de Spielberg —contestó Ragnar.

—¡El solenoide! —gritó Tom intuyendo las intenciones de Ragnar.

Tom y Ragnar sonrieron al unísono.

—Me encanta observar que te gusta el cine, pero no tengo ni idea de cómo funciona un solenoide. Tengo en la mente a Tom Cruise robando una furgoneta, pero nada más —dijo Thomas mostrando una amplia sonrisa.

—Nunca te vas a dormir sin saber una cosa más… La función del solenoide es crear un campo electromagnético que genere la energía suficiente para lograr que el motor de arranque ponga en funcionamiento la combustión interna. Cuando se enciende el motor, la batería envía energía hasta el solenoide, que produce dicho campo electromagnético. Ahí abajo tengo de todo. Mi Land Rover ya lleva unos cuantos años de servicio, pero creo que podría funcionar, diría que guardo un par de solenoides. Es una bestia de seis ruedas ideal para circular por Islandia, lo tengo aparcado junto a la valla, ahí detrás —dijo Ragnar mirando por la ventana de la cocina.

—Te ayudaré a buscar las piezas —dijo Tom mientras procedía a encender una lámpara de gas.

El veterano islandés bajó unas escaleras precedido por Tom. Ambos entraron en el sótano de la casa. El espacio, de unos 40 metros cuadrados, actuaba a modo de despacho y trastero. Separado por una pared y una puerta de madera, en un espacio adyacente de unos doce metros cuadrados, Ragnar guardaba todo el material relativo a su Land Rover. Al ser un vehículo que había pasado por varias manos, resultaba muy útil tener piezas de recambio y material específico para un modelo de tamañas características, porque no había ningún taller en Arnarstapi y, en toda la península del Snaefells, pocos mecánicos disponían de recambios de solenoide. Las piezas normalmente se enviaban desde la capital o incluso desde el extranjero. Se tardaban varios días, por no decir semanas, en completar una reparación.

Tom iluminó el sótano con la lámpara de gas, mucho más efectiva que las velas. El noruego pensó en sacar su frontal de la mochila, pues al tenerlo apagado durante el PEM era muy probable que funcionara, pero no había tiempo que perder y Ragnar ya se encontraba en plena búsqueda de un recambio para el solenoide de su Defender.

—Mientras yo me ocupo del transporte, necesito que vayas al hostal de Valur. Seguro que ha hecho los deberes y tendrá preparados los planos de la base de Hellissandur. Puede que con los años hayan realizado algunos cambios, pero su padre y el mío trabajaron durante mucho tiempo en diferentes proyectos y dispone de una copia de los planos. Nos serán de utilidad —dijo Ragnar.

Tom se dirigió a la casa de Valur mientras Ragnar seguía en el sótano, inmerso en la búsqueda de un recambio para solenoide, abriéndose paso en medio de un pequeño mar de piezas. Transcurridos unos veinte minutos, Thomas regresó con los planos de la base. Ambos salieron al exterior y se acercaron hasta su Land Rover de color gris oscuro, aparcado junto la pequeña puerta de entrada. El veterano islandés llevaba consigo varias piezas y un cinturón de herramientas. El vehículo de Ragnar era una versión pick-up del clásico Land Rover Defender de cuatro puertas, ideal para terrenos complicados y zonas de montaña. Aunque lo había comprado de segunda mano, Ragnar lo mantenía impecable. El islandés se desabrochó su chaqueta impermeable y abrió el capó del todoterreno. Thomas intentaba resultar útil, pero el islandés parecía tener experiencia suficiente como para apañárselas solo. El noruego entró en el interior de la casa y regresó con un paraguas enorme. Ragnar agradeció el detalle.

Al cabo de una media hora, Ragnar cerró el capó y entró en el Land Rover, sentándose en el asiento del conductor. Tom plegó el paraguas y le siguió, acomodándose en el asiento contiguo. Ambos guardaron silencio. Enormes gotas golpeaban el techo del vehículo,

aportando un plus de emoción y nerviosismo a la escena. Tom escuchó el característico sonido gutural al intentar poner en marcha un motor, más allá del gemido, seguido de un monótono temblequeo sin fin… y nada, absolutamente nada. Silencio.

Ragnar lo intentó tres veces más y al cuarto intento el motor empezó a rugir.

—Necesitaba entrar en calor —dijo sonriendo.

—Nunca mejor dicho —comentó Thomas frotándose las manos.

—Esta noche puedes alojarte en mi casa, en la habitación donde dormía mi hija. Mañana tenemos mucho trabajo por delante, partiremos de madrugada —dijo Ragnar.

—¿Tienes una hija? —preguntó Tom.

—Así es, y tuve una esposa también —contestó Ragnar abriendo la puerta del Land Rover.

Ambos regresaron al acogedor salón en el interior de la casa de madera, a cubierto de la tormenta de nieve que seguía cayendo sobre Arnarstapi, aunque la intensidad era menor. La temperatura había subido ligeramente.

—¿No te sientes solo viviendo en Arnarstapi? —preguntó Thomas mientras se quitaba el impermeable.

—Cada uno ocupamos nuestro propio espacio, yo elegí el mío hace mucho tiempo. ¿Qué sientes cuando avanzas solo por un inmenso glaciar? ¿Libertad o soledad? El gobierno me paga una pensión, dicen que Islandia es el mejor país del mundo para jubilarse, por delante de Suiza y Noruega —explicó Ragnar sonriendo—. De vez en cuando ayudo a mis vecinos a realizar reparaciones y también he guiado a turistas por el Snaefells, pero tras la muerte de mi padre, dediqué gran parte de mi vida a investigar, a recopilar información que pudiera poner contra las cuerdas a los bastardos de ECYLA. Poco después de morir mi esposa, mi hija se casó y me quedé solo. Esta casa está llena de recuerdos, mi mujer falleció hace casi quince años y mi hija vive con un profesor de instituto en Akureyri, en el norte de la isla. No han tenido hijos y casi no mantenemos relación.

—¿Tenías ganas de ser abuelo? —preguntó Tom.

—Pues sí. Era uno de mis sueños: ser el típico abuelo que cuenta batallitas a sus nietos. Imagínate la cantidad de historias que tengo —reconoció Ragnar.

—El destino ha querido que nos conociéramos. Puede que, en el fondo, no todo sea fruto de una casualidad —dijo Tom.

—Nunca he creído en las casualidades —dijo Ragnar, con un brillo de esperanza iluminando sus ojos.

El islandés no tardó ni cinco minutos en encender la chimenea. Sin calefacción, la humedad exterior y la bajada de las temperaturas acentuaban la sensación de frío. Hacía mucho tiempo que Tom no

mantenía una conversación tan personal con alguien, y le sorprendió que ese alguien fuera una persona con quien no le unía ningún tipo de parentesco o amistad. De algún modo Thomas era un completo desconocido, pero había algo en él que Ragnar valoraba: una mezcla un tanto extraña de vulnerabilidad, sentido del honor y orgullo, con grandes dosis de amargura y necesidad. Thomas no podía esconderlo, era un alma perdida en busca de consuelo, un alma que vivía con la necesidad imperante de redimir sus pecados para poder encontrar una salida a la oscuridad que día a día le atenazaba. Era el vivo retrato de Ragnar, pero cuarenta años más joven.

En aquel momento, al curtido islandés le invadió una profunda sensación de melancolía. Ambos prepararon una cena sencilla a base de pescado deshidratado, ensalada y caldo de pollo con albóndigas. Ragnar y Tom compartieron aventuras y anécdotas, recordando su pasión por el alpinismo, el esquí, los viajes y las grandes expediciones. Fue una charla muy amena. Al terminar de cenar, Ragnar detalló la idea que tenía en mente: era un plan sencillo pero efectivo. Quería entrar en la base por la zona menos expuesta, muy cerca del agua, protegidos por las rocas que caen hacia el mar.

En esa parte de la valla tan solo había una cámara y sería relativamente fácil evitarla. Cortar la alambrada no suponía un gran problema y aunque la zona pudiera estar vigilada, había varios puntos muertos que Ragnar ya había estudiado. Necesitaban obtener pruebas para poder elaborar un buen informe con material que resultara sorprendente. Para ello necesitaban poder acceder a los ordenadores de la base sin tener encuentros inoportunos. Habían preparado una buena tapadera haciéndose pasar por periodistas que investigaban las actividades de ECYLA en la base de Hellissandur. Si los cálculos de Ragnar eran correctos, la delegación de expertos que había llegado en helicóptero no invertiría más de dos jornadas en la península del Snaefells. Los científicos pasaban una o dos noches en las instalaciones de la base y regresaban a su lugar de origen tal y como habían llegado, casi sin dejar rastro. En aquel momento, la base contaba con el mínimo personal, como máximo un par de guardias de seguridad y otros tantos operarios de mantenimiento.

El islandés retiró los platos, los cubiertos y los vasos y extendió los planos que Valur guardaba en su hostal. Tom le observó atentamente. Ragnar no se extendió en exceso en sus explicaciones y destacó un detalle por encima del resto: los planos no eran actuales, por tal motivo no podían considerarlos exactos. Durante los últimos veinte años, ECYLA podía haber rediseñado salas, espacios y pasillos. Ante esa eventualidad, debían dejar una puerta abierta a tener que improvisar sobre la marcha si querían que la misión tuviera éxito.

Ragnar señaló el punto de entrada, junto a una de las construcciones más cercanas a la costa. Valur había marcado con un rotulador rojo los edificios donde había trabajado su padre, destacando una construcción cuadrada situada muy cerca de la gran antena donde, según él, se encontraba el centro de control de la base. Existían dos plantas subterráneas, cuyo acceso se realizaba a través de dicho edificio, bajando a través de un pequeño elevador y por unas escaleras. Thomas se encargaría de realizar fotografías y vídeos y, a poder ser, de recopilar la información de los ordenadores que encontraran. Quería comprobar con sus propios ojos si ECYLA había logrado crear un ordenador cuántico de última generación. Una perfecta caja negra, tal y como él los llamaba.

Tom dejó muy claro que copiar información de uno o varios ordenadores sin disponer del equipo profesional adecuado no resultaría una tarea fácil. Sin las contraseñas actuales ni el tiempo necesario para poder superar la barrera de los firewalls, la situación podría complicarse en cuestión de minutos y no disponían ni del tiempo ni de la ayuda necesaria. La idea era entrar y salir, algo muy fácil sobre el papel, pero muy complicado en realidad. Observó el brillo en los ojos de Ragnar mientras hablaba: sabía que, si las cosas se torcían, el islandés no dudaría en sustraer por la fuerza el material que fuera necesario. Para ello llevaría dos bolsas enormes muy resistentes. Ragnar terminó de detallar el plan, miró a Tom y en su rostro se dibujó una sonrisa.

—Solo espero que tu plan no se tuerza. Escuchándote parece factible, pero ya sabes que la realidad siempre supera a la ficción —dijo Tom.

—Ahora más que nunca, debemos confiar en las vibraciones positivas —comentó Ragnar.

—¿Y me lo dices tú? —preguntó Tom sonriendo.

—Sé que no soy la alegría de la huerta, pero tampoco soy el clásico cascarrabias. No le niegues a este viejo montañero su pequeño momento de gloria —dijo Ragnar.

—Si he decidido ayudarte es porque confío en ti y en tu gente —dijo Tom.

—Vivimos alejados del mundo, en ocasiones incluso aislados, solos, como has podido comprobar. Pero no por ello dejamos de tener voz —recordó Ragnar.

Ambos decidieron retirarse a sus habitaciones. A las seis de la mañana saldrían con el Land Rover pick-up hacia la base de Hellissandur. ¿Qué haría Aase en su lugar? Thomas pensó en ello mientras se tumbaba en la cama que había pertenecido a la hija de

Ragnar. Poco a poco, las piezas del puzle encajaban. Se sentía muy cómodo ante la adversidad, se sentía útil y empezaba a sentirse libre, una sensación que no había experimentado desde hacía muchos años.

Cuando las gotas de lluvia se convirtieron en nieve, dejaron de golpear el tejado de la casa de Ragnar, ayudándole a viajar mentalmente hacia otro lugar.

Era su quinta noche en Arnarstapi.

XI

Reinebringen

Seis años antes

—¿Te imaginas vivir sin Twitter, Facebook ni Instagram? —preguntó Aase.

—Hoy en día sería complicado —contestó Tom, estirado junto a ella, mirando hacia un cielo azul muy intenso. Ambos se encontraban tumbados en la cumbre del Reinebringen, uno de los miradores más espectaculares de las islas Lofoten, más allá del Círculo Polar Ártico, en Noruega. Habían plantado una pequeña tienda para dos personas con la intención de pasar la noche —o las pocas horas de oscuridad— en un enclave único. Tom nunca se cansaba de admirar la policromía que formaban las aguas turquesas y las agujas de roca tan características de las islas Lofoten, cayendo en picado sobre el mar. La cumbre está situada unos quinientos metros por encima de Reine. Aunque la cresta sigue subiendo unos metros más, hacia el oeste, la mayoría de los montañeros se queda en el repecho o pequeño collado conocido como Reinebringen, disfrutando del paisaje que se divisa. Con buen tiempo, el sendero de subida es fastuoso, pero con lluvia o nieve, un pequeño resbalón puede ser fatal debido en parte al fuerte desnivel, que se supera en muy poco tiempo, y a la arista, muy aérea, que sobrevuela literalmente la pequeña población de Reine, una de las más fotografiadas de Noruega. Habían subido por el sendero que parte junto al túnel, a la entrada de la población llegando desde el sur.

—De algún modo logras que el tiempo se detenga, me siento muy afortunado al estar contigo. Puede que no siempre te diga lo que siento o lo que pienso, pero ahora mismo todos los fantasmas que me acechan desaparecen —dijo Tom.

—¿Fantasmas? No creo que existan, aquí tenemos trolls, ya lo sabes —respondió Aase sonriendo. A continuación, le dio un largo beso en los labios.

—¿Quién dice que no existen los fantasmas? —preguntó Tom.

—No acabé la carrera de Psicología, pero está demostrado que el estímulo de la corteza insular izquierda está ligado con sentir la presencia de entidades. El estímulo repetido de una zona, la unión temporoparietal izquierda, es lo que propicia sentir una figura sombría conocida colectivamente como el síndrome de Gastaut-Geschwind —explicó la joven noruega.

—La ciencia no siempre tiene una explicación para todo —apuntó

Tom.

—¡Por favor! No te pongas melodramático en un momento y en un lugar como este. ¿Eres consciente de tu buena suerte? Estás en uno de los enclaves más espectaculares del planeta… con una de las mujeres más espectaculares del planeta —Aase volvió a besar a Tom en los labios—. Deja ya de compadecerte, tú tienes todas las armas que necesitas; ahora, levántate y lucha, deja el pasado atrás. Haz que tus fantasmas desaparezcan de una vez y vive. Aprender a vivir es un arte —dijo Aase.

—No es tan fácil —afirmó Tom mientras Aase recostaba su cabeza en el hombro derecho del noruego.

—No puedes vivir tu vida para otras personas, ni puedes estar pendiente de lo que digan o de lo que hagan —le insistió Aase—. Me importa una mierda lo que puedan decir de ti, no eres ni un fracasado, ni un cobarde.

Durante unos minutos guardaron silencio.

—¿Quién tiene la llave que puede hacernos libres? —preguntó Tom.

—Tú y nadie más, así de claro —contestó Aase—.

—He leído varios libros sobre el tema, la sección de autoayuda de muchas librerías lleva mi nombre —comentó Tom, logrando dibujar una amplia sonrisa en el rostro de Aase.

—En mi casa tengo varios libros antiguos muy interesantes. Nuestros antepasados interpretaban la autoayuda a su manera, recuerdo varias frases maravillosas: ¿quién envía monstruos para que nos maten y a la vez nos susurra al oído que somos héroes y que jamás moriremos?, ¿quién nos enseña qué es real y qué es mentira?, ¿quién decide por qué vivimos y qué defenderemos con nuestra vida?, ¿quién nos encadena?... Llevamos sangre vikinga en las venas, nunca tengas miedo de vivir —añadió Aase mirándole a los ojos.

—¿Nunca tienes miedo? —preguntó Tom.

—Muchas veces. Tener miedo te ayuda a sobrevivir, es algo bueno si no dejas que te venza. En tu caso, creo que en demasiadas ocasiones piensas que tienes miedo, un miedo disfrazado de inseguridad. Nunca estás seguro al cien por cien de lo que haces, pareces vivir en una duda eterna. No sé si es por culpa de tus padres, por la escuela o por la infancia que has vivido, pero no me gusta verte dudar —dijo Aase.

—Me enseñaron que mostrar debilidad es una mala idea —comentó Thomas.

—Es el fruto de la mierda de sociedad en la que vivimos. ¿No crees que pensamos demasiado? Nos educan para que estemos todo el día planteándonos cosas, formulándonos preguntas. Nos educan o programan para tener miedo, para que no pensemos, para que no

dudemos. Creo que el pensamiento es imperecedero, de algún modo es una forma de miedo que se apodera de ti, pero debes saber dominarlo y controlarlo —explicó Aase.

—Nunca me lo había planteado así —reconoció Tom.

Ambos se deleitaron la vista con la magnífica panorámica que se abría a sus pies. Al cabo de unos cinco minutos Aase abrazó a Tom con todas sus fuerzas.

—¿Sabes que te quiero? Me encanta estar contigo —dijo ella.

—Lo sé —señaló Thomas.

—Te asusta pensar que las personas que más te importan del mundo puedan sufrir por tu culpa, por tus actos, por el simple hecho de conocerte —añadió Aase.

—¿Cómo puedo reparar el daño que he causado? No puedo cambiar el pasado, pero puedo mejorar el futuro viviendo una vida auténtica, no una vida inventada…

—Ya sabes lo que opino: la ficción es la verdad dentro de la mentira. La ficción ha de tener sentido —dijo ella.

—La vida es como una rueda: tarde o temprano siempre regresamos al punto de partida. Durante el proceso, algunos terminan agotados ignorando que la mente exhausta es la presa más fácil de la obsesión. Siempre he pensado que mentimos mejor cuando nos mentimos a nosotros mismos, y tú eres un buen ejemplo de ello —reconoció Thomas—. No hay nada de malo en esperar lo mejor, siempre y cuando estés preparado para lo peor.

—¡Seguimos con el dramatismo! Ahora me dirás que yo siempre veo el vaso medio lleno, ¿verdad? —preguntó Aase—. Es que yo concibo la valentía y la vulnerabilidad como aliados, no como enemigos. Ambos se retroalimentan. Sí, has vivido experiencias que te han marcado. Te ha costado o todavía te cuesta encontrarte a ti mismo, pero eso es algo que a muchos nos ha pasado alguna vez —dijo Aase—. También creo que, en ocasiones, es bueno poner la mente en blanco y dejarte llevar por el momento, por un paisaje, por una sensación, por una emoción. Déjate llevar, no pienses. No todo el mundo acampa aquí arriba, ¿no crees?

—¿Eres capaz de no pensar en nada? —preguntó Tom seriamente.

—Contigo al lado es imposible no pensar en nada.

—¿Qué estás pensando ahora mismo?

—Que un pecador puede ser un santo a la vez —dijo Aase.

—Buena frase, ¿es de una película?

—No, pedazo de tonto. Me lo decía mi abuelo cuando era una chiquilla —respondió Aase sonriendo.

Tras preparar la cena, se instalaron cómodamente en el interior de la tienda con la intención de disfrutar al máximo de la experiencia que

suponía dormir en uno de los balcones más hermosos de toda Noruega. Thomas nunca olvidaría la noche blanca que pasaron a más de 450 metros por encima de Reine.

El pasado se convirtió en presente y una vez más, el cansancio hizo mella en el joven noruego.

Era su sexta noche en Arnarstapi.

XII

Peter

Sábado, 1 de julio de 2023

Tom y Ragnar se levantaron muy temprano. A las seis menos diez de la mañana el noruego desayunó un sabroso skyr, galletas y un trozo de pan algo duro con un poco de queso. Era más que suficiente para matar el hambre por la mañana. Todavía le quedaban un par de yogures que había comprado en el supermercado Kassinn de Ólafsvik y algo de pescado seco, una especialidad que en Islandia se vende envasada al vacío, ideal para matar el hambre en la montaña. Echaba de menos el exquisito salpicón de pescado y marisco que había degustado en el mercado de Selfoss, justo al lado de la estación de autobuses. Dejó a un lado los recuerdos y se concentró en el presente, apuró el café que le acababa de preparar Ragnar y salió a la calle. La temperatura había subido un par de grados, pero la sensación de frío y humedad seguía reinando en la pequeña aldea. Una fina cortina de aguanieve seguía cayendo sobre Arnarstapi.

Sacó su chaqueta de Gore-Tex mientras dejaba el resto de su equipaje, el saco y la tienda bien plegados en el interior de su mochila. Pensó por un momento en el vuelo que había perdido, en los días que llevaba atrapado en Arnarstapi y en lo que estaban a punto de llevar a cabo. Pensó en Aase, una vez más. Observó a Ragnar arriba y abajo, comprobando documentos, viejas fotografías y mapas. El noruego le dejó hacer y rompió el silencio al cabo de unos minutos.

—Entiendo perfectamente la situación y sabes que voy a ayudarte, pero por favor, prométeme por lo que más quieras que no harás ninguna locura de la que podamos arrepentirnos —dijo Tom.

—Si hablamos de delitos, ilegalidades y de actos punibles, quienes financian a ECYLA acumulan una buena colección. Si nos detienen, prometo decir que te he obligado a acompañarme por la fuerza. Tranquilo, no creo que lleguen a encerrarte —le consoló Ragnar.

—Que me detengan es lo que menos me preocupa, he pasado por situaciones tan surrealistas que, por desgracia, estoy acostumbrado. Solo te pido que no te hagas el héroe innecesariamente, que no te la juegues más allá del plan establecido.

—Thomas, ¿eres consciente de que debajo de esa extraña armadura que llevas puesta hay alguien que desea ser algo más que un héroe de novela clásica? Aprecio tu interés, sé que te preocupas por mí, pero es importante que también aprendas a preocuparte por ti. Cuando dejes de compadecerte a ti mismo, cuando aparques de una vez el

victimismo y saques el Tom que llevas dentro, te darás cuenta de lo que realmente vales. Tienes un potencial enorme, hablo muy en serio, pero de algún modo sigues pensando como la mayoría. Por un lado, has vivido acojonado y, por otro, te crees el rey del mundo. Tienes que ver las cosas en perspectiva, salir de la caja donde vive el 80 o el 90% de la población. Vives bajo la influencia de una educación absurda, te han programado para que pienses y actúes de un modo determinado; si no lo haces, crees que no serás aceptado, que te mirarán mal, que hablarán mal de ti. Al nacer nos programan para tener muy clara la clásica dicotomía entre el bien y el mal, nos enseñan a tener miedo y a vivir con miedo… La mayoría vive entre el blanco y el negro, ignorando que en esta vida existe una escala de grises impresionante.

Tom guardó silencio. El sermón del islandés había surtido su efecto.

Limpiaron el parabrisas de nieve, entraron en el Land Rover y, tras un par de intentos, el todoterreno arrancó. Ragnar y Tom sonrieron al unísono. El cambio de solenoide realmente había funcionado. El islandés encendió la calefacción, el interior del vehículo estaba helado. Ajustó el retrovisor y puso la marcha atrás para poder dar la vuelta. Siguieron el camino hacia la calle principal y no tardaron ni un minuto en pasar por delante del hostal de Valur y el restaurante Arnarbaer. A esa hora no había nadie en la puerta. Tom sintió una extraña sensación: era la primera vez que veía la pequeña aldea totalmente desierta, rodeada por una niebla espesa que añadía un toque fantasmagórico al conjunto. Salieron a la carretera y giraron a la izquierda, Ragnar pasó de segunda a tercera y pisó el acelerador. El islandés nunca cambiaba los neumáticos durante el verano: dejaba las ruedas de contacto invernales por si encontraba nieve en algunos puntos. La decisión no pudo ser más acertada, pues el Land Rover avanzaba sin problemas de adherencia. Tom recordó el itinerario que había recorrido hacía tan solo unos días, cuando el sol brillaba y la temperatura era agradable.

Dejaron atrás el desvío a Hellnar y entraron en un mar de niebla. Al cabo de unos minutos dejó de llover. Justo cuando la carretera se adentraba unos kilómetros hacia el interior, la niebla y el frío dieron paso a un cielo azul intenso, totalmente despejado. El sol brillaba y la temperatura era muy agradable. La nieve había desaparecido del asfalto.

—Diría que estamos en una especie de ojo de huracán —comentó Tom sorprendido.

—Ahora te das cuenta del verdadero poder de esa gente. Han logrado crear tormentas a medida, esos hijos de puta tienen la capacidad de controlar el clima a su antojo. Mi padre tenía razón y

nadie le creyó. Tenía razón, maldita sea —dijo Ragnar con un atisbo de melancolía en su voz—. Mi padre me advirtió del peligro que conlleva jugar a ser Dios, ¡quién sabe hasta dónde serán capaces de llegar si no les paramos los pies! —añadió.

—Parece increíble pero la temperatura ha subido doce, trece, catorce grados —dijo Tom desabrochándose su chaqueta mientras miraba el termómetro que Ragnar había colocado en el salpicadero del todoterreno.

Ragnar apagó la calefacción y abrió su ventanilla. Un aire fresco muy agradable inundó el interior del vehículo. Pasaron junto al desvío de la playa Skarosvik, donde el islandés le explicó a Tom que antiguamente se habían construido dos pistas de aterrizaje para aviones de pequeño tamaño. Una vez dejaron atrás los desvíos a las ruinas de Gufuskálar y Írskrabrunnur, giraron hacia la izquierda pasando junto a los edificios de la empresa de guías Summit Adventure Guides. Siguieron avanzando hacia el oeste a través de una pista que daba la vuelta al perímetro vallado de la base de Hellissandur. Recorrieron muy despacio unos doscientos metros y aparcaron el Land Rover frente a las rocas, justo delante del agua. Ragnar lo dejó encarado hacia la pista por donde habían llegado, pensando en poder salir a toda velocidad si las cosas se torcían. La valla metálica que rodeaba la base alcanzaba los dos metros y medio de altura, con tres capas de metal trenzado, concertinas entre ambas capas y otras dos tiras de concertinas en la parte superior. A diferencia del resto del área vallada, en la zona del perímetro de seguridad donde se encontraban, solo había dos capas de vallado, sin concertinas en su interior.

—Es enorme, vista de cerca impresiona —dijo Tom mirando hacia el cielo.

—Pues la antena que levantaron en Varsovia todavía era más alta, tenía más de 640 m de altura; actualmente ya no existe, la derribaron —dijo Ragnar.

—Qué lugar tan desolado —observó Tom mirando a su alrededor.

—Luego dirán que los nórdicos estamos locos debido a que vivimos gran parte del año rodeados de espacios deshabitados y no socializamos. Si a eso le añades la falta de luz, el alcohol y el frío, tienes un cóctel sensacional —dijo Ragnar sonriendo.

—Hoy en día la palabra locura es muy… relativa —afirmó Tom.

—Los que estamos fuera de los asilos solo lo ocultamos un poco mejor, pero tal vez no mucho mejor, a fin de cuentas —dijo Ragnar esbozando una lacónica sonrisa ladeada.

—Contigo es imposible aburrirse, doy fe de ello —dijo Tom.

—Dicen que las personas con alta tolerancia al aburrimiento pueden hacer muchas cosas… pero mejor dejamos la clase de

psicología para otra ocasión —apuntó Ragnar.

En el interior del Land Rover se quedaron la mochila de Tom, unas mantas y diez litros de combustible para posibles emergencias. Ambos cargaron sendas mochilas de tamaño medio y mientras Tom volvía a revisar el mapa de la base, Ragnar agarró unas tenazas y cerró con llave el todoterreno.

El islandés miró hacia el cielo, una enorme tormenta rodeaba la base creando un siniestro círculo de nubes oscuras y amenazantes. Era una imagen realmente dantesca, muy similar a la que se obtiene a nivel satelital de un huracán, pero en un formato mucho más reducido, abarcando un espacio geográfico menor. Tom sacó de la bolsa que llevaba colgada en bandolera su cámara y empezó a tomar imágenes de todo lo que le parecía interesante, incluyendo el enorme círculo que formaba la tormenta. Ragnar le entregó uno de sus teléfonos móviles para que pudiera obtener imágenes en vídeo a 4K. Al estar apagado, el PEM no le había afectado y funcionaba perfectamente, aunque no tuviera cobertura telefónica ni señal de Internet. Miraron a su alrededor: no había ni un alma en varios kilómetros a la redonda. Avanzaron unos metros, colocándose justo debajo de la cámara. El objetivo no logró captarlos. Tras esperar unos segundos, siguieron avanzando hasta llegar al punto ciego de la valla, donde se colocaron dos gorros de color negro y un par de guantes. Cortaron un cuadrado de unos cincuenta centímetros y levantaron la primera valla, volviendo a dejarla en la posición inicial al adentrarse en el espacio existente entre las dos. Cortaron la segunda valla y repitieron la operación, cerciorándose de que no había concertinas, algo que, sin duda, facilitaba el acceso al interior de la base. Al cabo de unos minutos, nadie desde el exterior podría darse cuenta de la incursión a menos que se acercara a pocos centímetros del doble vallado. Ragnar y Tom se adentraron en el interior de las instalaciones sigilosamente.

—¿Te has dado cuenta? —preguntó Ragnar señalando hacia la pequeña luz roja de la cámara exterior.

—El PEM parece que no afecta a la base —respondió Tom.

En el exterior del recinto no había ni un alma. Tal y como Ragnar había afirmado, la base funcionaba con muy poco personal. La mayoría de los científicos, inversores y agentes de seguridad había regresado en helicóptero a Reykjavík antes del PEM. Quedaba tan solo personal de mantenimiento y seguridad, que seguiría el protocolo habitual. La intención de Ragnar era entrar, obtener información, realizar fotografías y vídeos y largarse por donde habían entrado lo más rápido posible. Parecía un plan sencillo sobre el papel, pero en

ocasiones, del dicho al hecho hay un gran trecho. Dejaron atrás varias antenas de pequeño tamaño, pasando por debajo de un rosario de cables alineados en cuadrículas perfectas. Entre antena y antena observaron una especie de generador o batería rectangular de unos dos metros de largo por un metro de alto. Avanzaron unos cincuenta metros más hasta llegar al conjunto de pequeños edificios de color blanco situados a pocos metros de la gran antena. Esquivaron el barrido de filmación de dos cámaras, siguiendo las indicaciones de Valur en sus mapas y llegaron a las puertas del edificio más grande, una especie de cubo de color blanco de dos plantas. Ragnar y Tom habían memorizado buena parte de los planos la noche anterior y, en el caso del veterano islandés, todavía recordaba dónde se encontraban las entradas y salidas, al haber acompañado a su padre en varias visitas a la base hacía décadas.

Las notas de su padre y los planos de Valur fueron de gran utilidad para poder actuar con rapidez y precisión, sin perder tiempo. El edificio principal albergaba varias oficinas, un ascensor que bajaba a las dos plantas inferiores, un pequeño laboratorio, una sala llena de ordenadores y servidores de alta potencia y cuatro oficinas diáfanas de tamaño reducido. En la puerta de entrada se toparon con un sistema de seguridad con teclado y banda magnética. Ragnar probó con el código de su padre, pero tal y como sospechaba, ya no era válido. Valur les había proporcionado una tarjeta magnética que tampoco fue de utilidad.

—Era lo que me temía. Se han modernizado, nos hemos quedado atrás, pero si los planos son correctos, y no han construido nada más, podremos entrar, creo que los conductos de ventilación siguen estando en el mismo sitio —afirmó Ragnar recordando el mapa que había memorizado.

Observaron que la salida de ventilación lateral era lo suficientemente grande como para que pudieran pasar por ella a rastras. Ragnar convirtió su gorro en un pasamontañas y Tom hizo lo mismo, bajándolo hasta el cuello. Sin hacer ruido, el islandés sacó su pequeño destornillador con batería recargable y una pequeña luz frontal. Había mantenido los dos aparatos apagados en su casa y, tal y como esperaba, en la base funcionaron a la perfección. Desatornillaron la rejilla metálica de la salida de ventilación y, una vez dentro, volvieron a colocarla, dejándola casi suelta por si tenían que regresar por el mismo camino. Reptaron sigilosamente por el sistema de conductos que conducían al interior de la base. La luz del frontal de Ragnar iluminaba el conducto, facilitando el avance. Ambos llegaron a un punto donde un nuevo conducto se unía al suyo, bajando de forma progresiva en diagonal hacia la primera planta sótano. Apoyándose en las paredes, los dos intrusos bajaron lentamente hasta llegar al primer

respiradero, situado unos tres metros y medio por debajo del nivel de la entrada. Todas las instalaciones se habían mantenido aisladas del PEM, como si de una enorme caja de Faraday se tratara. Al llegar al final del conducto, Ragnar desatornilló la portezuela metálica desde el interior y sacó la cabeza por el respiradero. No había nadie.

Tras dar un salto de poco más de un metro y medio, ambos salieron al pasillo que tenían delante. Ragnar se apoyó en Tom para volver a atornillar la rejilla del sistema de ventilación y, al cabo de unos minutos, un silencio sepulcral les envolvió. Thomas encendió el teléfono que guardaba en su chaqueta y empezó a grabar en vídeo a 4K, avanzando a través de un pequeño pasillo con un ascensor a mano derecha. Todo el interior de la base se encontraba tenuemente iluminado por un sistema de luces de color azulado de baja intensidad instalado en las paredes. Aunque la iluminación fluctuaba ligeramente, permitía caminar sin necesidad de utilizar linternas o frontales. Dejaron atrás varias puertas, iluminadas por una pequeña luz rojiza situada a la derecha de los pomos.

—Tal y como dijiste, una buena parte de la base es subterránea y está automatizada —susurró Tom.

—Perforaron tan solo dos niveles por debajo de la gran antena, no podían arriesgarse a encontrar agua —le contestó Ragnar—. Las plantas superiores son oficinas y habitaciones para el personal y en las inferiores encontrarás los ordenadores y un laboratorio de experimentación. Han creado una instalación muy sencilla y a la vez muy sofisticada, capaz de funcionar a distancia con muy pocos técnicos. En ocasiones, las cosas son más simples, o más fáciles, de lo que parecen y aquí lo han simplificado todo al máximo a la hora de trabajar. Pero hay algo que me preocupa —añadió Ragnar señalando la luz rojiza de una de las puertas.

—¿El sistema de seguridad? —preguntó Tom sin ocultar su preocupación.

—Mucho me temo que tendremos que improvisar alguna solución técnica, creo que han instalado novedades que no tenía contempladas. En mis notas y mapas no figuraban los escáneres de retina —dijo Ragnar.

—¿Cuánta gente crees que queda en la base?

—Calculo que cuatro o cinco personas como máximo.

En invierno la nieve suele cubrir toda la península del Snaefells. Se registran en la zona temperaturas muy frías y ventiscas terribles. La falta de luz durante muchas horas al día obligó a los técnicos de ECYLA a instalar cámaras con infrarrojos y visión nocturna en varios puntos del recinto, que quedaban con facilidad si las nevadas eran abundantes. El equipo de vigilancia no siempre podía trabajar en el

exterior en buenas condiciones y, por tal motivo, la base se había automatizado al máximo, siendo necesario muy poco personal para mantenerla en funcionamiento. Antaño llegaron a contar con una veintena de profesionales que trabajaban en diversos proyectos durante seis meses, relevándose como si de una base polar se tratara. Casi nunca permanecían en la base más de medio año, solo el personal científico de cierto grado estaba acreditado para pasar en la base largas temporadas. Actualmente ECYLA utilizaba la red de antenas de un modo muy distinto al inicial, todo era mucho más sutil, mucho más efectivo. Trabajaban a distancia realizando triangulaciones perfectas en colaboración con las bases que habían adquirido en Groenlandia, las islas Feroe, Escocia, varias islas noruegas y el Monte Limbara en Cerdeña.

—Con el paso del tiempo, esta panda de bastardos se han vuelto más y más sigilosos —explicó Ragnar—. Ahora disponen de sistemas ultramodernos capaces de funcionar desde miles de kilómetros sin personal. El último proyecto en el que estuvo trabajando mi padre era un superordenador cuántico totalmente automatizado. Por desgracia, murió antes de poder terminarlo.

—La tecnología al servicio del mal, la historia se repite una y otra vez —dijo Tom.

—Sí, parece que nunca aprendemos de nuestros errores, pero hoy en día las guerras ya no son lo que eran, ahora tienen drones en vez de soldados y antenas en lugar de cañones.

—El ser humano es la especie más destructiva del planeta —añadió Tom.

—En ocasiones pienso que nos merecemos la extinción —sentenció Ragnar—. Pero mientras tanto, hackear un escáner de retina no es tarea fácil. Si intento desconectarlo seguro que saltarán varias alarmas. Además, dudo que cuente con el material necesario. En el Land Rover tengo una caja con muchas herramientas.

Un suave zumbido rompió el silencio que reinaba en el pasillo. Poco a poco el zumbido aumentó, convirtiéndose en algo parecido al sonido de una nevera en marcha. Una campanilla sonó en medio del pasillo a sus espaldas, era el sonido que se escuchaba en algunos ascensores antes de abrir las puertas. Ambos se giraron al unísono. Las puertas del ascensor se abrieron y apareció ante ellos un rostro conocido, vestido de modo informal, con una bata blanca encima de una camisa gruesa de color beige. La penumbra permitía verle el rostro.

—¡Dios mío! —gritó Thomas.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Peter sin esconder su asombro.

—¿Le conoces? —preguntó Ragnar fulminando a Tom con su mirada.

—Coincidimos en la cumbre del Snaefells, justo después del PEM. Se llama Peter. Ahora recuerdo dónde había visto las siglas de ECYLA, fue en tu moto de nieve —explicó Tom mirando a Peter.

—Como puedes ver, no fue ninguna coincidencia y si él se llama Peter yo soy Donald Trump —ironizó Ragnar—. Tuviste suerte y le caíste bien, si hubiera visto algo sospechoso en ti, es probable que ahora no estuviera hablando contigo. Han desaparecido varios montañeros en el glaciar del Snaefells y nunca se han encontrado sus cuerpos, esta gente no pierde el tiempo.

—¿Cómo demonios habéis entrado? —volvió a preguntar Peter.

—Digamos que antes de generar un PEM os envían por la montaña para echar una ojeada. No os interesa tener testigos, ¿verdad? —preguntó Tom.

—Es una pieza más dentro del engranaje, pero no tiene cara de asesino —medió Ragnar. Te sacan a pasear cerca de la base, te dan un papel y un guion y, en menos que canta un gallo, te convencen de que estás realizando algo muy útil para la humanidad, cuando no es así. La gente de este país, el mundo entero, todos tenemos derecho a saber la verdad.

Peter miró fijamente a Ragnar, vestido completamente de negro, sin pronunciar palabra alguna. De algún modo, se sentía desprotegido ante dos intrusos cuyas intenciones desconocía. No estaba preparado para afrontar una situación de esas características y Ragnar era consciente de ello.

—Le han programado muy bien, no hablará fácilmente —dijo el islandés.

—No tenéis ni idea de dónde os estáis metiendo, todavía queda personal en la base, muy pocos, pero esta gente no se anda con chiquitas —dijo Peter mirando a Ragnar, sin ocultar una mueca de auténtico pánico.

—¿Cuánta gente queda? —preguntó Ragnar.

—Diría que unas cuatro personas: dos vigilantes de seguridad, un directivo de ECYLA llegado desde Londres y yo. Ellos vinieron hace unos días y se quedarán hasta que... —Peter no pudo terminar la frase.

—¿Hasta que…? —preguntó Ragnar.

—¿Es usted Ragnar Sigurdsson? —preguntó Peter mirándole atentamente. Hizo un esfuerzo debido a la luz tenue que iluminaba el pasillo—. Tiene las mismas facciones que su padre, he visto muchas grabaciones en vídeo y muchas fotografías. Su padre y el mío trabajaron juntos durante un tiempo, mi padre era más joven pero siempre admiró la labor del doctor Sigurdsson. No todos somos como usted piensa, no todo es tan fácil aquí —dijo Peter apesadumbrado.

—Y ya ves cómo terminó tu padre, el muy ingenuo —apuntó Ragnar.

—¿Qué labor desarrollas dentro de ECYLA? —preguntó Thomas.

—Soy doctor en Física, pero aquí no soy más que un simple empleado al que le dejan investigar —respondió Peter—. Soy uno de sus principales contactos en Islandia, coordino el pequeño equipo exterior que estudia y controla las reacciones de nuestros experimentos con ordenadores cuánticos más allá del perímetro de la base.

Peter había mantenido discusiones con directivos de ECYLA a lo largo de los últimos años, denunciando la mala praxis de la corporación en varias áreas de investigación. Le apasionaba la experimentación dentro del campo de la energía electromagnética, pero no aprobaba ciertos métodos y había llegado a enemistarse con quien no debía. Había cruzado varias líneas rojas y, de algún modo, se sentía responsable de los daños colaterales que estaba causando ECYLA, no solo en Islandia sino en medio mundo. En la mente del físico islandés se había creado una dicotomía que le atormentaba, al igual que les sucedió a muchos científicos alemanes durante el nazismo. Peter no podía ocultar la fascinación que sentía al poder trabajar con una tecnología ultramoderna: contaba con ordenadores cuánticos y acceso a una ingeniería de software con la que muy difícilmente podría contar fuera de la corporación, pero era consciente de que todo en esta vida tiene un precio, y vender tu alma al diablo suele acarrear graves consecuencias.

—¿Crees que el fin justifica los medios? —le inquirió Thomas—. Jugar con la vida de inocentes, creerse por encima del bien y el mal en nombre de la ciencia, dice muy poco de tu catadura moral.

—Tal y como te dije en la cumbre del Snaefells, vivimos rodeados de claroscuros, pero puedo asegurarte que nunca ha sido mi intención hacer daño a nadie. Me fascina cómo el ser humano puede llegar a controlar la energía electromagnética de un modo inimaginable hasta la fecha, es un mundo nuevo que estamos descubriendo, pero no puedo negar que… —Peter no pudo terminar la frase.

—Maldito cínico mentiroso, le montaste un buen circo ahí arriba al pobre muchacho, tienes el papel perfectamente estudiado. Te apasiona la ciencia, pero cometes el mismo error que muchos antes que tú: en tu escala de valores la ciencia está por encima de la vida humana y eso tiene un nombre —le espetó Ragnar.

—Islandia es como la vida, te quita y te da… ¿no era eso?, ¿pragmatismo ante todo? —afirmó Tom sin ocultar su indignación. Ahí arriba me dijiste que era muy importante que seamos sinceros con nosotros mismos. ¡Menudo hipócrita! Y yo caí en la trampa como un idiota. No solo defiendes postulados fascistas, sino que bailas al son de su música sin apenas inmutarte.

—Eso no es cierto —intentó defenderse Peter.

—Solo para empezar, ya eres cómplice de varias muertes, desapariciones y de la alteración atmosférica que nos afecta de lleno. A la prensa internacional le encantará saber más de ti. Por mucha fascinación que puedas sentir por los avances tecnológicos que estáis logrando, no puedo creer que antepongas la ciencia al derecho a vivir en libertad. Tu padre sentiría vergüenza ajena si nos viera —dijo Ragnar.

—Nunca he estado a favor de la experimentación en zonas pobladas, si es a lo que usted se refiere —afirmó Peter—. Hemos tenido muchas discusiones, muchísimas, he llegado a enfrentarme con mis superiores jugándome mi cargo e incluso mi integridad y más de una vez he sentido cómo el miedo me erizaba el vello de la nuca —añadió el científico islandés.

—¿Te han amenazado? —preguntó Tom.

—¿Tú qué crees? Saben dónde estudian mis hijos, sus nombres, dónde vive mi familia, saben hasta el detalle más nimio… No puedo poner en peligro a mis hijos —añadió.

—Si juegas con fuego puedes quemarte. Esta gentuza no sabe trabajar de otro modo, ya lo hicieron en el pasado y ahora están recogiendo los frutos de la siembra —expuso Ragnar.

—¿Podemos afirmar que, de un modo u otro, sois responsables directos de la alteración climática que estamos experimentando? ¿Qué me dices de la ola de calor que vivimos el pasado verano? —preguntó Thomas.

—Ha costado mucho esfuerzo y mucho dinero poner en marcha el ordenador cuántico que estáis viendo, necesitamos avanzar… —el científico islandés no pudo terminar la frase.

—No has respondido a las preguntas del muchacho —le interrumpió Ragnar.

Peter volvió a guardar silencio.

—Habéis creado un nuevo tipo de arma muy poderosa, pero también muy difícil de controlar —añadió Ragnar.

—Y por lo que veo, no solo estamos hablando de un arma que puede controlar el clima, sino también de todo el marketing y la publicidad mediática que trae consigo —intervino Thomas—. Quien controla la información, lo controla todo, queréis sumir a la mayoría de la población en un estado de miedo constante, ¿estamos hablando de control de masas? —preguntó de nuevo Thomas, obteniendo el silencio por respuesta.

—Ese es el principal problema, estáis jugando a ser Dios y eso, amigo mío, no puede terminar bien —Ragnar volvió a tomar la palabra—. Tenemos al enemigo en casa, ¡ya te lo dije! Hace años que intento explicárselo a la panda de neandertales que tengo por vecinos

y siempre me han tachado de loco. ¡Lo que hacen varios millones de dólares al año!, ¿verdad? —preguntó Ragnar.

Peter se secó con la manga derecha de su bata las gotas de sudor frío que empezaban a caer por su frente.

No soy como usted cree, una buena parte de lo que le dije a Tom era verdad. Juro por Dios que es cierto. Fue un momento de liberación, hacía mucho tiempo que no mantenía una conversación informal con un extranjero y por una vez en muchos meses, me sentí realmente libre. Si, lo reconozco, tengo mucho miedo, para qué negarlo, pero tiene usted razón, pagan realmente bien y de momento he podido darle un futuro a mi familia. Hace tiempo pensé que nunca encontraría algo parecido, que era una oportunidad única para avanzar, pero ahora creo que las cosas han cambiado. Mi vida y la de varios compañeros corre peligro, ECYLA ha llegado demasiado lejos. Para que todo su engranaje funcione debemos mantener la boca cerrada y mirar hacia otro lado —se defendió Peter—. Mi padre era un pacifista declarado, igual que el suyo. Nunca estuvo a favor de los postulados belicistas que arrasaron a nivel mediático durante la Guerra Fría. Pasó gran parte de su vida soñando con poder construir un ordenador cuántico, con la intención de obrar de forma constructiva —añadió.

—¡Y vaya si lo habéis logrado! A costa de pasar por encima de tu padre, del mío y de todos los habitantes de Arnarstapi —le espetó el veterano islandés.

—Su padre era muy consciente del riesgo que corría, mi padre logró jubilarse y vivir dignamente en Reykjavík, creo que supo jugar bien sus cartas. Yo intento hacer lo mismo y no poner en peligro a mi familia —dijo Peter intentando mostrar la poca valentía que le quedaba.

—Habéis vendido vuestra alma al diablo, siempre con la doble moral encima de la mesa. O eres muy cobarde o eres más idiota de lo que pensaba. ¡Estamos hablando de manipular el clima! ¡Son aberraciones y tú participas en ellas! —afirmó Ragnar, que cada vez hablaba más alto.

Thomas miró a Ragnar con el ceño fruncido y se llevó el dedo índice de su mano derecha a la boca. No era el mejor momento para iniciar discusiones estériles que pudieran delatar su presencia en la base.

—Todavía no me habéis dicho por qué estáis aquí —apuntó Peter cambiando de tema radicalmente, sin ocultar un ligero temblor en su voz.

—No creo que seas una mala persona, tan solo eres un empollón soñador con delirios de grandeza que se ha dejado convencer por un grupo de multimillonarios sin escrúpulos, pero no creo que seas como

ellos —le espetó Ragnar—. El papel de villano te va muy grande. Si realmente quieres ayudar a tu familia, deberías empezar por ayudarnos a nosotros —le propuso.

Thomas estaba de acuerdo con Ragnar. Peter era consciente de los riesgos que correría si no seguía las directrices de ECYLA a rajatabla, pero de algún modo, ya no había vuelta atrás. El científico islandés explicó a los dos intrusos que, tras muchos años de investigación, por fin habían logrado crear tormentas a la carta, desencadenar anomalías térmicas, diseñar cambios y alterar el clima según las preferencias del cliente. Eran capaces de crear varios tipos de caos a medida, jugando con una tecnología y una ciencia hasta entonces muy impredecible. Tal y como Ragnar había explicado, se encontraban delante de un nuevo tipo de arma, una amenaza invisible, silenciosa, efectiva y letal. La teoría del caos se quedaba muy corta al lado de lo que los científicos de ECYLA estaban diseñando. Experimentar con la energía electromagnética a un nivel tan sofisticado podía tener consecuencias no previstas, el universo cuántico todavía no ha logrado ofrecer la seguridad necesaria como para resultar fiable. Muchos habitantes en la península del Snaefells habían muerto víctimas del cáncer, de malformaciones genéticas y de ataques al corazón, por no hablar de la afectación climática y de otro tipo de alteraciones que todavía desconocían.

Con la llegada del nuevo milenio, todos los esfuerzos realizados por los científicos de ECYLA habían dado sus frutos, invirtiendo en tecnología para poder coordinar sus defensas con la OTAN utilizando antenas en cumbres y zonas aisladas. En pocos años habían logrado crear alteraciones atmosféricas de gran envergadura. Alteraciones que podrían utilizarse en el futuro no solo para cambiar el clima de una determinada zona del planeta, sino también para generar el caos suficiente a la hora de inclinar la balanza a favor de un bando u otro dentro de un conflicto bélico. Era uno de los grandes sueños del Tercer Reich, las armas de control climático. Un sueño que llegaron a acariciar durante la Guerra Fría varios científicos nazis contratados por los Estados Unidos dentro de la Operación Paper Clip. En la actualidad, eran varios los descendientes de los científicos llegados desde Alemania que ocupaban cargos de cierta relevancia dentro de ECYLA, aplicando a la perfección la política del miedo o del terror. Controlando a los principales medios de comunicación se aseguraban de que la opinión pública estaría lo suficientemente manipulada y neutralizada como para poder justificar diversas acciones al margen de lo establecido. Durante más de dos años habían logrado potenciar la enorme división farmacéutica que habían creado en varios países, creando un estado de miedo absoluto, donde los disidentes eran

considerados como parias apartados de la sociedad.

Poco le importó a ECYLA que se actuara al margen de la ley, ahora tenían entre manos un proyecto mucho mayor, donde, a través de los medios de comunicación y de la información meteorológica, podían volver a sumir en un estado de miedo muy efectivo a gran parte de la población.

—¿Dónde se encuentra el ordenador cuántico y la sala de servidores? —preguntó Tom.

Peter miró fijamente a Tom y a Ragnar y, tras mostrarse dubitativo unos segundos, finalmente contestó.

—En la planta inferior. El nuevo ordenador y los servidores están en la misma sala, hace un año la ampliamos —contestó Peter.

—Sacaremos unas buenas fotos y un par de vídeos, el mundo tiene derecho a saber qué os lleváis entre manos —dijo Ragnar.

—Está totalmente prohibido —le advirtió Peter.

—¿Tengo cara de que me importe? Te seguimos, y será mejor que no hagas tonterías —dijo Ragnar sin disimular su rabia.

—Ahora tienes la oportunidad de demostrar de qué lado estás. Si quieres honrar la memoria de tu padre y del padre de Ragnar, te agradecería que nos obsequiaras con un pequeño tour por la base —dijo Tom.

—¿Por qué le ayudas? —preguntó Peter moviendo su mirada de Thomas a Ragnar— Nadie le hace caso en Arnarstapi. Según la mayoría, Ragnar es un viejo chiflado que ha perdido toda la credibilidad que pudo tener antaño.

—Estoy aquí porque creo en él y porque creo que lo que estamos haciendo es lo correcto, lo justo —dijo Tom mirando a Ragnar—. He conocido a sus amigos y vecinos, los he escuchado y he podido ver el miedo en sus rostros. Ragnar posee una mente brillante, se siente marginado por una sociedad que no entiende y tras muchos años viviendo al margen de todo y de todos, por fin ha decidido pasar a la acción —dijo Thomas ante la atenta mirada de Ragnar.

—Creo que de vez en cuando es bueno que alguien dé un golpe encima de la mesa y se plante —añadió Ragnar. No creo que seas un criminal, pero estás pecando de omisión, antepones el avance científico a la vida y eso también te convierte en cómplice. Me parece que en el fondo eres consciente de ello, pero tienes mucho miedo; esta panda de terroristas climáticos te tiene bien agarrado por las pelotas —Peter se secó más gotas de sudor frío que seguían cayendo por su rostro.

—Estoy más que harto de ver cómo vivimos aborregados, siempre con la cabeza gacha, pensando en lo que dirán los demás, con miedo a dudar o a formular preguntas —sentenció Thomas.

Las palabras de Thomas calaron hondo en Peter. El científico

islandés no era un héroe ni pretendía serlo, tan solo era un genio en el campo de la física cuántica que intentaba dejar atrás sus miedos tras muchos años viviendo en un mundo donde la moralidad chocaba de frente con el pragmatismo. Seducido por una generosa nómina a fin de mes, disfrutaba de su tiempo libre fuera de la base, con su familia y un grupo de amigos con el que llevaba a cabo acciones humanitarias de cierto calado, pero por mucho que luchara por dejar atrás su lado más oscuro, seguía atrapado en un mundo donde la fascinación y el terror convivían peligrosamente. De algún modo, Peter había normalizado una situación que excedía cualquier límite ético, cegado por los avances logrados y por sus ganas de demostrar constantemente su valía. Pero ahora la situación había cambiado radicalmente.

—¿Cuál es vuestro plan? —preguntó Peter.

—Queremos mostrar al mundo las verdaderas intenciones de quienes te pagan el sueldo —le respondió Ragnar—. Detrás de ECYLA se esconde gente muy peligrosa, criminales sin escrúpulos que utilizan los últimos avances en física cuántica y electromagnetismo para manipular el clima, controlar a la población a través del miedo y mantener a los gobiernos sumidos en un estado de ansiedad constante. Mi padre nunca imaginó que llegaríais a tal extremo, y el tuyo tampoco. Es hora de dar marcha atrás antes de que el daño que estáis causando sea irreversible. El mundo tiene que saber lo que se cuece aquí dentro, nunca mejor dicho —explicó el islandés.

—Tú decides: ¿estás con nosotros o en contra? —preguntó Thomas mirando a Peter a los ojos.

—¿Sois conscientes de lo que nos puede pasar si nos capturan? —preguntó Peter.

—Vas a ser nuestro guía, imagina que has traído a dos buenos amigos de visita y como buen anfitrión, vas a regalarnos el tour completo —dijo Ragnar—. Será un placer contar con tu inestimable y altruista ayuda. De momento vamos a necesitar tus ojos, pero no te asustes, no somos una panda de carniceros —añadió.

—¿Vais armados? —preguntó Peter, obteniendo el silencio por respuesta.

Los tres entraron en el ascensor utilizando la tarjeta de acceso de Peter. Durante el corto trayecto nadie pronunció ni una sola palabra, el ambiente era tenso. En pocos segundos llegaron a la planta menos dos, cuya luz azulada era muy débil, la atmósfera era un tanto lúgubre y siniestra. Peter sacó del bolsillo derecho de su bata una acreditación con banda magnética distinta a la anteriormente utilizada y la acercó a la única puerta que había en la sala, justo delante del ascensor. Al cabo de unos segundos sonaron tres pitidos cortos y se abrió un

pequeño dispositivo cuadrado situado a medio metro de la puerta, iluminado por una tenue luz rojiza. Era un escáner de retina. Peter se acercó, abrió bien los ojos sin parpadear y acercó su rostro al visor, permaneciendo totalmente quieto unos cinco segundos. Tras escuchar un ligero clic, la puerta se abrió, mostrándose ante ellos la sala de servidores, con un superordenador cuántico de última generación. Era un espacio amplio y diáfano de unos cincuenta metros cuadrados, sumido casi en la oscuridad. En el interior de la sala Ragnar y Tom escucharon un zumbido constante, casi imperceptible. La temperatura ambiental no era excesivamente fría, resultaba incluso agradable. Ambos analizaron visualmente todos los rincones.

En las paredes laterales se alineaban ordenadamente nueve habitáculos metálicos de unos cinco metros cuadrados, con paredes de rejilla doble. En su interior se encontraban los servidores, protegidos dentro de grandes armarios insonorizados con refrigeración activa. Ragnar observó que no eran los clásicos armarios que utilizaban la mayoría de grandes empresas para enfriar servidores blade y otros dispositivos IT con una salida de calor de 1700 Watt o superior. Estos eran mucho más grandes y contaban con un sistema de refrigeración más potente. Utilizaban grandes ventiladores de velocidad variable, muy silenciosos, ubicados en las puertas traseras, diseñados para gestionar la carga calorífica de una forma energéticamente mucho más eficiente que la mayoría.

En el centro de la sala se encontraba el ordenador cuántico, instalado en el interior de una caja de forma cúbica construida en cristal oscuro y aluminio, de unos tres metros de ancho por unos dos metros y medio de alto. Era un aparato realmente sorprendente, elegante y sofisticado, conectado a un impresionante sistema de ventilación y soporte energético ubicado en el techo. Ragnar y Thomas dieron una vuelta completa alrededor del ordenador. Peter intuyó lo que estaban pensando y tras colocar la palma de su mano en un punto exacto de la superficie acristalada, una pequeña ventana se abrió en la parte frontal, a medio metro de donde se encontraba. En el interior de la ventana apareció una pequeña pantalla con un teclado táctil. El científico de ECYLA introdujo una combinación de seis cifras y en pocos segundos, en completo silencio, la pequeña ventana se hizo más grande, abarcando casi un metro en la parte frontal de la enorme caja oscura. Peter y Thomas pudieron admirar el corazón de la bestia, en el que brillaba con luz propia una enorme pantalla desde donde se podía controlar de forma táctil todo el ordenador cuántico instalado a finales del año 2021. Era una de las joyas de ECYLA.

—A esta maravilla de la tecnología la llamamos «la caja negra» — explicó Peter.

—Era el sueño de mi padre —dijo Ragnar, sin esconder la fascinación que sentía en aquel momento.

—El sueño de tu padre, del mío y del doctor Jacob Zimmermann. Ellos fueron la cara amable de nuestro trabajo —añadió Peter—. Siempre he pensado que la computación cuántica puede llegar a resolver problemas que están fuera del alcance de los ordenadores modernos porque requieren una potencia de cálculo actualmente inalcanzable. Y no todo el mundo está preparado o capacitado para llevar a cabo dicha labor.

—Nuestros padres querían abrir vías innovadoras para crear nuevos fármacos o materiales. Trabajaron muy duro para poder calcular las interacciones entre partículas a escala atómica. Pero nadie habló de manipular el clima o incluso de alterar el tiempo. Necesito detalles, quiero saber cómo demonios trabajáis —exigió Ragnar regresando al mundo real.

El ordenador cuántico desarrollado por ECYLA contaba con tecnología ultramoderna que le permitía funcionar sin necesidad de bajar la temperatura muchos grados bajo cero. Era capaz de mantener la coherencia cuántica a temperatura ambiente, sin utilizar diluyentes, refrigerantes o corrección de posibles errores. Fueron los científicos del instituto de investigación japonés Riken quienes habían descubierto la forma de entrelazar tres cúbits de silicio, un descubrimiento fundamental para crear computadoras cuánticas que no necesitaran una gran habitación para poder funcionar, ni la instalación de exóticos sistemas de refrigeración que los convirtieran en inviables para su uso ordinario. Sin lugar a duda, los ordenadores cuánticos de última generación eran mucho más prácticos, rápidos y eficientes.

Los científicos de ECYLA no tardaron en adaptar el nuevo concepto tecnológico y la computadora de Hellissandur se convirtió en una de las primeras en aplicar dicha tecnología a nivel mundial, funcionando a una temperatura muy por encima de lo que antaño se requería. La caja negra contenía mil setecientos millones de kilómetros de resonancia digisináptica. Desde Islandia podían controlar los ordenadores de las principales bases del planeta, trabajando a plena potencia con las cuatro más cercanas, contando para ello con un procesador espectacular capaz de realizar cálculos y triangulaciones inimaginables. También tenía la capacidad de eliminar el contenido de cualquier ordenador del planeta, guardándolo primero en su memoria, para poder descargar la información donde los clientes de ECYLA eligieran.

—A través de los nuevos ordenadores desarrollados por la división

cuántica de ECYLA, formada por una veintena de científicos procedentes de siete países, podemos realizar los cálculos necesarios para utilizar las antenas de esta base a la máxima potencia, perfeccionando el sistema utilizado inicialmente por el proyecto HAARP. Tras muchos años de investigación, por fin hemos logrado canalizar la energía necesaria, utilizando la ionosfera como espejo, para poder generar un PEM que no solo resulte eficaz a la hora de anular las comunicaciones, también hemos logrado generar la cantidad de energía suficiente como para poder crear anomalías climáticas. Imaginad la potencia que podemos llegar a generar si utilizamos la energía de varios PEM creados de forma simultánea, concentrándola en un PEM muchísimo más potente —explicó Peter.

—A partir de la creación de varios pulsos electromagnéticos simultáneos, generados desde diferentes enclaves geográficos, podéis concentrar la energía de dichos PEM en unas coordenadas determinadas, como es el caso de nuestra pequeña península, contando siempre con una estación receptora cercana a dichas coordenadas geográficas, que en este caso sería la base donde ahora nos encontramos —detalló Ragnar.

—Triangulaciones perfectas, eventos multipem… es alucinante —dijo Thomas.

—No solo tenemos la capacidad de generar eventos multipem, sino que a la vez podemos controlar su potencia, su diámetro y sus efectos. Y ya de paso, también podemos tener controlados a quienes puedan amenazarnos —explicó Peter.

—Extorsión, robo de información, chantaje… vais añadiendo nuevos delitos a vuestra larga lista de crímenes. ¿Y no te importa? —preguntó Thomas.

—Hace tiempo que decidió mirar hacia otro lado —respondió Ragnar, dejando a Peter sumido en un silencio embarazoso.

—Tenemos acceso a los servidores de los principales gobiernos del planeta y no hablo de los patéticos sistemas del gobierno británico, islandés, noruego o norteamericano, hackeados por los rusos y los chinos constantemente, hablo de los otros servidores, los que nadie menciona públicamente.

—¿Te refieres a las agencias de seguridad nacionales? ¿A los servidores que, en teoría, no existen? —preguntó Thomas.

—Exacto —respondió Peter.

—El secreto reside en tener controlado a quien controla —reflexionó Ragnar.

—La naturaleza es imprevisible, no se puede controlar —apuntó Thomas.

—Cualquier pringado que estudie en la universidad conoce la segunda ley de la termodinámica: «Todos los sistemas tienden al

desorden», léase al caos —recitó Ragnar volviendo a elevar la voz.

—En este caso estaríamos hablando de un orden cuántico topológico. La aparición de efectos cuánticos a nivel macroscópico. Eso es lo que podría suceder —comentó Peter mientras Thomas se alejaba unos metros.

Peter movió ambas manos a lo largo y ancho de la pantalla de la caja negra y en la pared situada al fondo de la sala, formada por un gran mosaico de 20 pantallas LED de 55 pulgadas, pudieron ver una serie de imágenes monitorizadas del exterior de la base. En aquel momento, Thomas volvió a pensar en Tom Cruise, esta vez en el filme Minority Report, al observar a Peter realizar movimientos circulares con la mano derecha y la izquierda trasladando información de un lugar a otro de la pantalla.

—Dadme un momento, quiero enseñaros algo —dijo Peter.

Al cabo de unos segundos las imágenes desaparecieron del enorme mosaico. Pulsó un código numérico de seis dígitos y al instante aparecieron un buen número de imágenes en alta definición de varias bases ubicadas en Europa y en zonas árticas. Ragnar reconoció la base de Thule en Groenlandia y la de Goose Bay en Canadá, así como las situadas en puntos estratégicos de las islas Feroe, Jan Mayen, Cerdeña, Mallorca y el norte de Noruega.

—Es impresionante —dijo Thomas.

—Es el futuro convertido en presente —añadió Ragnar.

—Es una buena definición. Un sistema de computación cuántico como el que tenemos aquí es, técnicamente, muy difícil de desarrollar. Cada cúbit debe estar totalmente aislado, porque cualquier interferencia con su entorno lo perturba. Por tal motivo se ha descartado que los ordenadores cuánticos se conviertan en dispositivos de uso doméstico a corto o medio plazo —dijo Peter mientras Tom tomaba detalles con su iPhone.

—Exacto —reconoció Ragnar.

—Cuando esa forma de pensar se traslada a los computadores, el ordenador cuántico es presentado como una máquina que estaría en multitud de estados a la vez y que, por tanto, sería capaz de hacer multitud de cálculos en paralelo. Es un enfoque consistente desde el punto de visto lógico, pero tiene un problemilla: es falso —explicó Peter.

—Me he perdido. Por favor, ¿alguien puede darme una clase práctica? —preguntó Thomas.

—Te pondré un ejemplo meramente académico, pero confío en que sirva para que puedas entender cómo funciona un ordenador cuántico —explicó Peter—. Intentaré simplificar al máximo. Imagina que tienes

un número de teléfono, pero no sabes a quién pertenece. Imagina también que se te ocurre buscar en la guía telefónica. Puesto que el orden de la guía es alfabético para los nombres, resulta que los números no tienen ninguna ordenación en absoluto, así que ya te puedes poner cómodo preparándote para una búsqueda lenta y aburrida.

—¡Ah!, ¡pero podemos usar un ordenador!, el ordenador, básicamente, hará lo mismo que harías tú: ir número por número y compararlo con el que tienes, hasta que haya una coincidencia —añadió Ragnar.

—Exacto. Podrías tener mucha suerte y que el ordenador encontrase esa coincidencia tras comparar pocos números… —continuó Peter— pero también podrías tener muy mala suerte y que el ordenador tuviese que rastrear casi toda la guía. En general, podemos decir que el número de búsquedas que habrá que hacer (el número de pasos del algoritmo que está aplicando el ordenador) crecerá linealmente con el número total de teléfonos de la guía: si multiplicamos por dos el número total de números de teléfono, también aumentará por dos el número de pasos. Pues bien: si tenemos un ordenador cuántico, podemos usar una receta, el algoritmo de Grover, que hará que encontremos el resultado correcto en menos pasos. Con este algoritmo, si aumentamos por dos el número total de teléfonos, el número de pasos aumentará solo en la raíz cuadrada de dos —acabó Peter.

—Simplificaré un poco más para ver exactamente de qué estamos hablando —Ragnar tomaba el relevo en la explicación—. Imagina que tras una fiesta has apuntado cuatro números de teléfono en un ordenador (por supuesto, a estos efectos, un teléfono móvil es un pequeño ordenador), cada uno con su nombre correspondiente. Unas semanas más adelante, vaciando los bolsillos, te encuentras con una servilleta arrugada donde hay un número escrito, pero por desgracia ya no se distingue el nombre. No hay problema: solo tienes que introducir el número en tu superordenador para que busque a cuál de los cuatro contactos que apuntaste corresponde.

—Si tu aparato es clásico, tu agenda digital de cuatro números necesitará unos cuantos bits: la información de cada número (por ejemplo, «Nombre: …, número: …») estará clasificada por el valor de dos bits: o bien 00, o bien 01, o bien 10, o bien 11. Pongamos que el número que buscas está guardado en la casilla 10. Cuando teclees el número de la servilleta, el ordenador irá casilla por casilla hasta encontrar la 10, identificará el nombre asociado al número y lo devolverá —explicó Peter.

—Con mucha suerte, tu número estará en la primera casilla de búsqueda, pero con mala suerte estará en la última, y el ordenador

tendrá que dar cuatro pasos antes de encontrar lo que buscas —apuntó Ragnar.

—Pero nosotros tenemos un pequeño ordenador cuántico —terció Peter—. Entonces, para encontrar su número solo necesitaremos dos cúbits y habernos bajado una de las muchas apps de ECYLA. El primer paso que dará la app será preparar los cúbits para que tengan una probabilidad del 25% de estar en 00, una probabilidad del 25% de estar en 01… y así con las cuatro posibilidades. Cuando introduzcas el número, la app lo identificará como el correspondiente a, por ejemplo, 01, y entonces sabrá la operación (puerta lógica cuántica) que tiene que aplicar sobre ambos cúbits. Tras esa operación, el algoritmo de Grover nos dice que los cúbits ahora estarán en un estado tal que la probabilidad de estar en 01 (o el que sea) es exactamente el 100%. Es decir, en este caso concreto, con solo cuatro números, tu encontrarás siempre el número en un solo paso —explicó Peter sin ahorrar detalle.

—Una buena explicación, no lo niego —comentó Ragnar.

—Sois tal para cual, menudo dúo de genios, es alucinante —dijo Thomas con admiración.

—De algún modo, al igual que mi padre, me considero un gran admirador de las teorías y las investigaciones llevadas a cabo por Dirac —comentó Peter.

Thomas guardó silencio mientras Ragnar sonreía.

—Paul Dirac fue un genio. Era ingeniero eléctrico, matemático y físico teórico que contribuyó desde el Reino Unido de forma fundamental al desarrollo de la mecánica y la electrodinámica cuánticas. Si te gusta el cine, te diré que Dirac estudió en la misma escuela que Cary Grant. Era lo único que tenían en común —explicó Ragnar sonriendo.

—Dirac realizó ecuaciones que abrían las puertas a seguir investigando, una vez dichas ecuaciones eran formuladas —añadió Peter visiblemente emocionado—. Encuentras una ecuación y puedes seguir descubriendo cosas que no resultaron obvias en una primera lectura. Dirac llegó a afirmar que la ecuación era más lista que él, porque nos ofrecía más información de la que él había indicado. Es algo fascinante y ahora por fin he podido seguir sus postulados.

—Dicen que la emoción mejora la absorción del conocimiento —apuntó Thomas.

Fueron tan solo unos minutos, pero durante ese tiempo Peter y Ragnar olvidaron la grave disyuntiva en la que se encontraban. De algún modo, los difíciles acontecimientos que estaban viviendo en primera persona habían logrado que sus caminos y sus vidas se cruzaran. Por un instante recordaron el verdadero motivo por el cual la ciencia y la investigación les había llegado a fascinar de un modo

inimaginable. El misterio, la investigación, la búsqueda de algo nuevo, la pasión por lo desconocido… Thomas pudo ver el brillo en sus ojos, risueños como dos colegiales que compiten por obtener la puntuación más alta en un examen de Física.

—Un ordenador cuántico no es una máquina capaz de realizar operaciones a la vez o en paralelo; si así fuera, no sería muy distinto de un supercomputador clásico —explicó Peter—. Al contrario, un ordenador cuántico utiliza las propiedades de la física cuántica para acelerar un cálculo concreto. Las correlaciones entre los distintos bits cuánticos pueden hacer que se llegue al resultado deseado significativamente antes de lo que lo haría un ordenador convencional. Eso requiere de recetas específicas para cada problema, las cuales conocemos en un número pequeño de casos, de momento. En el futuro, no solo habrá que diseñar esas recetas para cada caso de interés, sino que habrá que conseguir que los ordenadores cuánticos cometan muchos menos errores, o sean capaces de corregirlos.

A lo largo de la última década, en ECYLA habían logrado acelerar los cálculos necesarios para poder dar un paso de gigante dentro del campo de la energía electromagnética, llegando a ridiculizar los experimentos realizados en Alaska dentro del programa HAARP. Tras experimentar con calentadores ionosféricos que lanzaban enormes haces de energía electromagnética a la ionosfera, los científicos de ECYLA podían moldear a su antojo la fuerza de un pulso electromagnético, algo que varias revistas especializadas habían llegado a considerar como impensable o muy improbable. Era evidente el potencial que se abría ante ellos a la hora de poder desviar la trayectoria de misiles o de aeronaves en todo el planeta. También podían generar graves problemas en las comunicaciones, aumentar las concentraciones de ozono y nitrógeno o incluso modificar la absorción de los rayos solares. Los expertos en la compra y venta de armamento la conocían como «la nueva arma limpia», pues no dejaba tras de sí ninguna estela de destrucción.

Podía tener muchas aplicaciones y si caía en manos de una nación con pocos escrúpulos democráticos, el peligro a nivel global aumentaría considerablemente. Algunos presidentes ya habían intuido la capacidad de control sobre la población que podía ejercer la tecnología desarrollada por ECYLA. Una vez más, saltaba a la palestra la famosa dicotomía: los derechos personales frente a la seguridad pública. El gran debate de nuestro tiempo.

—Aprecio tu interés por regalarle al muchacho una clase acelerada sobre un tema tan fascinante, pero por muchas excusas que puedas tener, habéis logrado crear y controlar pulsos electromagnéticos

capaces de crear tormentas perfectas y un sinfín de anomalías que afectan directamente al clima del planeta —dijo Ragnar regresando a la realidad—. Estáis creando eventos multipem a medida de las necesidades de vuestros clientes. Estamos hablando de un nuevo tipo de arma que en su fase experimental está causando víctimas.

—Ragnar y sus vecinos en Arnarstapi tenían razón, y nadie los escuchó, como suele ocurrir con quienes formulan demasiadas preguntas —señaló Thomas. Habéis logrado alterar el clima trabajando a partir de una excusa cuyo origen no dudo que pudiera ser noble o constructivo, seguro que de algún modo os creéis benefactores de la humanidad al «luchar» contra el calentamiento global, aportando al mundo soluciones prácticas, pero… ¿quién nos asegura que detrás de lo que conocemos como «calentamiento global» no se encuentra ECYLA? No puedes negar que estáis trabajando de forma coordinada con otros países, escondiendo la verdad de forma muy efectiva y la mayoría de medios de comunicación os siguen el juego.

—Los medios hablan maravillas de ECYLA, ¿cómo os llaman?, «los protectores del planeta». «La tecnología del mañana, aplicada a la realidad del presente». Bonitos eslóganes —dijo Ragnar con sarcasmo.

Peter volvió a guardar silencio durante unos segundos, para proseguir con su masterclass particular. En el interior de su mente se había declarado una interesante batalla entre la pasión y la emoción frente a la vergüenza y el remordimiento.

—Nuestro ordenador es capaz de realizar millones de cálculos para poder triangular con una exactitud muy precisa la señal procedente de varias bases a la vez —prosiguió Peter.

—Estáis utilizando como fuente emisora antenas situadas en diferentes puntos del Atlántico Norte, y como fuente receptora las 140 antenas de Hellissandur. Digamos que sois un procesador de señales gigante, con una fuerza brutal capaz de canalizar una cantidad enorme de energía electromagnética. Ergo, ¡estáis jugando a ser Dios! —sentenció Ragnar, de nuevo a voz en grito.

—En el mundo existen muy pocos aparatos de estas características, ECYLA ha invertido mucho dinero no solo en esta base, sino en muchas otras. Ahora mismo es nuestro proyecto estrella. Hemos logrado que nuestros superordenadores cuánticos sean capaces de crear y controlar PEMs cuya intensidad supera a las primeras bases que se construyeron en Alaska y el desierto de Nevada —afirmó Peter.

Ragnar y Thomas estaban siendo testigos de tan solo una pequeña parte de los avances más recientes logrados por los científicos de ECYLA a nivel global. Gracias a los ordenadores cuánticos de última generación habían creado una tecnología totalmente nueva cuyo valor en el mercado era incalculable. Se habían situado por delante de

cualquier competencia que pudieran tener, trabajando desde las principales bases militares del planeta, en colaboración con gobiernos ávidos de poder, ejércitos necesitados de nuevas armas y varios laboratorios de investigación electromagnética situados en puntos estratégicos de la geografía terrestre.

—Siempre he pensado que ahora estamos disfrutando de los avances que se gestaron hace cuarenta o cincuenta años —afirmó Thomas clavando su mirada en los ojos de Peter.

—Y no vas muy desencaminado, amigo mío: los avances científicos al servicio del poder —apuntó Ragnar—. Dibujamos una línea muy fina donde la moral se desdibuja, el sentido común desaparece y nos convertimos en números, en cosas.

—No soy físico, pero diría yo que crear alteraciones climáticas y jugar con la atmósfera a vuestro antojo no es la mejor forma de ayudar al planeta… y lo peor es que pensáis que tenéis el control de la situación —dijo Tom.

—No, lo peor es que esta gente no conoces límites. Con un ordenador cuántico, cientos de antenas coordinadas y la potencia adecuada, podéis llegar a crear algo mucho peor que un PEM, una tormenta o un tsunami, ¿no es cierto? —preguntó Ragnar.

—Creo que sé por dónde vas —contestó Peter.

—Ya sabes lo que pasa cuando juegas con la física cuántica —dijo Ragnar mirando fijamente a Peter.

—Un vórtice espaciotemporal —apuntó Peter—. ¿No es eso en lo que estás pensando?

—Tengo varias teorías —contestó Ragnar.

—Un vórtice espaciotemporal o una distorsión temporal es la conclusión lógica que añade un valor incalculable a nuestra investigación —apuntó Peter.

—¿Conclusión lógica o daño colateral irreversible? —preguntó Thomas.

—No entiendo por qué te parece tan horrible. ¿Te imaginas poder alterar unas horas la historia reciente? Podríamos evitar un atentado, un ataque o incluso una invasión —dijo Peter, otra vez visiblemente emocionado.

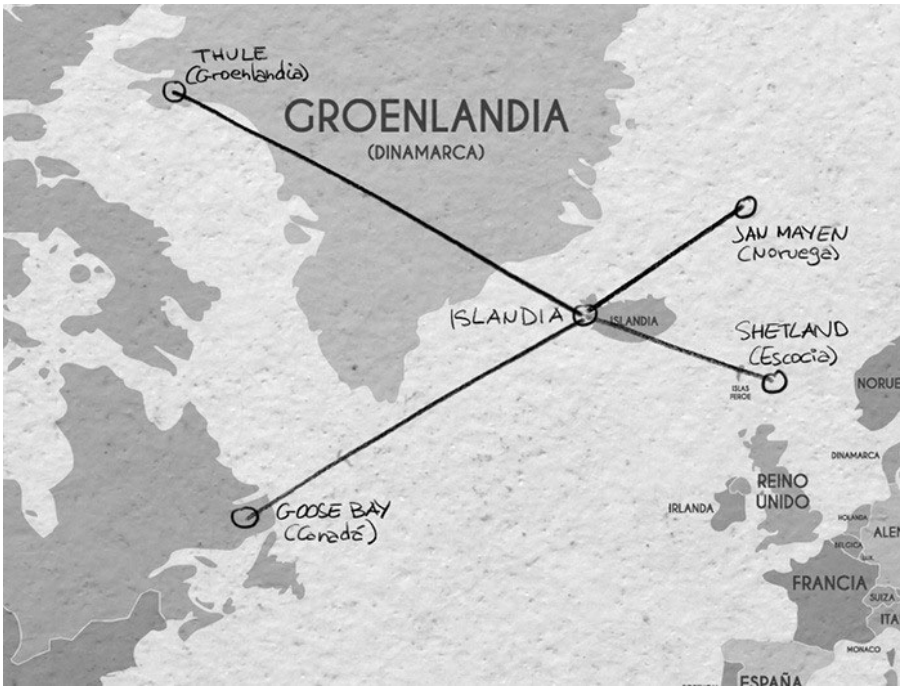
—El verbo alterar, tal y como lo utilizas, me produce escalofríos —repuso Tom.

En ECYLA eran conocedores de los riesgos que corrían y, por tal motivo, el consejo de administración de la enorme corporación había decidido inyectar una parte de capital en un nuevo departamento que todavía se encontraba en periodo de gestación. Gauss, Riemann y el propio Einstein habían logrado una descripción de cómo el espacio y el tiempo en el que existimos se pueden distorsionar, demostrando que

no son escenarios fijos e invariables en los cuales tienen lugar las acciones del universo. A partir de esas premisas, ECYLA había desarrollado varios proyectos que todavía se encontraban en fase experimental.

—La soberbia, la estupidez y la inconsciencia del ser humano son infinitas —dijo Ragnar.

Ragnar y Tom decidieron pasar a la acción. No tenían mucho tiempo y si querían mantener vivo el factor sorpresa, debían seguir actuando con celeridad. Invirtieron algo más de diez minutos en filmar con detalle el ordenador cuántico y tomar fotografías de toda la sala de servidores, con sus habitáculos protegidos por grandes rejillas metálicas. También registraron imágenes de las pantallas, anotando detalles geográficos y coordenadas que ayudaran a posicionar las bases más cercanas. En una de las pantallas pudieron observar las nuevas antenas ubicadas en la base militar de Goose Bay, en Terranova. La base canadiense recibía la visita de muchas fuerzas de combate europeas, cubriendo desde su estratégica localización buena parte del Atlántico Norte. Ragnar también reconoció en la enorme pantalla de led las antenas de las bases de Olonkinbyen, en la isla noruega de Jan Mayen, una isla desierta con tan solo un pequeño asentamiento militar noruego. La pequeña isla era uno de los puntos clave a nivel de triangulación, junto con la base de Thule en Groenlandia, explotada por los Estados Unidos y la base Saxa Vord, propiedad de la RAF, situada en Unst, al norte de las islas Shetland. Las actividades en la base de la RAF habían levantado varias protestas en Escocia. La corporación ECYLA trabajaba estrechamente con los gobiernos de Dinamarca y Reino Unido para volver a poner en marcha la pequeña base militar de Mjorkadalur, en las islas Feroe, con la intención de poder cubrir totalmente el Atlántico Norte, llegando más allá del Círculo Polar Ártico.



El veterano islandés buscó en uno de los bolsillos interiores de su chaqueta y sacó un mapa del hemisferio norte y un bolígrafo. Desplegó el mapa y tras localizar y marcar con un círculo varios puntos geográficos, trazó cuatro líneas rectas. La primera partía de la base de Thule en Groenlandia, bajando hacia el sureste. La segunda tomaba como punto de partida la base de Jan Mayen y bajaba hacia el suroeste. La tercera línea se iniciaba en la base de Goose Bay en Terranova y subía hacía el noreste y la última línea ascendía hacia el noroeste desde la base de Saxa Vord en las islas Shetland. Las cuatro líneas dibujadas por Ragnar confluían en Islandia, en la península del Snaefells.

—¿Todas las bases tienen la misma potencia de emisión? —preguntó Ragnar.

—Los ordenadores cuánticos se encargan de nivelar la potencia de emisión y de realizar los cálculos necesarios para que la energía se transmita de forma uniforme. Como puedes ver, no todas las bases se encuentran a la misma distancia de Islandia —explicó Peter.

—¿El sistema es el mismo en otras partes del planeta? —preguntó Thomas.

—Sí —contestó Peter—. Todas las bases pueden operar en modo de emisión y recepción.

El científico de ECYLA mostró en la tablet que llevaba consigo uno de los últimos cálculos realizados para poder concentrar varios PEM, creando una gigantesca cantidad de energía que, dirigida hacia un objetivo determinado, podía llegar a generar un evento multipem

como el que había experimentado la península del Snaefells. Para ello necesitaban como mínimo cuatro sistemas de antenas para emitir, concentrando la energía generada en cada base en una gran antena receptora.

—No hace falta que la base receptora esté situada en medio del resto, podéis calcular la potencia de los haces de energía por separado, llegando al punto de encuentro de forma homogénea —comentó Ragnar.

Tal y como les había explicado Peter, el ordenador cuántico se encargaba de realizar los cálculos para que la potencia fuera uniforme, aunque la distancia no siempre resultara la misma entre las bases emisoras. Gracias a la nueva tecnología desarrollada por ECYLA, la capacidad de cálculo permitía modular la intensidad de los PEM, acotando los efectos a discreción del cliente. Para demostrar la efectividad a los inversores, se habían llevado a cabo varias pruebas en el Mediterráneo, trabajando en colaboración con varias bases con antenas operativas en diferentes países, capaces de crear pequeños eventos multipem como el que había afectado la región de Tempio, en Cerdeña, hacía tan solo unos meses.

—¿Cuáles son las bases operativas con mayor potencia actualmente? —preguntó Thomas.

—La mayoría disponen de una potencia similar, destacando las que tenemos operativas en Alaska, Nevada, Groenlandia y la isla de Cerdeña. En Islandia estamos concentrando todos nuestros esfuerzos en la recepción de energía a través de nuestra antena gigante, pero también podemos pasar al modo de emisión en muy poco tiempo, uniéndonos a las bases de las islas Shetland, en Escocia y la del Monte Limbara en Cerdeña.

—Algunos todavía se preguntan por qué el Mediterráneo y media Europa sufrieron un verano tan tórrido hace un año —comentó Ragnar.

—Fue uno de nuestros grandes logros. A partir de ahora las posibilidades son infinitas —reconoció Peter.

—A nivel psicológico podéis influir en el estado de ánimo de millones de personas, contando con la magnífica labor de todos los medios de comunicación que tenéis en nómina —afirmó Thomas—. ¡Es increíble! Habéis creado un arma que puede llegar a tener múltiples aplicaciones, no solo a nivel de control climático. Ahora entiendo muchas cosas…

—Es un arma terrorífica y lo peor es que todo se ha gestado partiendo de una idea noble y pacífica —dijo Ragnar.

—Queríais ayudar a frenar el calentamiento global, un fin muy noble que esconde un terrible objetivo —apuntó Thomas—. ¿No te has parado a pensar la cantidad de daños colaterales que habéis

ocasionado y que podéis llegar a ocasionar en el futuro? —añadió.

—Un calentamiento global que esconde muchos secretos —sentenció Ragnar.

Peter decidió guardar silencio.

El veterano islandés se acercó a un surtidor de agua situado a pocos metros de donde se encontraban y se sirvió un vaso. Las burbujas gorgotearon dentro de la bombona de diez litros. A continuación, tomó buena nota en su libreta de las principales bases donde ECYLA había extendido sus tentáculos y realizó varias declaraciones ante la cámara del iPhone que manejaba Tom, explicando con detalle dónde estaban, quién había construido todas las instalaciones en la base de Hellissandur y cuál era la función de aquel impresionante cerebro cuántico de última generación. ECYLA era el ejemplo perfecto de cómo una gran corporación podía adquirir una notable visibilidad escudándose en la investigación científica. Recientemente había abierto una nueva oficina en Reykjavík, utilizando como tapadera varias empresas subsidiarias, ocultándose en las sombras de un modo muy sutil. En muy poco tiempo, se habían posicionado en lo más alto, haciendo temblar los cimientos de la misma Black Rock, la empresa de gestión de inversiones considerada como la mayor del mundo en gestión de activos.

Mientras Ragnar tomaba notas y hablaba a la cámara, Peter observaba la escena en silencio, sin esconder su nerviosismo. Aunque en ningún momento se mostró hostil, Tom pudo observar cómo la incomodidad y la ansiedad se apoderaban de él. Varias gotas de sudor frío comenzaban a descender lentamente a través de la frente del científico de ECYLA, quien, consciente de la situación, procedió a secárselas rápidamente, intentando pasar lo más desapercibido posible, aunque sin lograrlo. Al cabo de unos minutos, los tres salieron de nuevo al pasillo con la intención de seguir obteniendo información. Tom se colgó su cámara al cuello y guardó el teléfono móvil en su bolsillo, junto al carrete utilizado. Volvió a cargar la cámara y justo cuando se disponían a seguir avanzando por los angostos pasillos, una serie de luces rojas situadas en lo alto de las paredes laterales, separadas diez metros una de otra, empezaron a parpadear.

—¡Mierda! —gritó Ragnar.

—Es la alarma silenciosa —apuntó Peter.

Aceleraron el paso a través del pasillo buscando el ascensor y al llegar a la puerta, pulsaron varias veces el botón de llamada. Poco antes de que la puerta se abriera, dos sombras de gran tamaño se abalanzaron sobre ellos. Antes de caer desplomados, Ragnar y Tom escucharon un ligero zumbido, como el sonido que produce un espray. No tuvieron tiempo para reaccionar: en menos de diez segundos la

oscuridad les invadió.

XIII

David

—¿Quién demonios son ustedes? —preguntó Thomas elevando la voz.

Él y Ragnar Sigurdsson se encontraban sentados en dos sillas metálicas plegables frente a una mesa igual de sencilla, en medio de una habitación aséptica pintada totalmente de blanco, iluminada por dos grandes plafones de leds. Por la luz que entraba por las ventanas, pudieron deducir que se encontraban en una de las plantas superiores del edificio principal de la base. El dolor de cabeza sería pasajero, ambos tenían una sensación parecida a una buena resaca tras una borrachera de cierta consideración. Sentados en el otro lado de la mesa, dos hombres de mediana edad, uno más alto que el otro, tomaban notas en una pequeña libreta. Ambos vestían gruesas chaquetas polares de color beige con el nombre de ECYLA bordado en la parte superior de la manga izquierda. Calzaban botas altas de montaña y, por su aspecto, no parecían ser socios de un club de campo inglés. Peter estaba de pie junto a ellos.

—A nosotros también nos gustaría saber quiénes son ustedes y qué es lo que realmente pretenden, no tienen pinta de ser periodistas —dijo el más altode los agentes de ECYLA. En sus manos llevaba las acreditaciones falsas de Ragnar y Tom

—Representamos a un grupo de personas cuya voz ha sido silenciada una y otra vez. Somos islandeses, tenemos todo el derecho a reclamar la verdad. Cuando sus abuelos llevaban pañales, nuestra estirpe comenzó a poblar estas tierras y, desde hace varias décadas, ustedes están destrozando nuestras vidas. Y no solo aquí en Islandia —explicó Ragnar.

—¿Y creen que entrando en esta base por la fuerza van a lograr algo? —preguntó el mismo agente.

—Todos hemos vivido trágicas experiencias provocadas por sus malditos experimentos. Hemos sufrido cambios a primera vista imperceptibles, que nos han dejado secuelas a nivel físico y psíquico. La mayoría no dispone de información suficiente como para poder hacerse una idea de la magnitud de los sucesos que han vivido, muy pocos son conscientes del peligro que corren viviendo junto a su base. Un buen número de habitantes de esta península han sido expuestos a algo que muchos todavía no son capaces de entender, ¿les sirve como explicación? —preguntó Ragnar.

—¿Nos podrían decir por qué no hay energía eléctrica en toda la

zona y qué demonios fue lo que vi desde la cumbre del Snaefells hace unos días? —preguntó Tom.

—Aquí somos nosotros quienes hacemos las preguntas —dijo el otro agente, de menor estatura. Su voz sonó bastante ronca.

—Hemos venido a obtener respuestas. Llamen a la policía si no son capaces de gestionar esta pequeña crisis —dijo Ragnar sonriendo.

—¿Han venido ustedes a obtener respuestas equipados con una pistola y un bidón de gasolina? —intervino de nuevo el agente más alto mientras les mostraba el enorme bidón que habían encontrado en el Land Rover de Ragnar.

—¿Qué tenían pensado hacer con esto? —preguntó.

—Entrar en calor —contestó Ragnar.

El agente no movió ni una ceja, pero al cabo de unos segundos, viendo la sonrisa que Ragnar dibujaba en su rostro, esbozó una mueca llena de odio y rabia. Centró sus ojos en Ragnar, pensando en la reacción que tendría su superior al enterarse de la intrusión. No era la primera vez que algún activista entraba en una de las bases de investigación propiedad de ECYLA, pero hasta la fecha nadie se había atrevido a llegar tan lejos. La seguridad de la base había quedado en entredicho, así como la capacidad de respuesta de los responsables de seguridad. El exceso de automatización en ocasiones podía acarrear consecuencias imprevisibles.

—¿Una pistola? —preguntó Thomas mirando a Ragnar.

—Podrían ser acusados de intento de sabotaje, asalto a mano armada, robo o incluso de terrorismo. De entrar sin permiso en una base de investigación científica y extraer información... —el agente alto no pudo terminar la frase.

—¡Perfecto! Llamen ahora mismo a las autoridades, tenemos muchas ganas de hablar con ellos cara a cara —le interrumpió Thomas.

—Ustedes siempre hablan de ciencia ante los medios, pero desde hace décadas han creado una atrocidad, una aberración científica cuyas consecuencias pueden ser imprevisibles y, probablemente, devastadoras a largo plazo. Están controlando el clima, crean tormentas donde no las hay, huracanes, nevadas… Y seguro que son capaces de ir todavía más lejos, ¿verdad? ¿Son conscientes del peligro que corren jugando a ser Dios? ¿Con qué autoridad moral pretenden controlar el espacio-tiempo y la meteorología? —preguntó Ragnar.

—¿Con que autoridad nos retienen?, ¿acaso creen que pueden secuestrar a dos personas impunemente? —Thomas se sumó también a la indignación de Ragnar.

—Dejando a un lado lo que podemos o lo que no podemos hacer, les diré que estamos aplicando los mismos protocolos de seguridad que nuestra empresa aplica en todo el planeta en caso de intrusión o

allanamiento. Han entrado ustedes en una propiedad privada, supongo que son conscientes de que han cometido varios delitos. Cortar una valla es destrucción de propiedad y entrar sin permiso es allanamiento. Como empresa tenemos nuestros derechos, y ustedes los han vulnerado —afirmó el agente más bajo, cuyo acento alemán delataba su origen.

—Mejor no entrar en detalles sobre vulneración de derechos, experimentación con seres humanos y asesinato premeditado —dijo Ragnar—. Son ustedes unos genocidas en potencia —añadió.

—Ambos viajaban indocumentados, pero en su vehículo hemos encontrado esta mochila con la documentación de un tal Thomas Rake, supongo que el joven de la foto es usted —dijo el agente alto mientras ponía la mochila de Tom encima de la mesa. Junto a ella, dejó el pasaporte de Thomas.

—Soy yo —dijo Thomas recuperando de un manotazo su pasaporte —. Gracias por lo de joven, pero no tienen ningún derecho a retener objetos, personas ni documentación —le espetó mientras dejaba la mochila a sus pies.

—Usted ha sido identificado, pero no sabemos nada de su compañero —dijo el otro agente mirando a Ragnar—, no lleva documentación.

—Han entrado sin autorización en una base científica que trabaja para un conglomerado de varios países entre los que se encuentran los Estados Unidos, Alemania, Francia y el Reino Unido —añadió el más alto.

—Hay unas normas, leyes que hay que cumplir. En Islandia son muy estrictos con el allanamiento y el espionaje industrial —añadió su compañero mirando a Peter.

—¿Vosotros nos habláis de normas y leyes? No creo que tengáis autoridad, reconozco a un mercenario cuando lo veo —afirmó Ragnar indignado.

—Nosotros respetamos las leyes islandesas, pero según parece dichas leyes no son para ustedes —dijo el agente más alto.

—A las empresas que se pueden permitir mercenarios no les interesan las leyes y mucho menos la ciencia ni el conocimiento, solo el poder —dijo Ragnar.

—¿Cómo demonios habéis logrado mantener la corriente eléctrica en estas instalaciones? A menos que todas las construcciones estén recubiertas por una tela metálica. Estamos en el interior de una enorme jaula de Faraday, recubierta con algún material aislante, ¿no es así? —preguntó Thomas mirando a Peter.

—Mejor será que no abras la boca —advirtió el agente más alto a Peter—. Todavía tienes que explicarnos por qué estabas con ellos y qué demonios hacíais en el sótano.

—¿Así tratáis a vuestros empleados? No me extraña que luego se sientan poco valorados. Estáis actuando de un modo que me recuerda a la Alemania de los años treinta… El ser humano no aprende de sus errores —dijo Ragnar.

—Creo que ha leído usted demasiadas novelas de ciencia-ficción o puede que la edad le esté empezando a jugar malas pasadas —dijo el agente más bajo, que hablaba sin querer disimular su acento alemán.

—Lo importante es leer y cuidar los libros, no como sus antepasados, que seguramente los quemaban. ¿No es así, Mein Herr?

El veterano islandés apenas pudo terminar su pregunta cuando el agente aludido se abalanzó sobre él. Tom y Peter se interpusieron entre ambos separándolos. Acabaron forcejeando entre ellos, hasta que se calmaron las aguas.

En aquel preciso instante se abrió la puerta de la pequeña habitación y entró en ella un hombre de mediana edad cuyos ojos de un azul muy intenso destacaban por encima de su rostro agradable, bronceado por el sol. Era alto, rubio, de complexión atlética y vestía un traje impecable de color gris claro, probablemente de corte italiano, cubierto con un elegante abrigo de color beige. Los dos hombres de ECYLA se volvieron a sentar, clavando sus miradas en Ragnar y Tom.

—Caballeros, no es necesario que perdamos las formas —dijo el recién llegado utilizando un tono de voz extremadamente amable.

A Peter le sudaban las manos, pero no dudó en saludarlo con un buen apretón. La mueca de disgusto de su superior todavía le puso más nervioso, al comprobar como este utilizaba un pañuelo blanco impoluto para proceder a secarse la mano derecha. Uno de los hombretones de ECYLA se levantó, ofreciéndole su silla.

—Siento mucho lo ocurrido, pero han sido ustedes los que han entrado en esta base sin permiso, con acreditaciones de prensa falsas y pases de seguridad antiguos. Creo que estamos en nuestros derecho de pedirles explicaciones. En estos casos, siempre activamos nuestros protocolos de seguridad —dijo mientras se sentaba.

—Supongo que ya saben por dónde pueden meterse sus protocolos —intervino Ragnar—. No me inspiran confianza las empresas que contratan a mercenarios —continuó señalando a los dos agentes de ECYLA.

—¡Por favor! No compliquéis más vuestra situación, intentad colaborar —dijo Peter intentando ayudar.

—¿Colaborar? ¡Maldito seas, Peter! Deja de hacerle la pelota al extorsionador de tu jefe —esta vez era Thomas quien empezaba a perder los nervios.

—¡Qué hermosa es la amistad! ¿No creen? Nuestro querido doctor

siempre ha sido un sentimental, nunca un hombre de acción, pero hasta hoy nos resultaba muy útil en otros menesteres —dijo el recién llegado sin perder la compostura.

—Las apariencias engañan —dijo Ragnar—. Evidentemente, ni se llama Peter ni es quien dice ser, igual que este caballero tan elegante que tenemos aquí delante, ¿no sabes quién es? —preguntó Ragnar mirando a Tom.

—No tengo ni idea —respondió el noruego.

—Es David Galvanni, una de las pocas caras visibles de ECYLA. Tanto secretismo denota que sus intenciones son oscuras, ¿niega usted que hayan amenazado a todo el personal de la base y a sus familias en caso de no querer colaborar? —añadió.

—Pueden llamarme David —dijo el directivo de ECYLA sin elevar el tono de su voz—. He tenido varios encuentros con gente como ustedes a lo largo y ancho del mundo, estoy acostumbrado. Dejando a un lado a la prensa, la mayoría son cruzados y soñadores hijos de papá que enarbolan la bandera de la libertad, la igualdad y la fraternidad, luchando por un mundo mejor sin tener ni puñetera idea de lo que hablan. Recientemente se han apuntado a la moda los alpinistas comprometidos, personajes mediáticos y activistas atormentados por el calentamiento global que se mueven por Internet en busca de conspiraciones. Ahora está de moda el querer liberar de antenas sus amadas cumbres —añadió con sarcasmo mirando a Thomas.

Ragnar clavó su mirada en David Galvanni.

—Es usted un valor en alza en ECYLA, he seguido muy de cerca su evolución, y no soy el único. Italo-americano con mucha influencia en el mundo de la política en Estados Unidos, ha ostentado varios cargos en empresas farmacéuticas y desde hace unos siete años es uno de los máximos responsables del área de investigación cuántica de ECYLA. Observo que está pluriempleado, también trabaja como limpiador profesional... Este montón de mierda es muy inteligente, no puedo negar que tiene una mente privilegiada, pero ya sabemos cómo acaban muchos genios. Le han dado libertad total dentro de la corporación, puede hacer y deshacer a su antojo y sus perros falderos le obedecen ciegamente —explicó Ragnar mirando a Peter.

—Un resumen un poco melodramático, pero me gusta; me recuerda al personaje que interpretó Jonathan Pryce en El mañana nunca muere —dijo Galvanni.

—Qué desperdicio de talento. Por desgracia, está usted más loco que Elliott Carver —apuntó con rapidez Ragnar, demostrando su cinefilia.

David Galvanni era uno de los miembros más jóvenes del consejo

de administración de ECYLA, cuya sede central se repartía entre Londres y Nueva York. Disfrutaba siendo uno de los dirigentes en la sombra de ECYLA, aunque, por exigencias de su contrato, debía prestarse a algunas apariciones públicas. Hijo único, nieto de inmigrantes italianos seguidores de Mussolini, había crecido en el seno de una familia muy católica en Nueva York. Hacía tan solo tres años que se había trasladado a vivir a Londres, donde compró un impresionante apartamento en lo alto de la torre The Shard. Galvanni había seguido una brillante trayectoria científica en el campo de la geofísica y la ingeniería de recursos energéticos. A sus 44 años, tenía tras de sí un currículum envidiable. Licenciado summa cum laude en Física por la Universidad de Stanford, optó por seguir estudiando y, una vez obtuvo el graduado por la Facultad de Ciencias de la Tierra, Energía y Medio Ambiente de la misma universidad, impartió allí varias materias como profesor invitado, labrándose cierta fama de exigente y susceptible.

Obsesionado con la posibilidad de poder controlar los fenómenos atmosféricos de un modo nunca antes alcanzado, defendió y siguió los postulados de su admirado Richard Feynman, físico teórico norteamericano que había participado en el Proyecto Manhattan, conocido por sus aportaciones fundamentales a la mecánica cuántica, en particular por formular la llamada «integral de camino», que sustituía el concepto clásico de trayectoria de una partícula por otro más amplio: el de los diversos caminos posibles. Al terminar un máster en política ambiental, Galvanni impartió seminarios por medio mundo sobre oceanografía, ciencias de la tierra y geobiología hasta ser tentado por varias compañías petroleras. Durante cinco años fue uno de los responsables de la explotación de Shell en el norte de Europa, abandonando su cargo al observar que se estaba alejando de lo que realmente lo motivaba.

Entabló amistad con Elon Musk y durante unos meses se postuló para ocupar puestos de envergadura en Neuralink y SpaceX. Pero el multimillonario sudafricano acabó por mostrarle la puerta de salida: era incapaz de convivir con alguien que estuviera a su altura. Durante unos meses, por la mente de Galvanni cruzó la idea de crear su propia compañía, pero había algo que todavía le seducía con mayor fuerza: el poder en la sombra. Eligió el poder antes que el dinero, contrariamente a lo que le habían enseñado en Stanford. No solía cometer errores, era de los que creían que el dinero es poco más que un palacete construido en Las Vegas que se viene abajo al cabo de veinte años. El poder, en cambio, es un monumento clásico, una obra de arte que permanece intacta durante siglos. Odiaba profundamente a quienes no percibían la diferencia, y si el poder se encontraba oculto, todavía le resultaba más fascinante. Había logrado aparcar su

necesidad de ser visible, pasando a un segundo plano desde donde podía llegar a tener mucha más fuerza, vendiendo su capacidad de trabajo y su espectacular riqueza de conocimiento al mejor postor. De algún modo, intentaba escapar de la fama excesiva que habían cosechado gente como Bill Gates, Richard Branson o Steve Jobs, y llegó a criticar su excesiva necesidad de vender imagen. «Mucho diseño y poco contenido», afirmó en una entrevista publicada en la revista Time.

—El sabio comparte ideas, el necio impone reglas —apuntó Ragnar.

—Trabajar para criminales te convierte directamente en cómplice, me importa muy poco lo brillante e inteligente que puedas llegar a ser, la gente como tú es una vergüenza para la ciencia y para la sociedad en general —le espetó Thomas.

—¿Lo de madurar lo dejamos para el año que viene? —contraatacó Galvanni—. Obviando sus historias de miedo para niños y su moralina de serie de televisión de bajo presupuesto, permítanme que les diga que todo lo que estamos desarrollando en esta base forma parte de una idea o concepto que va mucho más allá de lo que ustedes pueden imaginar y comprender —dijo.

—¿Crear un arma capaz de controlar el clima es un avance o un retroceso? ¿Con qué derecho utilizan a la población inocente como conejillos de indias? —preguntó Ragnar.

—El avance científico siempre ha requerido de la experimentación para poder probar ciertas teorías. Es algo que forma parte de nuestra evolución como especie —explicó el directivo de ECYLA.

—Una especie destructora. Digamos que los habitantes de Arnarstapi y de una buena parte de la península del Snaefells son los daños colaterales de vuestros experimentos. Una vez más el fin justifica los medios, ¿no es así? —preguntó Thomas.

David guardó silencio unos segundos antes de responder.

—Sería una buena forma de explicarlo, la historia de la humanidad está llena de ejemplos. Es una lástima que el buen doctor tenga más moral y escrúpulos que yo, pero en este mundo tiene que haber de todo. Mientras ustedes lloran, yo me dedico a generar riqueza. No debemos olvidar que somos una gran empresa y necesitamos que el dinero fluya —explicó Galvanni—. ¿No es verdad, amigo mío? —añadió mientras ponía su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Peter.

Gran parte de los éxitos logrados por los científicos de ECYLA se basaba en probar los efectos de la manipulación del clima sobre seres humanos dentro de su hábitat natural. Dicha experimentación les había asegurado notoriedad y capacidad de sorprender, reclamos que

ayudaban mucho a quienes se encargaban de llenar las arcas. La triangulación de antenas, la necesidad de controlar una fuente de energía de tamañas características y el desarrollo y mantenimiento de toda una nueva generación de ordenadores cuánticos exigía una inversión constante. Las divisiones encargadas de los superconductores, la creación de PEMs y el control de medios de comunicación eran las que mayores inversiones recibían.

Los superconductores se emplean en varios instrumentos de alta tecnología, como los escáneres médicos, los circuitos electrónicos informáticos ultrarrápidos y los trenes con imanes superconductores para flotar sobre las vías y eliminar la fricción. El desarrollo de superconductores eficaces a temperaturas mayores, e incluso a temperatura ambiente, podría reducir costes al eliminar la necesidad de contar con un sistema refrigerante e incluso dar lugar a aplicaciones nuevas. El control total de los eventos multipem exigía una calibración perfecta para poder lograr el efecto deseado en un punto geográfico concreto, fruto de la combinación de varios pulsos. La investigación llevada a cabo dentro de ese campo había devorado literalmente gran parte del presupuesto de ECYLA para el año 2022. La división encargada de la «supervisión» de los medios de comunicación y las agencias de publicidad también necesitaba una buena inyección económica cada mes; tener controlados a los principales medios del planeta implicaba invertir grandes cantidades de dinero, no solo a la hora de comprar espacios publicitarios, sino también para sobornar y comprar a directivos, periodistas, presentadores y editores. ECYLA, por tanto, necesitaba capitalizarse, de forma que se obligaba año tras año a lograr grandes avances que exigían la labor combinada de varias áreas y departamentos.

—Tenemos información muy interesante acerca de vuestras actividades. Durante un tiempo fuisteis muy precavidos, no lo niego. Antaño los activistas teníamos que improvisar, pero ahora, con la llegada de nuevas tecnologías os habéis convertido en vulnerables y la soberbia y la prepotencia no ayudan —dijo Ragnar.

—Usted no tiene pinta de haber sido un hippie durante los años sesenta, creo que es más listo y está mejor organizado de lo que sus vecinos creen. Detrás de esa mirado veo a alguien capaz de llegar mucho más lejos que un cocinero o un mecánico de pueblo. Ha intentado jugar bien sus cartas, ha apostado y ha perdido —afirmó David Galvanni.

—Nunca hables de lo que desconoces, no tienes ni idea de quién soy ni de cómo soy —le espetó Ragnar.

—¿Vais a negar que estáis llevado a cabo experimentación con PEMs? —preguntó Thomas.

—¿No estáis utilizando a seres humanos como conejillos de

indias?, ¿no trabajáis con ordenadores cuánticos capaces de triangular un enorme flujo de energía electromagnética para concentrarla en un punto determinado? —preguntó Ragnar.

—Negar, afirmar… blanco o negro. ¿Y la escala de grises? —preguntó Galvanni—. Controlar el clima es algo que ha fascinado al ser humano desde hace siglos, para ello se han llevado a cabo muchos proyectos, la mayoría absurdos y descabellados. No creo que seáis conscientes del esfuerzo que estamos acometiendo para desarrollar la tecnología necesaria que nos ayude a crear y controlar anomalías climáticas.

—Soy plenamente consciente —dijo Ragnar—. Habéis creado un arma muy poderosa e invisible, que puede llegar a decidir contiendas, extorsionar a empresas o simplemente, aterrorizar a sociedades enteras creando estados de opinión que ayuden a cambiar gobiernos o Dios sabe qué.

—¿Y qué hay de la convención del clima de Ginebra? Es un tema muy interesante del que se ha hablado muy poco. A lo largo del siglo XX ha habido varios intentos de control climático: en Vietnam, por ejemplo. Supongo que sabrás que no sois los primeros en jugar a ser Dios. ¿Me equivoco o estoy en lo cierto? —preguntó Thomas dirigiendo su mirada a Galvanni.

Se refería a la Environmental Modification Convention, firmada en Ginebra en 1977 solo tras varios intentos de modificar el clima llevados a cabo durante décadas. La intención era evitar que los Estados Unidos volvieran a desarrollar proyectos como los que habían llevado a cabo durante años, destacando la operación que tuvo lugar durante la guerra de Vietnam, conocida como Operación Popeye u Operación Popeye Sobrio. Dicha operación fue un proyecto militar basado en la siembra de nubes que llevó a cabo la Fuerza Aérea de los EE. UU. en 1967-1972. El programa, altamente clasificado, intentó llevar mucho más allá la utilización del yoduro de plata para extender la temporada del monzón sobre áreas específicas del sendero Ho Chi Minh, interrumpiendo los suministros militares de Vietnam del Norte al causar importantes deslizamientos de tierra. Por aquel entonces, el secretario de Defensa de EE. UU., Robert S. McNamara, sabía que la comunidad científica internacional podría presentar objeciones, pero según reza un memorando presentado ante el presidente, cualquier objeción quedaría anulada al estar actuando para asegurar la protección y la seguridad de los Estados Unidos y de sus ciudadanos.

El programa de modificación química del clima se llevó a cabo desde Tailandia sobre Camboya, Laos y Vietnam, y supuestamente fue patrocinado por el secretario de Estado Henry Kissinger y la CIA sin la autorización del secretario de Defensa en 1969, Melvin Laird, quien

había negado categóricamente al Congreso que existiera un programa de modificación climática que pudiera ser utilizado como arma táctica. El objetivo de la Operación Popeye era aumentar las lluvias en áreas cuidadosamente seleccionadas para impedir que el enemigo vietnamita con sus camiones de suministro militar pudiera utilizar las carreteras con normalidad. Al aumentar la potencia de las tormentas y al alargar su duración se ablandaba el terreno de un modo anormal, se creaban deslizamientos de tierras, se hundían puentes y se inundaban grandes áreas habitadas. Fueron varias las operaciones encubiertas que se llevaron a cabo durante la Guerra Fría.

—Veo que el hijo de papá ha hecho los deberes —dijo David Galvanni fijando sus penetrantes ojos azules en Thomas.

—El muchacho lleva razón, ambos sabemos muy bien el precio que hay que pagar cuando alteras la naturaleza de un modo imprevisible. Llevamos años sufriendo vuestros experimentos, mi padre y yo adorábamos la física y la electrónica, éramos unos idealistas —reconoció Ragnar.

—Un puñado de idealistas que sigue creyendo en la ciencia como un bien universal. Pero la realidad es mucho más cruel, mira la mierda de mundo en el que vives… La mayoría de la sociedad que nos rodea no piensa, no actúa, vive sumida en una especie de letargo, tienen tanto miedo que se han olvidado de vivir, y eso me encanta. ¿Qué tipo de conocimiento quieres aportar a una sociedad idiotizada que prefiere ver basura en la televisión y bailar un tipo de música que insulta nuestra inteligencia como especie? —preguntó David.

—¿Y la solución es crear el caos? —preguntó Thomas.

—Todo es mucho más sencillo. Nos aprovechamos de la estupidez y la sumisión de la mayoría de la población para crear algo nuevo que nos permita seguir manteniéndoles estúpidos y sumisos —contestó David.

—Cuando hablas de crear algo nuevo te refieres a pulsos electromagnéticos según las necesidades de vuestros clientes… un arma revolucionaria y muy eficaz para crear el caos, sin duda —intervino Ragnar.

Permanecieron unos segundos en silencio. Ambos experimentaron una extraña sensación. Sus peores temores acerca de las actividades de ECYLA se habían confirmado y en aquel preciso momento dejaron a un lado toda la información que habían recibido y empezaron a pensar cómo demonios podrían salir con vida de la base de Hellissandur. Necesitaban mantener la calma para poder ganar algo de tiempo.

—Es la ley de la jungla: si el planeta sigue como hasta ahora, en unos años solo sobrevivirán los más fuertes. Nosotros hemos sido capaces de llegar donde nadie ha llegado, hemos dejado atrás todos

los intentos arcaicos para controlar el clima; estamos en 2023, la guerra de Vietnam queda bastante lejos. Vivimos en la era de la información y ahora más que nunca un arma de estas características puede resultar muy útil para controlar a grandes masas de población —respondió Galvanni.

—Podías haber trabajado con nosotros y te negaste. Siempre has sido un cabezota, Ragnar; tu padre creía en nuestra idea, pero no fuisteis capaces de tener visión de futuro —dijo Peter, intentando ganarse la atención de sus superiores.

David le fulminó con la mirada, una mirada que Peter había visto en varias ocasiones y que había llegado a producir auténtico terror en varios compañeros que ya no trabajaban en la base. Según sus superiores, habían sido reubicados argumentando diversos motivos, sin que nadie hubiera tenido noticias de su paradero.

—Por favor, no intentes resultar más patético de lo que ya eres. Todavía no has tenido la valentía de reconocer de qué lado estas, así que, de momento, quédate quietecito y en silencio. Solo tenerte al lado ya me cansa —dijo David cerrando los ojos.

La visión de David con la cabeza baja y los brazos cruzados aterrorizó a Peter. El científico islandés tuvo muy claro que sería imposible recuperar la confianza de su superior, era demasiado tarde. Por primera vez en su vida sintió pánico, terror. Su vida y la de su familia corrían serio peligro. La ansiedad se apoderó de él, las pulsaciones se le dispararon, le costaba respirar y volvía a sentir el sudor frío recorriendo su frente y cayendo por la sien izquierda hacia la mejilla. Tom y Ragnar fueron conscientes de ello.

—Mi padre fue un soñador, nunca lo he negado. El muy iluso creía en la energía libre, en poder crear algo que diera esperanza a la humanidad, eran sueños nobles, dignos de alguien con sus principios y su ética. Pero vosotros solo veis poder, riqueza y capacidad de destrucción. Y encima manipuláis la información con vuestros canales de televisión, vuestras emisoras de radio y vuestros periódicos. Creáis el caos allí donde vais. Por desgracia, la mayoría de la sociedad se traga todas las patrañas que sueltan vuestros medios —dijo Ragnar recuperando el hilo de la conversación, intentando suavizar la tensión que reinaba en la sala.

—No puedo negarlo, me cae bien, es usted muy inteligente, no es el clásico conspiranoico. Conozco a cientos y la mayoría son una panda de inadaptados antisociales, amargados e inmaduros, pero usted es diferente. No se pasa todo el día hablando de chemtrails, no sé si cree que les fumigan a diario, es más de defender lo tangible. Usted es distinto, hay algo en su mirada que le delata, está muy lejos de la mayoría de pardillos que aparecen por televisión denunciando el calentamiento global. Usted no sigue los postulados de Al Gore, no le

hace la pelota a la pobre Greta. Si le sirve de consuelo, reconozco que es usted mucho más listo que la mayoría de iluminados con los que he tratado últimamente —afirmó Galvanni.

—Nadie en su sano juicio jugaría con una tecnología tan volátil. ¡Intentar dominar el clima es una atrocidad! —clamó Thomas.

—No lo intentamos, ¡lo estamos haciendo! —le espetó Galvanni, encrespándose también.

—Mi padre soñaba con poder combinar la energía electromagnética con los recursos naturales que tenemos, aportando algo al mundo que pudiera resultar útil —dijo Ragnar.

—Siento decir que quienes financian esta base y muchas otras en el mundo no son ni la madre Teresa ni Vicente Ferrer —dijo David—. Esto es un negocio, el mundo estaba y sigue estando en pie de guerra, la paz en muchos países pende de un hilo aunque no lo parezca y una buena defensa siempre es mejor que un buen ataque. Nosotros investigamos nuevas armas, sistemas de defensa que ayuden a evitar la muerte de soldados.

—Mi padre creía en la ciencia, como Tesla, Einstein y muchos otros antes que ellos.

—Y nosotros creemos en la rentabilidad, el poder y la seguridad, como Rockefeller, Gates, Soros y muchos otros antes que ellos —replicó David sonriendo—. Antes de decidir qué hacemos con vosotros, me gustaría saber si habéis logrado enviar información al exterior y, en caso afirmativo, qué tipo de información… —David no pudo terminar la frase.

—¡Igual que los malditos nazis! El fin justifica los medios. ¡Que les den a estos paletos! ¿Cuánto dinero pagáis para comprar silencios? —preguntó Ragnar.

—¡Cobayas! La mayoría somos conejillos de indias, ya sea aquí o en China —dijo Tom—. Como siempre, son los más débiles y los indefensos quienes acaban pagando el pato —la indignación de Thomas aumentaba por momentos y Ragnar, consciente de ello, decidió utilizarlo a favor de ambos.

—Nadie va a hacer daño a nadie, estos hombres no son unos asesinos. Seguro que podemos negociar una salida que nos resulte satisfactoria —mintió Peter mientras lanzaba una mirada piadosa a David.

—Muy bien, pues si tan solo sois los Jóvenes Castores, entonces no tendréis inconveniente en llamar a la policía. ¿Por qué no tenéis lo que hay que tener para presentar una denuncia formal contra nosotros por allanamiento, destrozos en propiedad privada y, ya que estamos, por difamación y calumnias contra su corporación fantasma o a quien demonios representen? —preguntó Ragnar.

—No creo que sea necesario, podemos solucionar este pequeño

incidente de una forma indolora, entre amigos. Solo necesitaré saber si han realizado fotografías, si han hablado con alguien más y qué tipo de información poseen actualmente. También necesito saber qué demonios les has dicho —añadió David mirando a Peter fijamente.

—¿Cómo vamos a poder realizar fotografías si habéis freído literalmente todos los aparatos electrónicos, incluidos los teléfonos? —dijo Thomas.

—No juegues conmigo muchacho, no soporto que insulten mi inteligencia. En la cumbre del Snaefells tomaste fotografías, Peter nos lo ha explicado con detalle mientras permanecíais bajo los efectos del gas soporífero.

David hizo un chasquido con los dedos de su mano izquierda y uno de los mercenarios que le flanqueaba colocó la cámara de Tom encima de la mesa.

—Deja a Tom en paz, él no tiene la culpa de nada. Y ya que estamos, ¿de veras nos crees tan idiotas de venir hasta aquí sin tener un plan B? Si por alguna razón nos pasara algo a los dos, guardo un pendrive con mucha información recopilada a lo largo de las últimas décadas. Esta vez me he asegurado de tener las espaldas bien cubiertas. Ahora solo falta encontrar los medios de comunicación y los canales adecuados, no podréis comprar a todo el mundo, el control del clima es algo demasiado suculento como para que lo dejen pasar —dijo Ragnar.

—Solo queremos proteger lo que legalmente nos pertenece. Fin de la conversación —zanjó David.

Galvanni ordenó a sus hombres que registraran a fondo los bolsillos y las pertenencias de Ragnar y Thomas. Sin excesivas formalidades, los dos hombres de ECYLA cachearon de arriba abajo a sus prisioneros.

—¿Realmente crees que sería tan iluso?, ¿que lo llevaría encima? —preguntó Ragnar—. Me estás decepcionando —añadió el islandés.

Los dos hombres no encontraron ningún pendrive, pero sí que hallaron en uno de los bolsillos de la chaqueta de Thomas un iPhone 6 apagado. En el anorak de Ragnar encontraron una SIG Sauer P226, una pistola muy práctica de fabricación germano-suiza, que el islandés siempre guardaba en el cajón superior de su mesita de noche. El jefe de seguridad de ECYLA metió la pistola en el bolsillo derecho de su abrigo.

—No habíamos hablado de utilizar armas —dijo Thomas mirando a Ragnar.

—Lo siento muchacho, pero si te lo hubiera dicho te hubieras negado a llevarla y nunca se sabe, puede que sea nuestro pasaporte para salir de aquí. Esta gente es capaz de todo —dijo Ragnar.

—No será necesario, ¿no es así? —preguntó Peter mirando a su

superior.

El directivo de ECYLA volvió a fulminar con la mirada a su subordinado.

—Será mejor que no vuelvas a abrir la boca hasta que te pregunten, por tu propio bien. Es la segunda vez que te lo advierto, no habrá una tercera. ¿Te gustaría ver a tu esposa vestida de negro con varios huerfanitos llorando en su regazo? No, ¿verdad? Pues ya sabes lo que toca —contestó David.

A continuación, David tomó en sus manos la cámara de Tom, la abrió y arrancó el carrete de color Fuji que había en su interior. Extendió la película para velarla a conciencia y lanzó el rollo a la papelera que tenía a un metro y medio, justo al lado de la mesa. Tom pudo recuperar la cámara y la guardó dentro de su mochila.

—Entonces, reconoces que somos un peligro y que no tienes la situación bajo control. El miedo, siempre está presente. Tú mismo reconoces que la sociedad actual vive asustada, sumida en un estado permanente de miedo y ansiedad —afirmó Ragnar.

—Ya sabes cómo funciona esto: a mí me pagan por obtener resultados, nada más. Somos adversarios a nivel profesional; no es nada personal, pero me molestan los granos en el culo, como a todos —sentenció David.

—Hay una delgada línea roja que separa a un adversario de un enemigo. Al provocar daños irreparables en seres humanos cruzasteis esa línea —respondió Ragnar.

—En ocasiones hay que ver las cosas en perspectiva. Digamos que nos aprovechamos de las bondades de la sociedad actual —dijo David.

—Una sociedad incapaz de reaccionar —apuntó Thomas.

—Bueno, ya estamos de acuerdo en algo, es un gran paso. Somos especialistas en estimular como es debido el eje hipotálamo-hipófisis-suprarrenal de nuestros queridos conciudadanos —dijo David sin ocultar su soberbia intelectual.

—El miedo, siempre el miedo… Eres una vergüenza para la ciencia —Ragnar clavó su mirada en la de David. Sin ocultar su rabia, frunció el ceño y le señaló con el dedo índice de su mano derecha acusándole.

—Creo que no sois conscientes de donde estáis —dijo David.

—Estamos en Islandia, mi casa, mi tierra. Aquí tenemos volcanes, aguas termales y placas tectónicas en constante movimiento. Esta isla es un polvorín y aunque con la tecnología actual es posible prever ciertos cataclismos, la naturaleza es incontrolable, por mucho que os esforcéis en intentar domesticarla a vuestro antojo. Controlar el clima es una aberración contra natura. Jugar con pulsos electromagnéticos solo puede provocar una catástrofe a nivel cuántico. Mi padre fue consciente de ello, por eso os encargasteis de silenciar su voz —dijo Ragnar mirando de reojo a Thomas.

—A nivel de marketing y publicidad, el cambio climático es un producto muy rentable, para qué negarlo. Actualmente todo lo relacionado con el calentamiento global se encuentra en un momento realmente boyante y, una vez más, hemos logrado tener a gran parte de la opinión pública a favor. A la gente le da igual estar desinformada, ahora lo que vende es el calentamiento del planeta y quienes tengan una opinión contraria o simplemente, se atrevan a formular preguntas o tener dudas, son tachados de negacionistas —afirmó Galvanni.

—No hay mejor noticia que una mala noticia —comentó Thomas.

—Y los medios viven de ello. En ECYLA hemos logrado dar un paso de gigante y, por mucho que algunos digan, seguiremos apostando por el caballo ganador. Es triste que nos tomen por unos vulgares matones, no tenéis ni idea de hasta dónde podemos llegar, esto va mucho más allá de lo que la mayoría imagina.

—No, no sois unos vulgares matones, tan solo sois un puñado de criminales bien organizados con delirios de grandeza, alimentados por un enjambre de peces gordos que hasta la fecha os cubren las espaldas a golpe de talonario. Jugar a ser Dios es un viejo sueño que se ha llevado por delante a millones de vidas a lo largo de la historia —sentenció Ragnar.

—En ocasiones algunos sueños se convierten en realidad, o eso es lo que Walt Disney nos ha vendido durante décadas, ¿no creen? —preguntó David irónicamente— Ahora se lleva más Instagram y TikTok, las niñas de hoy en día ya no creen en princesas.

—¿Por qué no llaman a las autoridades locales? Estaremos encantados de entablar una conversación muy constructiva sobre el tema a tres bandas —insistió Tom.

—No digas tonterías, siempre hay que ver la obra en perspectiva. ¿De verdad pensáis que las autoridades van a creer a un par de intrusos como vosotros? Un viejo chiflado que juega a ser activista en el ocaso de su vida y un joven influencer con problemas de personalidad que se refugia en el alcohol para ahogar sus penas. Hasta la fecha vuestras protestas han caído en saco roto, son insignificantes. Vosotros habéis llegado demasiado lejos, no podemos dejar cabos sueltos. Conozco a vuestros amigos activistas, periodistas de tres al cuarto, una panda de amargados y fracasados. No es nada personal, ya os lo he dicho antes, pero tengo que tomar decisiones. Hoy en día, es muy fácil eliminar la parte que sobra en una ecuación. Disponemos de muchos medios, desde los más sencillos a los más complicados —dijo David.

En ECYLA habían creado una pequeña división formada por mercenarios y exconvictos dedicada única y exclusivamente a eliminar

molestias si alguien se pasaba de listo o cruzaba ciertos límites. También podían resultar muy útiles a la hora de encubrir errores o de silenciar accidentes ante la prensa. Lo más normal era cargarle el muerto a un iraquí o un afgano, sacándose de la chistera a un yihadista ficticio con ganas de venganza. Un lobo solitario de menos de treinta años al que unos drones le habían masacrado a toda su familia en una aldea perdida en las montañas. No era muy complicado crear cuentas, documentos, registros telefónicos y una buena cantidad de e-mails falsos. Dejar un arma, un ordenador o ropa, con las huellas o el ADN de un yihadista tampoco era difícil, y si alguien creaba excesivos problemas a nivel moral o de efectividad operativa, se le eliminaba. Existían varias formas efectivas para provocar un ataque cardíaco a través de un pequeño pinchazo al chocar con alguien en la calle. En la autopsia, el infarto sería el gran protagonista, eliminando cualquier atisbo de violencia.

—Creo que subestimas el poder que pueden llegar a tener no solo los habitantes de la península del Snaefells bien organizados, sino mucha gente que se mueve entre las sombras. Son gente muy valiente, que está más que harta de vuestras mentiras. ¿Qué es lo siguiente que estáis preparando? ¿Jugar con los rayos oscuros, la Bomba del Arco Iris? —preguntó Ragnar.

—¿A qué te refieres? —le inquirió Tom.

Una vez más, el silencio y la tensión reinante podían cortarse con un cuchillo bien afilado.

—¡Dios mío! La Bomba del Arco Iris es un ataque con pulsos electromagnéticos masivos ejecutados mediante la detonación de una o varias armas nucleares a gran altitud. Significaría el caos, ningún país lograría sobrevivir a semejante situación como entidad social organizada. ¿No serán capaces de probarlo, verdad? —preguntó Peter mirando a David.

David sacó de su bolsillo el arma de Ragnar y, sin inmutarse, disparó a Peter dos veces a bocajarro, perforándole un pulmón. Una bala de 9 mm viaja a una velocidad de alrededor de 1.448 km/h. A tan poca distancia, el impacto en el pecho del físico islandés fue brutal. Peter intentó apoyarse en uno de los agentes de ECYLA pero el hombretón se lo sacó de encima sin pensárselo dos veces, cayendo en brazos de Thomas.

Ragnar apretó la herida con fuerza, utilizando el pañuelo que llevaba al cuello. Peter tenía una perforación en la cavidad torácica, era muy importante intentar evitar que el aire fuera aspirado, pues estaba a punto de sufrir un neumotórax de tensión con un pulmón colapsado, cortándole la capacidad respiratoria por la mitad.

—Te he dicho que no volvieras a abrir la boca —dijo David.

—¡Asesino! —gritó Ragnar mirándole fijamente.

—¡Necesitamos un médico ahora mismo! —pidió Thomas mientras sujetaba a Peter con ambos brazos.

El noruego se sentó en el suelo, dejando que Peter se apoyara en su hombro. Había llegado el momento de pasar a la acción.

—No creo que necesite un médico, lo que este traidor necesita es un bonito ataúd y un funeral con mucha gente, un cuarteto de cuerda y flores —le espetó David.

—Será mejor que nos encarguemos de estos dos cuanto antes, son un par de aficionados —dijo uno de los agentes de ECYLA mirando a David.

—Los aficionados se sientan y esperan a que les llegue la inspiración. El resto de nosotros simplemente nos levantamos y nos ponemos a trabajar. Es importante que nos mantengamos ocupados viviendo, ¿no crees? —dijo Ragnar guiñándole un ojo a Tom.

—Algunos se mantienen ocupados muriendo —añadió David mirando a Peter.

Ragnar decidió jugarse el todo por el todo plantándose a pocos centímetros del rostro de David Galvanni con el dedo índice de su mano derecha levantado, señalándole directamente en actitud acusatoria. Los dos mercenarios de ECYLA se colocaron junto a quien les pagaba el sueldo.

—Vas a tener que matarme a mí primero si quieres salir de aquí con vida —dijo Ragnar desafiante.

—Me encantaría ahondar en las profundidades de mi alma para encontrar un mínimo ápice de remordimiento. Pero no puedo, así que seguiremos con el plan previsto e intentaré no reírme en su cara de paleto borracho islandés —contestó David.

Thomas había captado el mensaje de Ragnar y, en previsión de lo que estaba a punto de acontecer, decidió seguirle el juego a su amigo.

—Actualmente tenemos un inconveniente y una ventaja —dijo Thomas mientras sujetaba a Peter sentado en el suelo.

—Ilumíname —le pidió David sin ocultar su sorpresa.

—Nadie en Arnarstapi ha tenido la capacidad económica para llevaros ante los tribunales, ni las armas o la fuerza suficiente para poder luchar en igualdad de condiciones. Ni mucho menos la capacidad mediática para mostrar al mundo lo que estáis llevando a cabo aquí. Eso es un inconveniente —explicó Thomas.

—¿Y la ventaja? —preguntó David.

—Cabrear a un paleto borracho islandés es muy peligroso, y más si tiene al lado a un hijo de papá noruego —contestó Thomas guiñándole un ojo a Ragnar.

En menos de un segundo Ragnar se abalanzó sobre David, propinándole un izquierdazo de manual, que lo tumbó al instante. El arma que empuñaba cayó al suelo sin dispararse y, en un acto reflejo,

Thomas la apartó con el pie agarrando casi al instante una de las sillas. Mientras Ragnar forcejeaba con el hombre más bajo de ECYLA, el noruego se encargó del más alto, golpeándole varias veces en la cabeza con una silla, para darle a posteriori un buen codazo en todo el rostro. El agente bajito propinó un puñetazo a Ragnar, pero el islandés lo encajó con relativa elegancia, acostumbrado a las peleas nocturnas en tugurios de mala muerte. Thomas lanzó la silla que tenía en sus manos contra el alto, pero este la apartó de un manotazo y no tardó en devolver el golpe, propinando una patada en el costado del noruego. Thomas recibió el impacto y se abalanzó hacia atrás, cayendo de espaldas, pero Peter evitó que llegara al suelo. Ragnar lanzó una patada a la mesa levantándola hacia David y sus hombres. El borde de la mesa golpeó en la cara a los dos mercenarios de ECYLA, que cayeron como sacos de harina encima de David. El ejecutivo de ECYLA se levantó tambaleándose, mientras los dos mercenarios sangraban por la nariz y la frente, quedando durante unos segundos fuera de combate. David Galvanni se incorporó con los ojos inyectados en sangre y desenfundó su Walter PPK, apuntando a Ragnar a la cabeza.

—Muy bien, caballeros, su patético intento de fuga ha terminado —dijo David mientras se recuperaba del golpe—. Mis hombres se encargarán de ustedes, necesito información y de un modo u otro me la darán, aunque tenga que arrancarles las uñas de los pies y las manos una a una, como en los viejos tiempos.

En aquel preciso instante sonaron dos disparos. Ragnar y Tom instintivamente cerraron los ojos, esperando que su muerte fuera rápida e indolora. Ambos se llevaron las manos a la cabeza y al pecho, pero no había rastro de sangre. Al mirar hacia delante observaron cómo un hilo de sangre espesa brotaba del pecho y la frente del agente más alto de ECYLA. El hombretón se desplomó. El veterano islandés recuperó el arma que Peter esgrimía en sus manos. Su acto heroico les acababa de salvar la vida. Tras desarmar a David, apuntó al director de ECYLA en la cabeza con dos pistolas. Peter se encontraba al borde del desmayo, estaba perdiendo mucha sangre, pero todavía estaba consciente, feliz de haber resultado útil.

Una vez ataron y amordazaron a conciencia con cinta aislante al agente de ECYLA que seguía con vida y a David Galvanni, los sentaron en el suelo espalda contra espalda, en un rincón de la habitación. Thomas volvió a cargar con su mochila, miró a Ragnar y este asintió con la cabeza, la situación estaba controlada. Tom tomó en sus manos el iPhone y volvió a encenderlo. Marcó el código de la tarjeta SIM y la contraseña y buscó la cámara de vídeo.

—Creo que has cometido un grave error al no comprobar si

nuestros móviles funcionaban. Has dado por sentado que el PEM los había freído ¿verdad?, pues tengo una caja llena en casa, todos bien guardados y apagados dentro de una jaula de Faraday. Muchas guerras se pierden debido a pequeños errores —dijo Ragnar.

—No sé qué pretenden, pero no lograrán salir de la península del Snaefells con vida —balbuceó Galvanni. Su frase resultó apenas comprensible debido a la mordaza.

—¿Alguna vez has puesto a prueba tu resistencia?, ¿hasta qué punto estás preparado para resistir un interrogatorio? —preguntó Ragnar.

David, al que Ragnar acababa de quitar la mordaza, no contestó, consciente del infierno que el islandés estaba a punto de desatar, un infierno que no sería ni mucho menos como imaginaba.

—No tengas miedo, no soy un criminal ni un chapucero; he aprendido a utilizar el cerebro para crear algo útil sin hacer daño a las personas que me importan. Pero no contamos con mucho tiempo, tendremos que improvisar —dijo Ragnar adelantándose a lo que podría estar pensando Thomas.

—Me has prometido que no harás ninguna tontería que… —Tom no pudo terminar la frase.

El primer impacto provocó un intenso dolor en la nariz de David, que no se rompió por muy poco. Lo peor fue el cabezazo que recibió el mercenario que se encontraba atado a su espalda. Al echar la cabeza atrás debido al derechazo de Ragnar, ambos cráneos chocaron, produciendo un sonido realmente desagradable.

—Ahora vamos a jugar a un juego muy divertido: se llama yo pregunto y tú respondes. Por cada respuesta equivocada te llevas un disparo por debajo de la cintura de regalo. Confía en mí, Tom, y no te metas.

Ragnar utilizó un método de interrogatorio que consistía en ir aumentando la sensación de incertidumbre en las dos personas que tenía atadas justo a medio metro de distancia, con la intención de sumirlos en un estado de ansiedad y nerviosismo que debilitara su capacidad de resistencia. Tras golpearles varias veces con sus puños, minando su moral, disparó tres veces a pocos centímetros de las piernas del mercenario que David tenía a su espalda. Era un crescendo difícilmente soportable.

—¿Te gustaría pasarte el resto de tu vida en una silla de ruedas sin que se te vuelva a levantar? —preguntó mirando a David fijamente a los ojos.

—¡Maldito tarado islandés! —balbuceó David.

—Soy capaz de esto y de mucho más, lástima que no tengamos tiempo. Podría arrancaros las uñas, buscar una batería y colocaros electrodos en los genitales, podría emular a Laurence Olivier en

Marathon Man, pero no lo haré, —dijo Ragnar.

Volvió a propinar varios puñetazos certeros en los rostros de David y su guardaespaldas. El mercenario parecía encajar mejor los derechazos del veterano islandés, pero de algún modo, comenzaba a acusar la presión. Ragnar colocó el cañón de la pistola en la sien derecha de David.

—¿Eres consciente de lo fácil que puede resultar matar a alguien? Cuando destruyes una vida muy pocas veces tienes en cuenta una serie de variables. Es importante saber que, detrás de una muerte, dejas una estela de destrucción psicológica brutal, creando un efecto dominó en los familiares y los amigos de la víctima que durará toda la vida. Vuestros experimentos han acabado con la vida de muchas personas, incluyendo a gente que quería, que admiraba, y ahora ha llegado el momento de poner fin a vuestras atrocidades. Vas a responder una a una todas las preguntas que tengo preparadas y Thomas lo grabará con detalle.

Ragnar desató la mordaza que cubría la boca de David, quien respiró con dificultad durante unos segundos, tosiendo y escupiendo la sangre que había acumulado en su boca.

—No creo que seas capaz de… —David recibió el impacto de la bota derecha de Ragnar en el rostro, golpeando una vez más el cráneo del mercenario atado a su espalda.

—Vamos a intentarlo una vez más, ahora vas a portarte bien y responder a una serie de preguntas. Thomas, ¿serías tan amable de traerme un vaso con agua? —Ragnar señaló la pequeña fuente con botellas de agua potable de diez litros que había en un rincón de la sala.

El noruego regresó con un vaso de plástico blanco lleno de agua. Ragnar sacó de uno de los bolsillos de su pantalón negro cinco sobres con azúcar. Abrió los sobres y los disolvió en el agua.

—Como te he dicho, no soy ni un carnicero ni un asesino como tú, pero sé muy bien cómo jugar mis cartas. He venido con los deberes preparados, he estudiado y creo que estoy a punto de sacar matrícula de honor. He leído en uno de los informes que obran en mi poder sobre tu mierda de corporación que eres diabético tipo 1 desde los siete años. Tienes que pincharte insulina todos los días, ¿verdad? La necesitas para prevenir los picos de glucosa en la sangre después de comer. Probablemente utilices insulina de acción rápida, para que funcione mucho más deprisa que las insulinas de acción prolongada o intermedia. ¿Me equivoco? —preguntó Ragnar acercando el vaso lleno de azúcar al rostro de David.

El islandés volvió a propinar un fuerte derechazo al pómulo de David, que soltó un alarido de dolor al no estar amordazado. Ragnar le apretó la nariz y al cabo de unos segundos, el directivo de ECYLA se

vio forzado a abrir la boca. Varias gotas dulces empezaron a caer por su garganta. Notó como el sabor del azúcar se mezclaba con la sangre y el sudor. Ragnar paró de golpe, tomándose unos minutos para recordarle a David que el exceso de azúcar se transfiere de la sangre a la orina, desencadenando un proceso de filtración que extrae enormes cantidades de líquido del cuerpo. Si no se trata, puede causar deshidratación potencialmente mortal e incluso llevar al coma diabético.

—¿Estás preparado para una buena hiperglucemia? —preguntó Ragnar.

Tres minutos después, en la pequeña sala donde se estaba improvisando el interrogatorio, se inició un interesante y productivo diálogo que fue registrado en calidad 4K gracias a la tecnología que ofrecían los modernos smartphones.

Al cabo de una media hora, resolvieron poner en marcha el plan de fuga. Con el personal de ECYLA bien atado y amordazado fue relativamente sencillo moverse por los pasillos, las salas y el pequeño laboratorio. Desconectaron las cámaras y llevaron a Peter a la pequeña enfermería de la base, donde había una camilla y material para realizar curas de emergencia. Entre los tres intentaron frenar la pérdida de sangre, pero tan solo lograron retrasar lo inevitable. Tras atiborrarse de pastillas, Peter se tumbó en una camilla y logró mitigar el dolor, sintiendo como su cuerpo se debilitaba progresivamente.

La tarjeta de David abría todas las puertas. Gracias a ella, Ragnar y Tom tan solo tardaron unos diez minutos en cargar todos los ordenadores portátiles que encontraron, vaciando por el camino varios archivadores y carpetas. Conscientes de que tarde o temprano los prisioneros lograrían desatarse y dar la alarma, fotografiaron y filmaron la base de arriba abajo. También se encargaron de inutilizar los discos duros con las grabaciones de seguridad. De momento, contaban con declaraciones muy jugosas de David Galvanni, en ECYLA recordarían ese día el resto de sus vidas. La información que había aportado hacía referencia a las medidas de seguridad y a la política de silencio total aplicada por ECYLA en referencia a sus actividades a lo largo y ancho del planeta. Gracias a la tenacidad y a la capacidad de persuasión de Ragnar, algo que sorprendió a Thomas, David Galvanni acabó detallando el número de bases similares a la de Hellissandur existentes en Europa y el tipo de experimentación con energía electromagnética que se llevaba a cabo en Islandia. No cabía duda de que los contactos de Tom en Noruega y en Escocia agradecerían dicha información, destapando la praxis de una corporación que hasta la fecha se había mantenido en las sombras. Poco antes del mediodía, Ragnar y Tom regresaron a la enfermería, percatándose de un detalle:

Peter había desaparecido.

—No hay tiempo que perder, ese pobre diablo ya es mayorcito para cuidarse solo —dijo Ragnar.

—Me gustaría sacarlo de aquí y llevarlo a un hospital —añadió Thomas.

La enfermería se encontraba situada en la planta baja del edificio principal, en la parte trasera, a pocos metros de la salida posterior y del ascensor. Tom y Ragnar escucharon el zumbido del elevador y, cuando las puertas se abrieron, de un modo instintivo salieron del campo visual del pasillo, parapetándose detrás de la puerta de la enfermería. Pistola en mano, Ragnar echó una ojeada, sin perder la protección de la puerta. Un hombre con una bata blanca manchada de sangre avanzaba penosamente hacia ellos. El pobre diablo intentaba con todas sus fuerzas no caerse al suelo.

—No podéis marcharos sin esto —dijo Peter.

El físico islandés entregó un disco duro de pequeño tamaño y una agenda a Ragnar.

—En el disco duro tenéis todo lo necesario para dar a conocer el funcionamiento y el verdadero propósito del ordenador cuántico de Hellissandur desde su instalación; los detalles son muy precisos, podréis estudiar a fondo las características técnicas. También he grabado entrevistas y declaraciones del personal de esta base y de varias más que existen en el Ártico, que ayudan a entender las triangulaciones y el control del flujo energético para crear eventos multipem. Jacob Zimmermann también aparece, pude hablar con él poco antes de que le despidieran —dijo Peter.

—Tu padre se sentiría orgulloso —dijo Ragnar.

—La opinión científica está muy dividida. ECYLA siempre va un paso por delante, o eso es lo que creen quienes inyectan capital, pero también hay quien piensa que todo este esfuerzo no nos va a llevar a ninguna parte, tan solo va a crear dolor y sufrimiento. No estamos solos. Y, por cierto, cuando hablaste de rayos oscuros y la Bomba del Arco Iris creo que no ibas mal encaminado —detalló Peter—. Uno de los miembros de la comunidad científica más críticos con la computación cuántica aplicada al control climático es el matemático israelí Gil Kalai. Envíale una copia del disco duro, es profesor en la Universidad de Yale. Kalai cree que el incremento del número de estados de los sistemas cuánticos y de su complejidad provocará que acaben comportándose como los ordenadores clásicos. Los ordenadores se encuentran en el centro de muchas discusiones, todo depende de cómo los utilicemos. Kalai os puede ayudar a divulgar lo que tanto os interesa.

—Así lo haremos —afirmó Ragnar apretando la mano derecha de

Peter a modo de despedida.

—Podemos llevarte a un hospital —dijo Thomas intentando resultar convincente.

—¿Dónde? No llegaré vivo a Borgarnes —reconoció Peter con la voz muy débil.

—¿Y qué crees que te dirán cuando vean una perforación pulmonar causada por un disparo? —preguntó Ragnar.

—Mi labor ha terminado, he hecho todo lo que he podido para resultar útil. He inutilizado la pequeña emisora de la base y los teléfonos. En el disco hay una carpeta titulada Agnes, es para mi esposa y mi familia, ella lo entenderá —explicó Peter—. Tenías razón, Ragnar, siempre la has tenido, díselo a Agnes, a Valur, a Magnus y a su esposa. Siento mucho todo el daño que les hemos causado durante tanto tiempo —añadió el físico islandés.

—Has hecho lo que debías, el mundo tiene que ser consciente del poder de ECYLA —dijo Ragnar.

—Pero hay más, mucho más. No solo estamos hablando del control del clima, de las antenas, de triangulaciones y de ordenadores cuánticos —Peter hizo una pausa para respirar—. Creo que tu padre y el mío hablaron de la alteración espaciotemporal, ¿no es cierto? —preguntó Peter.

—¿A qué se refiere? —preguntó Thomas mirando a Ragnar.

—En ECYLA no solo han utilizado ordenadores cuánticos y una red de antenas para crear PEMs y alterar el clima —explicó Ragnar.

—El disco duro —dijo Peter—, cuando estéis libres de miradas indiscretas y os halléis en un lugar seguro… —Peter no pudo terminar la frase, una tos seca, seguida de un vómito espasmódico de sangre, le impidió seguir hablando.

—¿Todavía conservas tu arma? —preguntó Ragnar sujetando con todas sus fuerzas a Peter.

—Sí —contestó el físico.

—Nos harías un último favor si te encargas de cortarles la salida. Estoy convencido de que van a intentar detenernos como sea —dijo el veterano islandés.

—Podéis contar conmigo, ha sido un placer conocer al hijo del doctor Sigurdsson —dijo Peter estrechando la mano de Ragnar.

Thomas se acercó hasta Peter, introdujo su mano derecha en uno de los bolsillos de la bata del físico malherido y recuperó algo que era suyo.

—Muy ingenioso, esconder el primer carrete que utilizaste en mi bata. David veló un carrete vacío —dijo Peter esbozando su última sonrisa con la respiración entrecortada.

—Antes de que nos detuvieran tuve tiempo de poner un rollo nuevo en mi cámara, creo que tan solo hice dos o tres fotografías, pero

lo más importante está aquí. Uno aprende rápido —dijo Tom—. Por cierto, ¿cuál es tu verdadero nombre?

—Galdur, me llamo Galdur —dijo el físico.

—¡Maldita sea! ¡Eres Galdur Sigmunsson, el hijo de Olaf Sigmunsson! —exclamó Ragnar— Recuerdo una fotografía de cuando eras tan solo un niño, tu padre era un buen hombre. Tienes la misma mirada inocente que aquel chiquillo, siento mucho que todo termine así —añadió.

—Ven, Galdur, apóyate en mí —dijo Thomas mientras le ayudaba a llegar penosamente hasta la entrada principal del edificio.

—Hay ideas que deberían enterrarse, algunas incluso antes de ser concebidas. —dijo Peter con un hilo de voz. Ragnar pensó que podría ser un buen epitafio.

La imagen de Peter quedó grabada en el rostro de Thomas Rake. Era la imagen de alguien cuyo proceso de remisión le había llevado a una situación extrema, sacrificando todo lo que amaba por una causa justa. Peter no deseaba que sus hijos crecieran en una sociedad que ignora la intolerancia, la degradación, la enfermedad y la injusticia. De algún modo, Tom se sintió identificado con el científico islandés, alguien cuya vida había discurrido por un camino tortuoso, moviéndose siempre entre el bien y el mal, utilizando excusas que justificaran acciones reprobables.

Mientras Tom seguía luchando contra sus propios fantasmas, la mente de Ragnar Sigurdsson seguía en ebullición, intentando asimilar y procesar toda la información recibida. El calentamiento global, sea o no responsabilidad directa del ser humano, se había convertido en algo más que la excusa perfecta, se había convertido en el catalizador ideal para poder desarrollar una tecnología que, en las manos inadecuadas, podía poner en peligro el futuro de la humanidad.

XIV

Fuga

David Galvanni y el agente de seguridad de ECYLA que seguía con vida sufrían un intenso dolor de cabeza. Sus rostros estaban hinchados y amoratados. Se les había adormecido el labio superior, los dientes superiores y el pómulo del lado derecho. Galdur los había dormido con el mismo espray que habían utilizado con Ragnar y Tom, pero el efecto soporífero no duraba eternamente. Una vez se hubieron liberado, intentaron dar la alarma, pero Galdur Sigmunsson se había encargado de cortar todas las comunicaciones con el exterior. La mayoría de los científicos y directivos de ECYLA ya habían abandonado la base antes de que Ragnar y Tom realizaran su incursión y, en aquel preciso momento, en el interior de la base solo quedaban Galdur, David Galvanni y uno de los hombres de su equipo de seguridad.

Ragnar y Thomas cargaban pesadas mochilas. Thomas se colgó la cámara al cuello, guardó la tarjeta de memoria del iPhone y devolvió el aparato a su dueño. Una vez dejaron a Galdur recostado en una de las butacas situadas en el hall del edificio principal, pasaron la tarjeta magnética de David y salieron al exterior, dejando la gran antena a sus espaldas. Cruzando el campo de antenas a paso ligero y aunque Ragnar jadeaba debido al peso que cargaba, Tom observó que el islandés aguantaba bien el ritmo; «es la sangre vikinga que fluye por sus venas», pensó. Escucharon un sonido lejano parecido a una detonación, seguido de varias más. Alguien estaba disparando en el interior de la base. Ragnar ayudó a Thomas a cruzar al exterior, levantando la valla que habían cortado. Corrieron hacia el Land Rover, dejaron sus mochilas en la parte trasera y sin perder ni un segundo subieron al interior. Ragnar observó disgustado que los hombres de ECYLA habían roto la luna posterior para poder registrar a fondo el todoterreno.

—Muy bueno el intento de marcarte un farol con lo del pendrive —dijo Tom.

—No es ningún farol, no tengo uno sino tres a muy buen recaudo en una caja de seguridad en Ámsterdam —explicó Ragnar.

—No me esperaba menos de ti —comentó Thomas mirando hacia el interior de la base a través de la ventanilla, con la esperanza de que no les siguiera nadie.

—Ahora mismo no creo que sea una buena idea regresar a Arnarstapi, tenemos que ir justo en dirección contraria. Tengo algo en

mente que podría funcionar: sus vehículos seguro que serán más rápidos que el nuestro, quiero llevarlos campo a través, solo espero poder atravesar la tormenta y llegar de algún modo hasta Ólafsvik —dijo el islandés mientras introducía la llave de contacto.

El motor del Land Rover hizo un amago de querer arrancar.

—Confío en ti, no me queda otra ahora mismo —dijo Tom.

Ragnar volvió a darle a la llave: una vez, dos, tres. El Land Rover seguía sin responder.

—La confianza es mutua, ahora mismo soy tu mejor baza para que podamos salir con vida de aquí, siempre y cuando esta bestia no nos falle —dijo Ragnar mirando por la ventanilla.

Al quinto intento, el motor del veterano Land Rover Defender rugió como un león en celo. El islandés pisó el pedal del embrague, introdujo la primera marcha, soltó el embrague y pisó el pedal del acelerador como si no hubiera un mañana. Recorrió unos metros y sin darle respiro al Land Rover, pisó de nuevo el embrague, pasó a segunda y al introducir la tercera lanzó el todoterreno a través de la pista por la que habían llegado, levantando un montón de tierra al acelerar. Con la cuarta, el Land Rover salió disparado hacia la carretera principal, rodearon las casetas de la Summit Adventure Guides y derraparon a la izquierda, con la valla de la base bien visible. No tardaron en dejar atrás la enorme antena, avanzando a toda velocidad hacia el noreste. Ragnar exprimía al máximo la potencia del motor, consciente de que habían perdido un tiempo precioso, pero de momento, y eso era lo más importante, seguían vivos.

Al cabo de unos dos kilómetros, en el espejo retrovisor apareció un moderno Range Rover Evoque de color blanco. Al volante del elegante todoterreno, Ragnar distinguió a uno de los mercenarios de ECYLA, con David Galvanni sentado a su lado. El directivo de ECYLA llevaba el brazo derecho en cabestrillo, Galdur le había herido en un hombro segundos antes de que su cabeza estallara debido a dos disparos certeros de los agentes de seguridad.

—Esos bastardos saben dónde y cómo guardar su material —dijo Ragnar.

—Toda la base es una enorme jaula de Faraday, como bien dijiste —comentó Tom.

El Ranger Rover Evoque se acercaba rápidamente aprovechando las rectas de la carretera. Ragnar reconoció que el Range Rover sobre asfalto tenía pocos rivales. Antes de llegar a Hellissandur, la población más cercana, el Evoque blanco de David aceleró, se situó a la izquierda del Land Rover pick-up y dando un volantazo golpeó el vehículo de Ragnar con brutalidad, intentando sacarlo de la carretera. Lanzar un vehículo pesado hacia un lado no era tarea fácil y Ragnar hizo lo propio con su todoterreno. El islandés dio un primer golpe de

volante de derecha a izquierda, logrando apartar unos metros a su perseguidor.

Ganaron algo de ventaja, pero enseguida el Evoque volvió a alcanzarlos. Tras varios golpes de volante, el Land Rover de Ragnar empezó a acusar su peso, porque el Evoque no se despegaba de ellos ni por un segundo.

—Es un Evoque casi nuevo, pero nuestro vehículo le gana la partida en terreno abierto, tenemos que salir del asfalto. Mis neumáticos son un poco más grandes, sin contar que he tenido mucho tiempo para divertirme con el motor y la transmisión —dijo Ragnar.

—Tomo nota —dijo Thomas sin ocultar su nerviosismo.

—Física, matemáticas, mecánica… todo es ciencia, amigo mío, todo va unido en esta vida —contesto Ragnar—. El Evoque suele montar un bloque mecánico i4 MHEV con un práctico propulsor diésel de 2.0 litros que desarrolla 163 CV de potencia. De cara a la galería queda muy bien, pero no pueden competir con la maniobrabilidad en zonas complicadas que tiene esta reliquia, con el añadido de contar con neumáticos más grandes que los que vienen de serie. Nosotros vamos montados encima de un motor turbodiésel V8 de 5 litros sobrealimentado, que genera 670 CV de potencia directa a las cuatro ruedas a través de una transmisión manual de cinco velocidades —explicó Ragnar sin reparar en detalles.

—Sí, pero ellos tienen una carrocería reforzada, barras de protección y airbags. Nosotros vamos montados encima de un vehículo de principios de los años noventa que tampoco es tan grande. ¿No crees que estamos ligeramente en desventaja? —preguntó Thomas mirando por el retrovisor.

—Todo depende de quién conduzca, no subestimes nunca a un buen Land Rover —contestó Ragnar.

El islandés pisó el embrague, realizó un rápido movimiento con su mano derecha para introducir la cuarta marcha, seguida de la quinta, soltó el embrague y pisó el acelerador a fondo.

—Espero que tengas razón —añadió Thomas sin creer sus propias palabras.

Pasaron a toda velocidad por delante del camping de Hellissandur, situado a la derecha de la carretera, medio kilómetro antes de llegar a la pequeña población. El Range Rover Evoque aceleró, acercándose peligrosamente. Tardó medio minuto en golpearlo. Repitió la operación varias veces hasta que Ragnar se vio forzado a reducir la velocidad a fuerza de ser embestido una y otra vez. Fue entonces cuando el Range Rover realizó una finta un tanto arriesgada para poder adelantar al pick-up. Por mucho que Ragnar tratara de embestir a su oponente, el noruego era muy consciente de la realidad: sobre

asfalto, el Evoque tenía mucha más maniobrabilidad y velocidad.

Apretó el embrague y volvió a pasar de tercera a cuarta. Pisó a fondo el acelerador y golpeó al Evoque que tenía a pocos metros, pero tan solo logró zarandearlo ligeramente. Los hombres de ECYLA aguantaron el tipo y redujeron velocidad, dando un par de bandazos.

—Esos cabrones son muy hábiles, no me dejan margen para acelerar, no puedo adelantarlo ni embestirlo. Me falta velocidad —dijo Ragnar.

—En ECYLA no contratan a cualquiera, David es de los que buscan a matones con un buen historial, creo poder afirmar que muchos son expertos al volante —apuntó Tom subiendo unos centímetros el reposacabezas de su asiento.

—El muy cerdo quiere obligarme a parar… —Ragnar no pudo terminar la frase.

El Evoque blanco frenó en seco obligando a Ragnar a dar un volantazo hacia la izquierda. Volvió a acelerar y a frenar, repitiendo la maniobra varias veces girando el volante a derecha e izquierda. Ragnar intentó ganar unos metros de ventaja para poder adelantarlo o sacarlo de la carretera, pero el Evoque blanco de David se lo impedía una y otra vez, moviéndose con agilidad. Justo al dejar atrás Hellissandur, el Evoque volvió a reducir la velocidad al salir de una curva. En una primera maniobra Ragnar trató de llevárselo por delante, pero tan solo consiguió abollar la parte trasera del elegante todoterreno. El Evoque de David volvió a frenar en seco, obligando a Ragnar a reducir la velocidad de nuevo, hasta quedar casi parado, chocando contra la parte trasera del Range Rover. Las cervicales del islandés empezaban a acusar los impactos.

El elegante todoterreno aceleró para ganar unos metros y frenó en seco derrapando hasta quedar cruzado en medio de la carretera. Ragnar pasó de tercera a cuarta, pisó el acelerador, pero le faltó reprís, tan solo logró empotrarse contra la parte trasera del Evoque, quedando cruzado en medio de la carretera, ligeramente escorado a la derecha. Ragnar intentó obtener una visión panorámica de la situación, miró a ambos lados, era complicado salir a campo abierto debido a la enorme zanja que se abría tras la cuneta. Se encontraba parado en medio de una carretera desierta y sin la inercia necesaria corrían el peligro de quedarse encallados o de volcar, no podía arrancar de golpe, dar la vuelta e intentar saltar por encima.

En ese preciso instante, David Galvanni y su guardaespaldas bajaron del Evoque.

—¿Este era vuestro magnífico plan de escape?, ¿a esto lo llamáis una fuga? —dijo David elevando la voz mientras se acercaba caminando lentamente hacia el Land Rover.

El silencio reinante en toda la zona potenció la gravedad de sus

palabras. Los rostros de David y del mercenario que le acompañaba eran todo un poema. Una amalgama de hematomas y heridas decoraban sus caras creando una especie de composición pictórica realmente grotesca.

—El pobre Galdur intentó hacerse el héroe, pero tan solo logró que su masa encefálica redecore la pared del hall de nuestro precioso laboratorio de investigación, el arte no conoce límites. Como podéis ver, el muy inepto tan solo fue capaz de hacerme un rasguño —añadió mientras sujetaba con su mano izquierda una Beretta de 9mm Parabellum, un arma habitual en las fuerzas armadas de los Estados Unidos.

El conductor del Evoque cubrió con su arma reglamentaria a quien le pagaba la nómina a fin de mes. Ambos se encontraban a unos tres o cuatro metros del pick-up de Ragnar.

—Bajad del vehículo con las manos en alto, no lo volveré a repetir —David apuntó y disparó dos veces justo en medio del parabrisas del Land Rover.

Instintivamente Ragnar y Tom se agacharon. Las balas agujerearon el cristal y entraron justo por debajo del retrovisor, pasando entre ambos, para volver a salir por el cristal posterior, perdiéndose en la nada.

—Será mejor que le hagamos caso —dijo Ragnar incorporándose.

—Esto se está complicando por momentos —susurró Thomas.

—Calma, muchacho, no te me vengas abajo ahora —le animó Ragnar.

Casi al mismo tiempo, ambos abrieron las puertas del Land Rover y bajaron del vehículo, situándose uno a cada lado con los brazos levantados. Justo al bajar, el islandés comprobó que llevaba su arma en el bolsillo derecho de la chaqueta. Podía intentar una jugada rápida, pero tenía dos hombres expertos apuntándole a pocos metros. Era una situación muy complicada. Tan complicada que nadie se percató del Toyota Hilux AT38 de color rojo que avanzaba hacia ellos por la carretera, a poco menos de un kilómetro de distancia.

—Observo que sois ese tipo de gente que tiene la mala costumbre de sobrevivir —dijo David sin ocultar su sarcasmo.

—Si no sobrevivimos, mucha información confidencial saldrá a la luz —dijo Ragnar con seguridad—. En tus manos está el futuro de ECYLA —añadió.

—Lo que más ansía un mártir es una espada sobre la que arrojarse —le respondió David con desprecio—. Tan solo tienes que afilar la hoja, sostenerla en el ángulo apropiado y después, tres, dos, uno… Sois todos iguales, patéticos y lamentables.

—¿Eres incapaz de ver que no estamos solos? Deberías empezar a pensar que no eres tan bueno cubriéndote las espaldas. Una vez más

cometes el grave error de subestimar al débil. Puede que seamos más fuertes de lo que crees —dijo Ragnar.

—¿Crees que me importa lo que puedas tener? Me da igual que intentes marcarte un farol, o puede que estés diciendo la verdad. Siempre has sido un pobre viejo fracasado, un inadaptado incapaz de comprender nuestros planes a largo plazo —aseveró David.

—Nunca llegarás a tener ni un mínimo ápice del sentido del honor y la valentía que tiene este fracasado de origen vikingo —contraatacó Tom intentando defender a su nuevo amigo islandés.

—Un fracasado que está a punto de morir calcinado en un trágico accidente de carretera. Es lo que tiene beber en exceso, luego pasan cosas… —dijo David Galvanni fusilando a Thomas con la mirada.

—Deja que el muchacho se largue, no tiene nada que ver. ¡Le obligué a venir conmigo! —gritó Ragnar.

Tom avanzó unos metros, pasando por delante del todoterreno, hasta quedar situado junto a Ragnar. David seguía apuntándoles con su arma.

—Ya veo tu epitafio: «Thomas Rake, un pobre diablo huérfano con delirios de grandeza que intentó hacerse el héroe ayudando a un grupo de paletos fracasados en el culo del mundo». Eres el clásico hijo de papá malcriado que va de víctima por la vida, sufriendo porque nadie le quiere. El listillo de la clase que, para demostrar que sirve para algo, vive aventuras patrocinadas que le ayuden a saciar su necesidad de ego saliendo por televisión en programas de mierda.

—En el fondo eres como todos los ejecutivos que trabajan para sabandijas millonarias que viven en su mundo particular, un cobarde que ha ganado dinero pisoteando a quienes le hacían sombra —soltó Ragnar. El islandés miró de reojo hacia el sudeste; tenía que ganar unos minutos… su vida y la de Tom dependían de ello—. Por cierto, ¿podemos bajar los brazos? A mi edad, la circulación… ya te lo puedes imaginar.

—¡Las manos donde pueda verlas! —gritó Galvanni—. Trabajar en una gran empresa tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Yo soy de los que procura ver el lado bueno de las cosas.

—Nunca he sido ni seré un hombre de empresa —dijo Ragnar—. La conformidad no me interesa, tiene beneficios y poder, lo reconozco, pero no hay alma. Al hombre de empresa se le recompensa por seguir las normas. Cuanto mejor es el hombre de empresa, menos importa qué normas sean. En tu mierda de empresa las normas exigen que mates a personas respetables, como pueden ser mis colegas y amigos, y lo peor es que seguirás esas normas a ciegas, sin cuestionarlas.

—Tú harías lo mismo —le espetó David.

—Acabas de reforzar mi argumentación, la empresa puede corromper hasta a los mejores —dijo Ragnar.

—Cuando me marco un objetivo, lo defiendo hasta el final. Creo que ambos pensamos lo mismo, los dos somos hombres de ciencia.

—Por fortuna, no nos parecemos en nada. Lo que realmente me produce repugnancia es ver cómo has utilizado a gente brillante, como el pobre Galdur y tantos otros, quienes, gracias a ti, han vivido sabiendo que les acabarías traicionando. Su obra, su trabajo, les ha situado en el punto de mira durante años y, por tu culpa, nunca volverán a ver a sus familias. Mucha gente confió en ti y en los tuyos. Y, gracias a esa confianza, su vida ha quedado destrozada —Ragnar volvió a mirar por encima de su hombro.

—¿Vas a cargar con más vidas en tu conciencia? Tarde o temprano en ECYLA alguien tendrá que dar explicaciones —dijo Thomas intentando evitar lo que parecía inevitable.

—Tal vez no he sido lo suficientemente claro. Han dado luz verde a esta operación desde las más altas esferas, es un hecho irrefutable. Lo que estamos llevando a cabo en Islandia es tan solo la punta del iceberg, siento mucho que no puedan ser testigos del futuro que estamos creando, pero no podemos arriesgarnos a dejar cabos sueltos.

David subió el brazo izquierdo. No era su brazo bueno y tardó unos segundos en apuntar, quería disparar primero a Ragnar. Un sonido lejano aumentó de intensidad en cuestión de segundos.

—Tan solo soy un profesional haciendo su trabajo de la mejor forma posible. ¡De rodillas, los dos, ahora mismo! —gritó.

En aquel preciso instante, el rugido de un motor rompió el silencio reinante. David miró hacia la carretera y la acción se precipitó de un modo inimaginable para el ejecutivo de ECYLA.

—Sí, supongo que yo también estoy haciendo el mío —dijo Ragnar mientras empujaba a Thomas hacia la cuneta.

El impacto a casi cien kilómetros por hora fue realmente brutal. Nadie se esperaba que el enorme Toyota Hilux AT38 con Valur al volante y Magnus como copiloto apareciera a toda velocidad aprovechando un pequeño cambio de rasante. El impresionante vehículo pick-up de Valur equipaba cuatro ruedas enormes, con neumáticos de gran tamaño. La barra frontal reforzada, con el motor de arrastre y su gancho correspondiente, resultaron de gran ayuda a la hora de embestir los cuerpos de David Galvanni y del agente de ECYLA. Ambos murieron en el acto, quedando literalmente destrozados, esparciéndose sus restos en un radio de unos veinte metros. El Range Rover de color blanco voló literalmente varios metros, dio cuatro vueltas de campana sobrevolando la cuneta para terminar volcado unos cuarenta metros más allá de la zanja que separaba la carretera del prado, convertido en un amasijo de hierro retorcido. El Toyota de Valur sufrió algunos daños en la parte frontal, pero debido a su tamaño y a las barras de protección delanteras, tanto

el exterior como el interior del vehículo aguantaron estoicamente. Los dos airbags habían funcionado y al encontrarse elevados casi medio metro del suelo, habían evitado un choque directo. Solo la parte baja del capó y las barras delanteras habían sufrido algunos daños.

La versión oficial recogida en el parte policial describiría el choque accidental de un Toyota de color rojo contra un Range Rover Evoque de color blanco parado justo en medio de la carretera. El Toyota, conducido por dos veteranos islandeses que habían logrado arrancar su vehículo tras un misterioso incidente, no pudo hacer nada para evitar el choque. El Evoque se encontraba peligrosamente estacionado cruzado en medio de la carretera, sin ninguna luz y sin colocar el triángulo de señalización. Era evidente que las condiciones meteorológicas en toda la península del Snaefells impedían tener una buena visibilidad y muy a su pesar, resultó imposible detener el Toyota antes del impacto. Tanto los agentes de policía de Ólafsvik como el forense llegado desde Borgarnes serían incapaces de imaginar que en el momento del impacto brillaba un sol radiante en Hellissandur.

—Nos ha costado arrancar esta bestia, no todos los solenoides son iguales. Hemos venido lo más rápido posible siguiendo plan previsto: primero pasamos por la base, pero no había ningún vehículo aparcado y pensamos lo peor. Al ver las huellas de varios todoterrenos saliendo hacia la carretera derrapando, nos lanzamos en vuestra búsqueda a toda velocidad… —explicó Magnus.

—Esto es algo que deberíamos haber hecho hace mucho tiempo —dijo Valur.

—Tiempo es lo que no tenemos —matizó Ragnar.

—¡Me alegro tanto de volver a verte! —dijo Thomas mientras le daba un abrazo a Valur.

—Por muy poco no lo contamos —apuntó Ragnar.

—No era nuestra intención llegar tarde, pero ya conoces el refrán… —explicó Magnus.

—¡Maldito zumbado! Ahora dirás que no querías cargarte el factor sorpresa —dijo Thomas mirando a Ragnar.

—Si te lo hubiera explicado antes, no solo hubiera puesto en riesgo el factor sorpresa, sino también tu vida y la mía —apuntó Ragnar sonriendo.

—¡Dios mío!, esta es una imagen que recordaré siempre —reconoció Thomas mirando hacia el lugar del impacto.

El noruego sentía una mezcla de emociones, viajando entre la sensación de alivio y el terror más visceral.

—Nosotros daremos media vuelta y esperaremos un par de horas antes de dar parte del accidente, así tendréis más margen de maniobra

—dijo Magnus.

—Gracias una vez más —dijo Ragnar dando un fuerte abrazo a Valur y a Magnus a modo de despedida.

—Será mejor que nos larguemos lo antes posible —le apremió Thomas intentando asimilar lo ocurrido.

—¿A qué estáis esperando? ¡Largaos ya cagando leches! —gritó Magnus a través de la ventanilla.

Ragnar arrancó el Land Rover y siguió avanzando hacia el norte, a través de la carretera asfaltada. Por el momento, la situación parecía estar bajo control, pero la tranquilidad duró muy poco. Al cabo de unos minutos un Range Rover Evoque de color negro procedente del noroeste se cruzó con ellos, no había más vehículos. Tom y Ragnar observaron por el retrovisor cómo frenaba en seco, derrapando unos metros para dar media vuelta, avanzando hacia ellos a gran velocidad.

—Dejaron a uno de sus mercenarios vigilando el pequeño aeropuerto de Rif, junto al maldito jet privado de Galvanni. Seguro que ha recibido la llamada de alerta justo antes de que su jefe saliera volando por los aires —dijo Ragnar.

—Dos equipos… son buenos —comentó Thomas.

—Si no llegan a aparecer Valur y Magnus, el Evoque negro nos hubiera cortado el paso antes de llegar a Ólafsvik —apuntó el islandés.

Al llegar a unos cincuenta metros del Land Rover, el Evoque negro cambió de carril y avanzó a toda velocidad colocándose al lado del pick-up de Ragnar. Durante unos trescientos metros los dos vehículos todoterreno avanzaron a la misma velocidad. Ragnar pisó el embrague, introdujo la quinta velocidad y pisó el acelerador a fondo.

—¡Ese hijo de puta va a embestirnos!, ¡quiere sacarnos de la carretera! —gritó Thomas.

—¡Lo veo, lo veo! —dijo Ragnar mirando hacia la derecha—. Voy a meterme por la carretera que conduce a la pequeña iglesia de Ingjaldshóll y giraré a la izquierda para rodear por arriba el pequeño aeropuerto de Rif. La nevada ha alcanzado cotas muy bajas, si tenemos suerte habrá mucho barro y eso es algo que juega a nuestro favor —explicó el islandés mientras giraba a gran velocidad hacia la derecha.

El conductor del Evoque negro dio un golpe de volante, derrapó unos metros y girando a su izquierda volvió a posicionar el vehículo correctamente en la carretera, subiendo a toda velocidad hacia la iglesia de Ingjaldshóll. El hombre de ECYLA no soltaba el pedal del acelerador de su Evoque automático, colocándose hábilmente a la derecha del Land Rover. La carretera era realmente estrecha y dos vehículos difícilmente podrían avanzar juntos sin sufrir daños.

—Son como las cucarachas —dijo Ragnar mirando por el

retrovisor.

El Evoque no tardó en alcanzar al Land Rover. Al dejar atrás la bucólica iglesia de Ingjaldshóll, el veterano islandés pisó el freno. En una rápida maniobra perdió velocidad esperando a que el Range Rover le adelantara debido a la inercia. Pisó el embrague, introdujo la tercera marcha, luego la cuarta y sin perder ni un segundo volvió a pisar el pedal del acelerador, dio un volantazo y por muy poco no sacó de la carretera al Evoque. Ragnar adelantó al Range Rover y siguió avanzando a toda velocidad. Dejaron atrás el asfalto adentrándose una pista de tierra y grava en muy mal estado.

De repente, sucedió algo que llamó la atención de Ragnar y Tom. El sol y el cielo azul desaparecieron por completo y el Land Rover pick-up volvió a introducirse de lleno en el infierno blanco. La temperatura cayó en picado, la lluvia regresó con fuerza, mezclada con algún copo de nieve. Habían dejado atrás el ojo de la tormenta y, una vez más, el frío, el color gris y la lluvia torrencial se convirtieron en los principales protagonistas de una pesadilla que parecía no tener fin. Tal y como había previsto Ragnar, al adentrarse en un terreno embarrado, el agua y la nieve frenaron el avance del Evoque, permitiéndoles ganar unos metros de ventaja en terreno abierto. El islandés cambió de marcha y tras dar varios saltos debido al firme en mal estado, pisó el acelerador. El Range Rover de ECYLA se estaba quedando atrás. Con la cumbre del Burfell bien visible a la derecha, Ragnar giró hacia el noreste.

Dejaron las pistas del pequeño aeropuerto de Rif a la izquierda, buscando una de las pistas de tierra que baja hacia la costa. Al llegar a una curva, Ragnar comenzó a bajar campo a través. Aprovechando una recta con el firme en mejor estado, el Range Rover Evoque negro aumentó la velocidad y no tardó en alcanzarles, golpeando lateralmente el lado izquierdo del Land Rover. Un nuevo impacto lateral provocó que Ragnar golpeara su cabeza contra el cristal, con una fuerza considerable.

—Estás sangrando, esa herida no me gusta —dijo Tom mirando a Ragnar.

—Puedo seguir conduciendo —aseguró Ragnar, apartando la sangre de su ojo izquierdo.

—Tu ceja izquierda tiene mala pinta, está brotando mucha sangre. Toma —dijo Tom mientras le acercaba el pañuelo que guardaba en uno de los bolsillos de su pantalón.

—Será mejor que me dejes a mí, no puedes conducir campo a través con una mano —observó Tom.

El islandés le hizo caso y detuvo el Land Rover tan solo unos segundos, el tiempo justo para sentarse en el asiento del copiloto.

Ragnar apretó fuertemente el pañuelo contra su ceja abierta, intentando frenar la hemorragia. Tom arrancó el Land Rover, sintiendo cómo el volante le exigía realizar mucha más fuerza que con un utilitario convencional. Ragnar realmente se encontraba en buena forma para poder conducir esa especie de tanque, pensó Tom. Al cabo de unos minutos, Tom abandonó el campo por donde avanzaban y, siguiendo las indicaciones de Ragnar, se adentró en una pista que seguía la valla de un cercado. El firme de la pista empeoró y la niebla y la nieve comenzaron a cubrir todo el campo de visión, dificultando la conducción. La pista se convirtió en un camino bastante estrecho. Giraron a la izquierda, buscando la carretera asfaltada que conduce a Ólafsvik.

—Ha dejado de seguirnos —observó Tom por el retrovisor.

—Te dije que mi Land Rover era mucho más potente, llevo unos neumáticos especiales para nieve mucho mejores que los que suelen colocar la mayoría de talleres en Islandia —dijo Ragnar mientras un impacto brutal por muy poco no les hace volcar.

—El muy hijo de puta no es tan idiota como pensaba, ha tomado un atajo y nos ha pillado con la guardia bajada —dijo Tom reduciendo la velocidad.

—Espera que lleguemos a un pequeño riachuelo con un puentecillo de madera por donde solo pasa un vehículo —dijo Ragnar.

El camino era lo suficientemente ancho para un vehículo pequeño, pero el Land Rover de Ragnar no era precisamente un Fiat 500. Tom esperó hasta ver el pequeño puentecillo de madera y, cuando tuvo a su altura al mercenario de ECYLA, dio un fuerte volantazo a la izquierda, lanzando al Evoque hacia un lateral. El lujoso todoterreno no tuvo tiempo de entrar en el puente y una vez Tom lo hubo cruzado, pudo ver por el retrovisor como el Evoque daba dos, tres, cuatro vueltas de campana cayendo unos veinte metros por un lateral del camino. El vehículo acabó en muy mal estado, hundido en el barro y la nieve, con las ruedas girando hacia arriba. El hombretón de ECYLA tardaría mucho tiempo en volver a caminar.

—Algo no me cuadra. Ese malnacido podía habernos sacado de la carretera mucho antes, incluso podía habernos disparado y no lo hizo... Los mercenarios suelen llevar varias armas en sus vehículos y tienen muy buena puntería, están entrenados para… hay algo que no... —Ragnar se interrumpió—. Algo falla en la ecuación —añadió.

—¡Abrieron el Land Rover, sacaron nuestras mochilas y el bidón de gasolina! Tenían un plan B por si no lograban detenernos. Nos están haciendo perder tiempo, tenían que estar seguros de que… —dijo Tom mientras Ragnar le leía la mente.

—Voy a reducir la velocidad, necesito que cojas tu mochila y la

mía y todo lo que creas que tiene valor —dijo Tom.

—Ahora mismo —dijo Ragnar sin perder ni un segundo.

—¡Coge las mochilas y salta! —gritó Tom mientras Ragnar agarraba fuertemente las dos mochilas de un modo muy poco estético pero efectivo.

A continuación, Ragnar abrió la guantera, sacó varios documentos, guardó su frontal y unas gafas de sol en el bolsillo interior de su chaqueta.

—¡Por lo que más quieras Ragnar, salta ahora! —gritó el noruego —. ¡No podemos perder más tiempo! ¡Sal de este maldito cacharro ahora mismo! —volvió a gritar Tom agarrando el volante con la mano derecha, mientras abría su puerta con la izquierda. Varias ramas golpearon la puerta y el interior del vehículo.

Ambos saltaron del Land Rover casi al mismo tiempo, rodando unos metros por el suelo cada uno por su lado. Instintivamente Ragnar se llevó ambas manos a la cabeza, mientras Tom intentaba reducir la velocidad dando varias patadas para clavar sus pies en el terreno, como si de un piolet se tratara. Durante unos segundos que se hicieron eternos notaron como una mezcla de nieve, tierra y barro les envolvía. Por fortuna las mochilas ayudaron a amortiguar el impacto, aunque ambas quedaron bastante dañadas. Tom se llevó la mano al muslo herido: estaba sangrando, la herida se había abierto. El Land Rover avanzó unos metros por el camino perdiendo velocidad y justo al salirse en una curva cercana, estalló volando por los aires en medio de una gran bola de fuego. La espectacular explosión levantó el vehículo varios metros, volcándolo a continuación tras dar dos vueltas de campana. Una de las ruedas cayó a pocos metros de Ragnar y varias piezas del motor no alcanzaron a Tom por muy poco. Los restos del todoterreno acabaron esparcidos junto a la carretera y la parte más grande quedó varada en las aguas poco profundas de un pequeño riachuelo, a unos veinte metros de la pista. Ambos notaron un penetrante olor a gasoil y a almendras amargas, propio del C-4, uno de los explosivos plásticos más utilizados en todo el planeta.

—No te equivocabas, tenían un plan B —reconoció Tom incorporándose.

—Ahora sabes de lo que realmente son capaces, no se detienen ante nada ni nadie. Por un lado te distraen, mientras por otro te hacen volar por los aires —Ragnar se había sentado en uno de los laterales de la pista, esperando a que Tom le ayudara a levantarse.

—Mejor el todoterreno que nosotros —dijo Tom.

—Lo pagarán muy caro —prometió Ragnar secándose el sudor de la frente con la manga derecha de su chaqueta.

El veterano islandés miró hacia la cortina de humo negro que se había levantado en el lugar de la explosión y pensó en las horas y

horas que había dedicado a una de sus grandes pasiones, la mecánica. Por fortuna, Ragnar no presentaba rotura alguna, solo una fuerte contusión en su cadera derecha y algo de dolor en la mano y el brazo derechos. El corte en la ceja por aplastamiento seguía sangrando. Tom abrió su botiquín de emergencia y, tras limpiar la herida, colocó varios apósitos con la intención de contener la hemorragia.

—Vamos a tener que ahorrar fuerzas, nos quedan un par de horas largas hasta Ólafsvik, pero por fortuna la tormenta está remitiendo, los efectos de PEM están disminuyendo —dijo Ragnar tosiendo, mientras se levantaba del suelo con la ayuda de Tom.

—No estás en condiciones de seguir caminando. La lluvia y el frío no te harán ningún bien; se ha hecho tarde, deberíamos descansar —dijo Tom.

—Tú tampoco estás mucho mejor, la herida de tu pierna vuelve a sangrar, tiene que verte la pierna un médico.

—Voy a colocarme una de las vendas que me dio Magnus y creo que podré aguantar hasta llegar a Ólafsvik.

—Los efectos de los PEM suelen durar varios días, depende de la intensidad y de muchos factores. Dudo que sean conscientes del verdadero poder que tienen en sus manos —añadió Ragnar.

—Lo más importante es que hemos logrado obtener mucha información. Tengo que reconocer que nunca antes me habían disparado, quemado, sacado de la carretera, golpeado e insultado de un modo tan reiterado, pero si hemos llegado hasta aquí, podemos llegar mucho más lejos —dijo Tom cargando con su mochila a la espalda y con la de Ragnar delante.

Siguieron caminando durante casi una hora por la misma pista, llegando hasta el aparcamiento junto a la cascada Svödufoss. Decidieron seguir bajando por el sendero que conecta la Svödufoss con la cercana Kerlingarfoss, otra cascada de cuento; al cabo de unos minutos, aprovechando que volvía a llover con cierta intensidad, buscaron un rincón donde Tom pudiera plantar la tienda. Ragnar necesitaba reponer fuerzas, el día había sido muy intenso y ambos estaban agotados. Una vez Thomas instaló la tienda, extendió su saco de emergencia, dejando para Ragnar el saco de plumas. El noruego era muy previsor y siempre viajaba con dos sacos, uno muy fino y otro más grueso. Buscaron algo para cenar en el interior de sus mochilas, entrando en calor rápidamente. Ragnar preparó un cómodo cojín con su chaqueta, agradeciendo a Tom el detalle de cederle el saco más caliente. Dejó su pistola a mano y se introdujo en el saco. No tardaron ni diez minutos en caer en brazos de Morfeo.

XV

Ólafsvik

Domingo, 2 de julio de 2023

Ragnar y Tom se levantaron a las siete de la mañana, aprovechando que el sol luchaba por abrirse camino entre las nubes. La lluvia había cesado y poco a poco, las nubes oscuras y amenazantes empezaron a dejar paso a un cielo algo menos gris. Sentados en un gran bloque de piedra junto a la tienda, Tom compartió los últimos yogures, el muesli y los zumos que le quedaban en la mochila. Era la primera vez en muchos días que Tom podía desmontar su tienda y plegar los sacos sin mojarse. Una vez guardaron todos los enseres y el material de montaña en sus respectivas mochilas, decidieron seguir caminando a buen ritmo hacia Ólafsvik. Al llegar a la costa, Thomas y Ragnar se quitaron las chaquetas impermeables y contemplaron el océano durante unos minutos. En ningún momento bajaron la guardia, aunque no había ni un alma a su alrededor, ni un solo vehículo.

—¿Qué vas a hacer cuando regrese a Noruega?

—Lo mejor que puedo hacer es desaparecer durante un tiempo —respondió Ragnar—. Si todo sale como está previsto, se va a organizar un buen revuelo en la base y nuestros amigos de ECYLA van a tomar decisiones. No tengas miedo, sobreviviré, pero necesito tomarme un respiro antes de regresar a Arnarstapi. Tú eres famoso, en el caso de que alguien te haya reconocido, será complicado que te busquen las cosquillas sin tener que dar explicaciones que puedan comprometerles. Yo no soy nadie, soy prescindible, ellos lo saben y yo lo sé.

—Tómate tu tiempo —dijo Thomas.

—Nunca mejor dicho —añadió Ragnar.

Siguieron caminando hacia el este a través de la pista que discurre paralela a la carretera, habitualmente utilizada por ciclistas y runners. Durante un par de kilómetros, el agua jugó un papel muy interesante, dejando tan solo un hilo de tierra y asfalto, como si de un puente o un dique se tratara. Al entrar en Ólafsvik, Thomas levantó la vista hacia el cielo, observando los primeros retazos de color azul. Poco a poco todo volvía a la normalidad, pensó. A las nueve de la mañana Tom y Ragnar se sentaron frente al mar, en el pequeño puerto de Ólafsvik. Ambos inhalaron una buena bocanada de aire fresco con olor a sal, sintiendo el aire fresco en la cara. Era una sensación muy agradable.

Ragnar observó cómo varios técnicos que vestían el uniforme de la Landsvirkjun, la compañía nacional de electricidad del país, se

encontraban trabajando en distintos puntos del pequeño puerto, así como en varias calles de la población. Habían llegado en dos furgonetas desde Borgarnes. Sin duda era una buena señal, los vehículos volvían a circular por la zona sin necesidad de cambiar solenoides ni de tener garajes aislados. El exceso de acción y aventura había hecho mella en el rostro del veterano islandés, necesitaba tomarse un buen descanso después de escapar de la base de Hellissandur y de perder su querido todoterreno. Recuerdos y más recuerdos, era todo lo que Ragnar almacenaba en su interior, una vida a caballo entre la ciencia, la frustración, el alcohol, la montaña y la lucha interna. Era un rebelde cuya alma había sido sacudida en demasiadas ocasiones. Thomas miró la ceja de Ragnar y lentamente le quitó los apósitos, cambiándoselos por unos nuevos que habían comprado en la farmacia de Ólafsvik. Al cabo de unos minutos, un grito a sus espaldas los devolvió a la realidad.

—¡Por fin ha vuelto la luz! —gritó el encargado del supermercado saliendo a la calle.

Tom y Ragnar se levantaron, cargaron sus mochilas y se adentraron de nuevo en la pequeña población. La mayoría de sus habitantes había salido a la calle mostrando una sonrisa en sus rostros; las luces en las tiendas y en los hogares indicaban que, poco a poco, la normalidad regresaba a la península del Snaefells. Cruzaron la población y se acercaron caminando hasta el camping de Ólafsvik, donde Thomas había pernoctado al llegar a la península. Tras conversar amablemente con el encargado, acordaron poder utilizar las duchas y la cocina a cambio de una compensación económica. Aunque el sol comenzaba a brillar, la temperatura seguía siendo baja a primera hora de la mañana y una buena ducha de agua caliente era algo que, sin duda, agradecerían. Tras asearse debidamente, Tom preparó una buena sopa caliente con los restos de comida que suelen dejar los amables montañeros y campistas que pasan la noche. Un buen plato de pasta y una sopa de verduras era justo lo que necesitaban para recuperar fuerzas. Lavaron un par de mudas y dejaron que se secaran al sol, disfrutando de un merecido descanso tumbados sobre la hierba verde del camping. A las diez y media de la mañana, una voz les sorprendió a sus espaldas.

—Buenos días, ¿necesitan algún tipo de transporte? —preguntó el agente de policía.

Thomas y Ragnar se sorprendieron, pero en ningún momento su respuesta denotó nerviosismo. Dos agentes de policía se habían personado en el camping, habían dejado aparcado su vehículo en la entrada y no parecían tener ningún tipo de actitud hostil.

—Estamos organizando el transporte de los vecinos que necesitan recuperar la movilidad. Los colegios también recuperan la normalidad,

han sido unos días complicados para todos —dijo el agente.

—Durante toda la tarde de hoy y todo el día de mañana se reforzará el servicio de autobuses, estamos trabajando para que la normalidad regrese lo antes posible. La tormenta ha ocasionado daños en la carretera y la caída de varios postes impedía la circulación de vehículos —añadió su compañero.

—Pero hoy por fin han podido limpiar la carretera y hemos podido llegar hasta ustedes —apuntó uno de los agentes.

Según la versión oficial, debido a los problemas ocasionados por las tormentas y la caída del suministro eléctrico, la compañía nacional de autobuses había puesto a disposición de los vecinos y de los montañeros que no habían podido regresar un servicio de autobuses especial que partiría cada dos horas, desde la tres de la tarde hasta las diez de la noche. Algunos autobuses llegarían hasta el cruce donde pasa la línea que baja a Borgarnes y Reikjavyk, otros subirían hasta Króksfjarðarnes y un par de ellos bajarían directamente a Borgarnes, donde se podría conectar fácilmente con las líneas que siguen hasta la capital y el aeropuerto de Keflavik.

—Reforzar el servicio de autobuses ha sido una excelente idea y, por si fuera poco, varios vecinos se han ofrecido para ayudar a evacuar el camping de Ólafsvik, que se ha llenado durante días —dijo el encargado del camping.

—Es una excelente noticia —apuntó Thomas.

Thomas y Ragnar abonaron el uso de las duchas y la cocina, se vistieron con ropa limpia y seca y se acercaron hasta la pequeña parada del autobús, situada en el centro de Ólafsvik. Unas treinta personas, la mayoría senderistas y viajeros, se agrupaban junto a la parada, todos equipados con pesadas mochilas, chubasqueros, sacos de dormir y los clásicos rollos isotérmicos bien visibles. Junto a ellos, varios lugareños y familias con niños también esperaban la llegada de los autobuses. En unos minutos partiría el primer autobús con destino a Borgarnes, donde Tom podría conectar con un servicio especial hacia el aeropuerto internacional de Keflavik.

Ragnar necesitaba descansar, pero no podía permitirse el lujo de bajar la guardia. Pensó en su padre, quien de muy joven había empezado a trabajar en la compañía eléctrica nacional, la Landsvirkjun. Poco a poco fue ampliando sus conocimientos, hasta que dio el salto a la empresa privada. El tiempo avanzaba de forma inexorable y ahora, por fin, podría hacer justicia, denunciando con pruebas irrefutables la mala praxis y los crímenes cometidos por ECYLA a lo largo de la última década. Respiró profundamente, notando el olor de la hierba fresca por la mañana. Le dolía todo el cuerpo, pero por primera vez en mucho tiempo, sentía algo que podría estar cerca de llamarse felicidad. El veterano islandés cerró los ojos y

pensó en lo afortunado que era. No solo seguía vivo, sino que había logrado demostrar que sus teorías eran ciertas, llevándose como regalo la amistad de un noruego impetuoso y lleno de vida. Al volver a abrir los ojos. disfrutó observando las pequeñas cumbres y crestas verdes que se elevaban hacia el sur, a pocos metros de donde se encontraban.

—La naturaleza es mucho más inteligente que el hombre.

—Siempre lo he creído —dijo Tom mientras sacaba su cantimplora de la mochila.

—Los árboles mueren de pie… Como bien dices, la naturaleza es sabia, posee una nobleza intachable y tiene mucho poder, tarde o temprano acabará venciendo a nuestra arrogancia. Los árboles, las montañas, los ríos... llegaron antes que nosotros —dijo Ragnar recordando las palabras de la señora Hnallthora.

De algún modo, Ragnar deseaba que las premoniciones de la esposa de Magnus fueran ciertas. Jugar a ser Dios solo podía acarrear dolor y sufrimiento y, ahora más que nunca, la naturaleza tenía que ser mucho más fuerte e inteligente que el ser humano. ¿Qué es el hombre sino un minúsculo parásito dañino, que habita dentro de un enorme universo de vida y muerte? —pensó.

—¿No tienes miedo de que te maten? —preguntó Thomas.

—Estoy preparado para largarme de este mundo, ¿por qué preocuparse por algo que no tiene remedio? —se preguntó Ragnar. No le tengo miedo a la muerte, tengo miedo a no poder morir con dignidad, tengo miedo al dolor, al sufrimiento, tengo miedo a morir sin haber dejado legado alguno a nadie, tengo miedo a la forma y a las consecuencias, pero no tengo miedo a la muerte en sí.

—Creo poder afirmar que dejarás un legado mucho más valioso de lo que piensas. Eres un superviviente, un luchador y lo más importante: tienes razón. Tienes la verdad a tu favor —dijo Tom.

—Gracias por estar aquí —reconoció Ragnar.

—Eres todo un vikingo, un hombre de honor, por cierto… nunca antes había visto a nadie soltar puñetazos con tanto estilo —dijo Tom.

—Seremos viejos, pero estamos fuertes —afirmó Ragnar sonriendo.

—Nunca olvidaré lo que he vivido en Arnarstapi —dijo Thomas—. Solo espero que podamos llegar sanos y salvos a algún lugar seguro. Les hemos dado una buena lección, pero la muerte de David Galvanni seguro que va a remover mucha mierda. Hemos ganado una batalla, pero no la guerra —añadió.

—Una guerra que acaba de empezar —asintió Ragnar—, una guerra donde la tecnología y la crisis energética a la que nos enfrentamos va a jugar un papel muy importante. No esperaban nuestra visita y, de momento, les hemos dado un buen baño de realidad; pero son muy fuertes y cuentan con muchísimos recursos.

—Ahora más que nunca deberás tener los ojos y los oídos bien

abiertos. No sé si están preparados para lo que va a pasar dentro de unos días —dijo Thomas.

—Tengo que reconocer que estoy muy impresionado, te la has jugado por mí y por mi gente, es algo que nunca olvidaré, ni yo ni tu nueva familia en Arnarstapi —dijo Ragnar.

Durante unos segundos permanecieron en silencio. Ragnar miraba fijamente a Thomas, escudriñando con sus ojos la expresión y la mirada del joven noruego. Poco a poco, en el rostro del veterano islandés empezó a dibujarse una sonrisa.

—¡Dios mío, ahora lo entiendo! —exclamó.

—¿Qué es lo que entiendes? —preguntó Tom sorprendido.

—Lo veo en tus ojos: estás aquí no solo porque crees en mí o en todo lo que te hemos explicado, ahora mismo estás aquí porque todo esto te gusta. Lo llevas dentro, eres como yo, un maldito amante del riesgo. Necesitas sentirte vivo, notar cómo la adrenalina fluye por tu cuerpo. Y ahora por fin has podido hacer algo de lo que sentirte orgulloso. ¡Mírate!, estás viviendo algo que has deseado toda tu vida, más allá del Himalaya y de las grandes cumbres heladas. Quieres dejar huella, sentirte útil y a la vez vivo, ¡no puedes evitar ser como eres! —afirmó Ragnar sin ocultar su emoción.

La expresión de Thomas Rake pasó por varias etapas o fases. Del asombro a la seriedad, para terminar esbozando un amago de sonrisa torcida. Ragnar sujetó con ambas manos los hombros del joven noruego reafirmándose en su idea.

—Necesitaba verlo con mis propios ojos, saber que era capaz de hacerlo, de vivirlo, de sentirlo. Necesitaba tener un objetivo —reconoció Thomas.

—Tienes agallas y eres mucho más valiente de lo que crees, pero debes tener mucho cuidado, yo sentía la misma pasión por la vida, era igual que tú, lanzado, impulsivo, pero a la vez, estaba lleno de dudas y miedos… La acción y el riesgo no siempre ayudan a formar una personalidad, debes tener mucha sangre fría y… siempre a mano un plan B.

—Gracias por tus consejos, Obi-Wan —dijo Thomas sonriendo.

—¿Perdón? —una arruga vertical apareció en la frente del veterano islandés.

—Olvidé que eres de otra época.

—Te estaba tomando el pelo —por primera vez en mucho tiempo, Ragnar soltó una sonora carcajada y, por unos instantes, se sintió muy feliz—. Soy más de Alec Guinness que de Ewan McGregor —añadió.

—Es absurdo vivir con miedo. En el mundo en el que me muevo, la muerte está presente todos los días pero, tal y como puedes ver, procuro vivir mi vida con una cierta normalidad, consciente de los

riesgos que corro en alta montaña —comentó el noruego esbozando una amplia sonrisa.

—Es importante saber gestionar y prevenir los riesgos —añadió Ragnar.

—Hoy en día, la gente no tiene un punto intermedio. O corren excesivos riesgos o se pasan todo el día encerrados en casa tras una pantalla. No me extraña que los psicólogos y los psiquiatras se estén forrando en medio mundo.

—Eso es lo malo de la sociedad actual, la mayoría piensa mucho y hace poco.

—Una gran fotógrafa lituana que conocí hace muchos años me explicó una vez la diferencia entre el aficionado y el profesional. Decía que el aficionado primero piensa y el momento pasa. El profesional aprovecha el momento y piensa después. Así pues, si encontramos un momento, sugiero que lo aprovechemos y lo pensemos después —explicó Ragnar.

—¿Cómo podré encontrarte? —preguntó Thomas.

—Yo te encontraré a ti.

Thomas dio un par de sorbos más a su cantimplora, notando como el agua helada y metálica del camping bajaba por su garganta refrescándole.

—Voy a tener que desaparecer durante un tiempo. Por fortuna, todavía me queda algún contacto. Según reza un antiguo texto vikingo, «un hombre sin amigos es como un abedul desnudo, sin hojas ni corteza, solitario como una triste colina». Estaré bien, no te preocupes, pero tú debes largarte de Islandia lo antes posible —dijo Ragnar.

—¿Crees que nos estarán buscando?

—Galdur borró las imágenes de todas las cámaras de seguridad, hemos eliminado a los mercenarios que podrían reconocernos y todavía deben estar sacando trozos de David en medio de la carretera hacia Rif. Magnus y Valur nos cubrirán las espaldas un tiempo, no creo que a la policía le interese remover la mierda. Creo que todavía tenemos algo de margen para actuar, pero no podemos subestimar el poder de ECYLA. Hemos dado el primer paso, pero todavía queda el segundo. Cuando salgan a la luz los vídeos y el material que obra en nuestro poder, no tardarán en atar cabos. Voy a intentar protegerte todo lo que pueda, pero ya lo hemos hablado: tú, como personaje famoso, eres casi intocable para ellos. Solo espero que tu contacto logre sacar a la luz la información que poseemos, creo que esta vez vamos por el buen camino. Es bueno tener miedo, nos ayuda a ser precavidos.

—El miedo nos hace dóciles ante el poder —dijo Tom.

—En un mundo donde la vigilancia y el control de la sociedad es

total, la única libertad es no ser visto —afirmó Ragnar.

—Voy a permanecer alejado de las cámaras durante un tiempo.

Thomas le ofreció su cantimplora a Ragnar, quien bebió un buen trago. El islandés necesitaba hidratarse y comer un estofado.

—Si alguien pregunta por mí, si llegaran a relacionarte directamente con ECYLA, diles que me he escapado, que todo fue obra mía, diles lo que quieras, utiliza mi historial, te creerán —le aconsejó Ragnar—. A veces, lo más difícil en la vida es saber decidir qué puente cruzar y cuál quemar. Yo soy el que tienes que quemar y no mires atrás, vive tu vida con la misma pasión que ahora. Cuando te conocí en Arnarstapi nunca pensé que llegaríamos tan lejos, nunca no dejes que el miedo te nuble.

—Galdur Sigmunsson dio su vida por nosotros, no dejaremos que su muerte haya sido en vano. La base de Hellissandur no debería existir, han creado algo que no pueden controlar, en nuestras manos está que el mundo sepa qué y quién hay detrás de ECYLA —dijo Tom visiblemente emocionado al escuchar las últimas palabras de Ragnar.

—Ya sabes dónde tienes que ir, qué tienes que buscar y en quién puedes confiar.

—Déjalo en mis manos —afirmó Thomas.

—Te miro y veo que eres un sentimental, pero eso es bueno, Tom. Según parece en nuestro mundo no hay punto intermedio: o eres un romántico empedernido o un maldito borracho egoísta e hipócrita.

—Puede que yo haya vivido justo en la frontera durante muchos años —dijo Tom—. Por cierto, ¿puedo hacerte una última pregunta antes de despedirnos?

—Dispara.

—Hay algo que no me cuadra. ¿Cómo puede un físico caído en desgracia dominar tantos campos a la vez? ¿De dónde has sacado el tiempo para convertirte en un experto en armas, tecnología, mecánica, seguridad…?

—¿A dónde quieres llegar exactamente? —preguntó Ragnar.

—¿Siempre viajas sin documentación? ¿Hay algo que no me has contado sobre tu pasado? —preguntó Thomas.

Ragnar se tomó unos segundos para responder.

—Nadie es perfecto —sentenció Ragnar sonriendo—. Sube al autobús, no creo que quieras alargar tus vacaciones innecesariamente.

—Todo saldrá bien, ha sido un placer y un honor conocerte —dijo Tom sonriendo, sin ocultar una cierta sensación de alivio.

—Recuerda que existe lo que la gente quiere oír y creer, luego todo lo demás, y después la verdad. No olvides algo muy importante: nuestros recuerdos también tienen voces. Tú tienes el reloj, pero ellos tienen el tiempo —dijo Ragnar dándole un fuerte abrazo.

—Ahora el tiempo juega a nuestro favor.

—El tiempo es relativo, no lo olvides —le recordó Ragnar.

El noruego subió al pequeño autobús y, en menos de dos minutos, el conductor puso en marcha el motor. La imagen de Ragnar de pie junto a la pequeña parada quedó grabada en la mente de Tom mientras se alejaba hacia el este de la península del Snaefells. El autobús, abarrotado de montañeros y viajeros de varias nacionalidades, fue directo hasta Borgarnes, encontrando bastante más tráfico del habitual por el camino. Islandia volvió a sorprender a los pasajeros, ofreciendo un abanico de paisajes donde el verde y el azul del cielo y el mar creaban una policromía de gran belleza. Había dejado su mochila en el enorme maletero del autobús, pero en una bolsa de mano Tom llevaba el disco duro de Galdur, el iPhone de Ragnar y varios carretes Fujifilm. También llevaba una agenda, carpetas, planos y las coordenadas para recuperar los pendrive de Ragnar en Holanda y un número de teléfono de Israel que tan solo poseían tres o cuatro personas en todo el planeta.

Thomas Rake tuvo el tiempo suficiente para intentar ordenar sus ideas y sacar conclusiones. Poco a poco, fue recordando todos y cada uno de los días que había pasado en Arnarstapi. Seguía pensando en todo lo que le había explicado Ragnar, y seguía pensando en su pasado: ¿era realmente quien decía ser? Tenía la esperanza de volver a verle en un futuro, aunque era consciente del peligro que correría a partir de ahora. Por la mente de Tom cruzó un recuerdo fugaz: fue en 2012, en el transcurso de un trekking por el Cabo Norte, cuando conoció en medio de una tormenta impresionante a un guía de montaña y pescador de salmones llamado Leonard, un fornido anciano que, de algún modo, se convirtió durante un par de días en su ángel de la guarda. Thomas pensó que Ragnar y Leonard eran como dos gotas de agua. Si Leonard había trabajado parte de su vida como piloto de helicópteros en plataformas y explotaciones petrolíferas de medio mundo… ¿dónde podría haber trabajado Ragnar realmente? La sangre fría, el dominio del volante, las armas, la mecánica… Puede que Islandia fuera una tierra de hombres rudos y valientes, como Noruega, pero había algo en Ragnar que seguía sorprendiendo a Thomas. Era una sensación que, muy probablemente, le acompañaría durante mucho tiempo. Tom decidió centrarse en el futuro más inmediato.

En la estación de Borgarnes, les esperaba puntual el autobús que conducía a Reykjavík y el aeropuerto internacional de Kefkavik. Tom aprovechó los veinte minutos que tenía para entrar en un pequeño mercado y comer un buen plato de pescado y marisco, regado con una buena cerveza sin alcohol. Tras disfrutar de la comida, subió al autobús y no tardó en cerrar los ojos y dejarse llevar por un sueño

profundo y reparador.

XVI

Resolución

Mi vida ha cambiado de un modo inimaginable. Somos tan pequeños, tan vulnerables, que ante los ojos de la naturaleza no resultamos más que una mota de polvo dentro de un universo infinito. Somos vulnerables, pero a la vez nos creemos fuertes y nos sentimos muy seguros. Nos vence la soberbia, nuestro narcisismo nos debilita a nivel emocional. Desde el origen del hombre, de un modo u otro el ser humano se ha creído el centro del universo; lamentablemente somos así, nuestra especie carece de la humildad que otros poseen.

Conspiramos, intrigamos, manipulamos, engañamos, no jugamos limpio y nos divertimos creando distracciones que nos mantengan ocupados. ¿Por qué nos creemos mejores que el resto? No lo somos y no somos conscientes de algo que la mayoría teme admitir: al universo le importa muy poco lo que nos pueda pasar. No le importan nuestros planes insignificantes, nuestros corazones frágiles… el universo ya ha hecho sus previsiones, dejando a un lado nuestra estupidez y nuestra búsqueda de una capacidad de control que no entiende de lógica ni sentido común. No escuchamos. El ser humano sigue ignorando que lo más sencillo, lo auténtico, siempre será mucho mejor que lo artificial. La búsqueda de lo auténtico implica un gran esfuerzo y una responsabilidad que no todos somos capaces de entender y aceptar. Por tal motivo, son muchos los que se preguntan hasta qué punto el ser humano se merece una lección, un toque de atención que le ayude a avanzar.

Adaptarse. Nos amoldamos, nos las ingeniamos para sobrevivir adaptándonos. Nos esforzamos en cambiar y al esforzarnos, evolucionamos. La vida es evolución, la muerte también lo es. Mientras una parte del mundo avanza hacia un futuro incierto, mientras una parte de la sociedad observa con suma preocupación el devenir de unos acontecimientos inimaginables hace tan solo unos años, los hay que se resisten a darse por vencidos y siguen luchando. Es en la autenticidad donde reside gran parte del secreto de nuestra evolución, sin olvidar que vivimos dentro de un sistema y los sistemas siempre se resisten a los cambios. Una parte del sistema lucha por cambiar el mundo, otra parte permanece en silencio, ambas partes saben que las probabilidades de lograr un cambio a corto plazo son escasas. Tal y como sucedió a lo largo de los siglos en momentos de grandes crisis, una parte del sistema se preocupa en aportar momentos de felicidad, ignorando lo más importante: la adaptación exige un esfuerzo, todo cambio implica realizar algún tipo de sacrificio.

No podemos controlar a quienes perdemos, ni podemos ahorrarnos ese dolor. He aprendido algo, los secretos que guardamos, los motivos por los que no decimos que amamos, no valen nada. Es necesario que aprendamos a vivir el presente sin miedo, no todo debe tener una importancia excepcional. Hay momentos en la vida que nos da miedo revivir y otros que deseamos repetir. En ocasiones, algo que puede parecer insignificante, de repente cobra una importancia o un sentido único. Últimamente, me he dado cuenta de que he estado viviendo de mis recuerdos, llegando a reescribirlos con el paso del tiempo. No volveré a hacerlo. Aunque el tiempo no puede darnos segundas oportunidades, quizá la gente sí pueda. Lo más importante es que he aprendido a que me importe lo que a ti te importa. Tú me importas, Aase.

Tengo muchas ganas de verte. Mi vida ha cambiado, te sorprenderá lo que voy a contarte.

Te quiero,

Tom

Thomas había escrito el e-mail a los pocos minutos de obtener señal wifi en el aeropuerto internacional de Keflavik. Por fortuna, llevaba su pequeño ordenador portátil apagado en el fondo de su mochila, bien protegido durante el PEM y no había sufrido daños. Al cabo de unos minutos, un nuevo mensaje apareció en el buzón de entrada.

Me ha sorprendido tu correo. Desde que te conozco nunca te había escuchado hablar así. Lo he leído varias veces y solo puedo decirte que me has dejado intrigada. Yo también tengo ganas de verte para poder comentar lo que dices y lo que piensas, creo que debemos vernos cuando puedas. Espero que disfrutes de tu estancia en Arnarstapi, ya me enviarás fotos. Ayer fue el aniversario de nuestro primer cuatromil juntos, ¿te acuerdas del Breithorn? Luego vinieron el Cástor y el Pólux, dos cumbres preciosas. El 30 de junio es una fecha que nunca olvido.

Por cierto, yo también te quiero.

Aase

Tom pensó en las últimas frases que había escrito Aase. Una gota de sudor frío cruzó por su frente. Subieron juntos el Breithorn un 30 de junio, lo recordaba perfectamente. El noruego miró su reloj Suunto: seguía apagado. El PEM lo había freído literalmente. Pero el reloj de su ordenador sí funcionaba correctamente. Observó un detalle que le llamó la atención: el reloj marcaba las 18:37 del sábado 1 de julio de 2023. No podía dar crédito a lo que veían sus ojos, la fecha no se

correspondía con la realidad. Miró a su alrededor: viajeros con maletas enormes, montañeros cargados con mochilas y piolets, familias con cochecitos para bebés pasaban junto a él sin que se diera cuenta, su mente estaba en otra parte. El reajuste horario solo podía ser fruto de un fallo del ordenador, de un problema técnico, pensó. Tom revisó los últimos correos y apagó el portátil, lo guardó en su funda, cerró su mochila y se acercó al mostrador de atención al cliente de Norwegian.

—He perdido el vuelo de regreso, quería comprar un nuevo billete para Bergen, no sé si queda algún vuelo para hoy domingo —dijo Tom, pensando una y otra vez en la fecha que indicaba el reloj.

—Tenemos un vuelo que va casi vacío para esta noche —le informó la joven.

—Disculpe señorita, ¿qué día es hoy? —preguntó Tom.

—Sábado 1 de julio, ahora mismo son las 18:47 —contestó la responsable de atención al cliente esbozando una sonrisa perfecta.

—¿Puede usted comprobarlo de algún modo, por favor? —preguntó Tom.

—Mire este reloj —la joven enseñó el calendario digital que tenía justo encima, colgado en la pared a unos metros por detrás de su espalda.

—El pasado miércoles 28, en la península del Snaefells se quedaron sin luz eléctrica. No había señal de telefonía, no funcionaba ningún aparato eléctrico —explicó Tom buscando una respuesta lógica a sus dudas.

—Eso fue hace tres días, pero desde aquí no podemos tener constancia de todo lo que sucede en otros puntos de la isla —se excusó ella.

—Entonces este billete de regreso a Bergen, ¿es válido? —preguntó Tom mientras le mostraba el billete electrónico en la pantalla de su teléfono, con fecha del 1 de julio.

—Es perfectamente válido señor, hoy es sábado y mañana será domingo —dijo la joven sonriendo—. La salida está prevista dentro de unas dos horas. Si le parece y como gentileza de nuestra compañía al tener un avión con pocas plazas vendidas, podemos ofrecerle un cambio de asiento y ubicarlo en los asientos delanteros sin coste alguno.

Thomas necesitó respirar profundamente antes de reaccionar.

—¡Dios mío! ¡El bucle espaciotemporal! Ragnar tenía razón, siempre la había tenido, ¡el muy hijo de puta tenía razón! —dijo Thomas en voz alta mientras se secaba el sudor del rostro con la manga de su chaqueta.

La azafata le miró sorprendida mientras Thomas se alejaba intentando entender qué demonios estaba sucediendo. Siguiendo el

horario previsto, la aeronave despegó elevándose rápidamente y durante unos minutos, bien visible a lo lejos, el Snaefells mostró sus nieves eternas brillando bajo el sol. Tom apretó con fuerza su mochila de ataque, la había subido a bordo como equipaje de mano y no pensaba separarse de ella ni un segundo. La muerte de Galdur no había sido en vano, ni la desaparición forzosa de Ragnar. El noruego pensó en el valor de la ciencia, en la necesidad constante de adquirir conocimiento y en aquel momento, puede que por primera vez en su vida agradeciera la educación que había recibido. «¿Está el mundo preparado para que le sea revelada tanta información?, se dijo a sí mismo. Thomas estaba de acuerdo con Ragnar en que existe una gran diferencia entre dar a conocer los descubrimientos de grandes sabios y que la sociedad actual sepa cómo deben utilizarlos para el bien del planeta.

Uno de los grandes errores que suele cometer la comunidad científica es que enseguida se siente cansada de sus descubrimientos, colocándolos en manos de gente que no está a la altura. Y es por esa razón que casi siempre volvemos a la oscura ignorancia, investigando otros descubrimientos, que nuevamente volverán a ser mal utilizados.

—El ser humano nunca debería dejar de investigar, defendiendo la verdad ante todo —dijo mientras caminaba hacia el avión que no había perdido.

Los habitantes de Arnarstapi y de la península del Snaefells merecían tener voz, y de algún modo u otro, Thomas estaba convencido de que, tras décadas de sufrir en silencio, por fin la tendrían. Estaba decidido a enfrentarse a una institución cuyos tentáculos se extendían por todo el planeta . El dinero no era el principal medio de intercambio de ECYLA; para ellos, resultaba mucho más importante crear el estado de miedo necesario para poder influir sobre aquellas naciones y gobiernos débiles, cuyas economías enfermas y políticos hambrientos de poder eran fácilmente manipulables. A través de anomalías climáticas podían llegar a generar guerras, relegando a un segundo plano los clásicos golpes de estado. A partir de ahora, se podría desestabilizar un país entero o una zona determinada del planeta sumiéndolos en un invierno extremo, con temperaturas bajo cero que les obligaran a gastar enormes cantidades de energía eléctrica y de gas para poder mantener estufas y calefacciones en marcha. Los precios se dispararían, llegarían recesiones y crisis económicas gravísimas que pondrían a prueba la capacidad de resiliencia de sociedades enteras. También podrían arrasar costas con el propósito de realizar obras faraónicas sin necesidad de expropiar terrenos o provocar veranos extremos, que acabaran con las reservas de energía vaciando pantanos en menos de

dos meses.

A través de la nueva tecnología desarrollada por ECYLA se podrían provocar hambrunas, tsunamis, erupciones volcánicas, sequías y calamidades inimaginables. En pleno siglo XXI, la influencia y la capacidad de generar dinero a partir del caos eran valores en alza, algo que los bancos que financiaban ECYLA conocían muy bien. Nada era tan importante hoy en día como lograr obtener la gratitud y consideración de un amigo muy influyente y los bancos sabían muy bien cómo caminar por encima de las arenas movedizas. Tom pensó en el sufrimiento y en la lucha interior que había experimentado Ragnar intentando demostrar que sus descabelladas teorías, basadas en años y años de investigación, eran ciertas. Lo que había comenzado como un conjunto de experimentos que abarcaban diferentes disciplinas científicas, acabó desembocando en una serendipia científica, en la que se había descubierto no solo cómo crear y controlar anomalías meteorológicas, sino también como romper el tejido espaciotemporal. Por la mente de Thomas Rake cruzó una mezcla de emociones que, en pocos segundos, le trasladaron de la fascinación más pueril al terror más puro.

El aparato giró hacia el sudeste y, enfilando el horizonte, siguió la ruta hacia el este sobrevolando el Atlántico Norte. Justo cuando el Airbus A320 atravesó los rayos brillantes y majestuosos del astro rey, Tom miró por la ventanilla y disfrutó de su reflejo sobre las aguas del océano Atlántico.

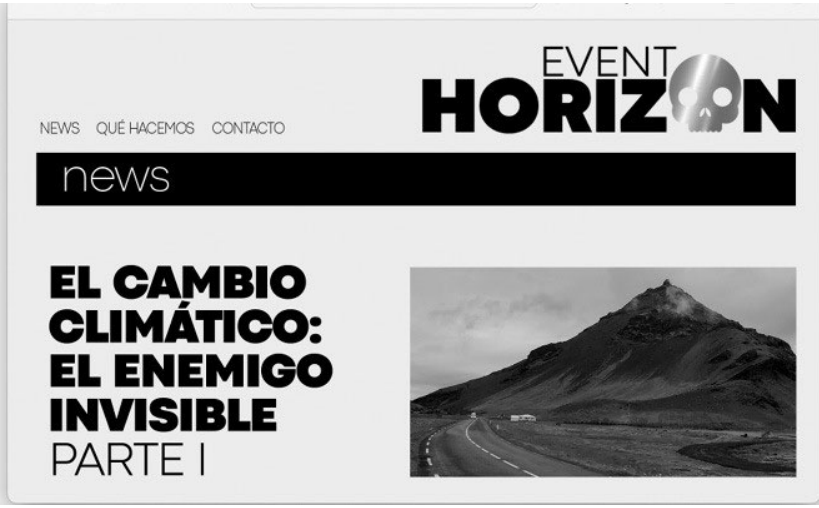
Era una imagen bellísima, casi hipnótica.

XVII

Celine

Viernes, 14 de julio de 2023

Celine Besson, activista y editora de la revista Event Horizon y del portal de noticias del mismo nombre con sede en Edimburgo, había tomado un transbordador desde Oban hasta Craignure, para seguir en autobús a través de la pintoresca isla de Mull hasta Fionnphort, desde donde partía el ferry hasta Baile Mòr, muy cerca de la Abadía de la isla de Iona. Celine se había citado en el claustro de la histórica abadía con el doctor Robert Fox, hombre de total confianza y gran defensor de todas las cruzadas en las que se embarcaba Celine. Robert era un respetado político retirado muy vinculado a la causa escocesa, gran amigo de Sean Connery durante muchos años y actualmente colaborador de Nicola Sturgeon, la ministra principal de Escocia. Fox había analizado toda la documentación procedente de Islandia y Noruega que le había proporcionado Celine. La información que poseía no solo era un arma para poder lanzar un ataque directo al corazón del gobierno en Londres, sino que podía hacer temblar los cimientos de varios gobiernos y grandes corporaciones, siempre que se utilizara como es debido. Colaborador y mecenas de Event Horizon, toda la familia de Robert Fox se había convertido con el paso del tiempo en uno de los grandes pilares que sustentaban la labor de Celine a nivel internacional. Fox se movía como pez en el agua oculto entre las sombras y nieblas del sistema, gracias en parte a su talento innato, su capacidad de negociación y a la inmensa fortuna que su familia amasó durante generaciones en el norte de Escocia.



Desde su creación en el año 2004, Event Horizon se había convertido en una publicación y una marca realmente molesta para muchos políticos, banqueros y empresarios. La prensa libre estaba en vías de extinción y el poder en Europa empezaba a mostrarse harto ante el exceso de sinceridad de un medio de comunicación que se sustentaba sin un solo euro de subvención. Las grandes elites mundiales observaban con preocupación la formación de nuevos partidos de centroizquierda en muchos países de la Unión Europea, mientras intentaban controlar el auge de la extrema derecha. El aroma antisistema les provocaba náuseas, por tal motivo varias corporaciones de empresas llegaron a amenazar con cerrar la revista en diferentes ocasiones. Por fortuna, Event Horizon contaba con excelentes abogados, con importantes inversores privados y con la colaboración de nombres muy conocidos dentro del mundo del cine, la literatura, la música y la ciencia, como era el caso del doctor Robert Fox, eminente neurocirujano y filántropo comprometido con mil causas, que había ayudado a encontrar financiación para el último proyecto de Oliver Stone donde salían a la luz documentos desclasificados sobre el asesinato de JFK.

Celine Besson contaba con el favor de la opinión pública, pero necesitaba el apoyo de figuras como Robert Fox, personajes bien conectados necesarios para navegar por aguas turbulentas, moviendo los hilos necesarios en el momento y el lugar adecuados.

Event Horizon se apartaba de los postulados de la mayoría de los partidos políticos, buscando una independencia que le permitiera tener la libertad necesaria para no tener que dar explicaciones innecesarias. Lo cierto era que la mayoría de sus redactores de Event no dudaban en atacar estados y gobiernos que cruzaban día tras día la fina línea entre la democracia y el totalitarismo, viajando sin temor hasta el corazón de muchos conflictos. La web de la revista, las cuentas de Facebook, Twitter e

Instagram y el blog personal de su editora contaban con centenares de miles de visitas diarias. El objetivo principal era «remover la mierda hasta que salpique», según palabras de la máxima responsable de la publicación.

En el último año habían criticado duramente la labor de conocidos periodistas que vendían su alma al diablo a la hora de defender la mala praxis de varias industrias farmacéuticas, llegando incluso a recibir amenazas por parte de los abogados de dos compañías, que no aceptaban de buen grado las críticas en contra. También habían criticado la política energética para con varios países del tercer mundo, habían avisado de los peligros de jugar con la energía electromagnética y habían destrozado la política informativa de varios medios generalistas, destacando que el principal argumento que esgrimen los directivos de dichos medios es ofrecer información neutral y equilibrada, defendiendo la objetividad y la imparcialidad por encima de todo, algo totalmente falso según la joven que estaba a punto de colgar el teléfono. Celine Besson tenía muy claro que el culto a la objetividad provoca que los corresponsales de guerra presencien tragedias, guerras o dramas humanos, cuyos responsables están perfectamente identificados; la mayoría de crónicas de dichos profesionales, terminaban llegando al público descafeinadas y manipuladas tras atravesar los filtros de jefes de redacción y directivos sin escrúpulos.

Por fortuna, ser la editora de su propio medio le permitía sentirse libre a la hora de decidir el tipo de contenido que publicaba cada mes. Pero dicha libertad resultaba muy cara de conseguir: las vías de financiación eran como una máquina cuyos engranajes debían permanecer engrasados en todo momento.

Celine miró su reloj de pulsera, había llegado casi una hora antes de la acordada con Robert. Tenía tiempo suficiente para dar un paseo y dejarse seducir por la magia y la historia de la isla de Iona. La llamada telefónica rompió el silencio y la paz que reinaba en el interior del magnífico claustro. El sonido de la señal se amplificó gracias al eco que formaba la magnífica bóveda interior, rodeada de columnas y tallas elaboradas por el escultor contemporáneo Christopher Hall, representando animales, pájaros y plantas.

La conversación telefónica entre Celine y Alister Jack, secretario de Estado para Escocia e íntimo amigo del nuevo rey Carlos III, no fue para nada amistosa. En aquel momento el político inglés se encontraba en una encrucijada, atrapado en un conflicto de intereses, donde la corrupción y la ocultación de secretos le estaban destrozando. Tras unos diez minutos muy tensos, durante los cuales el representante del primer ministro intentó convencerla de la necesidad de no publicar un extenso reportaje sobre la implicación directa del Reino Unido en el programa HAARP y su vinculación con la

corporación ECYLA, Celine Fox suavizó el tono. La intención de la polémica editora era reconducir la conversación para llevar a Alister Jack a su terreno.

—Creo que volveremos a hacer pública la grabación del Monte Limbara, ¿recuerda el enorme revuelo que causó? Ahora disponemos de más información, sabemos que el Reino Unido tiene intereses en varias bases militares de Cerdeña y en Islandia —afirmó la editora de Event Horizon.

Al cabo de siete segundos interminables, Jack decidió formular una pregunta:

—No voy a negar que toda la información que posee pueda ser cierta, aunque hoy en día ya sabe usted que es complicado saber hasta qué punto lo que parece blanco en realidad puede ser gris. Pero, si nos centramos en los últimos sucesos acontecidos en Islandia, ¿no le preocupa el hecho de no tener testigos que puedan corroborar que Thomas Rake realmente conoce o ha estado en dicha base? Que yo sepa realizó el viaje solo, ¿cómo podemos estar seguros de que no nos engaña con fotografías manipuladas? Por muchos datos que puedan aportar, solo tenemos el testimonio de un joven que ha tenido problemas con la bebida y el de un viejo chiflado que, según parece, no existe —dijo Jack intentando jugar su última mano.

—Veo que no está al corriente de lo que sucede en Noruega. ¿No tiene usted cuenta en Instagram? ¿Practica deportes de montaña? ¿No ha subido nunca al Ben Nevis?... ¿Sabe lo que creo? Que no le importa lo más mínimo lo que les pueda pasar a los habitantes de muchas zonas de montaña de nuestro planeta. Tampoco creo que ellos le acepten como seguidor en Instagram, pero si puede llegar a ver las cuentas de Facebook, Twitter o Instagram de Thomas Gullestad y Jenny Skavlan, se llevará una buena sorpresa. Thomas Rake puede haber cometido errores en su vida, como todo el mundo, pero también se ha ganado el cariño y el respeto de mucha gente. ¿Conoce a Thomas Gullestad? Es un buen amigo de Tom Rake. Es un gran actor, con más de 150.000 seguidores y una excelente filmografía y Jenny es todo un personaje, con casi medio millón de seguidores. Si mira bien sus perfiles, verá unas fotos preciosas tomadas no hace mucho en la península del Snaefells, donde Thomas Rake sale muy favorecido junto a sus amigos y varios turistas noruegos. Es más, Thomas y Jenny son pareja, y disponen de mucha información, al igual que yo. En Escandinavia les encantan este tipo de historias, tienen un lado oscuro fascinante… ¿no ha leído a Stieg Larsson? ¿No ha visto la segunda temporada de Atrapados? ¿No será usted uno de esos a los que les gusta recibir azotes en el culo, verdad? —preguntó Celine.

—Me gustaría poder hablar con usted en persona, quizás si pudiera aplazar unos días la publicación… —Jack no pudo terminar la frase.

—Siento mucho no poder dedicarle más tiempo, Mr. Jack, espero que sus amigos de ECYLA sepan tratarlo como se merece —dijo Celine mientras pulsaba el botón rojo en su iPhone.

Levantó la mirada y permaneció unos segundos atenta. Dejó el claustro atrás y salió fuera de la abadía. El sonido del motor del AS350/H125 Ecureuil la puso en guardia, pero rápidamente se tranquilizó al ver el modelo de aeronave y el número de matrícula. El Ecureuil es un helicóptero ligero monomotor, el tipo de aeronave preferido por Robert Fox. El aparato aterrizó en una explanada herbosa junto a la abadía de Iona.

Sir Robert Fox era un gran defensor de la labor realizada durante décadas por Francine Besson, la veterana activista que durante muchos años había trabajado para la OGV, la organización de antiguos espías, veteranos de guerra, miembros de la resistencia francesa y paramilitares que lideraba el exmercenario holandés Marcel Van der Velt, buscando nazis y criminales de guerra por todo el mundo. De algún modo se había convertido en el protector de Celine, librándola de varios problemas legales, fruto de su obsesión por dar a conocer noticias políticamente incorrectas. Metódico, elegante y de voz agradable, había aceptado el título de Sir con la única intención de poder obtener ciertos beneficios mediáticos y algo más de influencia, siendo nombrado caballero por Su Majestad la Reina Isabel II en el castillo Holyrood de Edimburgo, dos años antes de su fallecimiento, al igual que sucedió con su buen amigo Sean Connery tiempo atrás.

Sir Robert rozaba los setenta años, era bastante alto, con una poblada barba blanca perfectamente recortada. Gran amante de las tradiciones y la historia de su tierra, se sentía muy cómodo vistiendo la clásica americana escocesa con el escudo de su familia y el kilt escocés. Robert Fox y su asistente personal, Kenneth Murphy, caminaron unos setenta metros y entraron en el claustro de Iona. Celine les observó mientras caminaban junto a los capiteles.

—A tu abuela le gustaba venir a esta isla cuando estaba en Escocia. Aunque fijara su residencia en Les Angles a comienzos de los años sesenta, esta isla siempre fue un refugio para ella —dijo Sir Robert.

—¿Crees que siguió enamorada del abuelo toda su vida? —preguntó Celine.

—Creo que de algún modo siempre quiso muchísimo a tu abuelo, aunque sus vidas discurrieran por senderos distintos. Fue un amor muy especial, seguro que es algo que lleva en su interior muy bien guardado.

—Siento una conexión muy particular con estos muros. He pensado que este sería un buen lugar para nuestro encuentro de hoy, me he asegurado de que no me siguieran —explicó Celine.

—Yo también me alegro mucho de verte, hacía tiempo que no disfrutaba de tu compañía, te pido perdón por estar ausente tanto tiempo.

—Siempre es un placer verle, señor Murphy —dijo Celine mirando al hombretón que acompañaba a Sir Robert.

La inmensa barba oscura de Archibald Murphy y sus ojos penetrantes eran difíciles de olvidar. El leal escocés asintió con la cabeza sin que ni uno solo de sus músculos faciales mostrara expresión alguna. Murphy llevaba una caja de madera en sus manos, del tamaño de un cajón de una mesita de noche.

—Te he traído un regalo —dijo Sir Robert mientras hacia una señal a su escolta escocés.

—¿Un regalo? No estoy acostumbrada —apuntó Celine con cierta frialdad.

Robert Fox hizo entrega de la caja de madera que habían cargado consigo en el helicóptero. Al abrirla, Celine fue consciente del tesoro informativo que tenía en sus manos. El alma de ECYLA por fin saldría a la luz, toda la corporación diseccionada de arriba abajo, con todas sus divisiones, desde las primeras pruebas de control climático a los últimos experimentos con energía electromagnética, pasando por la creación de varios ordenadores cuánticos capaces de operar a temperatura ambiente y un sinfín de proyectos a lo largo y ancho del planeta. Sin olvidar la venta de armas y los oscuros negocios de su división farmacéutica, que tantos beneficios les había reportado los últimos dos años y medio. ECYLA controlaba los principales medios de comunicación del hemisferio norte, cuya capacidad para generar miedo y terror a nivel global era enorme. Sus tentáculos alcanzaban a tantas empresas, que era muy complicado poder sacar a la luz sus verdaderas intenciones siguiendo los cauces legales.

Celine, al igual que Ragnar, era consciente de dicha realidad. Sin llegar a conocerse, ambos compartían una misma visión del mundo: eran dos supervivientes, dos mentes brillantes que habían elegido vivir apartados de una sociedad que no valoraba ni apreciaba los esfuerzos y sacrificios que durante años estaban realizando. Ambos sabían que, para luchar contra los planes de ECYLA a nivel global, deberían hacerlo más allá del sistema judicial de la mayoría de países del planeta. Celine siempre había pensado que podemos encontrar nuestro destino en el camino que tomamos para evitarlo.

Todos los documentos, discos duros, tarjetas de memoria y un par de pendrives que se hallaban en el interior del cajón servirían para poder preparar no un reportaje, sino varios, ampliando de un modo espectacular la información que le habían facilitado Thomas Rake y Ragnar Sigurdsson. Era material de alto voltaje, reunido pacientemente por Sir Robert y sus colaboradores a lo largo de los

últimos años. En un par de semanas, Celine había acordado reunirse con Thomas Rake en Noruega, preparando de forma conjunta un plan de ataque frontal contra ECYLA.

—El planeta necesita un revulsivo, un cambio de paradigma que ayude a abrir los ojos a la mayoría de la población —dijo Celine.

—Ya has visto de lo que son capaces, los últimos dos años han sido un ejemplo perfecto de hasta dónde pueden llegar. Jacob Zimmermann fue muy valiente al enfrentarse a ellos, hoy en día no hubiera corrido la misma suerte.

—Jacob tenía razón, nunca dudé de su palabra. Fue muy inteligente al desaparecer sin dejar rastro y ahora, por fin podremos contraatacar. Tú siempre has dicho que hay que saber elegir las batallas —añadió ella.

—ECYLA ha introducido a su gente en el consejo de administración de un buen número de medios de comunicación europeos y norteamericanos —dijo Sir Robert. Actualmente creo poder afirmar que controlan al 80% de la población con sus mensajes y su publicidad perfectamente diseñada, ya has visto lo fácil que es.

—El miedo es un arma de gran poder destructivo, desde el origen del hombre. Mira a tu alrededor, verás cómo han aumentado las depresiones, la ansiedad, los ataques de pánico, transtornos de todo tipo… —añadió Celine.

—Hoy en día estamos amenazados por el miedo y el sufrimiento en tres frentes. Desde nuestro cuerpo, condenado a la decadencia y a la desintegración. Incapaz de funcionar sin dolor y ansiedad como signos de peligro. Desde el mundo exterior, que puede lanzarse sobre nosotros con su terrible y formidable poder destructivo. Y finalmente desde nuestras relaciones con los demás. Tú eres testigo de ello.

—En nuestras manos está intentar abrir los ojos de la sociedad que nos rodea. La mayoría vive sumida en un mundo irreal, son corderos que viven sin dudar, sin formularse apenas preguntas, sin investigar, siempre con la cabeza gacha, sin alzar la voz por miedo al qué dirán, a perder el statu quo —apuntó Celine.

—Como decía tu abuela, «la omisión del bien no es menos reprensible que la comisión del mal».

—Es de Plutarco, creo recordar.

—Da igual, lo que importa es que es cierto.

—De tal palo tal astilla.

—Cuídate mucho, cariño. Sabes que te quiero con locura, aunque no siempre esté a tu lado —dijo Sir Robert.

—Yo también te quiero, siempre me has dejado hacer mi vida, no te has entrometido, siempre has estado y sigues estando a mi lado cuando te necesito y encima crees en mí. Puede que sea un milagro hoy en día tener un padre como tú —sentenció Celine.

—Tu madre estaría orgullosa de ti, pienso en ella cada día. Fue una lástima que me ocultara su enfermedad hasta que tan solo pude llorarla —dijo Robert Fox visiblemente emocionado.

—La abuela Francine ha sido una madre excepcional —dijo Celine.

—Te pareces tanto a ella, Dios mío, sois como dos gotas de agua. Mi madre siempre nadó a contracorriente, defendiendo lo que ella creía que era justo. Te comportas igual que ella, tienes su misma pasión y fuerza, pero debes andar con mucho cuidado. Ahora más que nunca, te estás enfrentando a gente muy poderosa, cuyos tentáculos se extienden hasta límites insospechados —dijo Sir Robert seriamente.

—Me gusta trabajar bajo presión, y ahora me diras que… —Celine no terminó la frase esperando que su padre la acabara, tal y como había hecho durante su infancia.

—La presión crea diamantes.

—Sé cuidarme sola, no te preocupes —contestó ella—. Tengo muchas ganas de volver a montar los caballos de la abuela en el sur de Francia, dile que la visitaré en breve, me encantará pasar unos días en su casa de piedra en Les Angles. Necesito volver a respirar el aire puro del Pirineo —añadió Celine.

—Dale un beso muy fuerte cuando la veas.

—Así lo haré, espero que llegue a los cien.

—Yo también lo espero, mala hierba nunca muere —Robert Fox besó en la frente a su hija y ambos se despidieron.

El helicóptero ascendió unos metros, bajó el morro y se alejó sobrevolando la isla de Iona a gran velocidad ganando altitud progresivamente. La nieta de Francine Besson miró hacia el horizonte: la puesta de sol era perfecta, tiñendo el paisaje de un color beige-anaranjado realmente embriagador. Era una luz y un color que a Celine le resultaban fascinantes, recordándole su niñez. Durante unos minutos se permitió el lujo de no hacer nada, se estiró en la hierba, abrió los brazos y respiró profundamente, llenando sus pulmones de aire fresco. Al cabo de una media hora se levantó y se preparó para regresar a Edimburgo.

Tenía mucho trabajo por delante.

Epílogo

Kasia

Lunes, 31 de julio de 2023

Event Horizon publicó un extenso reportaje en profundidad dividido en tres entregas titulado El cambio climático: el enemigo invisible, donde se incluía una demoledora entrevista a Galdur Sigmunsson, varias declaraciones del doctor Jacob Zimmermann, todo el material aportado por Ragnar, fotografías y siete vídeos. También publicó un informe devastador sobre la participación de varios gobiernos, incluyendo el del Reino Unido, en las oscuras prácticas de ECYLA. Las pruebas aportadas por Celine Besson y Robert Fox provocaron un escándalo sin precedentes en la cámara de los comunes, que obligó a la primera ministra a reunirse de emergencia con varios presidentes, incluido el norteamericano y el francés, en el número 10 de Downing Street. El último reportaje también detallaba el funcionamiento de los modernos ordenadores cuánticos y cómo podían llegar a programarse para lograr alterar el clima e incluso el espacio-tiempo.

La primera persona que vio el vídeo donde aparecían Galdur Sigmunsson y Jacob Zimmermann fue un programador informático de Glasgow. Cinco minutos más tarde, fue visto por un grupo de aficionados a los juegos en línea en Dublín. Intrigados por el contenido, lo reenviaron a varios amigos y familiares, colgándolo a su vez en sus redes sociales.

El hermano menor del programador informático vivía en Londres, era licenciado en Física y tras repasar con detalle la información recibida, lo colgó en su cuenta de Twitter, compartiéndolo con profesores y directivos de varias empresas tecnológicas de seis países distintos. Entre todos ellos contaban con más de 200.000 seguidores en las redes sociales. A la velocidad del rayo, el número de retweets y likes fue aumentando exponencialmente. Todos los reportajes, los vídeos y miles de comentarios crearon un efecto bola de nieve espectacular no solo en Reino Unido, Estados Unidos, Francia o Alemania, sino en gran parte del planeta. Telegram, Twitter, Facebook e Instagram se convirtieron en las plataformas ideales para dar a conocer una realidad que había permanecido oculta durante demasiado tiempo. Varios blogs de periodistas de investigación de renombre internacional, así como importantes youtubers de todo el mundo, se hicieron eco de la noticia, por no hablar de los miles de programas de radio, TV y podcast, que analizaron el tema de un modo riguroso. Los servicios informativos habían encontrado un nuevo filón.

Mucha información fue compartida dentro de la darknet o red oscura, utilizando un algoritmo asimétrico de seguridad, que hizo rebotar la señal por todo el planeta. Celine Besson siempre había creído que la clave de una gran noticia no es quién, ni qué, ni cuándo, sino el porqué. Era vital tener las respuestas preparadas para poder enfrentarse a la oleada de preguntas que estaba a punto de llegar.

Una de las mejores colaboradoras de Celine en la sombra era la conocida hacker polaca Kasia Lukaszewska, gran admiradora de las míticas Gigabyte (Kimberly Vanvaeck), Chaoman y Kristina Svechinskaya. La hacker de 23 años, conocida en la red oscura como KLF, no tardó en echar una mano a su buena amiga Celine y, cómodamente instalada en los butacones del hall de un conocido hotel a orillas del Mediterráneo, se infiltró en las páginas web gubernamentales de varios países de la Unión Europea. Fiel a su particular estilo de vida, rodeada de lujo y glamour, en unos minutos logró captar la atención de medios de comunicación y agencias de noticias en todo el mundo. En menos de doce horas, Arnarstapi se había convertido en trending topic. Los hashtags #arnarstapi, #globalwarming, #haarpiniceland y #PEMiceland batieron todos los récords.

El comité de dirección de ECYLA se encontraba reunido en su sede de Nueva York, cuando los teléfonos móviles de los doce altos cargos empezaron a sonar. Los mensajes que pudieron leer activaron todas las alarmas dentro de la corporación: se había destapado su participación en la creación de fenómenos atmosféricos a escala global.

Fue tal la polémica generada que la corporación ECYLA se vio obligada a desmantelar las instalaciones HAARP de Hellissandur, dejando tan solo unas cuantas construcciones y la antena original de 412 metros, que sigue funcionado hoy en día. Ni el gobierno de los Estados Unidos, ni el británico, ni ningún otro gobierno afirmó ni negó su responsabilidad, pero fueron tres los países que se hicieron cargo de las reparaciones pertinentes con la firme promesa que en Islandia nunca más volverían a lamentar un incidente de tamañas características. Desde Washington, el congresista demócrata Kevin Underwood llegó a declarar que no tenía constancia de ninguna colaboración entre el gobierno norteamericano y ECYLA, mostrándose partidario de abrir una investigación si fuera menester.

A las dos semanas, ECYLA puso en venta la base de Hellissandur, adquirida a los pocos días por una corporación china, operación que contó con el apoyo de grandes empresarios y gobiernos europeos.

Al cabo de un mes, varios vídeos fueron retirados de YouTube argumentando absurdas razones de seguridad.

Aunque algunos todavía pueden verse en:

Notas del autor

En esta obra se dan la mano mis cuatro grandes pasiones: la montaña, la ciencia, el cine y los viajes. Sin olvidar la amistad, la responsabilidad, la camaradería y el compañerismo, valores que hoy en día están en peligro de extinción.

Una buena parte de esta obra es el resultado de desarrollar situaciones que podrían ocurrir a partir de tecnologías que están disponibles en la actualidad. El lector deberá decidir qué porcentaje de esta obra es real y qué parte corresponde a especulaciones o a la imaginación del autor.

En ningún caso esta obra pretende realizar apologías de ningún tipo, ya sea a favor o en contra de lo que entendemos como calentamiento global.

El calentamiento global y el cambio climático son dos conceptos distintos.

El ser humano tiene una gran parte de responsabilidad no solo por la contaminación en su estadio más básico, sino también por la creación reiterada de gases de efecto invernadero y de vertidos innecesarios a la atmósfera. Somos una imparable fábrica de basura. La temperatura del planeta está aumentando, algo estamos haciendo muy mal. Debemos investigar a conciencia cuánto ha aumentado la temperatura y con qué rapidez, estudiando diversos modelos y épocas.

Creo que es justo pensar que la capacidad de regeneración del planeta es mucho mayor que la capacidad destructiva del ser humano; por tal motivo, soy de los que creen que todavía es temprano para sacar conclusiones que resulten indiscutibles o innegables. Solo espero y deseo que el planeta sea mucho más inteligente que el hombre y que dejemos de contaminar del modo en que lo estamos haciendo.

Coincido con el científico, ambientalista y experto en bosques Martí Boada al afirmar que debemos tener mucho cuidado a la hora de asustar a la población. Etológicamente sabemos que, si asustamos, no mejoramos la actitud. Tenemos que cuidar a nivel emocional a nuestros hijos, evitar decirles que no tendrán futuro. No podemos crear un estado de pánico constante. El peligro existe, es real, pero debemos afrontarlo con serenidad.

El miedo se utiliza como una forma de control social, inmovilizando y desarticulando cualquier forma de respuesta colectiva. El miedo refuerza el orden establecido y fomenta las políticas autoritarias, desplegando un arma esencial: la culpabilidad, que se busca en todos aquellos que no comulgan con la postura o versión oficial.

Tal y como apuntó el Premio Nobel alemán Paul Ehrlich, uno de los padres de la medicina moderna, si mantienes asustada a una sociedad o a una persona, creará un mecanismo de defensa y mirará hacia otro lado, ignorando la raíz del problema. Como médico siempre defendió el poder concienciar sobre cualquier tema, sin llegar a crear pánico, avanzando al unísono de forma constructiva.

No hay mejor noticia para un medio de comunicación que una mala noticia.

Politizar la ciencia es un gravísimo error.

Tener dudas es muy sano y es algo totalmente necesario a la hora de investigar y formular preguntas. No soy nadie para juzgar, ni estoy en posición de negar o afirmar casi nada; por tal motivo, nunca he parado de viajar, entrevistar e investigar todo aquello que me resulta interesante.

Coincido con algunos de los puntos de vista vertidos por el escritor Michael Crichton en su polémica novela Estado de miedo (Plaza Janés, 2004). Recomiendo leer la bibliografía y sus notas finales a partir de la página 643 llegando hasta el final de la obra. La lectura de las páginas 636 y 637 también puede resultar muy interesante.

Igual de interesante resulta el visionado del documental que encontramos en la edición especial en DVD del filme de Roland Emmerich El día de mañana (2004). En el documental que encontramos en el segundo disco (extras), escucharemos la opinión seria y rigurosa de un grupo de científicos que puede resultarnos muy útil a la hora de entender los ciclos del planeta y qué pasaría si cambian algunas corrientes oceánicas.

No estoy en contra de los grupos ecologistas, pero no todo es oro lo que reluce dentro del mundo del ecologismo y de algunas ONG. Conozco activistas que están realizando una labor encomiable de investigación y divulgación. La mayoría trabajan en medios de comunicación alternativos que no reciben ningún tipo de apoyo mediático.

Hay mucha vida más allá de Internet.

Es muy fácil crear productos al servicio de gobiernos y grandes corporaciones. Jugar con los sueños de niños y adolescentes me resulta repugnante.

Los niños y niñas de este planeta se encuentran a las puertas de heredar un mundo roto y enfermo. No será culpa suya, pero lo sufrirán. Las decisiones que tomamos hoy afectan directamente al futuro.

Como decía el agente del FBI Fox Mulder: «Si nos negamos a prever lo imprevisto o a esperar lo inesperado en un universo de infinitas posibilidades nos encontraremos a merced de cualquier persona o cosa que no pueda ser clasificada, catalogada o etiquetada».

Algunos conceptos científicos de Arnarstapi

•El eje hipotálamo-hipófisis-suprarrenal (HHS) o eje corticotropo está formado por la hormona liberadora corticotropina (CRH), del hipotálamo; la hormona adrenocorticotropa hipofisaria (ACTH) y el cortisol de la glándula suprarrenal. La reacción del estrés y el miedo va a originar un aumento del cortisol plasmático. El exceso de CRH va a originar la enfermedad de Cushing y la insuficiencia de la glándula adrenal va a originar la enfermedad de Addison. Se ha señalado que los pacientes con melancolía presentan una disfunción de este eje.

•El proyecto HAARP es real, la torre de Hellissandur en Islandia es real, todos los detalles y accidentes geográficos que aparecen en esta obra son reales, así como los nombres de las poblaciones, restaurantes, hoteles y transportes.

•Algunos investigadores especializados en teorías conspirativas han culpado al proyecto HAARP de una amplia gama de eventos, incluidos varios desastres naturales. Sin embargo, un buen número de científicos y académicos han comentado que el HAARP es un blanco atractivo debido a que, en palabras del investigador informático David Naiditch, «su finalidad puede resultar enigmática». En agosto de 2002, Rusia criticó abiertamente en la Duma (parlamento) la creación de armas integrales de carácter geofísico que pueden influir en la tropósfera. No obstante, la misma Rusia ha desarrollado un proyecto similar al HAARP llamado Sura en una instalación similar pero unas 50 veces más potente que HAARP (180 MW frente a 3,6 MW).

•El Parlamento Europeo, en una resolución del 28 de enero de 1999 sobre ambiente, seguridad y política exterior (A4-0005/1999), señalaba que debido a los potenciales efectos de las actividades realizadas por el proyecto HAARP, estas eran de trascendencia y envergadura mundial, por lo que solicitaba que fuera objeto de una evaluación en lo que se refería a sus repercusiones sobre el medio ambiente local y mundial, y sobre la salud pública en general. En esa misma resolución del Parlamento Europeo, se pedía que se celebrara una convención internacional para la prohibición mundial de cualquier tipo de desarrollo y despliegue de armas que puedan permitir cualquier forma de manipulación de los seres humanos.

•Rusia, Reino Unido y Estados Unidos, han seguido investigando y desarrollando tecnología basada en los postulados de Tesla. La controversia continuó en 2010, cuando varios físicos rusos acusaron a

los Estados Unidos de estar tras la intensa ola de calor rusa que originó numerosos incendios y duplicó la mortalidad. Afirmaban que el proyecto HAARP no es solo un medio de investigación, sino una potente arma que modifica el campo eléctrico y provoca cambios climáticos a nivel mundial.

•Sobre las controversias, la periodista estadounidense Sharon Weinberger llamó al HAARP «el Moby Dick de las conspiraciones», debido a la gran desinformación sobre su potencial científico, refiriéndose a un estudio que al respecto se publicó en la revista Nature, el cual analizaba el potencial de HAARP como centro de investigación ionosférico. A su vez, el investigador informático David Naiditch denominó a este como «un imán de teorías conspiracionistas», descalificando y satirizando la posición de dichos conspiranoicos en algunas de sus declaraciones.

•Desde mediados de la década de los años 40, cuando el Tercer Reich inició la experimentación con armas que utilizaban energía electromagnética, el ser humano ha buscado utilizar dicha energía para diversos fines. De momento no existe constancia de que en Islandia exista ninguna base de investigación dentro del campo electromagnético (oficialmente). Quienes visiten Hellissandur se encontrarán con una antena gigantesca de 412 metros de altura, una valla y varias construcciones, pero no sabemos si en su interior, o a varios metros bajo tierra, puede existir algo más.

•El Proyecto BATON se centró en la realización de análisis detallados acerca de la historia de vida de las tormentas eléctricas. Fue una actividad de investigación del Departamento de Defensa respaldada por la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzada. El Proyecto BATON buscaba ampliar la comprensión de la física de las tormentas como una ayuda para el pronóstico del tiempo, la prevención de incendios y, posiblemente, para controlar artificialmente el clima. Al frente del Proyecto BATON encontramos al doctor Helmut Weickmann (Laboratorio de Investigación y Desarrollo de Señales del Ejército de EE. UU.) y el doctor Paul MacCready, de Meteorology Research, Inc.

•Durante la temporada de tormentas de julio a agosto de 1962 en Flagstaff, Arizona, un equipo de científicos seleccionó varias tormentas como si de conejillos de indias se tratara, sembrándolas desde aviones con productos químicos. Los efectos se analizaron minuciosamente desde el suelo y desde el aire con cámaras cinematográficas de lapso de tiempo, cámaras fijas estéreo, radares de

tormenta, detectores de rayos y sensores de calor aerotransportados. Entre los agentes insertados en nubes seleccionadas estaban los «núcleos de condensación», que aumentaron temporalmente la cantidad de gotas de agua en la nube y el hielo seco pulverizado, que convierte una parte de la nube en finos cristales de nieve que permanecen en el aire. La utilización de estos agentes facilitó el estudio de las características de una tormenta.

•La Operación Popeye existió. Fue el 54º Escuadrón de Reconocimiento Meteorológico el que la llevó a cabo con el lema «hacer lodo, no guerra». Para ello se utilizaron tres aviones C-130 Hércules y dos aviones F-4C Phantom de la Base de la Fuerza Aérea Real Tailandesa en Udon Thani. Volaban dos veces al día. Los aviones se encontraban oficialmente en misiones de reconocimiento meteorológico y las tripulaciones de los aviones, como parte de su deber normal, también generaban datos de informes meteorológicos. Las tripulaciones, todas del 54º Escuadrón, rotaron de manera regular desde Guam. Dentro del escuadrón, las operaciones de producción de lluvia tenían el nombre en código de «Motorpool». El área inicial de operaciones fue la mitad oriental de la península de Laos. El 11 de julio de 1967, el área operativa se incrementó hacia el norte hasta alrededor del área del paralelo 20 e incluyó partes del extremo occidental de Vietnam del Norte. En septiembre de 1967, se agregó al área operativa el valle de A Shau, en Vietnam del Sur. Las operaciones sobre Vietnam del Norte se eliminaron el 1 de abril de 1968, al mismo tiempo que se pusieron en vigor las restricciones de bombardeo convencionales. La región sur de Vietnam del Norte se agregó al área operativa el 25 de septiembre de 1968 y luego se eliminó el 1 de noviembre de ese año al mismo tiempo que se detuvo el bombardeo convencional de Vietnam del Norte. En 1972, la mayor parte del noreste de Camboya se agregó al área operativa.

•Fue el reportero Jack Anderson quien destapó dicha operación al publicar un interesante reportaje durante el mes de marzo de 1971. El nombre Operación Popeye (Pop Eye) entró a formar parte de la opinión pública a través de una breve mención en los Papeles del Pentágono y en un artículo del 3 de julio de 1972 en el New York Times. Las operaciones de alteración climática cesaron el 5 de julio de 1972. Varios miembros del Congreso de los Estados Unidos, encabezados por la senadora Claiborne Pell, exigieron al presidente más información. Las resoluciones de la Cámara y el Senado de EE. UU. a favor de prohibir la guerra ambiental se aprobaron como Resolución del Senado 71 el 11 de julio de 1973, H.R. 116 de 1974, H.R. 329 de 1974 y H.R. 28 de 1975.

•Actualmente, los procedimientos de modificación del clima, cuando se realizan para lograr un fin militar, se encuentran protegidos por la Convención de Modificación Ambiental de Ginebra de 1977.

•La Operación Paper Clip también existió, fue algo totalmente real. Los Estados Unidos contaron con la «colaboración» de unos setecientos científicos nazis para trabajar en varios proyectos, avanzando en ingeniería genética, química, física, ingeniería aeronáutica y armamento.

•El Proyecto Stormfury fue un intento de debilitar los ciclones y huracanes tropicales con aviones que volaban hacia ellos sembrando yoduro de plata. El proyecto estuvo a cargo del gobierno de los Estados Unidos de 1962 a 1983. La hipótesis era que el yoduro de plata haría que el agua sobreenfriada en la tormenta se congelara, alterando la estructura interna del huracán, llevándose a cabo diversas operaciones de «siembra» en varios huracanes en el océano Atlántico. Sin embargo, más tarde se demostró que esta hipótesis era incorrecta. Se determinó que la mayoría de los huracanes no contienen suficiente agua sobreenfriada para que la siembra de nubes sea efectiva. Además, los investigadores encontraron que los huracanes no sembrados a menudo experimentan los mismos cambios estructurales que se esperaban de los huracanes sembrados. Este hallazgo puso en duda los éxitos de Stormfury, ya que los cambios informados tuvieron una explicación natural con el paso del tiempo.

•El último vuelo experimental del Proyecto Stormfury se realizó en 1971, debido a la falta de tormentas candidatas y un cambio en la flota de la NOAA. El Proyecto Stormfury se canceló oficialmente más de una década después del último experimento de modificación. Aunque el proyecto no logró su objetivo de reducir la destructividad de los huracanes, no obstante, los datos de observación aportados y la investigación del ciclo de vida de las tormentas ayudaron a mejorar la capacidad de los meteorólogos para pronosticar el movimiento y la intensidad de los huracanes.

•Los cinturones de Van Allen son dos zonas de la magnetosfera terrestre donde se concentran grandes cantidades de partículas cargadas de alta energía, originadas en su mayor parte por el viento solar capturado por el campo magnético terrestre. Estos cinturones de radiación se originan por el intenso campo magnético de la Tierra que es producto de su rotación. Son áreas en forma de anillo de superficie toroidal en las que protones y electrones se mueven en espiral en gran

cantidad entre los polos magnéticos del planeta. Contienen antiprotones, antipartículas de enorme fuerza electromagnética

•La resonancia Schumann es un conjunto de picos en la banda de ELF (extremely low frequencies, frecuencias extremadamente bajas) del espectro electromagnético de la Tierra. La frecuencia más baja, y al mismo tiempo la intensidad más alta, de la resonancia de Schumann se sitúa en aproximadamente 7,83 Hz. Los sobretonos (o armónicos) detectables se extienden hasta el rango de los kHz (kilohercios). Una región del cinturón interior, conocida como Anomalía del Atlántico Sur (SAA), se extiende a órbitas bajas y es peligrosa para las naves y los satélites artificiales que la atraviesen, pues tanto los equipos electrónicos como los seres humanos pueden verse perjudicados por la radiación.

•Nikola Tesla fue uno de los sabios menos conocidos de nuestra época. Nació en Croacia (1856) y murió en Nueva York (1943). Tesla fue ante todo un inventor. Inventó la corriente alterna y el motor de inducción electromagnética, turbinas muy eficientes y muchos otros ingenios. Algunos le atribuyen la invención de la radio, pero su idea, según parece, se la apropiaron (tal y como suele suceder) Marconi y Edison. En 1889 Nikola Tesla visitó la Exposición Universal de París, donde el físico e ingeniero alemán Heinrich Rudolf Hertz acababa de demostrar la existencia de las ondas electromagnéticas. Las conversaciones que tuvo Tesla con sus colegas de en París aumentaron su impaciencia por profundizar en aquella nueva línea de investigación, aunque diversas complicaciones lo retrasaron. En esa década las actividades de Tesla fueron diversas, experimentando en numerosos campos y realizando giras por Estados Unidos y Europa presentando su visión del futuro, convencido de que la misión de la ciencia era mejorar el mundo y de que el conocimiento debía ser de dominio público. Pero el mayor problema fue la dispersión de sus investigaciones, ya que exploraba diversos campos a la vez.

•Entre 1943 y 1944, Albert Einstein trabajó como asesor a tiempo parcial para el ejército norteamericano. Se desconoce si asesoró a corporaciones de empresas en el campo del electromagnetismo y los PEM (pulsos electromagnéticos).

•La frecuencia baja u onda larga (del inglés Low Frequency, LF) se refiere a la banda del espectro electromagnético, particularmente a la banda de radiofrecuencia que ocupa el rango de frecuencias entre 30 y 300 Kh (longitud de onda de 10 a 1 km. En esta banda operan sistemas de ayuda a la navegación aérea y marítima, como los radio

faros o las balizas, así como muchos sistemas de radiodifusión. Las características de la banda de onda larga son similares a las de la banda de frecuencia muy baja.

•Las señales de radio por debajo de los 50 kilohercios son capaces de penetrar las profundidades oceánicas hasta aproximadamente los 200 metros: cuanto más larga sea la longitud de onda, más profunda será la penetración. Las compañías navieras de Gran Bretaña, Alemania, India, Rusia, Suecia, Estados Unidos y probablemente otras se comunican con sus submarinos a esa frecuencia. Actualmente, los submarinos nucleares de la Marina Real Británica equipados con misiles están bajo la orden de monitorear la transmisión de la BBC Radio 4 de los 198 kilohercios en las aguas cercanas de Gran Bretaña. Existen rumores en el mundo de la investigación periodística que interpretan un alto repentino en la transmisión como indicador de que el Reino Unido se encuentra atacado, con lo cual sus órdenes selladas podrían ser efectivas.

•Parte de la banda de onda larga se utiliza para la radiodifusión en amplitud modulada, concretamente entre 148,5 y 283,5 kilohercios. Normalmente se pueden cubrir áreas más extensas que en la onda media debido a la menor atenuación que sufren las ondas terrestres gracias a la limitada conductividad que presenta la tierra a bajas frecuencias.

•Algunas estaciones, como por ejemplo Droitwich en el Reino Unido, obtiene su frecuencia portadora de un reloj atómico. A diferencia de la onda media, que se utiliza en todo el mundo, la onda larga solo se utiliza para radiodifusión en la región 1 de la UIT: Europa, África, Oriente Medio, Mongolia y los estados de la Commonwealth. En Estados Unidos durante los años 1970, las frecuencias 167, 179 y 191 kHz se asignaron a la Public Emergency Radio of the United States, un sistema de comunicaciones que se utilizaría en caso de ataque nuclear durante la Guerra Fría.

•La torre de radio de Varsovia (Radiofoniczny Ośrodek Nadawczy w Konstantynowie) fue en su momento la construcción más alta del mundo, desde los años 1974 hasta 1991. Medía 646 metros de altura y se utilizó como torre de telecomunicaciones. Fue derribada el 8 de agosto de 1991. La torre de Hellessandur se utilizó hasta el 31 de diciembre de 1994 para los sistemas LORAN-C, y en la actualidad (año 2022) se utiliza para la radiodifusión de onda larga en 189 kHz. Es la estructura más alta de Europa Occidental.

•En el planeta Tierra existen más de mil bases militares oficiales situadas en cumbres, crestas y aristas. El número de antenas que podemos encontrar en cumbres europeas supera con creces la cifra anterior.

•Se han realizado y se siguen realizando experimentos con la energía electromagnética. Los PEM son una realidad, y se han utilizado en varios conflictos armados recientes.

•Los responsables del Proyecto de Perforación Profunda de Islandia (IDDP) consideraron que la prueba piloto, completada en enero de 2017 fue un éxito con la detección de fluido supercrítico (estado de la materia entre líquido y gas) a 427 grados centígrados de temperatura y 340 bares de presión.

Cronología de los avances para el control climático

•La primera patente sobre manipulación climática está fechada en 1891 y se titula Method of production rain-fall. El número de patente es el 0462795.

•La primera composición química registrada en geoingeniería para crear «precipitaciones forzadas» es del 10/11/1891 y hace referencia al ácido carbónico. USP 0.462.795 Method Producing Rain Fall.

•Durante la primera década del siglo XX se estableció el uso del amoníaco y el cloruro de samario para crear nubes y niebla artificial, muy apreciadas en el camuflaje militar. USP 1.338.343 Process and Apparatus Production Intense Artificial Clouds, 27/04/1920.

•A partir de los años 20 se comienza a utilizar el CO^2 para crear nubes artificiales desde aviones, con el objetivo de proteger o camuflar el movimiento de tropas en combate. USP. 1.619.183. Process of Producing Smoke Clouds from Moving Aircrafts, 1/03/1927.

•El fósforo se comenzó a utilizar a finales de los años 20 en la creación de niebla artificial. USP 1.665.297 Process of Producing Fog, 10/04/1928.

•A comienzos de los años 30 se registran las primeras mezclas de bentonitas para dispersar la niebla en aeropuertos. USP 2.068.987 Process of Dissipating Fog, 23/08/1934.

•A finales de los años 40, el Doctor Vincent Schaefer descubrió el principio de la «siembra de nubes» conjuntamente con el Premio Nobel Irving Langmuir, registrando diversas patentes para la compañía General Electric, Inc. Demostraron las capacidades nucleizantes del yoduro de plata. USP 2.437.963 Method and Apparatus for Producing Aerosols, 16/03/1948.

•La forma hexagonal (como la de los cristales de hielo formados por supersaturación) conferían al yoduro de plata una capacidad extraordinaria para forzar precipitaciones de vapor de agua atmosférico. USP. 2.527.231 Method of Generating Silver Iodide Smoke, 24/10/1950.

•Este tipo de descubrimientos ayudaron a General Electric, Inc. a

ampliar sus investigaciones iniciando los experimentos con óxido de zinc, nefelina y apatita, que comparten la estructura cristalina hexagonal. USP 2.570.867 Method of Crystal Formation and Precipitation, 21/01/1948.

•A lo largo de los años 50 se perfecciona la reducción de precipitaciones con el desarrollo de las técnicas de «ataque a los frentes de lluvias», utilizando diatomitas y cloruro de calcio. USP 2.550.324 Process for Controlling Weather 24/04/1951. La adaptación operativa de aeronaves se completó el 24/07/1956. USP 2.756.097.

•En 1957 el polonio se utilizó en los primeros generadores de iones radioactivos, que más tarde se utilizarían en Geoingeniería (entre otras muchas áreas). USP 2.785.312 Ion Generator Using Radioactive Material, 12/03/1957.

•El amoníaco, dióxido de carbono, butano, isobutano, propano y los freones se utilizaron en varios experimentos para disipar tormentas. USP 2.908.442. Method for Dispersing Natural Fogs and Clouds, 13/10/1959.

•Durante la década de los años 60 se disparó la utilización de aluminio y ácido sulfúrico y, en menor medida, el hexacloroetano, el ácido clorosulfúrico y el trióxido de azufre tratando de imitar, en parte, las emanaciones volcánicas y sus efectos en la reducción de precipitaciones. La documentación más representativa referente a dichos experimentos la encontramos en el Manual of Explosives, Military Pirotechnics and Chemical Warfare Agents, Macmillan Co. New York. USP 3.274.035 Metallic Composition for Hygroscopic Smoke, 20/09/1966. El mismo año (25/07/1966) se había adaptado para trabajar desde cualquier plataforma aérea el «Rainmaker» (yoduro de plata). USP 3.429.507.

•A finales de los años 60 y a comienzos de los 70 se desarrollan varias mezclas en Geoingeniería compatibles con el combustible de aviones y barcos, abriendo nuevos horizontes a la experimentación para lograr «modificaciones climáticas». Combustible Compositions for Generating Aerosols, 21/11/1968. USP 3.630.950.

•A lo largo de los años 70, los componentes químicos en Geoingeniería son microencapsulados, aumentando su rendimiento a la vez que se reducen los costes operativos. USP 3.659.785 Weather Modification Utilizing Microencapsulated Material, 02/05/1972.

•En 1974 se desarrolla en profundidad la «dispersión balística de aerosoles» con misiles de yoduro de plata y cohetes de bario. La geoingeniería seguía avanzando, utilizando materiales similares a los que se utilizan en 2022. USP 3.785.557 Cloud Seeding System Rocket 15-01-1974. USP 3.813.875. Rocket Barium Release Cloud, 04/06/1974.

•Se registra el dispositivo más utilizado para la «dispersión de aerosoles» en fase sólida desde aeronaves. Se inicia una nueva etapa de rápida adaptación y portabilidad. USP 3.899.144 Powder Contrail Generator, 12/06/1975.

•Se actualizan las mezclas de combustible para que los gases que expulsan los nuevos motores puedan generar mejor calidad de aerosoles. El NCR incluye en su registro compuestos sulfúricos y derivados del aluminio. USP RE.29.142 Combustible Compositions for Generating Aerosols, 22/02/1977.

•A partir de la década de los años 80, materiales como el dióxido de zirconio se registran como aerosoles capaces de reducir la radiación UV. USP 4.347.284 White Cover Sheet Material UV Reflecting, 31/08/1982.

•En 1982 se utiliza el famoso DMSO $(CH^3)^2SO$ para «forzar precipitaciones» USP 4.362.271 Artificial Modification of Precipitation Dimethyl Sulfoxide, 07/12/1982.

•A finales de los años 80 se inicia la fabricación de geles poliméricos conductivos, las fibras de los cuales se desarrollan más tarde en diversos usos, incluyendo la fabricación de contramedidas aéreas. USP 4.738.896 Sol Gel Fomation Polysilicate, 19/04/1988.

•Los años 90 marcan un antes y un después. En 1991 Hughes Aircraft Inc. registra lo que se conocerá como «dispersión de óxido de aluminio en la estratosfera», con el objetivo de reducir el calentamiento global por CO^2. USP 5.003.1986 Stratospheric Seeding for Reduction Global Warming, 26/03/1991.

•El mismo año, el Pentágono registra a nivel internacional las primeras fibras recombinantes a través de la manipulación genética de los aminoácidos presentes en algunos arácnidos. Se desarrolla la capacidad de interacción EM. WOP 1991 016351 A1 Recombinant Spider Silk Genetic, 31/10/1991.

•El bario, perclorato amónico, fenoles, resinas epoxídicas y los formaldehidos, una vez entran en combustión, se convierten en perfectos aerosoles para «precipitar vapor de agua atmosférico». USP 5.360.162 Method for Precipitation Atmispheric Water, 04/06/1992.

•En 1993 se inauguró en Gakona (Alaska) la Estación de Investigación de HAARP. El IRI actual opera desde el año 2007 y su contratista principal fue BAE Advanced Tchnologies. El proyecto HAARP, que ha sido objeto de numerosas críticas acusando a sus responsables de ocultar su verdadero propósito, gastó en unos quince años aproximadamente 250 millones de dólares, financiados con impuestos para su construcción y costos operacionales.

•Biosource Genetics Corp, publica en Genetic Engineering News, septiembre de 1998, el artículo Turn Plants Into Living Biopolymer Factories, donde anima a proponer la «dispersión de melanina» en regiones árticas protegidas (fabricada por plantas transgénicas) a partir de los 35.000 pies de altitud, con capacidad de bloqueo UVA, UVB y UVC.

Sobre los lugares en los que transcurre Arnarstapi

Islandia

•Arnarstapi existe, es un bucólico asentamiento situado al sur de la península del Snaefells. Su origen es realmente interesante, pues el nombre aparece en la saga islandesa de Barðar Snaefellsáss, donde se habla de un campesino, danés de nombre Barðar, que se habría establecido en la zona. El granjero acabaría transformándose en medio troll. La estatua del afamado escultor islandés Ragnar Kjartansson da muestra de la importancia mítica del personaje.

•La relativa riqueza de la zona se muestra en algunos edificios muy antiguos, teniendo en cuenta la historia islandesa, como la residencia del gobernador danés que data de finales del XVII y que es hoy monumento histórico. Esa riqueza de antaño no impidió el éxodo y la emigración hacia Reykjavík durante el siglo XX, como en toda la zona de Snaefellsáss. Actualmente en Arnarstapi existen segundas residencias y un reducido número de habitantes. Ello explica que exista una pequeña tienda, diversos alojamientos para turistas y algunos restaurantes, que funcionan sobre todo en verano.

•En Islandia reconocen como el primer habitante del país a Ingólfur Arnarson, que fundó Reykjavík en el año 874. Poco a poco fueron llegando a Islandia colonos que procedían de Noruega en su mayoría, aunque también de otras regiones más alejadas, incluso de Irlanda, Inglaterra y Escocia.

•En Islandia, donde se encuentra la central geotérmica más grande del mundo, un equipo internacional de investigadores ha diseñado un sistema a través del cual se inyecta dióxido de carbono atmosférico en roca volcánica. El gobierno islandés sigue investigando (y realizando avances) dentro del campo de las energías renovables. El éxito más reciente de este país que se acerca rápidamente a la independencia energética (y el abandono de los hidrocarburos) ha sido la perforación de un pozo de 4.659 metros de profundidad en la base de la zona volcánica de la península de Reykjanes.

•La mejor forma de descubrir Islandia es con una mochila en la espalda y por libre, huyendo de las rutas y los itinerarios masificados. Viajar en transporte público, dormir en hostels, campings o acampando por libre en tiendas, comprar en supermercados y en mercadillos locales, nos ayudará a mezclarnos con los habitantes de

una isla que está empezando a ver el turismo como si de una seria amenaza se tratara y no como un beneficio.

•El año 2017, el 98,7% de los viajeros que llegaron a Islandia lo hicieron a través del aeropuerto internacional de Keflavik, situado en la península de Reykjanes en el suroeste de la isla, a unos 47 kilómetros de la capital, Reykjavík. En 2019 la tendencia iba en aumento. Se espera que en 2024 y 2025 el turismo en Islandia pueda batir récords, con todo lo que ello conlleva a nivel de contaminación y de alteración de ecosistemas.

•Situado al noreste del volcán Öræfajökull, el Hvannadalshnjúkur se encuentra dentro del área de influencia del enorme glaciar Vatnajökull, de 8.100 km^2, que ocupa el 8% de la superficie de Islandia. Es el mayor glaciar de Europa en volumen (unos 3.000 km^3) y el segundo en área, solo superado por el glaciar Austfonna en Nordaustlandet, situado en el archipiélago de las Svalbard, Noruega.

•Recomiendo el visionado de las series de televisión Los asesinatos del Valhalla, Katla y Atrapados, así como el filme La mujer de la montaña. Son producciones que nos ayudan a entender (tan solo un poco) y a vivir de cerca la filosofía de vida de los islandeses.

Cerdeña

•Tempio-Pausania es un municipio de unos 15.000 habitantes situado al noroeste de la isla de Cerdeña, en la región de la Gallura, a los pies del Monte Limbara. Anteriormente fue una ciudad romana llamada Tempio. De 2005 a 2016, fue capital administrativa de la Provincia de Olbia-Tempio.

•Las antenas y la antigua base de la OTAN en las cumbres del Monte Limbara existen realmente, y tienen una función muy importante en las telecomunicaciones. Cerdeña posee un interesante historial de experimentos en el campo de las telecomunicaciones y la energía electromagnética. En una de las cumbres más altas del Golfo de Aranci, encontramos una antigua base militar conocida como el Semáforo, actualmente un edificio en ruinas desde el que se divisan unas vistas fabulosas. Además de jugar un papel relevante en la historia de la navegación en Cerdeña, fue también escenario de varios experimentos realizados por Guglielmo Marconi, padre de la telegrafía inalámbrica. El 11 de agosto de 1932, Marconi y su equipo de técnicos lograron crear un enlace de radio de onda corta con un transmisor colocado en Rocca del Papa (Roma) y otro en la cumbre del Semáforo.

Y un detalle interesante sobre Escocia

La abadía de la isla de Iona es uno de los centros religiosos más antiguos y valorados de Europa Occidental. Está considerado como el punto desde el que comenzó la expansión del cristianismo por Escocia en 563 d.C. Se encuentra situada en las islas Hébridas, en la isla de Iona, en la costa oeste escocesa. Su claustro es una auténtica maravilla y en su antiguo cementerio descansan 48 monarcas de Escocia, Francia, Irlanda, Noruega e incluso algunos vikingos.

Agradecimientos

Gracias a todos los lectores que deciden comprar y leer libros en unos tiempos tan convulsos y complicados como los que estamos atravesando. Agradezco de todo corazón que alguien decida invertir una pequeña parte de su tiempo y sus ahorros en mi trabajo.

Esta obra se gestó durante un viaje familiar a Islandia en 2018 tras pasar varios días en la remota población de Arnarstapi. Muchas gracias a Kat, Artur y Greta por compartir conmigo tantas emociones.

Islandia es un paraíso excepcional, lleno de localizaciones espectaculares, tan virgen y salvaje que a veces la logística no resulta fácil. Es por ello que deseo agradecer a los habitantes de la isla su amabilidad al atendernos, acogernos, inspirarnos y guiarnos por lugares de película.

Es mi deseo agradecer la paciencia de mis familiares y amigos más allá de Islandia, destacando el apoyo y la fuerza de Maria Isabel Morera, mi madre. Gracias a Jokin Azketa por preguntarme cada año si he escrito algo, gente como tú me ayuda a motivarme. Ederic Polo también me lo pregunta muy a menudo, así como muchos seguidores, amigos y amigas en Twitter, una red que me ha permitido llegar a miles y miles de personas en todo el planeta. Gracias a Terra Cremada y Dr. Chem.

También quiero agradecer la inmensa labor llevada a cabo por Miquel Fabrellas, alias Mike Platinas, padre del megamix en España y autor del primer Max Mix. Poder mostrar al mundo el lado más científico y técnico de Mike supone todo un honor. Él ha sido un puntal fundamental a la hora de hablar de pulsos electromagnéticos, ordenadores cuánticos y de ciencia en general. Mike nos ha ayudado a dar forma a varios capítulos, aportando datos como asesor que pueden ser contrastados en todo momento por el lector. Navegar entre la realidad y la ficción implica movernos en un nivel de exigencia muy elevado, pues no podemos pasar por alto detalle alguno. Todo tiene que encajar y Mike Platinas se ha convertido en nuestro consultor y en nuestro Pepito Grillo particular.

No puedo olvidar a Alice Sanna Marras, quien siempre ha estado y está ahí, con sus tiempos, sus espacios. Descubrir las cumbres nevadas de Cerdeña en invierno y primavera ha sido toda una experiencia, sin olvidar toda la riqueza cultural, gastronómica e histórica que encierra la isla más bella del Mediterráneo.

Debo añadir que la música siempre ha ejercido un papel muy importante a la hora de estimular la creatividad en casa. Es muy probable que, sin la música de John Barry, Vangelis, Hans Zimmer,

Maurice Jarre, John Williams, Lorne Balfe, Ennio Morricone y Henry Mancini, esta obra no existiría. Muchísimas gracias a Paul Fleming, Claudia Vizcuete, Nuria Miras, Anna Castan y Santiago Barambio por vuestra ayuda en la promoción a nivel audiovisual. Gracias por ayudarme a llevar más allá de estas páginas a una serie de personajes maravillosos que llevo en mi corazón desde hace años.

Por último, es mi deseo agradecer de un modo muy especial el apoyo y la amistad de Juanjo Garbizu. Compartir ideas y aficiones siempre ayuda. Aprecio muchísimo la magnífica labor realizada por mi nuevo editor, José Ángel Martos, y su maravillosa familia. Muchísimas gracias por abrirme las puertas de Diëresis y por tantas y tantas sugerencias, ideas y mejoras que has aportado a esta obra. Gracias, José Ángel, por escucharme, por tu sinceridad y amabilidad y, sobre todo, gracias por creer y por confiar en mí.

¡Por fin hay luz al final del túnel!

Si alguno de nuestros lectores desea información sobre cualquier detalle que aparece en esta novela, puede contactar con un servidor a través de:

Email: victor@matterfilm.com
Twitter: @victordiscovery

El autor

Víctor Riverola Morera
(Barcelona, 1975)

Publicista y comunicador, ha dirigido y colaborado en programas de radio, TV y en varias revistas de cultura, montaña y viajes. De niño, sus padres le inculcaron la pasión por el alpinismo, el esquí y el cine, haciéndole ver el mundo desde una perspectiva distinta. Hoy en día, es un experimentado montañero, crítico de cine y CEO de la productora Matterfilm, especializada en la creación de contenidos audiovisuales, culturales y deportivos a nivel internacional. Arnarstapi es su 16º libro y su segunda novela tras El lobo de las nieves, con la que logró ser finalista del Premio de Literatura Desnivel. Para relajarse, Víctor sigue escribiendo, filmando y viajando.

Índice

Prólogo Cerdeña
I Paraíso
II Arnarstapi
III Suiza
IV Djúpalónssandur
V Snæfellsjökull
VI Noruega
VII Magnus
VIII Tom
IX Ragnar
X ECYLA
XI Reinebringen
XII Peter
XIII David
XIV Fuga
XV Ólafsvik
XVI Resolución
XVII Celine
Epílogo Kasia
Notas del autor
Agradecimientos
El autor

La guerra por dominar el clima ya ha empezado en una remota aldea de Islandia

Thomas Rake, escalador y aventurero noruego, disfruta de sus vacaciones descubriendo las cumbres y glaciares de Islandia. Cuando le faltan solo cinco días para terminar su periplo, recala en Arnarstapi, una pequeña aldea al pie del mítico volcán Snaefells, donde se iniciaba el *Viaje al centro de la Tierra* de Julio Verne. Una serie de inexplicables incidentes climáticos que sufrirá durante sus ascensiones llamarán la atención de Ragnar Sigurdsson, veterano científico y montañero islandés, que lleva años advirtiendo de extrañas alteraciones medioambientales en la isla sin recibir atención. Juntos se enfrentarán a un enemigo invisible que, al influir en el clima de este recóndito rincón del Ártico, amenaza la paz y el bienestar de las poblaciones del noroeste de Islandia. Ese poderoso enemigo explicaría muchos acontecimientos sorprendentes que están modificando la meteorología de todo el planeta.

diëresis
Novela